

ADELE SEIFERT

SOMBRAS
EN LA NOCHE



COLECCION AUSTRAL

ESPASA-CALPE, S. A.

VOLUMEN
EXTRA

ADELE SEIFERT
SOMBRAS EN LA NOCHE



COLECCIÓN AUSTRAL
N.º 1379



Edición especialmente autorizada para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Traducción del inglés por Óscar J. Fracassi

© Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1967

Depósito legal: M. 4.984—1967

Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 27 de marzo de 1967

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.

Ríos Rosas, 26. Madrid

CAPÍTULO I

Cuando Amy Shaw, días más tarde y libre ya del peligro que se había cernido sobre su propia vida, trataba de reconstruir la presente historia, todos sus recuerdos partían de aquella cena de «acción de gracias» de tan malos augurios, y que ella, frente a tantas disputas, guiada por una secreta alegría interior, había tratado empeñosamente de hacer, si no festiva, por lo menos un poco alegre.

Hasta la naturaleza había estado contra ella: el viento aullaba y se quejaba lastimosamente, lamiendo los muros del edificio, como lo hacía siempre que soplaba del Noroeste.

Aun después de bajar los pesados tapices de las ventanas del comedor, podía escucharse el rugir del viento; sólo el fragor de la lluvia fue aminorado. Las cortinas bajas hacían la habitación más oscura, pero de cualquier manera la luz diurna era ya bastante escasa, y las cortinas así extendidas contribuían a adornar la habitación. Tratando de quebrar la oscuridad creciente, Amy había colocado, sobre la mesa y el alto aparador, que completaban el mobiliaje de la habitación, grandes velas, que parecían de marfil, en candelabros de cristal. La luz caía suavemente sobre plata, damasco y cristales. Pequeñas corrientes de aire ondulaban las tenues llamas, volviéndolas a elevar, en un vano intento de alcanzar el cielo raso. Solamente aquí y allá un reflejo mortecino brillaba en alguna superficie de caoba. La mesa parecía una isla reluciente en un mar de sombras.

—Jake —dijo titubeando Amy al joven que la había seguido de aquí para allá desde que había bajado de las habitaciones superiores—, quizá con esta luz él no se dé cuenta.

—Él lo notará —dijo burlonamente Jacob Detjens—. Es más supersticioso que un viejo brujo. Habrá, por lo tanto, que esperarlo todo de él. Nuevamente borrará a alguno del testamento, y esta vez quizá te toque a ti.

—No bromees, por favor —suplicó Amy—. No se me ocurrió contar hasta que coloqué las tarjetas de colocación. Tú no pensarás que Andrews o la señora Claggett... Bueno, no creo que fueran ellos. Al menos, no dijeron nada... Trata tú de ayudarme. Veamos qué podemos hacer...

—Bien, veamos —Jake puso cara seria, haciendo como que cavilaba—. De buena gana asesinaría a Harriet —bromeó—. Podría correr hasta el comercio más próximo y telefonar a Hilary que vaya al hospital en seguida... Podría tornarme místico de repente y echar a andar sin rumbo...

—Podrías también callarte, ya que todo lo tomas a broma —le interrumpió Amy.

La jocosa charla de Jake, agregada a sus nervios en tensión, la habían irritado. Envidiaba la habilidad que poseía Jake para ignorar las pequeñas dificultades. Su temperamento tranquilo era un don que en la casa no compartía ninguno. Ella deseaba también poseer ese agudo sentido del humor, tan necesario en las circunstancias que vivía.

—La llegada de Henry trastornó tus cálculos —dijo él.

Amy se sintió sonrojar, casi colérica.

Henry Hardcastle había estado ausente durante casi dos años. Ella lloró cuando se

fue, y como había tenido noticias ocasionales durante su ausencia, pensó que le había alejado de su vida, aunque no de su corazón. Ahora que él se hallaba nuevamente en casa, la idea de que sus sentimientos fuesen descubiertos, se le hacía inaguantable.

—Supongo que así será —murmuró ella, inclinándose para tocar un racimo de uvas colocado en una frutera que se hallaba en la mesa, esperando ocultar así su sonrojo.

—¿Sabes qué le ha traído? —preguntó Jake, insistiendo.

—No lo sé. Pero supongo que su padre le habrá mandado llamar. Últimamente Claudio cree que no se siente bien. ¿Lo has notado? Parece que cada año está más achacoso.

En la casa existía una marcada antipatía por los títulos tía o tío. Cuando niña, Amy había aprendido a dirigirse a sus mayores, fueran o no extraños, por sus nombres de pila.

—No lo había notado —dijo Jake—, aunque no creo que sea esa la razón. No existe gran cariño entre ellos.

—¿Por qué, Jake? Claudio adora a Henry.

—¿Pero quiere Henry a Claudio? ¿Querías tú a un padre que te hubiese hecho una jugada sucia?

Amy miró a Jake de frente.

—Sí, lo querría —dijo calurosamente.

Y así lo pensaba.

No recordaba absolutamente nada ni de su padre ni de su madre. Haber conocido a una u a otro, aunque se tratase de un padre que le hubiese dado su nombre por cortesía, de una madre enterrada bajo el vago estigma de *mujer perdida*, habría sido para ella lo más apreciado.

Henry Hardcastle amaba realmente a su padre, Claudio, hombre pálido y de pies deformes, sombrío como un volcán apagado. Henry era lo suficientemente adulto para comprender que existían otros sufrimientos, aparte de los físicos, detrás de esos ojos cansados. Escribía a su padre regularmente cuando se ausentaba, y nunca retornaba de sus viajes sin traerle alguna rareza como regalo. Existía, pues, un vínculo entre ambas partes, aunque solamente de adoración por una y compasión por la otra.

—Yo no creo —machaconó Jake, pues gustaba ver enfadada a Amy— que el viejo Efraín lo haya hecho regresar, a juzgar por lo que oí en su entrevista de esta mañana.

—¡Oh! —murmuró Amy—. ¿Te detuviste a escuchar?

—¿Quién no hubiese hecho lo mismo? —rió Jake; luego, tornándose repentinamente serio, levantó su mano reclamando atención—. ¡Shh! —dijo—. Ya llegan.

Amy lanzó una última y angustiosa mirada a la mesa, hizo una señal con la cabeza a Jake, elevó sus ojos en una muda plegaria y se colocó en un extremo de la mesa, junto a una silla de brazos destinada al viejo Efraín Hardcastle, patriarca de la orgullosa, adusta y vieja casa, quien, según pensaban algunos, había sobrevivido a su derecho de señorío muchos años. Pero la llegada del patriarca se demoraba. Acompañando a un furioso arreciar de la tormenta, ocho hombres y dos mujeres hicieron su entrada al comedor. Tres de los primeros y las dos mujeres eran hijos del viejo Efraín. El tiempo y los lazos matrimoniales habían otorgado a los restantes un lugar en lo que podía llamarse cónclave familiar.

Harriet Hardcastle Montgomery, con el porte de una reina, avanzaba en primer término, luciendo un espléndido vestido de terciopelo verde y su cabellera gris, correcta y elegantemente ondulada. Las perlas de los Hardcastle caían orgullosamente sobre su amplio y bien formado busto. Pero su impecable apariencia quedaba desmentida, como de costumbre, por sus actos. Marchó resueltamente al extremo opuesto a la silla de su padre, y

con un «¡oh!» despectivo tomó su tarjeta de situación y la puso boca abajo, como censurando la presunción de quien le había otorgado un lugar que le pertenecía por derecho de señorío.

Sus aún bellas facciones, particularmente las líneas de su boca, se mantenían tensas; una mano accionaba rítmicamente, pero en forma casi incesante, sobre sus perlas, mientras observaba a los demás que, en la puerta, se hacían a un lado para dejar pasar al deforme Claudio.

Ella y Claudio, por derecho de edad y por ser mellizos, eran los herederos de Hardcastle; pero ni aun con un gran esfuerzo de la imaginación se podía considerarlos hermanos. Arrastrando pesadamente los pies, con un hombro en pronunciada giba y la cabeza colgando hacia un costado, en una curiosa y patética deformidad —Amy la encontraba patética—, Claudio llegó hasta el extremo de la mesa, donde se hallaba Amy, con un interrogante en los ojos cargados de pena. Ella le señaló un lugar opuesto al que ocupaba, y él, con una leve inclinación a modo de saludo se dirigió al sitio indicado, quedando pesadamente encorvado sobre la silla, mientras gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

El resto de los comensales se ubicó con rapidez.

Allí estaba Quentin, el más joven de la generación. No siéndolo tanto en edad, luchaba denodadamente por conservar esa ilusión. Sus finos cabellos negros, su vientre algo abultado, su complexión demasiado sanguínea, indicaban definidamente los años que contaba. Mayor en edad y en apariencia, pero sin embargo más joven en espíritu, era su hermano Reuben. De cabellos grises, padeciendo una aguda sordera, vivía en un mundo propio y personal, ni apurado ni molesto por las turbulencias del resto de la familia.

Amy se sintió recompensada en sus esfuerzos cuando los ojos gentiles de Reuben recorrieron la mesa.

—Hermosa... —dijo—; desearía conservar una fotografía de esta escena.

El suave sonido de pisadas sobre la alfombra, un suspiro sofocado y un trémulo *gracias* pronunciado con una risita contenida sirvieron de presentación a Myra Peters. Ésta continuó con su risita, mientras en forma ruidosa daba vueltas alrededor de la mesa, buscando su lugar. Sabiendo cómo le gustaba ese juego pueril, Amy no le prestó ayuda. Myra era la menor de las hijas de Hardcastle, y de carácter y maneras diametralmente opuestas a las de su hermana. Pequeña, de fácil manejo, pobremente conceptuada por los más agresivos miembros de la familia, se adhería como lapa a la roca a la más simple demostración de bondad.

Mientras continuaba su ronda en torno a la mesa, dirigía con los ojos mudas súplicas en demanda de ayuda. Fue Philander Peters, su paciente y sufrido marido, quien acudió en su auxilio.

Éste era tío carnal de Amy, quien había traído a casa de los Hardcastle siendo niña, aun cuando había sido el viejo Efraín quien, habiéndole caído en gracia la pequeña desde un principio, permitió que se quedara.

Todo hacía presumir que Philander se había casado con Myra Hardcastle por interés. Se decía en la ciudad que cuando él presentó su solicitud de socio en el *Raquet Club* manifestó ser «caballero de medios independientes». Le aceptaban lo de *caballero*, pero lo de *independiente* a duras penas. Amy lo consideraba un hombre bueno con los niños y con los animales, e incansablemente gentil con su esposa.

Cecil Montgomery, el marido de Harriet, por el contrario, era el payaso, el hazmerreír de aquella adusta y tétrica mansión. En el instante en que se presentaba retenía a

los otros a la entrada del salón con una de sus graciosas historias, hasta que Harriet, con ademán impaciente, le ordenó que fuese a ocupar su lugar. Sin alardear de perspicaz, se podía observar que estaba bastante bebido, y aunque todos sabían que si insistía en beber se iba a encontrar envuelto en dificultades antes de terminar la jornada, nadie trataba de evitarlo.

Como aseguraba Quentin, si vivir en una casa con Harriet era una empresa difícil, estar casado con ella debía de ser una tortura.

Luego venían los hombres más jóvenes de la familia, de los nietos del viejo Efraín. En primer lugar se hallaba Hilary Peters, el único hijo de Philander y Myra. Era un joven de buen aspecto, pero esa noche había sufrido una aguda crisis, que había impreso marcadas líneas de preocupación en su frente. Había manifestado su propósito de faltar a la cena de familia para acompañar a su joven esposa en el trance venturoso de la maternidad, pero sus parientes le habían presionado con insistencia. Se movía nerviosamente, se acaloraba de continuo y se pasaba los dedos por el cabello castaño mientras miraba la entrada a la sala.

Amy, que le conocía y estimaba, comprendió su malestar, compadeciéndole. Había sido siempre un niño taciturno y soñador, con marcada predisposición para el dibujo, don que nunca había sido debidamente cultivado. Durante su infancia habían sido frecuentes sus gestos de rebeldía sin aparente causa justificada. Amy se alegró mucho cuando contrajo matrimonio, aun cuando sabía de la lucha que debería sobrellevar para ganarse la vida y sostener su hogar en una mediana independencia.

Al entrar el joven que siguió a Hilary, Amy bajó los ojos tímidamente, temerosa de encontrar los ardientes y azules de Henry Hardcastle, hijo del infortunado Claudio.

Su felicidad se ahogó casi inmediatamente ante un frío presentimiento. «¿Por qué había vuelto a esa casa?», se preguntaba.

Alto, rubio, magníficamente joven y libre, tenía el aspecto de los aventureros que conocen lejanos horizontes, mares barridos por el viento, montañas y llanuras. «Nunca se quedará —se dijo a sí misma—; no debe permanecer dentro de estas estrechas y oscuras paredes.»

Él le sonrió, con ojos brillantes, que hicieron latir apresuradamente su corazón. «Mi encantadora pequeña —decía su mirada—, ¿no comprendes que he retornado por ti?»

Amy se estremeció. No, no había libertad ni para ella ni para ninguno de los de la casa.

Se volvió, y Jake, interceptando su mirada, levantó una punta de su rubio bigote en un grotesco guiño; se reía de ella. Sin embargo, Amy tenía la sensación de que sus gracias eran sólo para cubrir profundas preocupaciones interiores.

Jacob Detjens no era ningún necio. Había entrado en casa de los Hardcastle cuando su bonita y frívola madre se casó en segundas nupcias con Quentin. Luego de su muerte, acaecida varios años más tarde, y aun cuando ya ningún vínculo le ligaba con la casa de su padrastro, no manifestó deseos de marcharse. Poseedor de mente despierta y audaz resolución, aceptó la oferta del viejo Efraín de tomarle como secretario. El trabajo no podía ser más desagradable ni el salario más exiguo. Pero él se quedó. Evidentemente se habían puesto límites a sus atribuciones imprimiéndole cierta dependencia, aun cuando nadie podía decir que ésta hubiese lesionado su orgullo. Si sus obligaciones limitaban su libertad, de ninguna manera controlarían sus ambiciones. Empero, su sometimiento constituyó para todos una sorpresa.

Para Amy había constituido un alegre camarada y un ferviente admirador. Comprendía que se habría sentido muy sola sin su compañía, y trataba de recompensarle

con su amistad y compañerismo.

Se sonrojó al encontrar la sonrisa de Jake, que se le antojó un poco burlona.

Alguien más esperaba en el umbral de la puerta. Un hombre delgado, con rasgos de cansancio marcadamente impresos en el rostro.

—Entre, doctor Woodruff —dijo Amy—. Le he designado el sitio junto a Reuben, pero debe prometerme —advirtió jocosamente— que durante la cena no hablará usted de pintura.

También sonriendo, el doctor dio su palabra. Desde hacía muchos años era el médico de los Hardcastle, y dotado de modales que atraían, se había constituido en amigo obligado familiar, particularmente del sordo Reuben, cuya pasión por la pintura compartía, aun cuando éste, por disponer de más tiempo, le superaba en habilidad.

Sumando esos ocho hombres y las dos mujeres con Amy, Jake y el viejo Efraín, que se complacía en hacer desear su presencia, los comensales sumaban trece.

Afuera, la tormenta no cejaba en su intensidad; el viento golpeaba y arremolinaba contra los grandes ventanales. La lluvia torrencial se había transformado en una fuerte granizada. En el interior de la casa las llamas de los altos cirios titilaban, como si fuesen castigados por los suspiros impacientes de los que aguardaban la presencia del jefe de la familia. Por fin llegó desde el vestíbulo el ruido de pasos arrastrados sobre la alfombra de la escalera. Una aguda y cascada voz apagó ese ruido:

—No tan fuerte, Andrews; no tan fuerte. No tienes por qué llevarme todavía. Cuando llegue ese momento se necesitarán ocho hombres como tú, y yo estaré dentro de una caja larga... Está bien, Patsy, ya llego. Frena tus bríos, impaciente, apresurada..., como todas las de tu sexo...

Los arrastrados pasos se oían ahora sobre el piso. El ruido de un bastón destacábase a pesar del espesor de la alfombra.

A través de la puerta entró saltando una especie de capullo blanco, una pequeña y lanuda *terrier*, compañera favorita del viejo Efraín. Llegó rápidamente hasta la cabecera de la mesa, junto a la única silla vacía, se sentó sobre sus cuartos traseros, sacó la lengua rosada y ladró agudamente, como queriendo llamar la atención. «¡Aquí estoy, señores; comencemos!», parecía decir.

Pero a pesar de eso nadie prestaba a su simpática figura la más mínima atención; todas las miradas estaban enfocadas al jefe indiscutido de la casa, al viejo Efraín Hardcastle, que en ese momento franqueaba la entrada.

El peso de los años dejaba claras huellas en la encorvada y temblorosa figura del anciano; sólo sus seniles ojos mantenían un extraño brillo. Algunos sostenían que la malicia era lo único que lo mantenía con vida, con su secuela respectiva de manías y enfermedades. Caminó a lo largo de la mesa sin ayuda alguna, aferrada la mano derecha a la curvatura de un nudoso bastón.

Cuando llegó a la cabecera, el viejo Efraín inspeccionó todos los detalles de la cena ordenada por él, y finalmente, con un movimiento de cabeza, que bien pudo ser de aprobación como de lo contrario, se dejó caer en su silla.

Uno por uno, los que habían estado esperando, se sentaron también, pero no cesaban de mirarse unos a otros, con extrañas expresiones: unos con inequívocas muestras de aburrimiento, otros con mal contenido fastidio, y todos con el vehemente deseo de que el anciano terminara con su habitual *acción de gracias*, que rezaba más por hábito que por devoción.

—Amado Señor, te agradecemos lo que nos es dado; protegednos y conservadnos

para que podamos gozar de los frutos de nuestra labor. Amén... Veo que están todos —agregó.

Esta observación parecía formar parte de la plegaria, ya que sólo mediaba entre ambas expresiones un corto suspiro. Miró por encima y alrededor de la mesa con una desafiante mirada de autoridad.

—Naturalmente —respondió Harriet desde su lugar, al final de la mesa y asumiendo el aire, tan de su agrado, de diestra ama de casa—; estamos todos, padre...

—¡Pamplinas! —y el seco desdén de la réplica hizo palidecer a Harriet bajo su maquillaje.

Su marido, algo distante de ella, se rió aguda y burlonamente.

—Ninguno de vosotros está aquí por su gusto. Cada uno de ustedes piensa que se encontraría mejor en otro lugar. Creo que podría exceptuar al doctor Woodruff. Nunca pudo sobreponerse al hábito de asistir a una buena comida, más si no le cuesta nada. ¿Eh, doctor?

El médico de la familia disimuló el exabrupto al tiempo que desenrollaba su servilleta.

—Me place verle con tanta salud y buen estado de ánimo, señor —dijo evasivamente.

La malicia del viejo Efraín pasó por alto la calmosa respuesta.

—Pero el resto de vosotros ha venido aquí de mala gana, yo lo sé. Sin embargo, vienen... Porque yo lo ordeno... Porque tengo lo que les atrae a esta casa..., aunque para eso deban de realizar un viaje desde América del Sur... ¡Je, je!...

Henry levantó bruscamente su cabeza, encontrándose entonces con la mirada preventiva de su padre y otra implorante de Amy; mordió sus labios y permaneció callado, mientras la cruel y cascada risa del anciano terminaba en un breve acceso de tos, a través del cual Amy recogió las últimas palabras de un refunfuño de Quentin.

—...nuestro pan no tiene manteca...

La mordaz expresión tuvo, sin embargo, una interpretación ingenua:

—¿No tienes manteca, Quentin? —preguntó una voz gruesa y embozada—. Toma la mía; yo no la uso...

Era Reuben. Uniendo la palabra a la acción, tomó un trozo de manteca del platito que tenía delante y lo colocó junto a su hermano, sin advertir que éste tenía manteca en el plato sin emplear. Tal desatino agravó la sensación de molestia de Harriet, que lanzó una mirada de seco desdén, pero Reuben, indiferente, se volvió a hundir en su habitual ensimismamiento.

En el breve silencio que siguió se desplegaron las servilletas y se tendieron sobre los regazos. Cada uno de los comensales levantó su alta copa de cristal bebiendo un poco de agua helada.

Pero ese silencio no debía durar mucho tiempo. Sin embargo, cada uno evitaba ser el primero en hablar. El temor de molestar al anciano enmudecía a los invitados del maniático señor de la casa.

Por último, Philander Peters se inclinó hacia adelante para hablar a su hijo Hilary:

—¿Cómo has dejado a Phoebe, hijo?

—Ella... —comenzó sobresaltado Hilary, pero fue interrumpido por la voz aguda del viejo Efraín:

—¿Phoebe?... —exclamó al oír este nombre—. ¿Dónde está Phoebe? ¿Por qué no está con nosotros esta noche?

Hubo que notificarle entonces, a pesar de que ya anteriormente se le había comunicado, que Phoebe Peters se hallaba internada en una clínica, esperando su primer heredero. La mención del sanatorio irritó al anciano, quien comenzó un violento discurso sobre la ruinosa extravagancia moderna. Su mujer había tenido cinco hijos, y nunca necesitó de una clínica. No quiso ser áspero del todo, sin embargo, y aclaró que el nacimiento del niño le había preocupado y que vaticinaba un varón, y que tenía que llamarse Efraín Hardcastle, como él. Expresó su deseo de inscribir de su puño y letra al recién nacido en el registro familiar, para que, según manifestó, figurara el nombre de Efraín Hardcastle «nacido» antes que se insertara el de Efraín Hardcastle «fallecido».

Rió entre dientes de su lúgubre ocurrencia.

Esto, según dijo alguien después, era suficiente para demostrar claramente que el patriarca de los Hardcastle se hallaba en la penúltima etapa de su chochez, no siendo extraño que alterara cualquier cláusula de su testamento, hecho no hacía mucho.

Hilary, lívido el rostro, habló con cierto tono de desafío:

—Puede que no sea niño —dijo—, y en caso de que lo fuera, ya hemos escogido otro nombre...

—¡Pamplinas! ¡Pamplinas! No le daré un centavo —rugió el anciano, con voz que agudizó a medida que amenazaba—. ¡Ni a ti tampoco!...

—Yo no necesito su dinero..., ni para mí ni para mi hijo —estalló Hilary humedeciendo sus labios y haciendo correr nerviosamente los dedos por entre sus cabellos.

—¡Pamplinas! ¿Quién va a pagar las extravagantes facturas de tu clínica? ¿Tú?... —replicó el anciano—. Tú no puedes sostenerte a ti mismo, y menos a tu familia...

—Ya nos arreglaremos...

El rostro de Hilary estaba más pálido que de costumbre. La tensión de sus músculos se acentuó alrededor de los ojos y de la boca. Con mano nerviosa sacó un pañuelo y enjugóse el rostro. A pesar de estar immaculado y doblado cuidadosamente, el borde del pañuelo denunciaba un desgaste pronunciado, que hablaba a las claras de la situación económica de Hilary.

—Madre, yo... —pronunció, separando la silla de la mesa y levantándose.

—Siéntate tranquilo, hijo —dijo Philander sosegadamente—. Andrews ha prometido comunicarnos en el acto cualquier llamada telefónica.

Hilary se estremeció. Colocó nuevamente la silla junto a la mesa, y con mano temblorosa trató de tomar sus cubiertos.

Amy bajó los ojos, como tratando de disimular su embarazo por la escena que, aunque no le incumbía, lamentaba. Hilary le era muy querido, ya que, como Jake y Henry, había sido compañero de una infancia relativamente libre de cuidados. Habían compartido la misma nodriza y asistido a la misma aula. Retrocediendo en sus recuerdos, compadecía también a la pobre Phoebe. No debían haber tenido ese niño. Al menos, por ahora.

El viejo Efraín, junto a Amy, partía bizcochos, y echándolos en la sopa los devoraba. El masticar de los bizcochos hacía coro con el chocar del granizo. Amy se alegró de haber bajado las cortinas. Demasiado abstraído en su cena, el viejo dejó que la conversación siguiera sin su cuidado.

Era una charla insustancial, en la que nadie reflejaba con exactitud los sentimientos que albergaba en su corazón.

Amy fijó su vista en los ojos de Jake, y éste le devolvió la mirada con un guiño imprudente. Dirigió entonces su vista hacia Henry, y le halló observando fijamente el frutero colocado en el centro de la mesa. Hubo cierta referencia sobre la fruta, al declarar

Harriet que no veía flores en la mesa. Hubo otra discusión sobre las velas, mientras Cecil Montgomery terminaba de contar un chiste, que ya todos conocían, sobre la fascinación y lo romántico de la penumbra. La narración no fue ni siquiera graciosa, pero no obstante fue contagiosamente celebrada. Era tal la pesada tensión que reinaba en la singular cena de familia, que cualquier válvula de escape era bien recibida.

—Bueno..., bueno... No oigo una palabra de lo que están diciendo —prorrumpió el viejo Efraín, arrancando súbitamente de su concentrada dedicación a su cena por las carcajadas de sus parientes.

Amy le aclaró suavemente que estaban hablando sobre las velas y la luz de las mismas.

—¿Conque las velas, eh? ¿Conque las velas?... ¡Hum!, el caso es que no se ve nada. Ni puedo ver lo que estoy comiendo, ni puedo ver vuestros rostros. No puedo... ¡Andrews!... No, espera...

Los agudos y cansados ojos del anciano se paseaban alrededor de la mesa. Amy contuvo la respiración. Sabía que estaba contando a los comensales. Vio sus arrugados labios moverse, siguió su descarnado dedo apuntando a cada uno por turno. Era un hábito en él contar las cosas. Fascinada, Amy esperó el final de la cuenta y sus resultados.

Al llegar al último invitado, los ojos del anciano se avivaron extrañamente; sacudió repentinamente la mesa con un fuerte puñetazo que hizo temblar su alta copa de cristal. Parecía increíble que ese pequeño y encogido cuerpo poseyera ese vigor. El chal que Andrews había echado sobre sus hombros al principio de la comida se deslizó hasta el brazo de la silla. Patsy, la *terrier*, se levantó de un salto y comenzó a ladrar enfurecida. Muellemente acostada sobre los fríos pies de su amo, había sido arrancada violentamente de su letargo por el golpe de Efraín, y, leal a su dueño, acudía en su defensa.

—¡Trece!... —gritó—. ¡Hay trece personas en esta mesa!

Su voz temblaba de rabia, y —no eran pocos los que lo pensaban— acaso de terror.

—¿Cómo ha sucedido esto? ¿No puede algún otro agregarse a esta mesa? ¿Quién preparó la mesa?

Nadie respondió. La situación, dentro de su gravedad, podía tildarse de graciosa. El viejo estaba pálido y enojado y, como era supersticioso en grado sumo, también asustado. Sin embargo, ninguno se atrevió a reírse, aun cuando Cecil, con su peculiar insensatez, trató de trocar la trágica angustia del anciano en festiva ingeniosidad.

—¡Trece!... —dijo—. ¡Uy, uy, eso es malo!... Estaba leyendo anoche en un libro que trece en una mesa significa la muerte antes del amanecer o alguna calamidad por el estilo. Lo que hay que hacer es romper el sortilegio con otro encantamiento.

Con cómica gravedad se levantó y dio una vuelta en torno a su silla.

—Cecil, siéntate.

La voz de Harriet temblaba extrañamente.

—Fue tu libro, querida. No debiste dejarlo por ahí...

—Yo no tuve nada que ver con el arreglo de la mesa... —aclaró alguien—. Amy...

Amy no tenía conciencia de lo que le hablaban. Estaba observando las reacciones de los distintos comensales. Harriet había perdido su compostura habitual; el largo collar de perlas se agitaba rítmicamente sobre su pecho, al compás de unos suspiros nerviosos. Ayudada por un rígido modelador, se mantenía tesa e inmóvil, pero su rostro estaba tan encendido que el polvo de tocador parecía harina en una tabla de amasar. Amy observó que apretaba los labios y deslizaba la ensortijada mano sobre sus cabellos. Reparó en su mirada triunfante sin entender su significado, y desvió su vista hasta posarla en el doctor Woodruff.

Éste se encontraba silencioso y visiblemente conturbado, a pesar de que había asistido a peores crisis que la presente. Al otro extremo de la mesa, el pálido y enjuto Claudio encorvaba su hombro deformado aún más, como le sucedía al emocionarse, y envió una ansiosa e implorante mirada a su hijo Henry, que observaba al viejo Efraín con no disimulado odio y disgusto.

Amy, sentada junto a Quentin, le oyó jurar en voz baja y observó que hundía sus manos en los bolsillos. De temperamento violento y rebelde, extrañaba que no hubiese hablado. De haberlo hecho habría ahogado el ruidoso crujir de Myra, que estaba masticando un trozo de apio. ¡Pobre, trivial y temblorosa Myra! Parecía estar a punto de echarse a llorar, como hacía siempre a la menor provocación.

Amy se alegró cuando Philander extendió un brazo y tocó suavemente el de su esposa para que se contuviese. También evitó mirar a Jake, quien seguramente estaría riéndose. Deliberadamente se volvió hacia la única persona para quien la explosión del iracundo anciano había pasado inadvertida, el sordo Reuben. Éste había terminado la sopa y esperaba —rodeado de una especie de niebla espiritual— que Andrews se llevase el plato y le colocase otro en su lugar.

—Bien..., bien... —gruñó el viejo Efraín—. No se queden mirando asustados. ¿Cuándo arreglan este asunto?

—Yo pregunto —dijo el irrefrenable Cecil—: ¿quién es la decimotercera persona? ¡Ja, ja!... ¿Quién va a decir «gracias, nada más que sopa, por hoy», y retirarse?

—¡Cecil!...

La voz de Harriet, siempre temible, pero esta vez más enérgica, tenía extrañas inflexiones:

—¡Siéntate, te digo!

Con un desconcertante movimiento de manos, Cecil obedeció.

En ese instante se abrió la puerta que daba a la cocina y apareció Andrews, el sirviente, con el clásico pavo, acompañado esta vez por la señora Claggett, el ama de llaves, que conducía el pote con la jalea de frutilla.

Andrews era de carácter más bien flemático, algunas veces de apariencia estúpida; su tez era rubio-rojiza, y su complexión robusta.

El ama de llaves, por el contrario, presentaba un aspecto diametralmente opuesto. Morena, menuda y tranquila, su clara inteligencia la había dotado de infinitas habilidades. El viejo Efraín depositaba enteramente su confianza en ella.

Los *niños* la querían y respetaban, pero los de la generación intermedia, aunque su comodidad dependía de ella más de lo que se imaginaban, no eran tan cordiales.

Harriet, en particular, la odiaba. Amy suponía que ello se debía a los celos causados por la predilección del anciano Efraín, pero la señora Claggett no podía ser más discreta en el cumplimiento de sus tareas. Era la primera ocasión en que la familia la veía en ese día, y entró en el momento con sus hermosos ojos oscuros fijos en la moldeada jalea. Sus modales y su traje —simple seda negra con cuello y puños blancos— eran absolutamente sencillos.

Al verla el viejo Efraín reclinó su cabeza hacia atrás y cacareó con placer malicioso, haciendo brillar el oro de sus dientes.

—Jerusha —dijo saludando—, Jerusha será el número catorce... Esto es... Jerusha, estos necios... Hay trece en esta mesa. Sin ti, yo me retiro... Hazte un lugar para ti al instante...

—¡Padre!...

El rostro de Harriet era de piedra. Myra Peters engulló su apio demasiado aprisa y

se atragantó. La silla de Quentin arañó el piso..., y luego una caña, más pesada que la del viejo Efraín, con una protuberancia como empuñadura, cayó sordamente al suelo cuando Claudio se puso torpemente en pie.

—¡Padre!... —comenzó, más blandamente que Harriet, pero con más fuerza de persuasión.

—Bien... —el viejo se paró ruidosamente. Durante algunos momentos los dos hombres se miraron. Los ojos de Efraín chispeaban. Los ojos de su hijo, aunque más jóvenes, más opacos, estaban fijos y fríos. Claudio humedeció sus labios con la lengua. Pero fuera lo que fuese lo que trataba de decir, se lo calló.

—¿Quién —gritó entonces el viejo Efraín— tiene más derecho en esta mesa?

Claudio bajó lentamente la cabeza, rindiéndose. Efraín quedóse parado, mientras la señora Claggett, imperturbable y modesta como siempre, dando la sensación de tomar a broma el capricho de su amo, se sentó a la izquierda de éste.

—¡Listo!... —dijo el anciano—. Despeja la mesa, Andrews; trae el pavo. ¡Dios bendiga mi alma!... Puede ser que ahora podamos comer en paz...

Inmóvil, Reuben Hardcastle permanecía sentado, sumido en mística comunión consigo mismo, ausente tal vez mil millas, en pensamiento, de la escena que acababa de terminar. Esperaba cualquier cosa que pudiera pasar..., y en cualquier momento que pasase... Y Amy Shaw, de veinte años, hermosa, con toda una vida por delante, apasionadamente amada por dos hombres, le envidiaba...

CAPÍTULO II

Parecía a Amy que la cena era interminable. Y con seguridad, no era la única en la mesa que tenía esa impresión; al fin, el inevitable y nutritivo pastel de calabaza fue servido; el negro café, amargo y fuerte; las nueces. Y la cena terminó.

Nuevamente los comensales esperaron una señal del viejo Efraín, quien con dedos temblorosos tomó un pedazo de pavo, que había reservado al pie de su alta copa de agua, y por encima del brazo de su silla dióselo a Patsy, que lo aguardaba. La *terrier*, con un extático sacudimiento, paróse en dos patas y engulló el trozo en un santiamén. Un suspiro recorrió la mesa. Andrews esperaba al lado del viejo Efraín: por fin éste lo asió del brazo para levantarse. Acto seguido abandonaron el comedor en la misma forma que habían venido; el anciano, refunfuñando y regañando; Andrews, no dando señales de respuestas mudas o habladas; Patsy, relamiéndose aún por el pavo, le siguió, pero no sin dejar de echar unas miradas retrospectivas, para ver si algún otro había reservado algo.

La señora Claggett fue la primera en levantarse. Con su acostumbrada y tranquila modestia, se había retirado a la despensa, antes que el viejo llegara al vestíbulo.

—Bien, ¿y ahora qué? —dijo Harriet Hardcastle arreglándose el corpiño.

Pero ya lo sabía. Siendo un día de fiesta, el grupo iría, como de costumbre, en masa del comedor al salón de recepciones.

Solamente Hilary Peters tenía una excusa legítima para retirarse. Besó rápidamente a su madre y salió con visible prisa. Amy se demoró en el vestíbulo, esperando cambiar unas palabras sobre el estado de Phoebe, mientras él se ponía el abrigo, pero finalmente no se animó a retenerle. Cuando llegó al salón, la mayoría ya se encontraba allí. La sala estaba

inundada de luz. Al entrar, cada uno sentíase poseído por el deseo de apretar un botón y apagar las luces. La gran araña de cristal, en el centro del cielo raso, lámparas al costado, sobre los paneles de la pared; lámparas de mesa y de pie iluminaban todos los detalles del moblaje.

Las pesadas colgaduras de satén damasco, enlazadas a un costado de las grandes ventanas de delicados ventanales venecianos, los extravagantes nichos en las paredes, el piano de caja de ébano, las tiesas sillas y los canapés de otra época más aparatosa —aquéllas ya no tan tiesas, porque el tiempo habíalas gastado—, el rico y brillante oro de su tapicería...

Secos leños ardían en el amplio hogar, con chisporroteos y estallidos. Claudio estaba sentado en una poltrona cerca del fuego. Parecía hallarse en un estado próximo al colapso cuando se dejó caer allí después de comer; el color de la piel de su rostro era más pálido que nunca; sus ojos sombríos, su alta y ancha frente y aun sus cabellos, encontrábanse húmedos por la tensión. Tenía su lisiada pierna izquierda rígidamente extendida. La abrazadera de hierro era visible en el extremo del zapato, mientras la pesada y nudosa caña que le servía de bastón descansaba al alcance de su mano. Pero un rasgo de animación se pintó en su rostro tornando sus ojos vivaces, aunque sólo con el brillo codicioso de los Hardcastle, mientras balanceaba una daga en la palma de su amplia mano. Tenía ésta una buena hoja de acero, mango cincelado y enjoyado y, al parecer, de oro puro.

—Hijo mío, esto es... hermoso —dijo lentamente—. Verdaderamente, estaré orgulloso de agregarlo a mi colección. ¿Dónde lo has encontrado?

—No puedo decir precisamente que lo encontré, padre.

Henry, que se había retirado unos pasos después de hacer el obsequio, retornó al lado de su padre. La alfombra, de un tono verde originariamente, pero borrado ahora por el tiempo aún más que el oro de los cortinajes y tapices, era de terciopelo, de pelos tan largos que ahogaban los pesados pasos, de modo que para llegar hasta él atravesó el salón sin hacer el más leve ruido.

—Me la regaló un viejo indígena de una aldea del Perú, situada en las montañas. Estábamos siguiendo una huella, cuando fuimos sorprendidos por un violento huracán. No pude entender bien lo que me dijo, pues hablábamos con signos. Aun nuestro intérprete estaba desconcertado por su charla políglota.

Era al mismo tiempo hermoso y triste ver a estos dos hombres juntos. Parecía que toda la vida que se había negado a Claudio brotaba en su hijo, tan alto, erguido y vital. Era como si, para compensar las escasas posibilidades que tenía su padre de moverse, viajase siempre a los más alejados rincones de la Tierra.

—Creo que esta daga es española y no indígena.

Quentin, tan silenciosamente como Henry, se había agregado al grupo que dialogaba.

—Cierta vez he visto una muy parecida en un museo de Sevilla. Posiblemente alguno de aquellos viejos exploradores españoles la trajo consigo. Quizá el mismo Cortés. ¿Estuvo en el Perú?

—Creo que fue Pizarro.

Philander Peters dejó el periódico que había estado leyendo, de tal manera que mostraba la página de finanzas, y se unió al grupo, tomando la daga de las manos de Quentin y, ajustándose los anteojos sobre el puente de la nariz, la inspeccionó curiosamente.

—Pregunten a Reuben; él debe de saber —sugirió—, si es que pueden lograr que

oiga. Cada día está más sordo. Henry, ¡mira! ¿Sabías que el rubí o granate, o lo que sea, se halla flojo en el mando?

—No, no lo he notado —observó el arma y agregó—: Tienes razón. Haré que lo ajusten. Amy, ¿no quieres verla?

Amy sentóse sobre el bajo brazo de la poltrona en que se hallaba Claudio. En ese momento el viejo Efraín roncaba acompasadamente al otro lado del hogar, y a la joven parecía que Claudio era el más necesitado de compañía.

Cuando Amy se sentó a su lado, la obsequió con un bonito cumplido a su manera, diciendo que el dorado tafetán de su vestido, cuyas faldas llegaban hasta el suelo, hacía juego con el tono damasco de las sillas, y resaltaba alegremente sobre el fondo verde de la alfombra, al mismo tiempo que sentaba muy bien a sus ojos y cabellos castaños.

Al dirigirse Henry a ella, Amy echóse hacia atrás.

—¡Por favor, no! No me agradan esas cosas —exclamó extendiendo sus manos hacia adelante.

Cierta vez, siendo niña aún, mientras molestaba en la cocina, se había inferido un profundo tajo en un pie, al caerse un cuchillo de trinchar. Desde entonces, los bordes afilados, el cortar carne, la sangre, causábanle un profundo horror, Harriet, que la consideraba tonta en algunas cosas, riéndose de ella, se acercó para tomar la daga, pero Henry dióle la espalda, de modo que ésta, para lograr su propósito, trató de arrebatársela. Al proceder así, el rubí se soltó del todo. Fue así como cuando abrió sus manos blancas y fuertes, yacía en una de ellas, brillante como una gota de sangre.

—¡Hum! —dijo—. ¡Hum! Un rubí... ¿Se dan cuenta ustedes?

Al instante devolvió la daga a Henry, pero no el rubí. Éste se hallaba aún en sus manos cuando abandonó la sala, haciendo, al pasar por la puerta, que las doradas cortinas se agitasen como abanicando.

—¡Ven aquí! —protestó Henry, dándose cuenta demasiado tarde de lo que había sucedido.

—No ha cambiado mucho tu hermana en los dos años que te has ido, ¿eh?
—bromeó Quentin.

—¡Sobre todo, su imperturbable tranquilidad!

Henry dejó caer al descuido la daga sobre la poltrona, saliendo apresuradamente en persecución de Harriet.

—¿Qué sucede? —interrogó Cecil Montgomery.

Éste era bastante tonto cuando estaba en sus cabales. En ese momento estaba ya algo, quizá bastante, borracho. Colocó un vaso para whisky sobre la mesa que se hallaba a su lado, y se paró cuidadosamente, apoyando sus piernas contra la silla hasta asegurarse de que le soportaban, y se dirigió tambaleante hasta la poltrona. Al llegar allí tomó la daga, y haciendo correr un dedo por el filo de la misma, arriesgadamente, pero sin sufrir el más leve daño, puso de relieve su pericia en el manejo de dichas armas.

—¡Oh! Afilada, ¿no? Hermosa cosita para tener a un costado, pero no *en un costado*. ¡Misericordia! ¡No!

Su tonta risa repercutió en el incómodo silencio que produjo su ocurrencia, pero no se molestó por esa falta de aprecio.

—Veamos si corta.

Irresponsablemente arrebató una hebra de la lana que asomaba en la bolsa de tejido de Myra Peters. Myra siempre estaba ocupada en algo que apodaba «trabajo ornamental».

—¡Por Dios, Cecil! —gritó.

Pero sin comprensión alguna, sordo a la súplica, Cecil cortó el hilo. Sus modales eran los de un armero probando el filo de una navaja.

—Hombre, ten cuidado con lo que estás haciendo —irrumpió Claudio al ver que Myra cruzaba los brazos en actitud defensiva sobre su labor—. Sería bueno que le quiten esa daga antes que lastime a alguno. Amy querida ¿quieres hacerlo? Ponía en el cajón de esa mesa, por ahora.

Amy se levantó al instante y abrió el cajón de una mesa situada detrás de la poltrona en que se hallaba Claudio.

—Yo lo haré por ti, si no te agrada tocar el arma —ofrecióse Jacob Detjens, que había estado sentado durante toda la escena en un banquito frente al fuego, contemplando sombríamente las llamas. Podría decirse que no oía o que le aburría hasta la insensibilidad lo que estaba presenciando. Pero Cecil no quería entregar el juguete. Hizo un movimiento brusco para alejarse, olvidándose de la inseguridad de sus piernas, y se tambaleó de tal manera, que la daga, liviana y bien equilibrada, voló de sus manos como arrojada, y fue a caer, casi sin hacer ruido, a los pies del viejo Efraín, que muy probablemente no hubiese despertado, a no ser por la pequeña *terrier*, que dormitaba, como de costumbre, con la cabeza y parte de su cuerpo cruzados sobre los pies del anciano. Ésta dio un repentino salto y comenzó a ladrar.

—¡Eh! ¿Qué sucede? ¿A quién ladras, Patsy?

Efraín se incorporó bruscamente.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué están ustedes mirando? ¿Qué le sucede a Patsy?

Amy avanzó rápidamente, colocándose entre el viejo y los demás.

—No es nada, nada absolutamente, abuelo Hardcastle... —le aseguró—. Alguno dejó caer algo y el ruido despertó a Patsy. Eso es todo. ¿Quieres que ejecute algo para ti? ¿Qué deseas esta noche? ¿Chopin? ¿O Mozart esta vez?...

Voluntariamente, pero esforzándose, empujó la silla del viejo hasta ponerla frente al piano. Los dorados volados de su vestido cubrían la daga, que con su afilada hoja seguía apuntando a la espalda del viejo Efraín.

El anciano, que amaba la música, pero cuyas hijas jamás sintieron la más leve inclinación por la misma, a pesar de los bien cotizados profesores que se habían tenido, comenzó a entonar, desafinando en las notas altas.

—Ejecuta eso —dijo—, y trata de sentarte derecha, no encorvada. Las jóvenes de mis tiempos jamás lo hacían.

—Muy bien, señor abuelo —dijo haciendo un cortés saludo para mantener distraída la atención del anciano de aquellas pocas pulgadas de brillante metal engarzado—. El concierto comenzará al instante.

El piano era un hermoso instrumento de ébano; a su costado, la luz de la lámpara de pie hacía fluir delicadas fantasías del nácar incrustado sobre la satinada madera. Las teclas de marfil estaban amarillas por los años y producían un sonido claro y dulce bajo la suave presión de su ejecutante. Efraín movía la cabeza al compás y su mano derecha batía una imaginaria batuta. En cierto momento que Amy vaciló, gritó agudamente:

—¡Sigue, sigue! ¡No te retrases!

Amy concluyó la *Fantasía en do*. Sus dedos, sin embargo, corrieron suavemente sobre el teclado, en una indecisión melódica, para arrancar finalmente con la *Pastorale varie*.

Las manos del anciano, habiendo agotado su débil fuerza, colgaban en descanso. El abuelo inició luego un cada vez más pronunciado balanceo de cabeza, hasta que ésta,

finalmente, descansó sobre su pecho. Amy continuó ejecutando delicadamente, siendo la música un placentero acompañante de sus sueños. Apenas se percató de que una mesa fue arrastrada a sus espaldas, de personas acomodándose alrededor de la misma, del chasquido de los naipes, del bajo cuchicheo de Jacques. A continuación reinó un pesado silencio, seguido por un agudo *stacatto* de palabras al hacerse las apuestas.

Primero llegó a sus oídos el tono metálico y apagado de Harriet. Entonces hizo conjeturas pensando si habría devuelto el rubí y qué estaría haciendo Henry en ese momento. Deseaba hallarse con él y no encadenada al taburete. Experimentó un verdadero sobresalto cuando reconoció su profunda voz diciendo decididamente:

—¡Dos corazones!

Sabiendo cómo él odiaba el *bridge* antes de su viaje, no podía imaginarse cómo lo habían arrastrado a una partida, habiendo transcurrido tan escaso tiempo desde su regreso.

No se sorprendió, sin embargo, al escuchar, a renglón seguido, el acento truculento de Quentin. Era éste un vicioso del *bridge*, a quien no podía curar ni siquiera el monto de sus cuantiosas pérdidas. Jack era el cuarto jugador. Eso era bueno, pues podía echar aceite sobre el agua en caso de que ésta se pusiese turbulenta. Los Hardcastle tomaban en serio hasta los naipes, y hallándose tres de ellos en la mesa, era seguro de que se producirían cambios de palabras. Amy golpeó una tecla con impaciencia, y el viejo Efraín abrió sus ojos sobresaltados.

—Bien —dijo irritado—. ¿Por qué te detienes? Estoy escuchando. Continúa. Toca algo más.

Amy, cuyos dedos no habían dejado de moverse, continuó ejecutando automáticamente, hasta que el viejo la interrumpió: con brusquedad:

—¡Vete! —le ordenó con ira.

Sorprendida, Amy giró sobre el taburete. Andrews entró en el salón, pero en lugar de ir hacia Efraín se dirigió hacia la mesa de juego y dijo algo a Quentin. Éste frunció el entrecejo y extendió naipes. Andrews se dirigió al anciano.

—Es hora de acostarse, señor —dijo en tono conciliatorio.

—Tu reloj anda mal —protestó el anciano.

Pero Andrews, sin hacerle caso, se inclinó, colocando sus manos en las axilas del anciano.

—Andrews tiene razón, padre —manifestó Harriet, y expresó lo que ella misma sentía al agregar—: Son las nueve en punto, y has tenido un día agotador.

—Ten la lengua, mujer —estalló su padre—. ¿Quién requirió tu opinión? Siempre entremetiéndote... He tenido un día cansado, ¿no? ¿Quiénes tienen la culpa? Un grupo de ingratos... Está bien, Andrews. No me arrastres. Me iré, contento de alejarme de ellos. Sigue tocando, Amy. Eso me ayuda a subir las escaleras. Pero acuérdate: no tardes con mi vaso de leche. A las diez en punto, ni uno más, ni uno menos.

El encorvado anciano, recostado pesadamente sobre su sirviente, dio algunos pasos, arrastrando los pies, y luego, vuelto, apuntó con su bastón, que reproducía el temblor de sus manos, a varios de los presentes, como si estuviera disparando un arma al azar. Amy, acostumbrada a las malhumoradas «buenas noches», seguía tocando, lo que ayudaba a aplacar un poco el odio del anciano. Siete pares de ojos vigilaban su retirada, y en cada uno de ellos se reflejaba una pasión diversa: odio, temor, disgusto... Siguiéronle en su lento avance a través del vestíbulo, en su débil tanteo por el primer peldaño y su gradual esfumación en las tinieblas. Sólo cuando se perdió de vista por completo volvieron a la realidad. Cecil se sirvió una fuerte dosis de whisky, Philander, recogió sus esparcidos

periódicos, Myra recuperó su «punto» perdido y Claudio aflojó su retorcida e infortunada pierna, acomodándola en otra posición. En la mesa de juego, Jack tomó la baraja, y en un rápido movimiento malabar extendió las cartas ante sus ojos, en fulminante semicírculo; Harriet tamborileaba los dedos impacientemente por la dura madera de la mesa, y Henry, después de trazar unas líneas en una pequeña hoja de papel, se levantó, encaminándose hacia el piano. Amy, viéndolo llegar, comenzó a ejecutar un trozo alegre, para seguir el compás de los latidos de su corazón. Henry se detuvo cerca de ella, en el sitio donde la daga había caído. Pero ésta había desaparecido misteriosamente.

De lo único que pudo enterarse Amy fue que Henry se hallaba sentado a su lado, de espaldas al piano, y que le tomaba las manos.

—¿Tocarás el piano toda la noche? —inquirió.

—Es mejor que me dejes concluir —dijo ella, apartando las manos y sintiendo aumentar su turbación, pues Henry la miraba intensamente—. ¿No estás jugando a los naipes?

—Sabes que no me interesan. Sólo acepté jugar unas manos para estar cerca de ti. Querida, no he podido hablar unas palabras a solas contigo en todo el día. Voy a tener que tomar medidas si esto sigue así. ¡Maldito sea! Me están llamando.

Al levantarse dejó caer un papelito doblado en el regazo de Amy, que continuaba tocando, lo que la hizo equivocarse. En los últimos compases había una coda, que aprovechó Amy para detenerse y recoger el recado, escondiéndole sin leerle, pues el doctor Woodruff apareció en la puerta del salón para despedirse.

—Estuve en el piso de abajo con Reuben, mirando su bonito cuarto oscuro y la nueva cámara Leica que ha adquirido. Es realmente notable. Debería presentar algunos de sus estudios en la Exposición Nacional de Amateurs. No me digan que no se habían dado cuenta de nuestra ausencia. No se levanten. Me retiro. Ya conozco el camino.

Pero Amy, recordando haberle pedido cierta medicina para el viejo Efraín, abandonó el piano y se dirigió hacia él para reclamársela, en caso de que se hubiese acordado de traerla.

—Sí, la traje —dijo—; la puse sobre esa mesa antes de quitarme el abrigo. ¡Por San Jorge! No está. Yo pensé...

Revisó sus bolsillos, se volvió a quitar el abrigo y lo revisó cuidadosamente. Como el lugar se hallaba un poco oscuro, los dos tantearon simultáneamente la mesa. Encendieron las luces y comenzaron los fútiles movimientos usuales de buscar algo que no se encuentra por ningún lado. Philander Peters, oyendo el murmullo de sus voces, se llegó desde el salón para ayudar en la inútil búsqueda. Parecía imposible, pero la caja había desaparecido.

—Y se aproxima la hora —dijo Philander por último, dirigiendo a Amy una mirada que revelaba conocer los trastornos que ocasionaría la falta del remedio en el ánimo del viejo—. Será mejor que me retire con el doctor y me apresure a traer una nueva caja. En dos saltos estaré de vuelta.

Amy se oponía a que fuese, pero él insistió.

Aunque el trayecto hasta el Grand Boulevard era corto y el doctor se ofreció gentilmente a llevarle en auto, la breve caminata de regreso era muy peligrosa para cualquiera que se viese obligado a realizarla, pues existían todas las posibilidades de que Philander, o quien fuera, resbalara y se quebrase algún hueso. Pero Philander no quería permitir que el doctor esperase que prepararan la receta para traerla nuevamente con su auto.

Caminar era precisamente lo que necesitaba, y cuanto más mejor, después de

semejante cena. Además, era imposible dejar al viejo Efraín sin su medicina para dormir, aunque en realidad no la precisaba.

Amy estuvo de acuerdo con ese argumento. Sabía que había quedado una sola tableta en la casa, que el anciano la tenía en su habitación.

Sin embargo, miraba constantemente y con ansiedad el reloj, mientras duraba la ausencia de su tío, preocupándose también del peligro que corría al transitar por los senderos helados, así como de la disconformidad del anciano si no cumplían su orden a las diez en punto.

Apenas quedaba un breve margen de tiempo para dar debido cumplimiento, cuando oyó a Philander en el vestíbulo y salió a su encuentro para recibir la medicina.

Luego fue directamente del vestíbulo a la cocina, donde esperaba el vaso de leche que el anciano tomaba al acostarse, como de costumbre, en la heladera.

Allí lo encontró, y apenas había cerrado la puerta de la misma, cuando un ruido a sus espaldas la hizo sobresaltarse de tal manera, que no se rompió el vaso por milagro. Lo puso en seguridad sobre la mesa que se hallaba a su lado, y diose vuelta rápidamente.

—Jake —dijo agudamente—, me has asustado. ¿No estabas jugando a los naipes?

—Todo concluyó, mejor dicho, explotó la reunión —dijo arqueando sus rubias cejas y las comisuras de la boca cómicamente, agregando—: ¿Acaso no terminan siempre de jugar en esa forma violenta? Hoy mi padrastro Quentin no interpretaba las finezas de Harriet. Esa muchacha parece que tiene algo esta noche. Está mucho más agresiva, quiero decir, más insoportable que de costumbre. ¡Oh, inaguantable Harriet!

Él se acercó.

—Vamos, querida —dijo—; abandonemos este lugar. Estás muy bonita y ese traje es tan lindo que debes lucirle. El *Chase* tiene un lindo programa esta semana. Podemos bailar.

—No seas tonto —dijo Amy—. ¿Has olvidado el mal tiempo? Echarás a perder el hermoso coche nuevo que tienes si le usas en una noche como ésta.

—No trates de huir —la tomó por los brazos—. Has estado huraña todo el día. Huraña y esquiva. ¿Te he hecho algo? ¿O es por... Henry?

—Pero..., Jake...

—Así que es por Henry... Te gusta más que yo.

—Jacob Detjens no es como tú dices.

Amy se dijo a sí misma que en realidad no era así.

—¡Magnífico! Me alegro de oírlo. Pero no me llames Jacob Detjens o te besaré —con destreza la hizo darse la vuelta y la acercó hacia él—. Di Jake ahora, y dilo dulcemente, o lo lamentarás —dijo sacudiéndola suavemente.

—¡Oh, Jake! —murmuró riéndose, y agregó—: Mi querido tontito...

La rodeó con sus brazos y descansó su mentón sobre el cabello de Amy, besándola con suavidad, aún semibromeando, según pensó Amy.

—Acepto lo de tontito por el placer de ser llamado querido —dijo Jake—. Tú eres mi niña. ¿No lo eres, Amy? Nos comprometeremos, terminando con ese triste impedimento.

Amy paseó su vista por la estancia, descorazonada, buscando la manera de decirle que, aun cuando desaparecieran los impedimentos, nunca podría casarse con él. Le gustaba, pero sin estar totalmente enamorada; al mismo tiempo, siendo su amiga, con su natural delicadeza femenina, no quería herirle con la verdad.

—Querido Jake —dijo—, como están las cosas actualmente, no puedo

comprometerme con nadie, y tú sabes por qué. A veces siento deseos de que te alejes y encuentres otra mujer que te haga feliz.

—No, mientras tú alientes. No habrá otra mujer para mí, Amy.

—No bromees —dijo tratando de soltarse—. Y no me entretengas más. Ya he tardado bastante. ¡Escucha!...

Un fuerte ruido llegó desde afuera, como si los escalones de piedra hubiesen sido golpeados.

—Ahí está el sereno. Suéltame o le llamaré.

Naturalmente que bromeaba, pero Jake se enderezó y la soltó. Libre del abrazo, Amy recogió el platillo para el vaso de leche y se retiró apresuradamente, dejando que Jake se consolase de la mejor manera posible.

Detúvose antes de subir las escaleras. Podía ser una buena idea llevarle al viejo una revista para que se entretuviera en la cama. Recordó haber visto una nueva revista geográfica sobre una mesa, en el salón, y sabiendo que era su predilecta, volvióse para recogerla. Como era de esperar, algún otro la había cogido primero y quién sabe dónde la habría vuelto a dejar, pero alguien le indicó que la podría hallar en el solarío. Con prontitud, para compensar la nueva demora, Amy colocó el vaso de leche en una repisa y se dirigió al lugar indicado. Por fin encontró la revista, y volvió con ella sin detenerse para hablar, ni siquiera con Henry, tratando de indicarle que aún conservaba su nota en el pañuelo, que llevaba, a su vez, guardado en la manga del vestido.

Su exasperación fue completa cuando al volver al salón de recepciones el vaso de leche había desaparecido. El platillo se hallaba allí, pero el vaso no. Fue Cecil quien, con gran hilaridad por su parte, la puso al corriente de lo que había sucedido.

—Reuben le tomó —dijo con su risa tonta—, yo se lo permití. ¿No se habrá sorprendido? Pensó que tomaba agua de cocos.

Cecil ignoraba dónde había ido Reuben con el vaso. Lo había visto llegar de su estudio, situado en la planta baja del edificio, y posiblemente había retornado a él.

Amy consultó rápidamente su diminuto reloj de pulsera. Eran las diez en punto. Despreocupándose de todo, corrió hacia la cocina por otro vaso de leche. No sería el vaso habitual del anciano, Efraín, y ello seguramente traería aparejado un disgusto, pero no había otra alternativa.

Balanceando peligrosamente el platillo con el vaso y la pequeña caja de tabletas sobre éste, en una mano, con la revista geográfica apretada bajo el brazo, recogió sus faldas con la mano libre y comenzó a ascender las escaleras para ir al segundo piso. El vaso estaba colmado y sus largas faldas la molestaban, pero ascendía con seguridad, hasta que llegó a una curva de la escalera, en la cual había un descanso, y en la pared una pequeña ventana con reja.

La luz del vestíbulo se filtraba débilmente por esa ventanilla, alumbrando escasamente el lugar en que Amy se encontraba. Más adelante la oscuridad más completa había sentado sus reales. Apretando con más decisión la revista bajo el brazo, recogió aún más sus faldas y tanteó con los pies los escalones ascendentes.

El eco de un ladrido llegó a sus oídos débilmente desde la calle, como en respuesta a un resonante golpe del sereno con su bastón en la acera. El viento aullaba aún terriblemente y hacía golpear una ventana. Una corriente de aire fue a golpear en sus hombros, lo cual la hizo temblar con un escalofrío.

Ganando por fin el piso superior, tanteó ansiosamente en la llave de luz más próxima, haciéndola girar, pero no se produjo luz. ¿Por qué las lámparas se queman

siempre en momentos tan inoportunos? Pero divisó una luz mortecina que provenía de la ranura inferior de la entrada del dormitorio del viejo Efraín, que se hallaba en la parte final del vestíbulo, directamente opuesta a la cabecera de la escalera. A través de una ventana se filtraba también el pálido reflejo de una lámpara callejera.

Halló al viejo, como era de esperar, en un estado de ánimo muy irritado. Todavía recordando sus penas, renegando por el hecho de que había habido trece personas en la mesa, y porque Andrews había derramado la sal, protestando, además, contra el viento.

Amy colocó el platillo con el vaso en una mesita, al lado de la cabecera de la alta cama. El anciano yacía con la cabeza apoyada sobre dos almohadas, puestas sobre el respaldo, recargado de relieves ornamentales. Todo el mobiliario de la habitación era oscuro y macizo. Contra una pared un ropero casi alcanzaba el cielo raso, como también un escritorio en un apartado rincón cerca de la ventana. Dos sillones con almohadones podían hacer pareja junto a una estufa con marco de mármol marrón. Había asimismo una mesa cubierta con mármol del mismo color. Se hallaba cerca de uno de los sillones. El escritorio y la mesa estaban recargados de papeles y anotadores.

El viejo Efraín se había ajustado alrededor del cuello el echarpe que usaba siempre en el lecho, pero esta vez visiblemente ceñido.

—Te has retrasado —protestó—. Son más de las diez.

—Lo siento, abuelo.

—¡Hum!... ¿Qué te detuvo?

—El doctor Woodruff olvidó traer tus tabletas para dormir, y tío Phil tuvo que ir a buscarlas.

—¡Hum!... No lo creo. El doctor Woodruff nunca se olvida. Apostaría que las tabletas han desaparecido.

—Todavía queda una en la caja vieja —dijo Amy con calma.

—Bueno, tráela. ¿Para qué abrir una nueva caja cuando aún hay en la otra? Bien, ¿qué esperas?... He tenido un día agotador.

—Quizá la comida fue algo pesada —sugirió Amy.

—Al contrario. Mi malestar se debe a los que me rodean. Bueno..., ¿qué esperas?

Amy había abierto un cajón de la mesa de noche y puso en él la caja que había traído, quitando la similar que, como dijera, se hallaba semivacía. Luego colocó la tableta que quedaba en el vaso y esperó que se disolviera.

El anciano no dejaba de observarla. De pronto se sentó bruscamente y, apuntando con un huesudo dedo, exclamó:

—¡Ése no es mi vaso!... —y luego repitió, esta vez más fuerte—: ¡No es mi vaso!...

—¡Chist, abuelo! No te destapes. Acuéstate, por favor. No pegarás los ojos en toda la noche.

Amy consiguió calmarle.

—Bueno, ¿pero dónde está mi vaso? ¿Quién le rompió?

—Nadie, no le han roto. Le dejé en el salón mientras buscaba una revista para ti, y tío Reuben se lo llevó. Para evitar una discusión fui a buscar otro. Pensé que no importaría..., al menos por esta noche.

—¡Reuben! —el anciano pronunció este nombre con marcado desdén—. ¡Tenía que ser Reuben! Y Dios me lo envió como hijo... ¡Oh, Señor!, ¿qué habré hecho para que esta maldición...? ¡Bah!... Alcánzame la revista y dame la leche.

Al oír la palabra leche la perrita blanca de Efraín se levantó y fue a apoyar las patas delanteras en el borde del lecho, brillándole los ojos y su rosada lengua colgando a un lado

de la boca.

—No, señorita —dijo Efraín con suavidad—. No te daré ni una gota. ¡Golosa!

Patsy no se ofendió y agitó la cola en cordial respuesta a la indicación de su amo, dirigiéndose entonces a su canasto de dormir. Se acurrucó en él, pero manteniendo la mirada vigilante y vivaz sobre lo que acontecía.

—La luz me da en los ojos —quejóse colérico el anciano—. Da vuelta a la tulipa.

Sobre la mesa, cerca de la lámpara, se hallaba el retrato en miniatura de una mujer de rostro bondadoso. El viejo lo levantó, sosteniéndole entre los dedos temblorosos durante algunos momentos, antes de colocarlo nuevamente en su lugar.

—Una buena mujer —dijo alterándosele perceptiblemente la voz. Una o dos gotas de leche corrieron suavemente por su mentón—. Mi esposa... Agnes... Dulce y pura. ¿Por qué será que ninguno de nuestros hijos ni siquiera vale el trabajo de matarlos? Quizá si ella hubiese vivido... ¡Quién sabe!... Una jauría... Eso es lo que son... Nada les importa, excepto mi dinero... Mi dinero... ¿Crees que no sé que me odian?... Pues bien, lo sé... —su voz cobraba vigor a medida que montaba en cólera—. Desde el primero al último sólo desean verme enterrado, pero ya verán... Viviré mucho tiempo... Cuando muera, no tendrán un centavo... Ni Quentin, con sus deudas. Ni Harriet ni el tonto de su marido. Claudio y su hijo bastardo... ¡Ja!... ¿Por qué crees que regresó Henry?... ¡Dinero!... Eso es el porqué... Con la idea descabellada de explotar una vieja mina de cobre, con mi dinero... Dijo que pensaba que yo daría a su padre la parte que pueda corresponderle de mi fortuna, para alegrarme al desembarazarme de ambos. Le pregunté qué le hacía tan seguro de que Claudio tuviese una parte o si la hubiese gastado tiempo atrás... ¡Ja, ja! ¡Así lo embromé! ¡Mina de cobre! ¡La mina es mi dinero..., y será mía hasta que muera! Amy, si alguna vez tienes dinero, lo comprenderás. No confíes en nada ni en nadie.

Las decrepitas manos asían el vaso como si fueran garras.

Amy retrocedió con repugnancia, a pesar de la compasión que sentía por él, y murmuró:

—Yo no quiero el dinero de nadie.

—¡Bah, bah! Eso no tiene sentido. Todo el mundo precisa dinero. Tú eres joven. Crees que el amor lo es todo, ¿eh? Henry y Jake te cortejan. ¿Nunca te has detenido a pensar el porqué?... —dijo emitiendo unos chasquidos maliciosos con la lengua; Amy no respondió—. Jake —continuó— es un granuja audaz. No te dejes deslumbrar por su brillante cabello y su hermoso bigote. Desconfía de él. Desconfía de Henry también... Desconfía de todos, sean hombres o mujeres. Haz como yo, que sólo confío en Jerushy Claggett. Si algo sucede, Jerushy debe saberlo. ¡Jauría de lobos!

Entregó el vaso vacío a Amy, echó una nueva mirada al pequeño retrato y hundió la cabeza en las almohadas, murmurando mientras cerraba sus ojos:

—Estoy cansado... Muy cansado. No me dejes.

Sus palabras apenas podían oírse. Amy no se animaba a moverse, temiendo molestarle con algún ruido, provocando nuevamente sus enconos. Le contempló hasta comprobar que el rostro del anciano perdía toda animación y sus manos se aflojaban sobre la colcha. Segura entonces de que se había dormido, encendió un pequeño velador, apagó la luz principal, echó una mirada a Patsy, que se había acomodado para dormir, y abandonó la habitación de puntillas.

CAPÍTULO III

Dos horas más tarde, Amy, suponiendo a todos los de la casa en la cama y dormidos, descendió nuevamente por la escalera principal para cumplir una cita con Henry en el salón de recepciones, pues en la nota que había dejado caer en su regazo, se leía, en letras muy descuidadas por la rapidez con que habían sido escritas, lo siguiente: «Queridísima Amy: Cada minuto que permanezco en esta casa se me hace más insoportable, especialmente desde mi disputa con el viejo esta mañana. Me iré cuanto antes, pero no sin ti. Necesito verte a solas esta noche. Por eso, querida, espero angustiosamente que no faltes.»

Leyendo y releendo esas líneas en su habitación y tratando de llegar a una decisión sana y sensata, habían transcurrido las dos horas. Antes de esa tarde, Amy podría haber asegurado que ya tenía la respuesta, pero ahora Jake y el abuelo Hardcastle habían hecho surgir en su espíritu enamorado dudas terribles. No debía permitir que el corazón privase sobre la razón y la sensatez. En cuanto a lo demás, esperó tranquilamente a que la casa se hallase sosegada, y eso sólo era posible al hallarse todo el mundo sumido en el descanso. Mientras bajaba las escaleras pensó que reinaba mucha calma en el ambiente y que los suspiros del viento y el chirriar de una tabla floja hacían un contraste demasiado pronunciado.

Henry reunióse con ella en el pórtico del salón, y abrazándola al instante le declaró su amor y le pidió que se casase con él.

Entre los brazos de Henry, Amy perdió su resolución de ser razonable y sensata. Durante dos largos años había soñado ansiosamente con ese instante.

—Nos casaremos por la mañana, tan pronto como el registro civil abra sus puertas y podamos obtener nuestra licencia —dijo apretándola contra sí.

—¿A qué hora será? —preguntó Amy como en un sueño.

—A las ocho y media o las nueve; no lo sé. Estaremos allí cuando abran las puertas. Amy desaprobó con la cabeza.

—El abuelo Hardcastle no estará aún despierto.

—¿Y eso qué importa? Nos casamos nosotros, no él...

Amy se echó a reír y dijo:

—Naturalmente, querido; pero tendría que decidirlo él primero...

—¡Eso nunca! —replicó él con exaltación.

Entonces, como Amy no respondía, la rodeó nuevamente con sus brazos, mirándola con fijeza. Sus ojos estaban brillantes, sus mejillas rosadas, sus cabellos desordenados, pero había tal firmeza en su mentón y en su boca, que Henry comprendió inmediatamente que era sincera en su determinación.

—Se levantará furioso y se opondrá a nuestro matrimonio —se quejó él—. Y a falta de razón valedera esgrimirá el arma de su voluntad omnipotente.

—Tendremos que esperar —respondió Amy— hasta que yo le convenza. Puedo hacerlo si me das tiempo.

—Le odio... —declaró Henry con vehemencia.

—No debes hacerlo... —imploró ella—. ¡Es tan viejo!..., ¡y está tan falto de afectos!... A nadie le importa su suerte, excepto a mí... ¡Ha sido tan generoso conmigo!... Todo se lo debo a él...

—Yo no lo llamaría generosidad. Ha hecho una prisionera de ti, joven y encantadora. Le odio, te lo confieso. Te tiene constantemente a su lado y siempre molestándote con órdenes... Hasta a veces de noche... Tú...

Colocó suavemente su mano sobre los labios de Henry para hacerle callar. Pero éste la tomó apretándola contra él, no bromeando o inoportuno como Jake lo había hecho, ni ardorosamente, como él mismo lo hiciera pocos momentos antes, sino de una manera brutal, en un arranque de pasión que infundía miedo. Amy luchó para librarse de sus brazos, pero él no la soltó, pidiéndole vehementemente que se fuese con él esa misma noche. Al negarse Amy, la apartó de él colérico.

—Elige entre el viejo y yo —dijo, y asiéndose al borde de la mesa que se hallaba detrás de la poltrona, quedóse mirando cómo Amy se alejaba escaleras arriba...

Corrió ésta hasta su habitación, sin preocuparse del ruido que hacían sus pasos, sin tener en cuenta que, debido a la tranquilidad reinante en la casa, podía despertarse alguien que la vería y sospechase algo.

Entró en su habitación, cerró la puerta tras de sí y apoyada de espalda contra la misma comenzó a sollozar. Fue entonces cuando oyó un gemido que provenía del exterior, agregado al rumor de un rasguño. Abrió la puerta. Sumida en la oscuridad del corredor se hallaba la pequeña perrita Patsy.

La recogió en sus brazos y continuó llorando, apoyando una mejilla en el lomo del animal; luego la colocó a los pies de su cama, para que pasase la noche allí, y se desnudó.

Sin embargo, cuando se halló entre las mantas, una rara inquietud no le permitía conciliar el sueño. Ordenando a Patsy que permaneciese quieta, se levantó, deslizó sus pies dentro de unas mullidas chinelas y, ajustándose el cinturón de su batón, se dirigió a la habitación del anciano Efraín.

La luz proveniente de la calle estampaba en sombras, sobre los vidrios de la ventana al final del corredor, las desnudas ramas de los árboles, sacudidas y retorcidas en forma caprichosa por la furiosa tormenta.

Con extrañeza notó que la puerta del dormitorio del anciano se hallaba ligeramente entornada. Empujando un poco más, se introdujo silenciosamente en la habitación. En ese momento Efraín murmuraba algo entre sueños. Parecióle distinguir las palabras *In nomine veritas*. Era el lema familiar, que el anciano pronunciaba a menudo. Escuchó atentamente, pero no oyó más nada. Un temblor en los párpados era el único signo de vida en su abuelo. Rodeada de una luz mortecina, se allegó hasta el lecho del viejo y le arropó delicadamente, retirándose luego por temor a despertarlo. Encaminándose hacia la puerta, recogió la canasta que servía de lecho a la fiel Patsy, y diose vuelta para reanudar su marcha. Al obrar así, una chinela se le enganchó en el dobléz de una alfombrita colocada frente a la puerta, deslizándose del pie. Su desnudo talón fue a posarse en algo que le pareció un pequeño guijarro. Extrañada, se detuvo y lo recogió. Aun en la luz mortecina, era rojo y reluciente. Reconoció al instante el discutido rubí que engarzaba el mango de la daga que había visto durante la cena, pero fatigada y absorta en sus propios problemas, apenas ligeramente sorprendida, lo guardó en el bolsillo de su batón, olvidándose de la piedra desde ese instante. Cuando por fin se durmió, horribles sueños vinieron a perturbarla.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente, muy de mañana, Amy, al pasar por el vestíbulo del segundo piso con la perrita en brazos, encontró a la señora Claggett cerca de la puerta del dormitorio del viejo Efraín. Antes de salir de su alcoba, Amy había echado una rápida ojeada a su rostro en el espejo, y observó con alarma las huellas dejadas por los sucesos de la noche anterior.

Asombróse un tanto al notar el aspecto singularmente sereno de la anciana ama de llaves, recordando que, como corolario de su actuación como ama de casa, la noche pasada había dirigido la limpieza de la sala y la de la vajilla. Amy, sin embargo, no había gozado del descanso hasta que el anciano patriarca de la familia se hubo acostado y dormido. En su rostro y en el cansancio de su cuerpo el esfuerzo había dejado huellas bien visibles.

—Buenos días —dijo, sin embargo, como si su recuerdo permaneciese ajeno a la cena de la víspera—; iba a echar una mirada al abuelo. Estaba muy intranquilo anoche. Por un momento pensé si la comida pudo haberle indisputado.

—No, no lo creo —dijo el ama de llaves—. Al pasar por la puerta me asomé y advertí que dormía profundamente.

—¡Oh! Entonces no le molestaré... Llevaré a Patsy a dar un paseo... La pobre tampoco ha pasado buena noche. La encontré gimiendo en el corredor... Pero ahora creo que está bien. Si el señor se despierta y pregunta por ella, dile que salió conmigo. ¿Lo harás?

—Sí, querida... Creo que Patsy se sentirá mejor tomando un poco de aire. La tormenta ha cesado...

—Lo sé... Ahora sólo hay niebla...

No bien Amy hubo traspuesto el umbral de la casa, la perrita comenzó a gemir como solicitando que la dejaran en el suelo. Amy se apresuró a complacerla, aunque no de muy buena gana.

—Te embarrarás las patas, pequeña —le reconvino—, y luego tendrás que darte un baño. Lo mismo me ocurrirá a mí por tener que cargar contigo. Aunque creo que nos hará bien salir y mancharnos... ¡Oh! ¡Mira!...

La noche anterior, durante la tormenta, el helado viento había girado hacia el Sur. El granizo se había derretido y sólo una ligera neblina flotaba en el ambiente. El rocío perlaba las desnudas ramas de los arces y colgaba como diamantes en el follaje perenne de los pinos; contorneaba, suavizándolas, las líneas austeras de las arcaicas y orgullosas mansiones que formaban el soberbio sitio señorial llamado *Vanderventer Place*. Pero lo que dejó sin aliento a Amy fue una suerte de espejismo allende los portones, donde los gigantescos edificios y cúpulas religiosas parecían flotar sobre el grisáceo banco de niebla, reluciendo levemente bajo el apagado reflejo del sol.

—Mira, Patsy —dijo Amy junto a los oídos del animalito—. Allí está el gran mundo. Ni tú ni yo conocemos cosa de él. Echa una mirada. Es posible que nos atropelle algún vehículo apurado... O quizá sólo nos perdamos un rato.

Esto último no era tan difícil, entre un gentío que se apodaba a sí mismo «menos afortunado» y que se escurría aceleradamente hacia esas cosas que se llaman «trabajo». Amy y Patsy se sintieron arrastradas inexorablemente por la impetuosa corriente de trabajadores. No se alejaron mucho, pero fueron detenidas en todos los cruces por las corrientes opuestas del tránsito. Sin poder considerar con exactitud el tiempo que había transcurrido desde la salida de la casa, se halló nuevamente frente a los portones del *Vanderventer Place*. Experimentó una extraña repugnancia al atravesarlos, e inmediatamente asaltó su mente el pensamiento de que sus problemas no se hallaban ni más

cerca ni más lejos de la solución que cuando se había ausentado.

Que tanto Henry Hardcastle y Jacob Detjens la hubiesen presionado aquella noche para que se casase con ellos, no la extrañaba. En los dos últimos años había creído empezar a amar a Jake. Anhelante de cariño y huérfana de afectos, encontró su amor apasionado, alegre y dulce, y lo aceptó. Debía ser sincera consigo misma. Había permitido que Jake creyera que se estaba enamorando de él y le había hecho concebir la ilusión de que algún día sería su esposa. La vaguedad, la falta de voluntad para fijar una fecha podían haber despertado en él ciertas dudas acerca de los sentimientos de Amy, pero ésta había dejado que las cosas corrieran por un camino que ya reconocía espinoso. Ansiaba ahora llegar a un entendimiento, pero siempre que éste contara con el beneplácito del anciano Efraín.

Eso era lo que constantemente le había repetido a Jake y, la noche anterior, al mucho más impaciente y desgraciado Henry.

Cuanto poseía en el mundo, incluso el amor de esos dos hombres, se lo debía al anciano. Éste era intolerante, arbitrario, tirano, pero la apreciaba, como ella sabía que era capaz de apreciar algunas otras cosas... Su dinero, por ejemplo...

Se había comportado pésimamente durante la cena, mas a pesar de ello, Amy sentía compasión por él. No era ciertamente envidiable saberse aborrecido y odiado hasta por sus familiares... Pero mientras no le dijese que era libre, mientras viviera, Amy consideraba que su primer deber y obligación eran para él.

Había sido completamente sincera al reafirmar esa resolución. No la había guiado ningún propósito de mantener a sus dos adoradores en la incertidumbre acerca de su decisión definitiva. Su problema ahora radicaba en que se hallaba ya segura acerca de sus sentimientos hacia Henry, y consideraba innoble por su parte permitir que Jake abrigase aún esperanzas. A pesar de todo, no dejaba de requemarle el alma el impulso apasionado e irreflexivo con que Henry la había urgido a ser suya esa misma noche. La pureza de su alma no comprendía un precio tan desproporcionado por un cariño que, a la postre, debía ser una bendición para ambos.

Éste era el complejo que trataba de resolver en los portones de *The Place* esa mañana, una bonita muchacha elegantemente vestida con una chaqueta de castor, acompañada de una perrita embarrada que la miraba inquisitivamente con ojos brillantes desde el extremo de la correa que la sujetaba.

Cualquiera que hubiese pasado entonces por allí habría pensado que se trataba de un transeúnte que se había detenido para observar curiosamente la adusta y soberbia portada.

Efectivamente, era una entrada digna de un palacio real. Portones de hierro forjado, que podían ser abiertos a voluntad, formaban barrera sobre las aceras, a cada lado de la arcada de piedra blanca de la pared principal. Un portón similar, muy pesado, que se hallaba abierto esa mañana, podía, al cerrarse, obstruir todo el tránsito. Un frontón de piedra, apoyado en pilares del mismo material, ostentaba grabado el nombre de *Vanderventer Place*, con la solemne dignidad de una inscripción monástica. Más allá de las verjas, la calle se bifurcaba alrededor de una fuente, dentro de la cual, durante el verano, un muchacho de piedra vertía agua en una taza poco profunda. En la actual temporada, la taza de la fuente se hallaba seca, y habían comenzado a recolectar las misceláneas invernales, constituidas por hojas secas, envoltorios de goma de mascar, colillas de cigarrillos y toda cosa que pudiese transportar el viento. Pasando la fuente, existía un camino central, bordeado de árboles, destinado a los automóviles.

Interrumpiendo sus cavilaciones, Amy, sin considerar el barro que tenía en las patas, alzó a la perrita, que tiritaba de frío.

Simultáneamente se oyó a sus espaldas el agudo y estridente silbido de un guardia de tráfico. Con un rechinar de frenos, de gomas restregadas contra el pavimento, y el sonar de una sirena de alarma, un sedán negro irrumpió cerca de Amy, salpicándola de barro. Amy reconoció el auto de la policía metropolitana y oyó la voz de un hombre que decía: «Vamos hasta el otro lado.»

Muda de sorpresa, quedóse un instante en suspenso, siguiendo con la mirada el coche policial que se alejaba velozmente. Un bombardeo aéreo no podía haber roto la majestuosa calma del lugar con más estridencia. Se detuvo un momento para limpiar las manchas que el lodo había dejado en su vestido, pero a medida que la sorpresa iba siendo reemplazada por un presentimiento, surgido impetuosamente, se irguió, y empujando la verja de hierro, echó a correr hacia la casa.

El coche negro ya había llegado a la meta deseada, descargando un grupo de hombres, antes de que llegase ella. Se hallaba estacionado entre la calzada y la entrada del camino para automóviles que conducía al frente de la casa, pues este último estaba ocupado por un cupé que Amy reconoció inmediatamente como perteneciente al doctor Woodruff. Un hombre se hallaba sentado en el interior del mismo, como esperando a alguien, pero Amy no se detuvo, en su apuro, por saber quién era.

—¡Patsy! —apenas pudo articular en su sofocación.

Las piernas resistíanse cada vez más a medida que recorría el camino que, en suave curva ascendente, conducía hasta la verja de hierro que guardaba el porche del caserón de los Hardcastle. Amy corría ya sin control, automáticamente. Cruzó la verja, que se hallaba abierta y, aturdida, alcanzó la falleba de la puerta de la calle. En ese instante, alguien abrió bruscamente desde el interior, y gracias a un robusto brazo que la contuvo Amy no cayó en el vestíbulo. Patsy saltó de sus brazos y huyó como una centella a través del corredor. Amy se dispuso a seguirla, pero no le fue posible, pues las fuertes y no muy gentiles manos que la sujetaban impedían cualquier movimiento.

—No tan aprisa, no tan aprisa, hermanita —pronunció con voz gruesa el que la aprisionaba—. ¿Quién es usted y adónde pretende ir?

Amy forcejeó, fastidiada, librándose de las manos que la asían. Pero la silueta de un hombre corpulento, vistiendo un traje azul, se interponía, bloqueando la entrada.

—¡Permítame pasar! —exclamó ella.

—Aclaremos... He preguntado quién es usted y hacia dónde se dirige.

—Vivo aquí. Mi nombre es Amy Shaw... Déjeme...

El camino quedó expedito al identificarse.

Amy atravesó el oscuro vestíbulo con prontitud, y ascendiendo casi sin aliento la escalera, dirigióse directamente hacia el dormitorio del viejo Efraín. Se le había destinado esa habitación como dormitorio, porque hallándose situada en el ala posterior del edificio, reinaba mayor tranquilidad, al no llegar hasta allí los ruidos de una mansión donde pocos se retiraban a dormir tan temprano como el anciano.

Un policía se estaba apostando a la entrada de un pasillo que partía del vestíbulo principal, y otro delante de un pasillo que partía del vestíbulo principal, y otro delante de la puerta del dormitorio del viejo Efraín. Amy pasó rozándolos, llegando finalmente a la habitación.

—¡Ah!... ¿Amy?... —exclamó el doctor Woodruff desde el lado opuesto de la cama, elevando su vista.

Un oficial de policía, vistiendo uniforme gris con galones dorados en las mangas, concluía la tarea de levantar los visillos de las ventanas, y en ese momento acababa de izar

el último. El sirviente Andrews se hallaba inmóvil, parado al pie de la cama de su amo, con las manos juntas, contemplando al anciano, mientras la repugnancia y la fascinación se pintaban en su rostro. En el centro de la anticuada cama de nogal yacía el cuerpo rígido de Efraín. Su rostro parecía emerger de las sombras circundantes, al concentrarse sobre él la luz que se filtraba por los altos ventanales. Aquello ya no era un rostro humano; parecía más bien una impresionante máscara de cera. Amy se aproximó y observó que las ropas con las que le había arropado la noche anterior habían sido corridas hasta el pie del lecho, poniendo al descubierto el enjuto cuerpo del anciano, encogido aún más por una rigidez impresionante. La pechera delicadamente orlada de su camisón de batista se abultaba sobre el estrecho tórax. La fina tela se hallaba en parte teñida de un rojo oscuro, y en medio de esa mancha asomaban unas pocas pulgadas de brillante metal engarzado...

CAPÍTULO V

Amy colocó una mano sobre su boca, pero no pudo reprimir un grito al ver el arma. Unas pulgadas de metal engarzado...

—Bien —dijo el oficial—. ¿Quién es usted?

—Capitán, se llama Amy Shaw y es nieta, por adopción, del difunto —explicó el doctor Woodruff.

—¿Quién le permitió entrar? Este caso compete a la policía, y nada debe tocarse en esta habitación.

—Así lo he creído yo también —explicó el doctor—, y por esa causa le he llamado a usted inmediatamente. ¿Recuerda?

—Quiero que por el momento nadie se acerque, aunque sean familiares. ¿Quién viene por el corredor ahora?

—Lo ignoro, pero deseaba advertirle que casualmente Gregory Trent se halla en mi auto, esperándome... Si pudiera serle de utilidad...

—Lo lamento— se oyó decir despaciosamente en la puerta—; no pude contenerme por más tiempo. El hábito que tengo de meter la nariz en todo es incurable; o quizá lo incurable sea mi nariz...

El que así hablaba se hizo presente. Su apéndice nasal, efectivamente, era pronunciadamente aquilino. La primera impresión que tuvo Amy del personaje de cabellos desordenados, de largas manos, que parecían colgar de las mangas de un traje que no le sentaba bien, y de su voz pausada y casi insolente, fue indefinida.

—¿Usted? —dijo el capitán.

Luego Amy vio que los mismos ojos que habían escrutado inútilmente la habitación se fijaban en ella, pero no en forma indagatoria, sino más bien observando, interesados. Para esquivar la mirada, volvió la cabeza, y el resultado fue que su vista tropezó nuevamente con el macabro cuadro que ofrecía el anciano asesinado.

Unas pulgadas de metal engarzado...

Amy vio desfilar en su mente los acontecimientos de la víspera: el salón profusamente iluminado; la reluciente daga apuntando, desde el suelo, al viejo Efraín; más tarde vio a Henry de pie en ese lugar, mientras el arma había desaparecido... Pero Amy no tenía idea de quién podía haberla recogido, ni cuándo.

—Me llamo Gregory Trent —oyó decir, con voz pausada, a sus espaldas.

Una mano fuerte y delgada la tomó por el brazo.

—Usted no necesita permanecer aquí, ¿no es así?

Así era, pero Amy parecía haber perdido el control de sus movimientos.

—Yo no sé por qué esta mujer se halla aquí —objetó el oficial de policía—; debido a ello se transforma en testigo material.

—¡Oh, vamos, capitán...! Me constituyo en responsable. Usted tendrá mucho trabajo aquí, así que yo la tendré incomunicada..., si usted lo ordena.

—¿Incomunicada?... Muy bien, proceda... Pero recuerde que cualquier información que obtenga pertenece a la policía... Conviene que no olvide que este caso es mío...

—¡Capitán Mahaffey, me sorprende!... ¿Alguna vez he dejado de cooperar?... Procederé, sin embargo, como de costumbre...

Amy sentía deseos de gritar «¡Está muerto! ¡El abuelo Hardcastle ha muerto!... ¿Les parece bien permanecer aquí discutiendo de esa manera? Quiero irme... Necesito ver a Henry. Quiero...»

Amy comenzó a sollozar mientras la conducían hacia la puerta, llevada de un brazo.

—No sea rudo con ella, Greg —oyó decir al doctor Woodruff detrás de ellos.

En el primer piso había un pasillo que, partiendo del vestíbulo principal, conducía hasta la cocina, y opuesta al majestuoso comedor había una alegre puerta, donde habitualmente la familia tomaba el desayuno y otros refrigerios. Pasando este cuarto, se hallaba el solario, con amplios ventanales, que se abrían sobre el camino, y una entrada que comunicaba con un patio lateral. La puerta del cuarto del desayuno estaba cercana al pie de la escalera posterior, bajando la cual Gregory Trent condujo a Amy hasta allá desde la habitación de la tragedia.

El pánico, la sorpresa y las últimas palabras del policía habían sembrado honda confusión en su atribulado espíritu. Gruesas lágrimas velaban sus ojos, impidiéndole la vista.

—No puedo creerlo —decía.

—Es la impresión —comenzó Gregory Trent. Su tono difería un tanto del consuelo, tornándose casi calculador. La había empujado con más fuerza que gracia a una silla, y ahora se paseaba al parecer desorientado. Cuando Amy se hubo serenado un tanto y mientras enjugaba sus lágrimas, Gregory se hallaba frente a la puerta que daba al solario inspeccionándolo desde allí, para lo cual tenía que encorvar sus desgarrados hombros y estiraba su ancho cuello como una tortuga.

Amy pensó que él podría ser considerado con ella. Dándose cuenta repentinamente de que se había tocado la cara con los guantes sucios, que tenía aún puestos, Amy se los quitó y comenzó a buscar su pañuelo.

—No es justo que le hayan matado... Que un hombre muera con su corazón destilando odio... Que haya muerto como consecuencia del mismo odio que su maldad hizo germinar en otro corazón...

Gregory Trent la miró. Amy señaló la desnuda pared opuesta a ella...

—Estábamos reunidos allí —dijo indicando el salón de recepciones, que daba al solario—. Anoche estuve tocando el piano para él... Andrews vino luego y lo condujo a su habitación...

Amy se detuvo, presa de un visible temblor. No se explicaba por qué mencionaba estos hechos a Gregory Trent, un extraño. En realidad, no estaba muy segura de si hablaba para que alguien la escuchara... El cuadro de la víspera acudía a su memoria y era como si

pensase en voz alta... El viejo Efraín dando las buenas noches, poniendo veneno en sus palabras, dirigidas a cada uno de los comensales. Ni siquiera ella se había salvado de la malicia del anciano, a pesar de que había permanecido casi toda la noche tocando el piano para agradarle; sólo debía agradecerle que, al traducir sus dedos las notas de la partitura, obraban éstas como un sedante para su atribulado espíritu. Así fue como, absorta en la música, no había prestado mayor atención a los pequeños detalles de la cena. Pero ahora retornaban a su mente con una claridad que descubrían las pasiones que agitaban a cada uno de los participantes de aquella nada común reunión de familia.

El viejo Efraín se había detenido cerca de la mesa en que jugaban a los naipes y, levantando el bastón, había apuntado con él a Harriet.

—Veo que las estás usando nuevamente —dijo, señalando el collar de perlas que colgaba de su cuello—, cómoda y gratuitamente, como si fueran una baratija...

—No lucen encerradas en una caja fuerte —replicó Harriet.

—¿No?... Lo que sucede es que no estás muy segura de obtenerlas... Pero recuerda que su valor total figura en los libros en tu contra... Desperdicia cincuenta mil dólares, si se te ocurre... No puedo imaginar a quién sales...

Cuando Harriet abrió la boca para contestar, el anciano continuó:

—¡Chis!... No quiero que me dirija la palabra ninguno que juegue a los naipes con un individuo como ése...

El bastón apuntaba a Quentin, que palideció, enrojeciendo después como la grana.

—¡Ja, ja!... Parece que te afecta, ¿no?... La comisión que regenta el juego en el club fue muy diplomática al decirme que no se atrevía a tomar medidas contra un Hardcastle sin informarme previamente de la situación. ¿Sabes lo que les dije?... «Pues bien, procedan... Tomen todas las medidas que crean conveniente... Hagan un escándalo... Yo ya estoy cansado... ¡Ínflense! ¡Ínflense y exploten!... Cualquier hijo mío que pierda la cabeza por el juego... ¡Caramba! Perdió más dinero al bridge, el año pasado, que Philander Peters especulando en la Bolsa...»

Parecía como, si escuchando las delicadas melodías de Mozart hubiese acumulado todo ese veneno...

—Trata de estar desocupado mañana a las once —dijo luego a Jake—. Esto te dará tiempo para descansar de la orgía de bebidas a que no dudo te entregarás luego que esté acostado... Sí, he dicho orgía... —recalcó al vislumbrar una rebeldía—. Sé algunas cosas sobre vosotros también... —concluyó, sin especificar a ninguno y dirigiéndose a todos.

Henry pretendía demostrar que no le prestaba atención, como lo había hecho durante la tarde anterior. Lo mismo hacía Claudio. Pero el rostro de este último permanecía sereno e impasible, mientras que la agradable fisonomía de Henry no realizaba ningún esfuerzo para ocultar el disgusto y el aborrecimiento.

Las últimas palabras las pronunció el anciano mirando a Cecil Montgomery quien, desgraciadamente, comenzó a hipar. De haber tenido poder, las miradas del anciano le hubieran fulminado.

—¡Borracho! ¡Borracho estúpido!... —gritó. Y se retiró, seguido de su criado y de la perrita.

—¿A qué hora vino el criado por su abuelo? —inquirió Gregory Trent, interrumpiendo su soliloquio.

—A las nueve en punto —respondió Amy mecánicamente.

—¿Y fue ésa la última vez que vio a su abuelo con vida?

—No; le llevé un vaso de leche cuando se acostó. Debo aclarar, además, que él no

es..., mejor dicho, no era mi abuelo. El llamarlo así fue simplemente un hábito que adquirí desde pequeña...

—¿Tenía costumbre de llevarle un vaso de leche cuando se acostaba? —preguntó Gregory Trent, y había en su voz tal gentileza que Amy no experimentó la más leve impresión de ser interrogada.

—Efectivamente... Lo hacía todas las noches, desde hace muchos años —murmuró.

Detrás de Amy abrióse repentinamente una puerta, y apareció la señora Claggett, trayendo una bandeja cubierta con un repasador.

—Buenos días —dijo serenamente a Amy—, he notado que aún no has desayunado.

—Señora Claggett... —dijo Amy—, se ha enterado...

—Sí, querida Amy. Yo llamé al doctor Woodruff, porque Andrews se mostraba muy preocupado al notar que el señor Hardcastle dormía hasta tan tarde, no siendo su costumbre... Se nos ocurrió que sería prudente llamar al doctor... Y así fue como nos enteramos de la mala nueva. ¡Pobre viejo!...

Colocó, suspirando, la bandeja encima de la mesa, y enderezándose, enfrentó a Gregory Trent, como si acabase de notar su presencia.

—¡Oh! —exclamó Amy—. Señora Claggett, el señor es...

—Trent... Gregory Trent —ayudó el aludido.

—El señor Trent —repitió Amy, completando la presentación—, es un amigo del doctor Woodruff.

—Buenos días... —dijo el ama de llaves, sencillamente.

Los inexpresivos ojos de la señora Claggett se posaron en los no menos inexpresivos ojos color gris claro de Trent.

—Quizá el señor logre inducirle a probar un bocado. No he traído gran cosa, Amy. Apenas una naranjada, un vaso de leche y unas tostadas calientes.

—Sugiero que descartemos el vaso de leche..., por el momento —arguyó Trent, haciendo una mueca a guisa de sonrisa. Raramente sonreía.

Apartó el vaso de leche, colocándolo en una pequeña repisa y continuó diciendo:

—Por otra parte, lo que sugiere la señora Claggett tiene gran importancia, señorita Amy; parece hallarse usted muy débil...

—No puedo —exclamó Amy—; me es imposible...

—Naturalmente que no puedes —dijo Harriet con voz firme, entrando por la puerta del vestíbulo—; aquí nadie puede hacer una cosa en forma normal y correcta... Todo aquí es violento... Señora Claggett, ¿quién autorizó a toda esta gente a invadir la casa?

—El doctor Woodruff envió por ellos, señora Montgomery.

—¿Y quién llamó al doctor Woodruff?

—¡Yo!...

En otras circunstancias habría sido magnífico ver a las dos mujeres frente a frente; la una, serena, de oscuros ascendientes, pero indudablemente algo más que una simple ama de llaves; la otra, en cambio, con sus títulos de gran señora, con su aspecto de emperatriz, caprichosa, lívidamente enfadada, o lívida, quizá, por alguna otra pasión oculta que hacía presa en ella.

—¿Por qué no consultó previamente a algún miembro de la familia?

—Porque... hace bastante tiempo que la tarea de atender por la mañana al señor Hardcastle se ha confiado a Andrews y a mí...

—¿Se imagina lo que significa tener un policía en cada puerta de la casa, y que ninguno puede salir para hacer una pequeña diligencia? Hombres con cámaras fotográficas,

otros con maletas negras, otros, Dios sabe con qué, pero todos desconocidos, no hacen más que entrar y salir libremente de la casa, mientras que nosotros...

—El abuelo Hardcastle ha sido asesinado, Harriet —dijo Amy.

—Y cuando un hombre muere en circunstancias violentas —dijo Trent, con su habitual parsimonia—, los restos, el descubrir al asesino, los medios que le permitían vivir, pasan a ser propiedad y obligación del Estado y no de su familia...

Harriet se volvió hacia él.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Gregory Trent —respondió éste.

—Colaborador policial, seguramente.

Él se mesó pensativamente los desgredados cabellos.

—Soy profesor de criminología —dijo al cabo de un momento—, y... como usted acaba de insinuar, trabajo con la policía...

—¿Señora Claggett!

La ira de Harriet se multiplicaba y, al parecer, quería descargarla sobre el ama de llaves, pero ésta había desaparecido, llevándose el vaso de leche. Harriet salió inmediatamente en su persecución. Amy dirigió una mirada a Trent para ver si éste trataba de contener a la enfadada Harriet, pero Gregory permaneció impasible y cabizbajo, en una postura desgarrada y típica, observándola con la mirada dulce y pensativa que dirigía a todas las cosas, ya fuesen objetos o personas...

Cuando se irguió fue para hablar nuevamente con Amy.

—Señorita Shaw, ¿me haría usted un favor?

—¿Qué desea usted que haga?

—Comience por tomar unos sorbos de naranjada. Su amiga, la señora Claggett tiene razón. Usted necesita reponer sus energías. Haga un esfuerzo. El jugo de naranja sienta bien, a falta de otra cosa...

—No es amiga mía —dijo Amy tontamente—. Es nuestra ama de llaves.

—Bien, aquí está la naranjada...

Amy obedeció, encontrando la bebida muy refrescante. El aturdimiento que la molestaba desapareció, pero se negó a probar las tostadas.

—¿Qué más debo hacer? —preguntó a Gregory.

—Hace unos instantes manifestó que anoche hubo una reunión de familia, y que la mayoría se hallaba presente cuando el señor Hardcastle saludó y se retiró a dormir, acompañado por el sirviente. ¿Podría facilitarme una lista con los nombres de las personas que viven en esta casa o que se hallaban presentes ayer por la tarde? No crea que le tomo declaración; sus informes serán más bien una confidencia que aclararán ciertas cosas para mí. Por otra parte, la policía llegará a descubrirlo todo por sus propios métodos. Recuerde siempre que yo he sido llamado por el doctor Woodruff como un amigo. ¿Lo recuerda?... ¡Bien! ¡Un momento!...

Se acercó a la puerta, asomó la cabeza al pasillo y silbó suave y penetrantemente.

—¡Eh, Daniels! —llamó con voz que, sin ser aguda, era penetrante—. Ven aquí un minuto.

Oyóse el andar de alguien que se acercaba de puntillas sobre alfombras y piso de madera dura, interrumpido luego por una pausa, mientras Trent murmuraba algo confidencialmente; luego oyó que los pasos reanudaban su marcha, retirándose.

Amy se sintió atrapada e indefensa. Comprendió que nada lograría con la arrogancia de Harriet, aunque pudiese conducirse así, ni tampoco lograría nada demostrando poca

voluntad en cooperar. Y, como Trent había dicho, al dar la lista de los presentes no estaba suministrando una información que pudiese mantenerse en secreto mucho tiempo. Era mucho mejor mostrarse franca.

Serenamente, con una serenidad que la hacía sentirse orgullosa de su dominio sobre sí misma, Amy dio a Gregory Trent los nombres de los familiares. Empezó por Efraín Hardcastle, el patriarca, y continuó enumerando los hijos e hijas, identificándolos con breves calificativos —el cojo Claudio, el sordo Reuben, el corpulento Quentin, la orgullosa Harriet, la pequeña Myra—. De Cecil Montgomery dijo simplemente que era el esposo de Harriet, y que Philander Peters era su propio tío, casado con Myra.

Cuando terminó su información, continuó con los de su generación: Henry, el hijo de Claudio, que había estado en Sudamérica los últimos dos años; Hilary, el hijo de Myra y Philander, que se había casado y que no vivía en la casa desde entonces, pero había asistido a la comida; Jake, el secretario de Efraín e hijastro de Quentin. Para finalizar, Amy dio su propio nombre y su situación en la casa.

—¿Y esta señora Claggett que se hallaba presente hace un momento? —preguntó Gregory.

Amy replicó que a ésta no se la consideraba una sirvienta, pero que no formaba parte de la familia. Estaba con ellos desde hacía veinticinco años y actuaba como ama de llaves. Con el sirviente Andrews se encargaba del cuidado del anciano Efraín. Además de Andrews había otros tres sirvientes: Amanda, la cocinera; Bridget, la criada, y Sylvester, que hacía las veces de chófer.

Por último, mencionó a Patsy, y con seguridad no hubiera podido explicar qué la impulsó a ello.

—Era la favorita del abuelo —dijo—. Eso es todo...

—Una familia completa —comentó Gregory, que había estado anotando con lápiz los nombres en una libreta. En una libreta que se haría muy familiar al correr del tiempo...; una libreta que había sido muy usada antes de este caso. Las tapas, de cuero, estaban descoloridas en las puntas. Para más seguridad, cuando no la usaba, sujetaba las hojas con una cinta elástica de media pulgada. Durante mucho tiempo saltaría Amy al oír el chasquido de una cinta de goma. Para el resto de su vida preferiría usar cuerda en sus paquetes.

Gregory Trent tomaba nota, apoyando la libreta en su huesosa rodilla, que levantaba, cruzándose de piernas. Apenas había asentado el último nombre, cuando rápidas pisadas en el vestíbulo anunciaron una nueva intromisión, y entraron Henry Hardcastle y Jacob Detjens.

—Aquí está Amy... —dijo Henry—. ¿Estás bien, querida?

—Seguro que está muy bien, excepto que tiene la cara sucia —exclamó Jake. Se agachó, con las manos apoyadas en las rodillas, y la miró—. ¿Dónde has estado? ¿En la carbonera? —le preguntó suavemente.

Amy echóse hacia atrás.

—¡Jake, por favor! —imploró—. No bromees... Acabo de bajar de allí...

—Pero ¿por qué y cómo es posible que hayas sido llevada allí?...

No encontrando con quien discutir, Henry miró belicosamente a Gregory Trent, que parpadeó, pero devolvió la mirada con igual intensidad.

—Yo tuve la culpa —dijo Amy rápidamente—. No estaba enterada y... El señor es... —presentó a Gregory.

Jake silbó; el rostro de Henry tornó el enojo en gravedad.

—¿Usted es...? ¿Usted es el Gregory Trent que...?

—¿Dónde oíste hablar de Gregory Trent? —inquirió Jake.

—Obtuvimos unos diarios en los Andes... Diarios viejos, pero completos. ¿Es usted el criminólogo?

—Ésa es mi profesión...

—Pero ¿qué lo trae a esta casa... tan pronto?

—Es muy fácil de responder. Estaba desayunando con el doctor Woodruff en el Club Universitario, cuando fue llamado al teléfono desde aquí. Decidí acompañar al doctor, y me hallaba sentado en el auto, esperándole, cuando vi llegar a la policía. Entonces los seguí, entrando en la casa.

En realidad no había seguido a la policía... Él había seguido a Amy.

Jake silbó nuevamente.

—Eso —dijo— es probable que sea una coincidencia fatal para alguno.

—Eso no puede ser definitivo... —arguyó Trent con su habitual parsimonia—. No he decidido todavía si debo intervenir en este caso. Hasta puede que resulte innecesario. ¡Ah!, ¿Daniels?... Disculpenme por un momento...

Era el oficial de policía quien interceptó el paso a Amy cuando volvía de su paseo. Sigilosamente transmitió a Trent un mensaje, volviéndose con el mismo misterio con que había llegado. Trent hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se unió nuevamente al grupo.

—El capitán Mahaffey, de la policía —dijo—, desea conversar unos minutos con la familia Hardcastle, para hacerles algunas preguntas que, por otra parte, son de rigor. Ruega que alguno de ustedes se tome la molestia de reunirlos a todos.

—Iré yo —dijo Jake, espontáneamente—. Pero ¿dónde?... ¿cuándo?...

—A las diez en punto —Trent hizo asomar un largo brazo por su manga izquierda, para consultar un hermoso reloj con pulsera de cuero—. Tiene usted quince minutos. En cuanto al lugar... —miró a los tres, interrogadoramente.

—La sala de recibir —sugirió Amy.

—Quizá no sea conveniente, por el hecho de que ha sido escenario de la reunión de la víspera. Mejor será que las cosas queden lo menos revueltas que sea posible. Sería preferible otro lugar.

Cruzando el vestíbulo principal y frente al salón de recepciones había una habitación que denominaban sala de espera. Trent indicó que el lugar era excelente, y que por el momento les dejaba para llevar la noticia al capitán Mahaffey.

Se retiró. Jacob Detjens y Henry Hardcastle cambiaron una mirada que ocultaba un secreto para Amy. Una corriente de aire frío se filtró por la puerta del vestíbulo, y eso, o la forma en que ambos hombres se miraron, la hicieron estremecer...

—Henry —dijo Jake con voz ahogada, casi podría decirse con embarazo—, hemos tenido nuestras discrepancias, y posiblemente siempre tendremos algunas más. Cuando éramos niños no pasaba una semana sin que nos sangráramos las narices, pero aun entonces, cuando algún peligro nos amenazaba...

—...luchábamos juntos... —Henry extendió su mano. Jake la estrechó cordialmente.

—Uno para todos y todos para uno —dijo. Casi alegremente tomó a Amy por la cintura y la levantó—. Elévate, hermana; es el día del juicio. ¿Así que nunca oíste hablar de Gregory Trent?... Necesariamente hay que hacer algo con respecto a tus lecturas...

Ilumínala, Hanck, mientras reúno a la tribu.

—No me llames Hanck —refunfuñó Henry—. El nombre que tengo ya es bastante

malo...

—¿Qué importa un nombre? —bromeó Jake. Y ese gesto tuvo la virtud de hermanar a dos voluntades antagónicas.

Constituía una de las tantas supersticiones del hombre cuyo cuerpo inerte yacía en la habitación de arriba que un nombre lo involucraba todo.

La corriente de aire se hacía cada vez más intensa. Alguien debía de haber dejado una puerta abierta...

CAPÍTULO VI

La llamada sala de espera de los Hardcastle había sido bautizada con tal nombre desde la fecha de su construcción y había conservado tal nombre a través de las generaciones. Tenía otras características que señalaban su época. Su tamaño no alcanzaba ni a la mitad del salón de recepciones que se hallaba enfrente ni la longitud de la biblioteca contigua, pero contenía tantos muebles como para llenar ambas piezas. Sillas y canapés se amontonaban unos sobre otros y numerosas mesitas obstruían los caminos entre estos últimos. Abrirse camino a través de la habitación equivalía a recorrer un laberinto, con tanto o mayor riesgo, pues jarrones, estatuillas y fragmentos de cerámica antigua se hallaban desparramados con profusión sobre mesas y repisas, amenazando caer a la menor vibración. Formaba la pieza un conjunto estilo reina Victoria, con todos los inconvenientes que ocasiona al uso diario un recargamiento de ornato y moblaje.

—Por favor, podríamos acercarnos a una puerta... —solicitó Amy—; me siento tan rara...

Henry la condujo hasta un sofá cercano a la puerta que daba al comedor. Jake entró luego y fue a sentarse en el otro extremo del mismo sofá. Henry frunció el entrecejo y encendió un cigarrillo para disimular su contrariedad, nerviosidad o enojo. Ofreció uno a Jake, pasando la curiosa pitillera, que perteneciera al viejo Efraín, delante de Amy, pero éste rehusó con un movimiento de cabeza, y extrayendo una tabaquera y papel, lió un cigarrillo.

Multitud de recuerdos acudieron a la mente de Amy al hallarse en esa habitación, y un nudo atenazó su garganta. Le parecía ver aún a Jake, niño, enfundado en un traje de *cow-boy*, montado en un caballo de madera, mostrando un juego de manos, y Henry ocultando su mortificación y haciéndose el enojado... ¡Querido Jake!... ¡Querido Henry!... Querida inocencia pasada...

Un capitán de policía vino a sentarse cerca de una mesa, en el otro extremo de la habitación. Era un hombre de recia estampa y de aspecto algo brutal, con cabellos grises y bigote castaño. A su lado se alzaba la estampa pintoresca de Gregory Trent.

El secretario del capitán, provisto de papel y lápiz, se dispuso a tomar nota del interrogatorio. En cada puerta de la habitación hacía guardia un agente.

Harriet Hardcastle parecía a punto de estallar de furia cuando hizo su entrada en la habitación. Escogió una silla de alto respaldo, y era tan tiesa su figura, que su espalda y el asiento formaban un exacto ángulo recto. No dirigía la palabra a nadie. Una de sus aristocráticas manos asían el brazo de la silla, y la otra, cuando no jugueteaba con su inevitable collar, tiraba de él nerviosamente. No era el mismo collar de la víspera, pero lo

que podía considerarse seguro era que tal adminículo formaba parte de sus prendas de vestir. Amy, por primera vez, se preguntó por qué llevaba Harriet un collar. Tal vez, pensó, acostumbrándose continuamente a sentir el peso de éste sobre su pecho, apercibiérase inmediatamente en caso de perder las perlas.

Claudio ya se hallaba presente cuando entraron los jóvenes. Elevó sus pesados párpados para verlos entrar, y luego volvió a hundirse en profunda meditación, mientras sus dedos, largos y flexibles, restregaban con irritante monotonía el suave marfil que recubría la empuñadura de su bastón.

Myra y Philander Peters se sentaron cerca de una ventana. Inmediatamente colgó Myra un gran bolso de tejido del brazo de su sillón, abriéndolo y mostrando varias madejas de lanas de brillantes colores.

—¡Myra! —reconvino Harriet con voz fría e irritada.

—¡Oh!... ¡Dios mío!... —saltó Myra. Sus facciones se contrajeron—. No pensé... Quizá no debería...

Philander se le acercó y cubrió con las suyas las trémulas manos de su mujer, mientras hacía su entrada Quentin. La nerviosidad de éste se desahogó en una perorata casi incoherente. Dio un protocolario *buenos días* al capitán y luego se dirigió a los restantes:

—Ésta es una triste tarea, muchachos... Realmente triste... Nunca creí que podría ocurrirnos... A nosotros... Me refiero a la presencia de la policía... Indudablemente un episodio trascendental en la mansión de los Hardcastle... Es curioso... Él, que tanto alardeaba del apellido... Y precisamente por él... Ciertamente que no tenía la culpa... Pero es curioso...

Su tez rojiza aparecía manchada a la luz matutina. Su corbata, mal arreglada, caía oblicuamente sobre su pecho. Este desorden en una persona que hacía de la pulcritud un culto resaltaba más sus ojeras y su abultado vientre.

Al entrar Cecil Montgomery, la atención de los que esperaban se concentró en él, abandonando a Quentin. Acudía despreocupadamente, en pantuflas, haciendo al caminar el golpeteo característico. Traía medio limón en una mano y un puñado de terrones de azúcar en la otra. Alguien le reprochó su retraso, pero él se limitó a mover despaciosamente la cabeza, procediendo, absorto, a presionar un terrón de azúcar en el centro del jugoso limón. Al secretario policial le chispearon los ojos cuando el capitán, con cierta rudeza, ordenó al recién llegado que pasara al frente a fin de completar los datos de su identificación.

—Cecil Montgomery..., Cecil... —dijo—. Un marido Hardcastle, si es que entiende lo que quiero decir...

Suavemente posó el trozo de azúcar por encima de la lengua, cerró los ojos, saboreando con estudiado deleite la dulce acidez del manjar y comenzó luego a humedecer otro.

—Lo que imploro —explicó en un momento —es un trago, pero de una bebida presentable. Ustedes saben... Whisky escocés, o whisky del malo, o lo que tengan. Pero Harriet, mi... o..., la señora Montgomery... me lo impide todas las mañanas..., pues cierra el bar y se guarda la llave... Por lo menos... Perdóneme. Estaba dando explicaciones sobre esta destilería, de la mano a la boca... No es mala, particularmente si la lengua está un poco sucia... ¿Quiere probar uno?

—¡Cecil!... —dijo Quentin—. ¡Estás borracho!...

—¡Borracho! —protestó Cecil—. ¿Con qué?... Acepto que estoy un poco trastornado, pero ¿quién no lo estaría viendo satisfechas sus plegarias con tan tremenda celeridad?... Desearía estar borracho, mas ¿cómo?, ¿con qué?... Esa llave —guiñó un ojo a

Quentin— no se encuentra por ningún lado, a pesar de que busqué por los escondites habituales... y de los otros... Fue a medianoche... —Abrió la boca y se tambaleó hacia atrás y hacia adelante sobre los pies—. En medio de la noche... —repitió—. Anoche, cuando... Ustedes saben...

Harriet dio un salto. Ése fue su primer signo de vida desde que había entrado en la habitación, excepto su breve e irritada protesta sobre los tejidos de Myra. Quentin, ahogando un juramento, levantóse y empujando a Cecil lo hizo sentarse violentamente en una silla.

—¡Cállate!... —le previno en voz baja y amenazadora.

Cecil recostóse suspirando y quedóse inmóvil.

—¿No falta ninguno? —preguntó ásperamente el capitán Mahaffey.

Nadie respondió.

—¡Un momento! —exclamó Gregory Trent—. El número no está completo. Aquí falta alguien.

Amy, casi sin darse cuenta, se encontró contando a los presentes, y halló que sus fuerzas la abandonaban. Una vez más el número de personas era trece. Un trece de distinta construcción, pero el mismo número fatídico.

—Vamos... —estalló el capitán Mahaffey—. Entre ustedes se conocen, ¿no es así? ¿Quién es el que falta?...

Myra Peters fue quien habló.

—Falta Reuben —dijo.

Así era. El sordo y distraído Reuben no estaba allí. Nadie lo había echado de menos.

—El señor Reuben Hardcastle, un hijo... —explicaba Gregory Trent confidencialmente al jefe, y luego volvióse a Jake, que se había levantado para ir en su busca.

—Ya lo llamé —dijo Jake—. Por lo menos golpeé en su puerta... No me respondió, cosa que no es de extrañar, ya que está casi completamente sordo. Andrews se hallaba en el vestíbulo de arriba y me dijo que se encargaría de comunicarle la noticia. Como faltaba poco para la reunión, bajé inmediatamente. Voy a buscarle...

Se dirigía hacia la puerta, cuando hizo su aparición el criado Andrews. El pesado rostro del anciano servidor había ganado unas pulgadas de longitud durante la mañana.

—El señor Reuben no está en su habitación —anunció—. Me parece que no ha estado allí en toda la noche.

La novedad de Andrews levantó un murmullo entre los presentes. Las sillas resonaron sonoramente al ponerse todo el mundo en pie. Hasta Harriet se sintió contagiada por el súbito arrebato, más pálida que nunca, pero también como nunca rígida; sobre el murmullo se oyó la voz de mando del capitán:

—¡Siéntese todo el mundo! ¿Se puede saber a qué se debe esa excitación?... El hombre no está en la habitación... Bien, ¿quién lo ha visto?... ¿Alguno puede decirme dónde está?

Pero eso era también lo que se preguntaban los demás. Nadie sabía nada. Nadie le había visto esa mañana...

—¿Y no han extrañado su ausencia hasta ahora? Es absurdo. Nunca vi una cosa igual...

Lo cierto era que nunca había estado en una casa semejante... Y, naturalmente, tampoco conocía a Reuben...

—¿Dónde estaba anoche?... ¿Quién le vio entonces?

—Señorita Shaw —intervino Gregory Trent—, usted me ha dicho que anoche, después de cenar, se reunieron todos en la sala. ¿No se hallaba Reuben entre ustedes?

Por la implacable mirada con que Harriet la obsequió, Amy dedujo la posición que iba a ocupar en las futuras eventualidades del interrogatorio. Y, sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer, sino contestar con sinceridad a las preguntas que le hacían?

Philander Peters la sacó momentáneamente del apuro al decir:

—No; después de cenar abandonó el comedor y bajó al estudio con el doctor Woodruff, para ver unas fotografías que había revelado. Como el señor Detjens informó a usted, Reuben es bastante sordo. Fotografiar y revelar constituye su pasatiempo favorito. Su cuarto está en la planta baja.

—¿Así que ninguno de los presentes le volvió a ver desde anoche? —insistió el capitán.

—Pero... ¡No puede ser! —prorrumpió Amy sorprendida—. Alguien debe haberle visto, puesto que... Pero, ¿no recuerdas, Cecil?

Todas las miradas se clavaron en el nombrado, que se puso en pie, con el ceño fruncido.

—Tienes que recordar —insistió Amy con impaciencia—. Tuve que llevarle la leche al abuelo en otro vaso porque, mientras buscaba una revista, según tú me dijiste entonces, Reuben había entrado en el salón y se había llevado el vaso favorito del abuelo Efraín con la leche.

—¡Tienes razón!... —Cecil desarrugó el ceño—. ¡Asno tonto! Lo tomó de la mesita, sin darse cuenta de que no era refresco...

—¡Claro! —exclamó alegremente Myra Peters—. Ahora lo recuerdo. A todos nos causó risa su equivocación.

La tensión general se aflojó un tanto.

—¿Qué?... —preguntó Jake a Amy—. ¿Qué es eso? Yo no vi...

—¿Pero dónde lo llevó? —interrogó el capitán casi gritando.

—¿Dónde?... —Cecil palideció—. Amy, ¿recuerdas que dije entonces que no tenía la menor idea?

Si jurar era contrario a los reglamentos de la policía, el capitán Mahaffey se las arregló hinchando las órbitas de sus ojos y enrojeciendo como si fuera presa de un ataque de apoplejía.

—¿Esperan que crea un cuento como ése? —tronó.

—¡Es que es así!... —exclamó Cecil, moviendo las manos con desconcierto.

—Bien... ¿Dónde se hallaban los demás? —y apuntando con un dedo a Myra vociferó—: ¡Usted!... Sí, usted..., que afirmó recordar...

Myra enlazó sus delgadas y nerviosas manos, agonizando de terror.

—Siempre hablo más de lo conveniente y me enredo... —sollozó afligida—. No me di cuenta... Yo..., yo estaba tejiendo... Escuché varias discusiones... No puedo precisar hacia dónde fue Reuben...

—Suficiente... —rugió el capitán.

Gregory Trent apoyó una mano en el hombro del policía y le susurró algo al oído. El capitán se dirigió hasta la puerta y ordenó a uno de sus hombres que, en compañía de Andrews, fuese a investigar de nuevo en la habitación de Reuben. Si no se hallaban rastros del desaparecido habría que iniciar una rápida pesquisa.

—Inspeccionen su cubil en la planta baja —sugirió Quentin—. Es capaz de haberse quedado dormido allí, en el sofá.

Pero la pesquisa no dio resultado. No había sido visto haciendo sus rondas habituales por el vecindario, en busca de comentarios y escenas callejeras para las instantáneas, que constituían su pasatiempo favorito, ni en ningún otro lugar. Reuben debía de hallarse en algún lugar de la casa, pues todas sus cámaras fotográficas estaban en los sitios de costumbre, en el cuarto oscuro, y su sombrero y abrigo en un perchero del vestíbulo.

No fue posible entonces hacer suposiciones. Ninguno se imaginaba dónde podía haberse escondido el solitario y taciturno Reuben.

Nuevamente Gregory Trent y el capitán Mahaffey se consultaron.

—¡Hum!... —murmuró el capitán—. Puede ser. Vale la pena intentarlo, pero vigílelos...

—¡Señorita Shaw...! —dijo Gregory, sorteando algunas mesas y llegando hasta ella—. ¿Quiere hacer el favor de venir con nosotros hasta el salón?... No, no todos... Solamente la señorita Shaw... y usted... El señor Montgomery, si no me equivoco...

—¿Yo?... Sí, es verdad... —y asiendo fuertemente todavía el limón y el azúcar, en un gesto ridículo, Cecil se puso en pie.

—Te seguiremos —susurró Jake al oído de Amy.

—Daniels —gruñó el capitán Mahaffey—, no permita a ninguno salir de la pieza hasta que el ausente no haya sido localizado.

Henry murmuró algo entre dientes, visiblemente contrariado.

En realidad, no existían motivos para alarmarse. El plan de Trent consistía simplemente en reconstruir la escena de la víspera, cuando Amy fue a recoger el vaso de leche para el viejo Hardcastle y Cecil le informó de lo sucedido. Podía ocurrir que este último, al hacerse la reconstrucción, recordase hacia qué lado se había dirigido el buscado Reuben. Parecía increíble que no lo supiese.

Amy sintió un repentino impulso de volverse atrás al trasponer la puerta de la sala de recepciones, sumida en la oscuridad producida por los gruesos cortinados bajos, y cuyo frío ambiente hacía añorar los chisporroteantes leños que la víspera ardían en la lujosa estufa, y que ahora sólo eran un reducido conjunto de apagados tizones.

Mahaffey se dirigió con presteza hacia una de las ventanas y con un enérgico ademán recogió los cortinajes. Luz y más luz parecía ser su manía.

—Ahora, si me hacen el favor, colóquense tal como se encontraban anoche cuando la señorita Shaw notó la ausencia del dichoso vaso en cuestión —dijo Gregory Trent con lentitud.

Amy se colocó frente a la puerta del solarío y Cecil al costado de la mesita pequeña, en la cual había todavía un sifón, botellas y copas.

—¿Estaba usted parado allí, señor Montgomery, cuando el señor Hardcastle tomó el vaso?

—Sí; me estaba sirviendo una bebida. Ahora recuerdo que me dirigió una rápida mirada; después tomó el vaso... Desde luego, el vaso en cuestión... Se hallaba sobre ese lado de la mesita. Lo tomó sin mirarlo. Dijo *gracias* y se retiró. Quedé confundido con su agradecimiento, que no lograba comprender. Ése es el motivo por el cual no presté atención al rumbo que tomó.

—Señorita Shaw, ¿qué dirección cree usted que pudo haber tomado?... Conociéndole, y luego de la exposición del señor Montgomery, es posible que usted pueda deducirlo...

—No, no creo que se haya ido por el vestíbulo... —titubeó Amy.

—¿Por qué no investigan en el estudio? —sugirió Jake Detjens desde la puerta del vestíbulo—. Puede haber ido allá a leer...

Y rápidamente, tan rápidamente que ninguno tuvo tiempo para detenerle o preguntarle cómo se había escabullido de la sala de espera, avanzó hacia un costado, dirigiéndose hacia una puerta que se hallaba en línea recta con la del vestíbulo, y ya iba a asir el picaporte cuando una voz lo detuvo.

—¡Deténgase!... —la orden partió como una detonación. Amy casi esperó ver un arma humeante en las manos del capitán Mahaffey—. ¡Apártese de ahí!

—Lo lamento —dijo Jake humildemente y, bajando la mano, retrocedió—. Era sólo una idea. Esta habitación es una especie de sala de meditación en la casa. A Andrews jamás se le ocurriría mirar aquí...

—En ese caso, Trent, vale la pena que inspeccionemos —argumentó el capitán; y sin esperar el asentimiento del interpelado apoyó su mano en la falleba y abrió la puerta.

—¿Por qué no permitió que lo hiciese yo? —quejóse Jake.

—Por las impresiones digitales en el picaporte —le informó Trent—. Permanezca donde está el señor Montgomery.

—¡Trent!... —la voz del capitán dejóse oír casi inmediatamente; algo debía ir mal en el estudio—. ¡Venga, por favor!...

—Por fin le han encontrado —dijo Jake.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cecil.

—No es que lo sepa, tonto... Pero ¿qué otra cosa puede ser?

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —quiso saber Amy.

—Henry trató de salir por la puerta del comedor y no se lo permitieron; al tratar de resistir, el agente apostado en el vestíbulo fue en auxilio de su compañero, instante que aproveché para deslizarme por la puerta desguarnecida. Que el diablo me lleve si alguno de nosotros no trata de ayudarte viéndote en dificultades. ¡Chis!...

Gregory Trent se hallaba en pie frente a la puerta del estudio, pero en su expresión no podía observarse detalle alguno que reflejase lo que ocurría.

—¿Quiere alguno de ustedes tener la gentileza de averiguar si el doctor Woodruff está aún en la casa? En caso afirmativo, comuníqueme que aquí se requiere su presencia cuanto antes —dijo.

—Yo iré —balbuceó Cecil ansiosamente.

Amy no experimentó sorpresa alguna cuando, minutos después, vio aparecer al doctor Woodruff encaminándose con tanta prisa hacia el estudio, ignorando, aparentemente, la presencia de Amy y Jake, pues ni les miró.

—¿Qué sucederá, Jake?... No puedo estar así, sin saberlo —dijo Amy, dando un paso adelante; pero Jake la asió de la cintura impidiéndole que siguiese adelante.

Trent apareció nuevamente, diciendo:

—Señorita Shaw, por favor...

Efectivamente, habían dado con Reuben... Estaba en el estudio... Y aún se encontraba allí, aunque involuntariamente. Hundido en un sillón, con un brazo colgando hacia el piso en horrible y macabra laxitud, con la cabeza recostada pesadamente hacia un costado, exploraba con sus vidriosos ojos abiertos un mundo desde el cual ningún poder humano podía hacerle retornar... Reuben Hardcastle estaba muerto...

El capitán Mahaffey observaba atentamente al doctor Woodruff, quien examinaba con atención un vaso colocado encima de una mesita cercana al sillón en que yacía Reuben. Los bordes del vaso mostraban una adherencia formada por una ligera capa de grumos

calcáreos producidos por la leche al secarse. El facultativo rozó suavemente ese depósito con el extremo de un dedo, y llevándoselo luego a la boca saboreó el polvo y permaneció un instante pensativo. Luego, iluminándosele el rostro, como si hubiese logrado un gran descubrimiento científico exclamó:

—¡Amy!... ¡Ahora estoy seguro de que anoche traje la medicina!...

CAPÍTULO VII

Reuben había sido hallado muerto, y su fallecimiento, de acuerdo con el rápido peritaje del doctor Woodruff, habíase producido a raíz de una fuerte dosis de veronal disuelta en un vaso de leche... ¡Y ésa era la medicina que el médico de la familia recetaba regularmente al viejo Efraín!

—¿Está usted seguro, doctor, de que se trata de la misma droga? —preguntó Mahaffey.

—La reconozco por el sabor. Al menos es muy parecido, aunque debemos tener en cuenta que actualmente se elaboran específicos en cuyas fórmulas interviene el veronal.

—¿No existe la posibilidad de un ataque al corazón? —insistió el policía.

—De ninguna manera —aseveró el médico con decisión—. Conocía el estado de Reuben perfectamente, y estoy seguro de que estaba a cubierto de ese riesgo. Naturalmente, los síntomas son muy parecidos. Todas las drogas de este tipo actúan como astringentes, debilitando los latidos de la víscera cardíaca. Una fuerte dosis produce una total paralización del corazón. Eso es todo.

—¡Hum!... ¡Hum!... ¿Cree que una dosis fuerte sería suficiente para aniquilar a un hombre de la robustez de Reuben?

—Exactamente, no, en su aspecto fatal. La droga actúa, en este caso, de acuerdo con los hábitos del individuo. Reuben, que yo sepa, jamás tomó un soporífero. No existía, por lo tanto, saturación del organismo. Una tableta lo habría hecho dormir profundamente; con dos habría sido muy difícil despertarle normalmente, y tres serían, sin ninguna duda, de fatales consecuencias. En caso de existir saturación orgánica, la dosis variaría de acuerdo con el grado avanzado de ésta.

Cualquiera que fuese la razón que tuvo Trent para llamar a Amy hasta el estudio donde yacía Reuben, la olvidó durante el diálogo que sostuvieron el capitán de policía y el doctor. La escena se grabó fuertemente en la memoria de la joven. La vestimenta negra que Reuben había usado para presentarse en la mesa y que aún conservaba puesta, arrugada y en completo desorden, su cabello grisáceo, la palidez de la muerte reflejada en su rostro, su mano colgando, la severidad del rostro del capitán Mahaffey, la triste y resignada mansedumbre del doctor Woodruff, la cabeza extendida de Gregory Trent observándola con sus ojos tranquilos, y ella misma, con la mano apoyada en la puerta, que le servía de sostén, contemplaba fascinada el vaso sobre el cual se inclinaba en ese instante el médico... ¡El ya famoso vaso que usaba preferentemente el viejo Efraín para tomar la leche al acostarse y al cual tenía tanto afecto como un niño a su juguete predilecto!

En ese instante le pareció a Amy oír el resonar de pasos a través de la casa, y aunque paralizada por la escena que se ofrecía ante su vista, no se le escapó ningún grito. Para sus ya excitados sentidos, ese ruido de pasos era otra fuente de pánico. Pánico, sí... Pero no por el horror desatado en esta habitación. Las personas que se acercaban no eran extrañas. Entre ellas habría una o más que seguramente serían sus amigos. Se apartó de la puerta. Al momento se sintió abrazada, lo que confirmó sus pensamientos.

Los brazos eran tan fuertes y la sostenían con tal sensación de protección y seguridad, que desde su corazón brotó un sollozo:

—¡Henry!... ¡Henry!...

Henry, pues era él, se apartó unos pasos.

—Desde ahora cuidaré de ella, Jake... Permítemelo —dijo.

—¿Es necesario que así sea? —objetó Jake, y agregó—: No creo que Amy lo necesite, realmente.

Amy levantó la cabeza, y tomando una mano de Jake se la apretó, agradecida, y haciendo otro tanto con Henry permaneció un rato sosteniendo las manos de ambos. Pero fue a Henry a quien se dirigió:

—Reuben ha muerto envenenado —dijo, sin mirar al grupo que presentía se había reunido a su alrededor.

Al terminar estas terribles palabras se oyó un leve suspiro, seguido de un grito desgarrador. Los dos jóvenes se volvieron apresuradamente.

—Alguien se ha desmayado. ¡Apártense! ¡Denle aire!...

El núcleo familiar, atraído por los comentarios que el hallazgo de Reuben produjera, había formado un semicírculo alrededor de la puerta del estudio, y ahora lo formaban en torno a Myra, que yacía sobre la alfombra, desvanecida, con la inseparable bolsa de tejido a su lado.

Aprovechando la momentánea confusión que se originó por esa causa, Amy se retiró apresuradamente. Una vez más subió corriendo la amplia escalera, pero esta vez dirigiéndose hacia su dormitorio. Sabía que ese refugio era momentáneo y que no le permitirían permanecer sola mucho tiempo, pero deseaba ardientemente aislarse aunque fuese unos instantes, a fin de coordinar el caos de impresiones, pensamientos y temores que agitaban su espíritu, hostigándola sin cesar. Comprendía que, de no ser así, también a ella tendrían que prodigarle los cuidados que ahora le dedicaban a la infortunada Myra.

Amy no cesaba de repetirse:

—Estoy segura de que ese vaso no contenía ninguna droga cuando lo coloqué sobre la mesita del salón. Lo saqué, como de costumbre, de la heladora... No puedo imaginarme cómo...

Un ladrido tímido y triste, con visos de ser acogedor, coincidió con su propio deseo de lamentarse, desviando momentáneamente su atención. Patsy salía del canasto que le servía de lecho, el mismo que Amy la noche anterior la había traído, al manifestar la perrita deseos de pernoctar allí. Se inclinó para palmotear a la olvidada Patsy, y sus recuerdos volaron a los sucesos de la mañana, percatándose de que aún tenía puestos el sombrero y los guantes, manchados de barro, que había usado en el paseo matutino. El abrigo, también algo enlodado, debió de haberlo dejado en el cuarto del desayuno.

Espíritu diligentemente femenino, su sentido de la limpieza se rebeló contra los guantes sucios. Halló cierto desahogo al dedicarse a su lavado. Éstos estaban tejidos a mano y los había hecho su tía Myra con lana sobrante del vestido que Amy lucía.

Ocupada en el lavado, miróse distraídamente en el espejo del baño, que compartía con los Peters, cuya habitación se hallaba contigua, y observó la mancha que se había producido en la cara al tocársela con los guantes sucios. Luego de asearse el rostro, completaba su tocado pasándose un peine por sus bucles castaños, cuando alguien golpeó a su puerta.

Suspirando profundamente, se dirigió hacia la misma con perfecta calma, pensó Amy, pero al abrirla y ver a Henry fue suficiente causa para que los temores aparentemente disipados volviesen a hacer fácil presa en ella.

—¡Amy querida!

Henry abrió sus brazos. Sin pensar ni preguntar, Amy se arrojó en ellos. Había

pasado ya el tiempo de conturbarse ante una prueba tan vehemente de cariño y de solicitud.

—¡Amada! ¡Oh!... Por un momento me asusté. ¿Por qué has corrido? ¿Estás bien, querida?

Henry colocó su mano suavemente en el mentón de Amy, haciéndole levantar la cabeza, y ella le miró, cruzando por su mente un extraño pensamiento. Él no la besó, recordando que la noche anterior la había asustado con su raptó efusivo. Ahora ese mismo sentimiento se había posesionado nuevamente de ambos.

—¡Henry! —imploró—. ¡Llévame! Anoche estuve equivocada... ¡Llévame contigo cuanto antes! ¡Tengo miedo!...

—¡Ahora es imposible! —dijo Henry gravemente—. No dejan salir a nadie de la finca.

—¿Creen que Reuben también fue asesinado?

—Posiblemente.

—¿Lo crees tú así? —insistió ella angustiada.

—No. ¿Quién podría desear la muerte de Reuben? ¿Quién se beneficiaría con una muerte a todas luces inútil?... Creo —dijo, pero sin poner gran convicción en lo que afirmaba— que puede resultar un suicidio. Es posible que, cansado de la vida, haya tomado esa resolución.

—¡Oh! ¡Cómo desearía poder creer eso! —exclamó ella—. Pero no puedo... Yo sé...

Henry la apartó, tomándola por los hombros suavemente, preguntando con cierta rudeza:

—¿Qué es lo que sabes tú? Escucha... Tú no habrás vertido la droga en la leche, ¿no? Por equivocación... o...

—¡Henry! —gritó Amy casi salvajemente, al sentirse así herida.

¡Si Henry pensaba así de ella, los demás no tendrían piedad!

Contrito, Henry la abrazó nuevamente, besándola de un modo abstracto, según pensó Amy.

—Lo lamento —dijo él—. No quise lastimarte. Sólo intenté advertirte. Abajo requieren tu presencia para responder a algunas preguntas, probablemente con respecto a la leche. No te excites. Responde a lo que te interroguen, pero trata de evitar cualquier conjetura por tu parte. Quiero decir que no opines, si puedes evitarlo. Siéntate tranquila y trata de conservar la cabeza. Eso es lo único que conviene hasta tanto las cosas no se aclaren... y la policía se retire...

—Bonito consejo... y muy sano..., viniendo de ti, Henry —comentó una voz junto a ellos.

Era Harriet. Amy y Henry se sobresaltaron y se apartaron casi de un salto, volviéndose luego a Harriet, en cuyo expresivo rostro una enigmática sonrisa curvaba los extremos de su boca.

—En otras palabras: cuando vayáis allá, no actuéis como gallinas asustadas.

—Sería más amable el consejo, sin dejar de ser bueno, si usaras otros términos —sugirió Henry, tomando de la mano a Amy.

—Gallinas asustadas es lo más exacto —recalcó provocativa. Luego agregó—: Amy, harías un gran favor a todos si haces los menos comentarios posibles sobre la leche y esas tabletas de veronal. La muerte del pobre Reuben fue un accidente puro y simple a consecuencia de un fatal descuido.

Harriet —preguntó Henry fríamente—, ¿cuánto tiempo nos has estado escuchando antes de hacer notar tu presencia?

—No me siento obligada a responder. Creo que en esta casa tengo derecho a ir por todos los sitios que se me ocurran; además, no ponáis mucho empeño en evitar ser vistos o escuchados, ¿no es así? La puerta se hallaba abierta de par en par... Después de todo, aquí hay otros oídos aparte de los míos... Las paredes escuchan...

—¿Quieres decir... la policía? —dijo Amy, no sabiendo si enojarse con Harriet o agradecer la advertencia.

—No me refiero a la policía.

Como confirmando el comentario de Harriet, la señora Claggett se detuvo en la puerta en ese momento.

—¿Qué hay? —preguntó Harriet secamente.

Las dos mujeres cambiaron una breve mirada, Harriet, con ojos fríos y azules; la Claggett, con ojos negros e inescrutables.

—¿Sabes lo que se ha hecho del canasto de Patsy? —preguntó la señora Claggett dirigiéndose a Amy—. No se encontraba en el dormitorio del señor Hardcastle esta mañana. ¡Oh! Veo que lo tienes aquí...

—Sí —dijo Amy—. Lo traje anoche, cuando Patsy quiso dormir en mi habitación.

—¿A qué hora sucedió eso? —inquirió Henry.

—Muy tarde —dijo Amy, enviándole un reproche con la mirada, puesto que Harriet podría enterarse o sospechar de la cita que habían tenido—. Después de haberme acostado...

—Juraría... —dijo Harriet con una mirada que intrigó a Amy.

—Bien, basta —dijo Henry—. No te preocupes; será mejor que bajemos...

En el salón de recepciones, el capitán Mahaffey estaba interrogando a Andrews. Gregory Trent rondaba cerca.

—Mi nombre completo es Hamilton Andrews Eggleston —explicó Andrews, tosiendo un poco para disimular un tanto sus nervios—. Solían llamarme Eggleston antes de ser empleado por el señor Hardcastle... El señor Efraín Hardcastle... No le gustó mi nombre, pues le pareció, según dijo, demasiado raro, dando órdenes para que en su casa se llamase Andrews. Él tiene..., tenía ideas muy extrañas con respecto a los nombres...

—Ya lo veo... ¿Cuándo descubrió que el señor Hardcastle estaba muerto?

—¿El señor Efraín, señor?

—Sí, claro... Al menos que alguno mienta, exceptuando el autor material del hecho, yo descubrí este otro cadáver...

—En realidad, señor, yo no lo noté. A las ocho y cinco eché un vistazo y pensé que dormía, pero eso no me pareció normal en él, pues por lo general a esa hora tomaba el desayuno. Entonces se me ocurrió avisar a la señora Claggett, la cual, a su vez, avisó al doctor...

—Bien... Conforme... ¿Le llamó a las ocho y cinco?

—No... Un poco más tarde...

—Eran las ocho horas, quince minutos y cuarenta y dos segundos —exclamó el doctor Woodruff con sorprendente seguridad—. Trent y yo estábamos desayunando en el club y miré mi reloj cuando me llamaron...

—¿Quién comunicó con usted por teléfono?

—La señora Claggett. Manifestó que se hallaba muy preocupada por el viejo Hardcastle, debido a que aún no se había despertado. Trent y yo vinimos directamente aquí en el auto.

—¿Puede precisar la hora exacta de llegada?

—Más o menos a los diez minutos de salir del club. Éste se halla apenas a unas manzanas de aquí.

Por primera vez, Amy creyó notar en el doctor una marcada inquietud.

—¿Se dirigió usted directamente a la habitación del anciano?

—Así es.

—¿Podría decirnos más o menos cuánto tiempo hacía que había muerto cuando usted llegó?

—Será tarea del médico forense establecer más exactamente la hora aproximada de su muerte. Por mi parte, estimo que el hecho se produjo sobre la medianoche o poco después.

Amy se sobresaltó. Henry lo notó y le apretó suavemente la mano.

—Calma, querida —murmuró.

—¿Y el otro? —preguntó implacable el capitán, señalando el estudio con un movimiento de cabeza.

—La muerte de Reuben debe de haber sido instantánea, y posiblemente alrededor de las diez de la noche. Pero vuelvo a repetirle que el médico forense es el más indicado para dictaminar con exactitud la hora del deceso.

El médico se expresaba con alguna reticencia, como si estuviese seguro del terreno que pisaba y convencido de que su colaboración en ese episodio representaba una condescendencia por su parte.

—Ahora —continuó el doctor— se servirán excusarme. Se me hace tarde y aún debo realizar algunas visitas a los hospitales. El señor Trent, aquí presente, sabe dónde encontrarme en cualquier momento. Sería para mí un placer colaborar con usted, pero por ahora deben disculparme.

—Está bien, doctor —dijo el capitán Mahaffey con una afabilidad tan desconcertante como su grosero proceder anterior—. Tendré en cuenta su ofrecimiento. Muy buenos días, doctor... —luego llamó—: ¡Andrews!

El sirviente se enderezó.

—Tengo entendido que usted cuidaba del señor Hardcastle..., Efraín Hardcastle...

—Le ayudaba, señor. Cuando se presentaba la oportunidad de asistirle, ya para subir o bajar las escaleras, a vestirse y otros menesteres... No es..., mejor dicho, no era una persona muy corpulenta, pero los huesos viejos son muy pesados, señor...

—Eso he oído decir... ¿Lo condujo hasta su cama anoche?

—Sí, señor.

—¿A qué hora fue?

—A las nueve en punto..., tal vez un poco más tarde...

—¿No lo puede precisar con exactitud?

—Vine a buscarle a las nueve. Quizá tardé una buena media hora en llevarle a su cuarto y acostarle.

—Es posible. ¿Y ésa fue la última vez que lo vio usted con vida?

—Sí, señor.

—¿Se retiró a descansar usted luego de acostar al anciano?

—¡Oh, no, señor! El resto de la familia aún se hallaba levantado. Tuve que esperar varias horas. Mi última tarea del día es realizar una ronda por la casa y asegurarme de que las luces de los salones están apagadas. El señor es..., digo, era algo escrupuloso sobre los pequeños detalles económicos.

—Lo era, ¿no?... ¿Era muy exigente con el servicio?

—No, señor... El señor Hardcastle tenía una forma de expresarse muy aguda y, en cierto modo, ofensiva, pero jamás cumplía lo que decía... Era singularmente amable... conmigo.

Andrews dirigió una mirada desafiante a la familia reunida. Ninguno, sin embargo, se dio por enterado de esa predilección del anciano Hardcastle.

—¿Realizó usted también anoche la acostumbrada ronda nocturna y apagó las luces? En ese caso, ¿cómo es que no observó la luz encendida del estudio? Se encontraba encendida cuando abrí la puerta, esta mañana.

—Porque..., mientras efectuaba mi ronda, no apagué las luces del salón anoche... —Andrews pareció esperar que alguien continuase la explicación, pero como nada sucedió, continuó—: Cuando vine aquí, encontré al señor Henry aún levantado. Me dijo que me acostara, que él se encargaría de las luces... Yo... Había sido un día muy pesado para la servidumbre, señor...

—¿A qué hora entró usted en el salón? ¿Podría precisarlo con exactitud?

—Aproximadamente, señor... El reloj del colegio había dado la medianoche un rato antes...

Amy, sintiendo la necesidad de hacer algo, observaba sus manos, que Henry, sin que ella pudiese precisar cuándo, había soltado.

Éste se hallaba alejado unos pasos, mirando a Andrews con el ceño fruncido, no tanto de disgusto como de perplejidad.

—¿Y nadie, excepto desde el salón a oscuras, habría notado la luz del estudio? —preguntó Mahaffey.

—No, a menos que se estuviese en el exterior de la casa... Allí la única puerta da a esta pieza...

—¿De modo que cualquiera que quisiese ir a esa habitación tendría necesariamente que pasar por ésta?

—Sí, señor... Era un poco incómodo, pero el señor Hardcastle así lo quiso... Era su estancia favorita..., su rincón privado...

—Excesivamente, según mi opinión. Muy bien, Andrews, eso es todo... Puede retirarse...

—Perdóneme, señor. Es como dijo el doctor Woodruff. Estamos atrasados con todos los quehaceres. Si no molesto, comenzaré por limpiar la estufa y encenderé un nuevo fuego. Siempre hacemos eso antes de limpiar este salón y cerrarle...

—¿Cerrarle?

—Sí, señor. El salón de recepciones sólo se usa para reuniones sociales o en ocasión de una fiesta grande.

El capitán Mahaffey murmuró algo sobre economía, pero accedió a la petición del criado, quien se arrodilló frente a la estufa y comenzó a trabajar con una pala, un recipiente y un cepillo.

—¿Han visto a la señorita Shaw? —preguntó el capitán entonces—. ¡Oh, ahí está usted! Señorita Shaw, parece que hay confusiones con respecto al soporífero recetado para el anciano Hardcastle. ¿Cuándo se hizo esa receta por última vez?

—Anoche —dijo Amy; el capitán la miró penetrantemente—. Mejor dicho, ayer por la mañana telefoneé al doctor Woodruff, sabiendo que venía a cenar, y le pedí otra cajita de tabletas, pero se olvidó.

—¿Está segura de que se olvidó?

—Bueno... —Amy vaciló.

—El doctor está casi seguro de que la trajo —dijo el capitán.

—Así me lo manifestó —aclaró Amy—. Se la pedí después de la cena, y me dijo que había dejado la caja sobre una mesa del vestíbulo, mientras se despojaba del abrigo, pero cuando acudimos allí no se hallaron rastros de la cajita por ningún lado. El mismo doctor Woodruff manifestó que, posiblemente, se hubiese confundido, y que era probable que la dejara en su consultorio, después de todo...

—Sí —repuso secamente el capitán—. Sin embargo, los hechos nos confirman que el doctor trajo la cajita a esta casa... ¿Está segura de no haber hallado la cajita después de que él se fue?

—¡No! —casi lloriqueó Amy.

—Y supongo que ninguno de los presentes la vio tampoco... ¡Andrews!...

El solicitado acudió dejando caer ruidosamente la pala que tenía en las manos.

—No, señor —se adelantó a declarar—; no vi ninguna especie de cajita ayer por la noche.

—No hubo ninguna caja —dijo Harriet Montgomery.

—Señora, me temo que la hubo —dijo el capitán sombríamente.

—¿Acaso era —saltó Cecil Montgomery, inoportuno como de costumbre— una pequeñita, envuelta en papel marrón?

—No estoy al tanto del tamaño ni del color de la cajita —dijo—. ¿Usted lo sabe?

—Yo tampoco lo sé —dijo Cecil—. Yo no la he visto, pero los drogueros han empleado las mismas cajas y los mismos papeles de envolver durante años... ¿No le parece extraño? ¿No sería más llamativo y entretenido para esa aburrida tarea si cambiaran de vez en cuando el color del papel?

El rostro del capitán se oscureció visiblemente.

—¿Se está usted haciendo el gracioso?

—No —la voz de Cecil se ahuecó—. No quise burlarme... Lo lamento...

—Presten atención todos —dijo el capitán—. Anoche había cierta cantidad de esa medicina en la casa. Ese hombre —señaló con la cabeza la puerta cerrada del estudio— ha muerto a consecuencia de una fuerte dosis que alguien vertió en el vaso de leche... Señorita Shaw...

—Yo le indiqué —le recordó Amy— que cuando el doctor Woodruff no encontró la caja que dijo haber traído, mi tío Peters fue a comprar una nueva.

—¿Qué se hizo de esa caja?

—Tío Peters me la entregó a mí, y yo la llevé al cuarto del abuelo con el vaso de leche.

—¿Ése era el segundo vaso de leche?

—Así es...

—El segundo vaso de leche... —repitió automáticamente el capitán Mahaffey—. Señorita Shaw, ¿cuántas tabletas hay en cada caja?

—No sé. No la abrí.

—¿Quiere decir que no le dio la medicina al anciano Efraín?

—Había aún una tableta en la caja anterior, que usé.

—¿Qué hizo con la caja nueva?

—La puse en un cajón de la mesa de noche del abuelo.

—¿Y la caja vieja?

—La tiré.

—¿Dónde?

Amy vaciló.

—¿Y?...

—Estoy tratando de recordar. No puedo recordar si la arrojé a la estufa o al canasto de los papeles. Creo que fue al canasto de los papeles.

El capitán Mahaffey dirigió una mirada a Gregory Trent, quien alzó sus desgarbados hombros en un movimiento que indicaba indiferencia.

—Gracias... —el capitán se dirigió a Amy y al resto de los presentes—. Esto es todo por ahora. Pueden retirarse..., pero no abandonar la casa. Ninguno debe abandonar la casa bajo ningún pretexto...

—¿Ninguno? —preguntó Harriet.

—Ninguno...

—Eso es violento... Usted sabe... Hay ciertos asuntos...

—Use el teléfono... —dijo el capitán secamente y, dándose la vuelta, se dirigió con Gregory Trent al interior de la casa, dando por terminado el interrogatorio.

CAPÍTULO VIII

Amy se hallaba recostada en su cama. Compresas de agua fría ceñían su frente, en un intento de descongestionar el fárrago de encontradas emociones que embargaban su atribulado cerebro. Ése había sido el consejo de la señora Claggett, quien, dócil y preocupada, hacendosa y consciente de su responsabilidad como ama de llaves de la casa, dejando a un lado su particular estado de ánimo por los sucesos acaecidos la víspera, se movía por la mansión manteniendo su ritmo tan ordenadamente como le era posible. ¿Qué hubieran hecho sin ella?... Según había hecho notar Harriet de un modo rotundo, a los sirvientes no se les permitía ninguna manifestación de duelo.

La actitud de Harriet, tanto frente a ambas tragedias como hacia la policía, era sumamente violenta. Al parecer, consideraba ambos asuntos como una desconsideración y una afrenta. Al menos ése era su aspecto exterior. Íntimamente, Harriet daba la sensación de sentirse horrorizada. Cuando Cecil se ponía en dificultades serias, debido a su singular estupidez, como había sucedido en innumerables oportunidades, Harriet tornaba a sentirse segura y alerta para zanjar situaciones difíciles. No amaba ya a su esposo, tal vez no le había amado nunca, pero existía de por medio su férreo orgullo, y consideraba que, al casarse con ella, Cecil se había convertido en un Hardcastle, y cualquier cosa que hiciese redundaría en pro o en contra del apellido.

Amy recordó cuán sobresaltada se había sentido cuando Cecil hizo en la sala de espera la observación, concerniente a la noche anterior, y qué perpleja se había mostrado cuando ella, Amy, dijo a la señora Claggett que se había llevado la canasta de Patsy de la habitación del anciano Efraín. Bien..., si Harriet estaba asustada, también lo estaba ella... Desesperadamente asustada... Terriblemente asustada...

El caso de las tabletas, por ejemplo. Ella había recibido de Philander Peters dicha caja al volver éste de la droguería. Luego recordaba haberse dirigido directamente a la cocina en busca del vaso de leche que estaba en la refrigeradora. Había ya tomado el vaso de leche cuando Jake hizo su aparición en la cocina, asustándola, pero no obstante, estaba segura de que no había soltado la caja con la medicina.

De eso estaba completamente segura. La cajita no había abandonado su mano, ni siquiera cuando Jake la abrazó. Hubiera deseado estar igualmente segura de no haberla soltado durante el infortunado interludio en el salón de recepciones, mientras buscaba la revista. Aunque no podía asegurar ese detalle, recordaba, en cambio, que la había colocado en el plato al costado del vaso cuando comenzó a ascender las escaleras, ya que, debido a que sus largas faldas le dificultaban el andar, las había recogido para poder subir.

Sin embargo, alguien se había agenciado algunas tabletas del ahora fatídico soporífero del anciano Efraín, colocándolas luego en el vaso de leche. Así lo aseguraban el capitán Mahaffey, el doctor Woodruff y el extraño personaje que le había solicitado tuviese presente que había concurrido a la casa como amigo del doctor Woodruff. Sin embargo, ninguno de ellos podía precisar cuándo se produjo el hecho.

Ahora era demasiado tarde, Amy lamentó que sus problemas la hubieren distraído hasta el punto de no haber sentido la tragedia que se cernía la tarde precedente. Estaba segura de que si su cabeza se hubiese hallado libre de preocupaciones, podría haber notado algún gesto que hubiese traicionado al culpable.

Cuando calculó lo que esa distracción había significado, se revolvió en el lecho, afligida. Cualquiera en la casa podía haber matado a Efraín o a Reuben, o a ambos a la vez... El tamaño y la disposición de la mansión de los Hardcastle permitía a una persona moverse de un lado para otro con toda facilidad sin ser vista, si tal era su propósito. ¿No la había seguido Jake hasta la cocina sin que ella lo supiera? ¿No se había reunido ella con Henry a medianoche sin ser vista por nadie...? a menos... ¿Qué significaba lo que había dicho Andrews sobre el haber encontrado a Henry levantado y de su conversación sobre las luces? Quizá Andrews la había visto, y debido a su lealtad no lo había declarado. Amy experimentó un sentimiento de gratitud hacia el fiel sirviente. Probablemente Andrews la vio bajar las escaleras y se había escondido para no abochornarla. Había muchos sitios en los cuales podía haberse ocultado. Las escaleras se hallaban en el frente medio del gran vestíbulo central, formando un hueco hacia el oeste de la puerta principal. Aquél tenía forma de cruz, cuyo brazo superior conducía a la puerta de calle, la del este hacia el salón de recibo y la del oeste a la sala de espera. Al final del salón de espera estaba el comedor, y contiguo, y abarcando ambos, se hallaba la gran biblioteca. Cruzando el frente este de la casa, la sala de recibo, con el solario y el cuarto del desayuno en la parte posterior. Andrews podía haberse encontrado en alguna de esas habitaciones mientras ella bajaba las escaleras, o bien podía haber estado echando el último vistazo a la cocina que, con la despensa y parte posterior de las escaleras, ocupaban la extensión edificada del fondo.

No podía haber visto a Andrews, a menos que hubiera tropezado con él. Mientras bajaba las escaleras, la noche anterior, sólo pensaba en su cita con Henry, y más tarde, cuando huyó de él, las lágrimas cegaban sus ojos.

En su segundo viaje al cuarto de Efraín, después que Patsy había acudido a ella, estaba segura de no haber sido vista. ¿O era todo lo contrario? Deseaba poder recordar con exactitud lo que había dicho Cecil respecto a la medianoche de la víspera. Si se lo preguntase nuevamente, quizá no lo repetiría... Harriet ya le habría dado órdenes en ese sentido. ¿Podría él haberla visto cuando salía de su habitación? Recordó, estremeciéndose, el vestíbulo oscuro, apenas alumbrado por el resplandor de la luz de la calle que se filtraba por la ventana. El temor la había impulsado a bajar hasta él, pero eso se debía a la inesperada visita de Patsy y a su intranquilidad con respecto a Efraín, y no a la posibilidad de que alguno la hubiese estado espionando. Las puertas de los dormitorios las había visto todas cerradas. ¿O lo suponía para consolarse?... La única pieza ante la que había pasado,

era la de la señora Claggett, y se hallaba generalmente cerrada durante el día y la noche. La habitación de sus tíos se hallaba más allá de la suya, y la de Harriet y Cecil en el lado opuesto. Nada había oído proveniente de las puertas. Las cuatro habitaciones del extremo este pertenecían a Jake, Claudio, Quentin y Reuben. Ahora que pensaba en ello se le ocurrió que cualquier puerta de esas habitaciones podía haber estado abierta, y a menos que hubiese luz en el interior, ella no habría podido notarlo. El cuarto de Henry se hallaba en el tercer piso, y no recordaba si éste se había dirigido allí o si permaneció abajo de las escaleras.

Durante todo ese intervalo, Reuben encontraba la muerte en el estudio... y alguien lo sabía. Y la muerte, provista de una daga, estaba al acecho para golpear a un hombre aún más indefenso... Si en ese momento su cerebro no hubiese estado embargado por otras preocupaciones, habría sentido la tensión del ambiente, y tal vez hubiese podido individualizar al mensajero de la muerte... Y un interrogante surgía ante su mente atormentada: de haberlo sabido, ¿habría sido para ella mejor ignorarlo? ¿No habría constituido una nueva desgracia?...

En ese estado de suspensión y ansiedad fue llamada nuevamente a otra conferencia en el salón de recibo. Pero esta vez no se hallaban ni Henry ni Jake para ayudarla y darle ánimos.

La fatídica daga aparecía sobre una lustrosa mesa de caoba, con su hoja de acero manchada de sangre. Su mango, reluciendo a la luz de una lámpara, parecía un reflector enfocado directamente a su rostro. La lámpara no formaba parte del mobiliario habitual de la habitación, y había sido traída de la biblioteca. Era portátil, con un brazo flexible, de las que se usan para leer con comodidad.

—Señorita Shaw, ¿conoce usted esta arma?

—Sí —dijo Amy.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Arriba, en el vestíbulo...

—Bien, ¿a quién pertenece?

—Es... ¿Debo responder por otras personas?... —se volvió, apelando a Gregory Trent, que se hallaba sentado junto al capitán, casi oculto por la figura de éste.

—No está obligada a hacerlo —dijo pensativamente—. Sin embargo, Claudio ha admitido la propiedad y Henry Hardcastle admite que la trajo de regalo para su padre...

—Nadie se beneficiará ocultando los hechos —intervino el capitán—. La presentación de la daga fue un acontecimiento familiar, se nos ha dicho. Fue pasada de mano en mano, por turno, para que fuese admirada. ¿La tuvo usted en sus manos?

—No —dijo Amy con más animación—. La miré, pero no me atreví a tocarla.

Los ojos del capitán se incrustaron en los de ella.

—Bien. Entonces usted no se percató de que falta una piedra en el extremo del mango. Señorita Shaw, ¿sabe algo sobre esa piedra?

—No, absolutamente...

—¿Faltaba cuando usted vio la daga?

—Yo..., no, no creo...

—Bien.

El capitán giró en su silla y miró a Gregory Trent. Por un instante mantuvieron una muda conferencia. Amy tuvo que hacer esfuerzos para no cerrar las manos y dar puñetazos sobre los brazos del sillón. Estaban enterados de que el rubí había quedado en las manos de Harriet y de que Henry había salido de la habitación, siguiéndola. ¿Qué más sabrían ellos

que ella no conocía?

Cuando el capitán se volvió hacia ella, fue para hacer preguntas de una manera distinta.

—Señorita Shaw, tengo entendido que uno de sus deberes consistía en llevar un vaso de leche, todas las noches, a la hora de acostarse, al señor Hardcastle, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y usted era la encargada de suministrarle la dosis de veronal que tomaba con la leche?

—Sí.

—¿Era usted la única persona que se las preparaba?

—Algunas veces, hallándome ausente, la señora Claggett, el ama de llaves, o Andrews, el sirviente, lo hacían...

—Pero de los miembros de la familia, ninguno...

—No.

—¿Era una costumbre o había sido dispuesto así por alguien?

—Costumbre... Nosotros la creamos.

—Gracias. ¿Dónde se guardaba, generalmente, la medicina del anciano?

—En un cajón de la mesa de noche del abuelo... siempre.

—Bien... Siempre... ¿Y se cerraba el cajón con llave?

—No.

—Entonces nada podía impedir que el anciano se sirviese por su cuenta una dosis adicional...

—No creo que pudiese hacerlo... Le era muy dificultoso incorporarse en la cama sin ayuda. Por eso...

—Bien.

—Odiaba estar en la cama, a menos que estuviese dormido. Eso es todo.

—Comprendo. Señorita Shaw, ¿se hallaba la familia en pleno cuando el anciano se retiró anoche del salón?

—Yo... creo que sí...

Su vacilación era un honesto esfuerzo para recordar. Hilary Peters se había ido directamente a la clínica después de comer. Reuben, como todos sabían, se hallaba en el estudio en la planta baja con el doctor. Cuatro personas jugaban a las cartas...

Gregory Trent, inclinándose hacia adelante, emergió de su escondite.

—Lo importante es, señorita Shaw —dijo lentamente—: ¿abandonó alguno el salón en o alrededor de esa hora?

Repentinamente recordó que Andrews había entrado en el salón y se había detenido junto a la mesa de juego para decirle a Quentin que le llamaban por teléfono, pero éste no pudo ir en seguida. Se hallaba aún allí cuando el viejo Efraín dio sus agrias y póstumas *buenas noches*. Comprendiendo que ambos hombres observaban su vacilación al responder, explicó su confusión.

—No sé cuándo abandonó el salón..., no le vi salir...

—¡Pero usted le vio volver!... —prorrumpió Trent.

Amy lo miró con asombro.

—Sí, claro que lo vi —dijo.

—¿Cuánto tiempo se ausentó Quentin del salón?

—Yo... no lo sabría decir...

—Señorita Shaw —continuó Gregory Trent, hablando muy cuidadosamente, como

si fuese importante que entendiese cada palabra—. Voy a ser muy franco con usted. Todas las pistas, por el momento, recaen en el vaso de leche que Reuben bebió y que le causó la muerte. Hemos interrogado a la cocinera. Nos puso al corriente de que todas las tardes, después de la cena, era su obligación preparar ese vaso de leche y dejarlo en la heladora hasta que usted fuese a buscarlo. Lo hizo anoche, como de costumbre. La doncella la vio verter la leche en él. Juntas dejaron la cocina, retirándose a sus cuartos en el tercer piso. Juran que no salieron de sus habitaciones hasta esta mañana. Si lo que afirman es cierto, les proporciona una coartada... por el momento. Sin embargo, el vaso de leche estuvo en la refrigeradora desde poco después de cenar hasta aproximadamente las nueve y media. Todos los de la familia lo sabían. Quienquiera que hubiese deseado asesinar a un anciano indefenso tenía el camino expedito. Como usted puede ver, estamos absolutamente seguros de que la leche envenenada no estaba destinada al hombre que se la bebió. El punto que estoy tratando de aclarar es qué personas estuvieron continuamente en el salón después de cenar y quién pudo haber agregado las tabletas al vaso. Usted se perjudica al no responder con franqueza respecto a los movimientos de la familia tal cual usted los observó.

El capitán le interrumpió.

—¿Estuvo Quentin fuera del salón tiempo suficiente como para haber ido hasta la cocina y volver?

—No podría decirlo —respondió Amy—. Realmente no lo sé.

Pellizcándose suavemente el labio inferior, retornó a su anterior mutismo. Pero vigilaba...

Requerida por el capitán, Amy indicó el lugar donde se hallaba la mesa de juego y la situación de cada participante después de la retirada del difunto Efraín. El lisiado Claudio en la poltrona, cerca del hogar; Philander Peters aparentemente sumido en sus periódicos; Cecil paseando alrededor de la mesita que contenía las bebidas, el sifón y los vasos; Myra, cerca de la mesa, entretenida con sus tejidos. Reuben en el estudio del piso alto, con el doctor, quien, sin embargo, apareció en la puerta poco después para despedirse. Les contó cómo había salido al vestíbulo para pedirle el remedio, y cómo, al no poder encontrarle, Philander se había ofrecido para ir hasta la droguería en busca de otra caja. Mientras tanto, ella había retornado al salón.

—Encontrando todo, excepto a su tío Philander, tal como le había dejado —interrumpió Gregory Trent—. Ni rastros de nerviosidad emocional que pudiese anticipar veladamente la tragedia que se estaba incubando... Las cuatro personas jugando a los naipes, pacíficamente, etc.

Amy le miró con fijeza. No; la partida de naipes no había sido pacífica... Las partidas de los Hardcastle nunca eran tranquilas... Harriet tenía ojos de lince para los errores de los demás y era muy buena jugadora. Pero Quentin era todo lo contrario, y su modo de jugar, aparte de originarle serias pérdidas, arrastraba en las mismas a su compañero, lo que provocaba no pocos incidentes... Pero...

—¿Alguno de los jugadores se retiró de la mesa durante la partida? —preguntó el capitán Mahaffey.

—Sí —respondió Amy—. En una mano en que le tocó a Henry a hacer de *muerto*, vino hacia el piano y se sentó a mi lado.

¿Le preguntarían ellos qué le había dicho en ese momento? ¿Qué diría ella? Pero sus temores se desvanecieron al insistir el capitán, sobre el tema del vaso con el veneno. ¿Cuánto tiempo había estado su tío Peters ausente realizando la búsqueda del remedio? No más de media hora. Estaba segura. Eran las diez menos cuarto cuando lo oyó venir por el

vestíbulo saliendo ella del salón y yendo a su encuentro, reclamándole las tabletas.

—¿Acababa él de entrar?

—Sí... Se estaba quitando el abrigo.

—¡Oh! ¿De manera que usted no le vio entrar ni oyó cuando abrió y cerró la puerta de calle?

—No lo vi, es verdad.

—Maravilloso —comentó Gregory Trent—. Me refiero a la forma en que la gente anda por la casa sin hacer ruido. El caso es, señorita Shaw, que hay otra puerta en la parte posterior del vestíbulo. Pudo haber entrado por ella, haberse deslizado en la cocina y retirarse sin ser visto ni oído. No imagino qué movimiento pudo haber hecho él en el vestíbulo para que usted se percatara de su presencia...

—No lo recuerdo... —dijo Amy con cierta irritación.

Gregory Trent se sonrió y Amy exhaló un suspiro. La simplicidad de sus rasgos prominentes se quebró con su sonrisa amable e irónica.

—Quizá habría tosido —sugirió.

—Olvidelo —interrumpió el capitán. Y dirigiéndose a Amy, prosiguió—: ¿De modo que usted recibió el paquetito, le desenvolvió y se dirigió a la cocina?

—No; simplemente tomé la caja —corrigió Amy.

—¿No la desenvolvió usted? ¿No fue a la cocina? Entonces, ¿cómo recogió el vaso de leche?

—Fui a la cocina en busca del vaso, pero la cajita... —Amy se detuvo.

—La caja ya estaba desenvuelta —dijo Gregory Trent tranquilamente—. ¿Cómo supone usted que pudo ocurrir? ¿Se lo dijo su tío?

—No —un nuevo impulso casi la conduce al borde del histerismo. Lucha para controlarse—. Él sólo me dijo que las calles estaban terribles y que había sufrido una caída sin consecuencias. Su abrigo se hallaba húmedo y algo enlodado.

—¿Abrió usted la caja? —preguntó el capitán Mahaffey.

—No...

—¿De manera que no sabe cuántas tabletas contenía?

—¡N-o-!... —exclamó Amy exasperada ante tanta insistencia.

—¿Qué hizo usted con ella? —continuó imperturbable su interlocutor.

—La llevé conmigo cuando fui a la cocina...

—La caja no había salido de sus manos, sino cuando la colocó en el plato, junto al vaso de leche, al ir usted al solarío en busca de una revista que deseaba...

Sus inquisidores le preguntaron cuánto tiempo permaneció en el solarío, pero ella no se aventuró a manifestarlo. Naturalmente, en el ínterin ella no podía saber lo que ocurría en el salón. Al retornar, advirtió que Cecil se hallaba en pie junto a la mesita donde se hallaba el vaso, riéndose desaforadamente del error de Reuben, al llevarse la leche.

—¿Se preocupó usted, cuando se enteró de lo sucedido? —preguntó Gregory Trent.

—No. Sólo pensé que era tarde y que el abuelo me regañaría por hacerle esperar.

—¿No intentó usted localizar a Reuben entonces?

—No. Él es..., era terriblemente sordo. Me pareció más sencillo procurarme otro vaso en la cocina.

—Ya veo. ¿De modo que usted llevó el vaso de leche con la nueva caja de medicina hasta el dormitorio del anciano Efraín?

—Y encontró al viejo irritado por la tardanza —terció el capitán.

—Estaba irritado y cansado. Eso es todo...

—Entonces le dio usted una tableta, sacándola de la caja vieja, según creo haberle oído decir, pero sin recordar luego qué hizo con el envase vacío.

—Creo que ahora recuerdo haberlo arrojado a la chimenea.

—Bien, bien. ¿La memoria comienza a volver, eh?... Muy bien. ¿Cuánto tiempo hacía que la antigua caja se hallaba en la casa?

—Alrededor de dos semanas. Es el tiempo que generalmente duraba.

—Entonces —dijo el capitán—, estando usted familiarizada con esas dosis, debería saber cuántas tabletas contenía cada envase. Y las que contiene la caja que usted asegura haber guardado sin abrir en el cajón de la mesa de noche del enfermo.

Amy se pasó una mano por la frente.

—¿Doce? —sugirió luego.

—Eso encaja con el cálculo... —dijo el capitán brevemente—. ¿Qué color tenía la caja que usted colocó en el cajón?

—Blanco —respondió Amy con presteza.

—Cuidado —advirtió Gregory Trent—. ¿Está segura de que no había diferencias en la de anoche?

—Excepto, posiblemente en la etiqueta —dijo Amy sinceramente, respondiendo a impresiones que creía recordar... ¿Estaría puesta en la etiqueta la fecha reciente?—. Yo... no lo sé... Recuerdo una etiqueta escrita a máquina, pero borroneada. Creo que se mojó cuando tío Phil resbaló, y creo también que ésa pudo haber sido la causa de que él le quitase la envoltura.

—Una caja blanca con una etiqueta escrita a máquina, conteniendo doce tabletas o píldoras... ¿De acuerdo? —preguntó el capitán.

—Yo creo que sí... ¡Claro!...

—Entonces —saltó Gregory Trent con rapidez—, ¿cómo explica usted esto?

Extendió una de sus largas manos y dejó caer sobre la mesa, junto a la daga que Amy había evitado mirar durante el diálogo, una cajita ovalada. Su color era blancuzco, pero bajo el haz luminoso de la lámpara mostraba un ligero tinte verde pálido. La etiqueta estaba manuscrita.

—Nunca la vi anteriormente —dijo Amy al instante—. ¿Dónde?...

—Dice usted que nunca la vio —repitió el capitán.

—Nunca. ¿La encontró usted arriba?

—Poco a poco. Las preguntas las hacemos nosotros —le recordó el capitán—. Y supongo que tampoco sabe nada de todo esto, ¿no?

Sin consideración por la pulida superficie de la mesa de caoba, colocó bajo la lámpara un par de guantes tejidos a mano completamente mojados, evidentemente lavados hacía poco. Amy comenzó a reír histéricamente.

—¿Cuál es la gracia? —gruñó el capitán.

—Estos guantes —aclaró Amy— son míos, y los lavé, porque se me ensuciaron al alzar la perrita cuando di un paseo con ella esta mañana.

—¿En un día como éste —declaró incrédulamente el capitán— iba usted a notar un poco de barro en un par de guantes y tomarse la molestia de lavarlos?

Amy dejó de reír. El alivio momentáneo producido por el ridículo episodio desapareció. La tensión de sus nervios creció ante la incredulidad de sus interlocutores. ¿Qué creerían ellos?

—¿Y esto?... —agregó Gregory Trent—. ¿Puede identificar esto?

De entre las hojas de su raída libreta extrajo un pedacito de papel, sucio, arrugado y

rasgado en un extremo; un pedacito de papel que tenía impresos débiles cuadritos milimetrados, como los que usan los ingenieros para sus gráficos. En un borde rasgado del papelito había dos palabras muy legibles: «Amy querida...»

—Una nota para usted, de parte de Henry, ¿no es así? —preguntó el capitán—.

¿Cuál es el resto del mensaje de su amante, señorita Shaw?

—¡Capitán Mahaffey!... —suplicó Amy—. Henry no fue... Él no es...

—¿No fue qué?... —jamás el rostro del capitán estuvo más severo.

—No lo sé..., ¡por favor!... ¡No aguanto más! ¡No puedo! ¡No!...

Por segunda vez en el mismo día sintió una larga y tosca mano sobre su brazo, y fuertes músculos que la mantenían en pie.

—Creo que esta joven tiene razón —dijo suavemente Gregory Trent—. ¿La dejaremos descansar, capitán? Tenemos ahora algo que hacer...

CAPÍTULO IX

Media hora más tarde, la habitación de Amy, cuya prolijidad rayaba en la exageración, presentaba un aspecto realmente desolador. Parecía que su dueña hubiese sido atacada de repente por una furia salvaje. Las prendas de vestir, por lo regular dobladas cuidadosamente en los cajones o colgadas en sus perchas respectivas, describían curiosas trayectorias al ser sacadas violentamente de sus lugares, revisadas minuciosamente y dejadas de lado tan pronto como la dueña descubría la inutilidad de su búsqueda. Patsy celebraba ruidosamente esta especie de juego febril, abalanzándose sobre los objetos en el aire o bien solazándose con una chinela de cuero, cuyo pompón era objeto de los más sostenidos ataques. De vez en cuando observaba a Amy con desconfianza, evidentemente extrañada de que no se la reprendiese. En un momento dado, tomando entre sus dientes la maltrecha chinela, se acercó provocativamente hasta los tobillos de Amy. Sin embargo, ésta no le prestó la más mínima atención. Patsy arrojó al aire lo que ella creía un conejo o un pájaro, y cayó nuevamente sobre su presa, mordiéndola y sacudiéndola con ferocidad.

—No me molestes, Patsy... Déjame pensar...

Por fin no quedó en la habitación ni un objeto que no hubiese sido revisado, arrugado o dado vuelta. Sin embargo, su búsqueda no tuvo éxito. Pero en lo más hondo del bolsillo de su bata halló el rubí que había recogido del suelo, en el cuarto del anciano Efraín, cerca de la puerta. La noche anterior había sido una joya que se había extraviado... Ahora constituía una terrible prueba contra ella.

Harriet, cuya pasión por las piedras preciosas era bien conocida por toda la familia, había tratado de quedarse con él, huyendo del comedor, pero Henry corrió tras ella para recuperarla.

Amy cerró sus dedos fuertemente alrededor de la ahora trágica joya. Tendría que buscar la forma de desembarazarse de ella antes de que su posesión fuese descubierta, ya que tendría que someterse luego a una serie de preguntas, tal vez más difíciles de contestar que las que le habían hecho no hacía mucho rato. Ella aseguró que ignoraba cuanto se relacionara con la pérdida del rubí, y ellos lo habían creído.

«Dejemos que crean eso», se dijo, atando la piedra roja en un extremo de su pañuelo. Luego, reinició su infructuosa búsqueda.

Patsy, cansada tal vez de sus juegos, llevó la chinela a su canasto y se acostó en él; Amy concentró su atención en las ropas que había usado el día anterior. Tanteó dentro de las chinelas, pero fue inútil. La nota de Henry había desaparecido. No creía haberla perdido. Gregory Trent conservaba un trozo, lo que indicaba que la nota había sido hecha pedazos. ¿Dónde lo habría encontrado? ¿Por qué daba tanta importancia a un pedazo de papel escrito?... ¿Por qué ella misma daba tanta importancia a la nota?... Quizá no fuese sí. Quizá fuese producto de su tensa imaginación, exaltada por los sucesos de la noche anterior.

Revolvió y tornó a revolver y revisar los cajones y vestidos que había ido arrojando al suelo, y que formaban un mullido almohadón de brillante seda, sobre el cual Amy se dejó caer, desanimada y cansada; exactamente como la perrita lo había hecho en su canasta, se acostó sobre ellos y comenzó a dormir.

El cuello dolorido y un brazo entumecido la hicieron despertar de su siesta, cuando empezaba ya a ser de noche. Se sentó, suspirando, se restregó los doloridos músculos y luego se levantó de prisa. Inmediatamente trató de poner su habitación en orden. Era evidente que la nota no se hallaba en ella. Había desperdiciado buena cantidad de tiempo en lugar de buscar en otra parte. Además, ahora tenía otra cosa más importante que llevar a cabo: hacer desaparecer la fatídica joya. Tomó una reconfortante ducha, vistió un vestido de suave lana y se dispuso a salir. Ya la oscuridad reinaba en la habitación. Tenía el rubí atado a la punta de su pañuelo y una lima para las uñas en un bolsillo.

El vestíbulo de arriba permanecía a oscuras. Andrews seguramente no había sido informado de que la lámpara del corredor se había quemado. La puerta de un dormitorio se hallaba entornada. Ésta pertenecía a la habitación de Cecil y Harriet. Se podía escuchar la voz de ambos a través de la abertura. La voz de Cecil trataba de ser conciliadora, luego se hacía irritada para tornarse por último tímida. Harriet, en cambio, discutía con voz firme.

Amy cerró la puerta de su dormitorio sin hacer ruido, e iba a retirarse, cuando algo que dijo Cecil la hizo prestar atención.

—Ella no es como tú —vociferaba con ira—. Ella no es una Hardcastle. Además, no pienso decir nada...

A menos que se refiriese a la cocinera o a la doncella, sólo había dos mujeres en la casa que no se apellidaban Hardcastle: la señora Claggett y ella.

—No necesitas gritar... —le interrumpió Harriet—. No soy Reuben...

—¡Condenada! ¿No tienes sentimientos? Tu hermano yace allá abajo muerto y no tienes reparo en hablar de él como de algo aborrecible.

Amy no entendió la respuesta de Harriet, a pesar de que ahora escuchaba con más atención. Si supiera de qué estaban discutiendo...

—Debo haberla perdido... —volvía a oírse a Cecil, como abochornado.

—Pues encuéntrala.

—¿Dónde he de buscarla, mujer?

—Ella la tiene. Quítasela antes de que la entregue a la policía. Y si es necesario, dile lo que has visto... Si tú no lo haces, lo haré yo... Se trata de su vida o de la tuya...

Oyó nítidamente crujir un peldaño de la escalera y Amy se sobresaltó. Era Andrews. Reconoció su andar, y le oyó decir «Es curioso», cuando trató de encender la luz del vestíbulo, sin resultado.

—¿Andrews?... —dijo Amy suavemente.

Éste se sobresaltó, y luego dijo:

—¿La señorita Amy? Disculpe; no creía encontrar a nadie en el vestíbulo. No comprendo lo que pasa con la luz. Cambié la lámpara esta mañana..., y ahora ésta no se

enciende tampoco. Puede que esté floja... Trataré de ajustarla.

Pero el vestíbulo siguió a oscuras... Amy sugirió que tal vez habría puesto una lámpara inútil, pero él le aseguró que no, pues siempre tenía especial cuidado en colocar las bombitas quemadas en lugar aparte. Algo debía de andar mal en la instalación o en el interruptor.

—Tomaré una lámpara de mi habitación, y así estaremos seguros... —dijo Amy.

El diálogo se desarrolló con extraños cuchicheos, sin razón aparente, excepto la atmósfera de misterio que reinaba esa noche en la mansión.

Luego que Amy retornó con la bombilla y Andrews la hubo colocado, un haz de brillante luz lo iluminó todo. Casi instantáneamente, Amy creyó oír un leve crujido, asustándose y asiéndose del brazo de Andrews.

—¡Ah!... —dijo Amy—. ¡He oído algo! ¡Alguien debe andar cerca!

Andrews, tan asustado como ella, dejó caer la lámpara que tenía en sus manos, que explotó contra el suelo, produciendo un ruido terrorífico. Un policía que se hallaba en el vestíbulo de abajo, se arrojó escaleras arriba, resoplando. Las puertas fueron abiertas en todo el vestíbulo.

—¿Qué ha sido eso? —rugió el representante de la ley.

—Na... nada, señor... Na... nada...

Andrews señaló las finas partículas de vidrio diseminadas por el suelo.

—Eso no es motivo para armar este alboroto —reconvino el policía, bajando nuevamente las escaleras.

—Andrews, no olvides que sufro del corazón —dijo Philander Peters, asomado al vestíbulo; y luego, entrando a su habitación, dijo a su esposa—: No es nada, querida... Andrews dejó caer una bombilla... Eso es todo...

—Eso es todo... —se burló Cecil Montgomery—. Nos enterrarán a todos si esto continúa... No gano ni para sustos desde esta mañana...

—Cecil, cierra esa puerta... —dijo Harriet; y la orden fue obedecida.

Amy, segura de no haber sido notada durante la confusión, se encontraba a medio camino escaleras arriba hacia el tercer piso. En éste había una sala de juegos que compartió, siendo niña, con los tres muchachos de la casa en aquel entonces: Hilary, Henry y Jake. Recordaba que habían estado allí todos juntos, saltando, discutiendo, leyendo..., y luego de repente los muchachos se transformaron en hombres, marchándose, quedando ella, aún joven, con sus recuerdos. Esa habitación era la única que no había sido modificada. La vieja mesa de estudio, en el centro, con la pantalla de tulipa verde, para hacer un poco de sombra; estantes con libros, que estaban un poco deformados por el uso y con hojas sueltas; pequeñas sillas...

Amy caminó por entre las sillas con singular familiaridad; a pesar de la oscuridad, llegó a la mesa y encendió la luz. En la repisa de mármol de la chimenea, cuatro figuras de trapo relleno hacían una guardia solitaria. Sus ojos adquirieron un singular brillo al verlos. Se acercó y los tocó cariñosamente. El elefante de Henry, cuya piel y trompa de franela habían perdido el color y la consistencia; el tigre de Jake, con un brillante ojo menos, mostrándose, en consecuencia, más grotesco que feroz; la jirafa de Henry, cuyo cuello aparecía dislocado, pues colgaba desgarbadamente; y su propio y querido *Puss*, un gato gris, relleno de algodón, con cuentas verdes por ojos y una preciosa boca pintada de color rosa.

Al tomarlo en sus brazos y sentarse en una silla baja, cercana a la masa, un cascabel de bronce, atado con una cinta al cuello del animalito, sonó débilmente.

Amy colocó la mano sobre el cascabel para ahogar el sonido. Con la lima, que llevaba en el bolsillo, amplió la abertura del cascabel, hizo caer en la palma de su mano la bolita que producía el ruido y la reemplazó por el rubí. «Nadie, pensó Amy, vendrá a buscar esta joya en semejante lugar.» Tuvo alguna dificultad para cerrar la ranura, pero finalmente consiguió ajustarla con los dientes, colocando la bolita, la lima y el pañuelo en el bolsillo de su vestido. Colocó su juguete en el lugar donde estaba y se inclinaba para apagar la luz, cuando algo le llamó la atención hacia la puerta de la habitación.

De pie allí, apenas definida entre la luz del vestíbulo y la penumbra de la habitación, había una mujer.

Por un segundo, en su confusión y temor, Amy no reconoció a la aparición. Era Harriet. ¿Cuándo habría abierto la puerta y cuánto tiempo hacía que estaba presente mientras ella realizaba el cambio en el cascabel?... Amy no lo sabía... Estaba segura de que nadie se hallaba en la habitación cuando ella había entrado.

Harriet cerró la puerta y avanzó, extendiendo una mano.

—Entrégamela... —dijo secamente.

Amy esperó antes de responder. Si ella se refería al rubí, no quedaba dudas de que era ella quien le había dejado caer en la habitación del anciano asesinado... A pesar de lo terrible que resultara esa comprobación, no dejaba de causarle cierto alivio. Aclararía muchas cosas y desvanecería muchas sospechas. Por el contrario, si Harriet no se refería al rubí, entonces el secreto sería un peso en la conciencia de Amy.

—¿Darte, qué?... —dijo con cautela.

—Lo que has venido a esconder... o, quizá, a recoger...

—No sé de qué me hablas.

Harriet avanzó un poco más, diciendo:

—Sabes muy bien a qué me refiero. La llave del bar... La que hizo hacer Cecil para burlarse de mí...

En ese momento Amy pudo haber exhalado un suspiro de alivio, como reaccionando de su expectación, pero en cambio, sólo pudo sonreír levemente. Las maquinaciones de Cecil para eludir las prevenciones de Harriet con respecto a su pasión por la bebida eran siempre una fuente de entretenimiento. Pero ¿qué podría traer aparejado aquella llave?

—Oye —exclamó Harriet, a punto de estallar por la sonrisa de Amy—, si me entregas la llave o me dices lo que sabes, te prometo no revelar a Gregory Trent que te hallabas levantada, yendo de un lado a otro de la casa..., anoche, mucho después de que todos se hubieran retirado... Aún no se lo he dicho, pero...

Amy la miró horrorizada, sin poder articular palabra. Era indudable que Harriet sabía que había permanecido levantada la noche anterior. En sus escaramuzas por el gabinete de las bebidas, en busca de su licor preferido, Cecil había visto a Amy levantada, y se lo había dicho a Harriet. Ella estaba segura de que su marido le decía la verdad, debido a la declaración de la misma Amy, quien había admitido que acudió a la habitación de Efraín en busca del cesto de Patsy.

La amenaza de que Cecil iría con la denuncia a la policía, o bien que iría ella si no lo hacía, era una despiadada venganza contra Amy.

¿Por qué no lo hizo en seguida? Había bastantes representantes de la ley en la casa a quienes contar la historia... ¿Qué la había detenido? ¿Estaba todavía asustada..., asustada de alguna otra cosa que Cecil debía saber y amenazaba revelar si no le dejaba tranquilo?... ¿Sería esa la causa que impulsaba a Harriet a procurarse la llave con tanta determinación?

Era muy probable... Cualquier cosa era posible...

No sólo sería así, sino que ella, si Cecil había visto a Amy, indudablemente debió de haber visto también a Henry... El terror de Amy iba en aumento. Algo frío y decidido en la actitud de Harriet la hacía estremecer. ¿Cuánto tiempo pasaría sin que Harriet cumpliera su amenaza?... ¿Cuánto representaría para ella el hecho de que se cobijara bajo el mismo techo, aun cuando el apellido no la protegía?...

—Harriet, ¿por qué me odias? —preguntó suavemente Amy.

Harriet no respondió. Pero sus ojos cobraron cierta dureza, su pecho palpitó; un gesto despectivo asomó a sus labios... Y entonces Amy se dio cuenta... Era porque envidiaba su juventud y, en cierto modo, su libertad... Además, ella no ignoraba que Henry la amaba...

De repente, Amy tuvo miedo. Sí; moral y físicamente tuvo miedo de Harriet Hardcastle... Si ésta la atacaba, armada o no, su juventud valdría poco contra la corpulencia de su oponente, agregado a esto la fuerza que imprimía en sus nervios la violencia y tal vez insana pasión que la devoraba...

Amy retrocedió ante un avance de Harriet, que comenzó a reír histéricamente. ¡Era horrible!... ¡Horrible!... Amy gritó, asustada... Esquivó a Harriet y huyó. Llegó hasta la puerta, la abrió, e irrumpiendo a través del vestíbulo pasó rozando a la señora Claggett, el ama de llaves... ¡Jerusha Claggett, siguiendo los pasos de Harriet nuevamente!...

Amy, segura por el momento en su habitación, pudo por fin coordinar sus pensamientos. ¡La señora Claggett y Harriet Hardcastle!... ¡La señora Claggett y ella misma!... ¿Qué conexión había?... Ella era sobrina de Philander Peters y pupila del extinto Efraín Hardcastle. Pero ¿quién era Jerusha Claggett?

Amy había tomado su presencia en la casa como cosa natural. Ahora, por primera vez, se hacía esa pregunta. No podía negarse que la señora Claggett debía de haber tenido alguna extraña influencia sobre el viejo Efraín. Éste había confiado más en ella que en cualquiera de sus hijos. Una sola mirada de ésta le hacía callar, cuando todos los razonamientos de sus hijos le tornaban más arbitrario e irrazonable. Ella podía haberle gobernado completamente, si lo hubiese deseado; podía haber logrado hacer salir a sus hijos de la casa y dejarles sin herencia. En cambio, había preferido andar por la casa entre ellos, sin entrometerse nunca, sin presumir, calmando muchas tormentas familiares, si era posible... Bien, pero ¿quién era? Y ahora que la cabeza de la familia había desaparecido, ¿quedaría en su puesto? Parecía que sí... Pero ¿por qué?

Amy apoyó las manos en sus palpitantes sienes... Se alarmó de hallarse tan perturbada ante este nuevo misterio...

CAPÍTULO X

Esa noche, Amy salió al patio que daba a los fondos de la casa, con la perrita en brazos, deseosa de dar un breve paseo antes de acostarse. Apenas había avanzado unos metros, cuando distinguió las voces de Gregory Trent y del capitán Mahaffey. El auto del primero se hallaba estacionado a pocos pasos, en un camino del parque, y hacia éste se dirigían, juntos, sin notar la presencia de Amy y la perrita, la cual, por alguna razón inexplicable, se abstuvo de lanzar sus acostumbrados ladridos.

—Murió entre la medianoche y la una de la madrugada —decía el capitán Mahaffey—. ¿Quiere un dato más aproximado?

—Sí... Unos minutos más —respondió Gregory—. Diez minutos..., cinco minutos, pueden significar un cambio completo en la situación. En el ínterin una persona puede subir por una escalera, entrar en una habitación y apuñalar a un hombre, marchándose luego. Cada minuto tiene trascendental importancia.

—Seguramente. Pero he aquí cómo es el asunto, según dice el doctor...

En ese momento, Patsy, con la incompreensión propia de su sexo, comenzó a dar muestras de intranquilidad. Tiraba de la correa que la sujetaba, tratando de acercarse a los dos hombres. Amy tornó a levantarla, y colocándola una mano en el hocico, se ocultó bajo la sombra de un roble, mientras Trent y Mahaffey entraban en el auto y se alejaban.

Había perdido las últimas palabras de la conversación, pero lo escuchado era suficiente para darse cuenta de que se referían a la muerte del viejo Efraín. Sin dejar a Patsy en el suelo, entró en la casa nuevamente, subió las escaleras y, a pesar de las protestas del animalito, la acostó en su canasta, haciéndolo ella también en su lecho. Sin embargo, no sentía deseos de dormir. La conversación oída en el patio atenazaba su cerebro. Otras cosas agregaban turbación a su mente, como la amenaza de Harriet y la nota de Henry perdida. Deseaba con toda el alma haber confesado la verdad a Gregory Trent, cuando comenzó a interrogarla respecto a sus movimientos de la tarde y noche precedentes. De haberlo hecho, no estaría en ese momento revolviéndose en el lecho tratando de analizar las consecuencias de haber retrasado el informe.

Lo que la detenía era la importancia que Trent parecía asignar al trocito de papel que pertenecía a la nota de Henry. ¿Por qué sólo había conseguido ese trozo? ¿Qué se había hecho del resto? De tenerla completa, ¿qué podría indicar su contenido, excepto que ella y Henry permanecieron levantados mientras los demás se retiraron a descansar?...

Sus pensamientos retrocedieron a las afirmaciones del capitán Mahaffey, de que, de acuerdo con el informe médico, la muerte del anciano se había producido entre las doce y la una de la madrugada. Eso era imposible. A las doce y cuarto, según el reloj de su habitación, ella había bajado las escaleras para ir al encuentro de Henry. Estuvo con él por lo menos media hora. Luego se fue a acostar, levantándose nuevamente para hacer su visita final a la habitación de Efraín, y éste aún se hallaba con vida, murmurando algo entre sueños... La policía debía de estar equivocada. El crimen se había cometido después de la una... ¿Dónde se hallaba Henry en ese entonces? ¿Aún en el salón? Él no la había seguido... ¿Cómo podía ella saber dónde se hallaba Henry en ese momento sin preguntárselo a él directamente? ¿Por qué temía hacer esa pregunta...? ¿El rubí? Sin embargo, el anciano estaba aún vivo cuando ella recogió la piedra del suelo... ¡Dios santo! ¡El enredo era cada vez más terrible!...

Se movía de un lado a otro del lecho, quedándose repentinamente inmóvil; no dormida, sino pensando con asombrosa lucidez, y los ojos muy abiertos. ¡Esa nota!... Alguno la había recogido del suelo, arrugándola y arrojándola luego al cesto de los papeles. Quizá antes de tirarla la había hecho pedazos. Ése era el motivo por el que sólo un trozo había llegado a manos de Trent... ¡Un cesto de papeles!... Todos los cestos de papeles de la casa se vaciaban diariamente en una paila, que luego se vaciaba a su vez en otra mucho mayor que se hallaba en el garaje, y cuyo contenido era incinerado dos veces por semana: los lunes y los viernes. Pero ese viernes no había ocurrido así, pues Sylvester —una combinación de chófer y encargado de patios—, se hallaba ausente, llamado por la enfermedad de su madre.

Amy ocultó la cabeza bajo la almohada. No deseaba ir al garaje a revisar el depósito de papeles a esa hora de la noche, puesto que nada hacía pensar que el contenido de éste no estuviera en ese mismo lugar a la mañana siguiente. Pero también la policía podía pensar que sería de alguna utilidad realizar una inspección en ese lugar, auxiliada por una docena de ojos avizores, por no agregar lenguas demasiado sueltas.

Sin darse cuenta casi, se encontró en pie junto a la ventana, observando, a través de la oscuridad exterior, la silueta imprecisa del garaje. La sombría construcción de ladrillos, que anteriormente había sido una cochera y luego establo, la atraía. Algo suave rozó sus tobillos. Era Patsy que, saliendo de su cesta, se había aproximado como solicitando ver también. Volviendo rápidamente de su ensimismamiento, levantó a la perrita y la colocó sobre su propia cama, diciéndole severamente: «Quieta ahí.» Luego, sin encender luz alguna, comenzó a vestirse, si podía llamarse así a ponerse un pijama y echarse sobre los hombros una chaquetilla. Con una última palabra de advertencia al animalito, tomó un candelabro de la mesita de noche, abrió la puerta y permaneció un momento escuchando. Al principio, no oyendo ningún rumor, se dirigió cautelosamente hacia la escalera, donde se detuvo al escuchar el acompasado y apagado andar de alguien sobre la alfombra. Un policía hacía la guardia en el vestíbulo de abajo. Amy se volvió, y dirigiéndose a la escalera posterior, comenzó a tantear los escalones, descendiendo con cuidado. Recordó que casi a la terminación de la escalera un peldaño crujía al paso de una persona y lo evitó, luego, acercándose a la balaustrada, inspeccionó el vestíbulo.

Vio una luz proveniente de una lámpara que había encendido el guardia como medida de precaución contra el sueño. Éste había dejado de pasearse y se hallaba de pie frente a la escalera principal, mirando hacia arriba, con el ceño fruncido. Rascóse luego la cabeza, bostezó silenciosamente, abriendo su boca todo lo que pudo, encogióse de hombros y comenzó su interrumpido paseo. Amy, tan pronto como el guardia le volvió la espalda, se deslizó rápidamente por la escalera, y no tardó en estar en la cocina. Hizo girar la falleba de la puerta que daba al patio y se hundió en las sombras de la noche.

En su apresuramiento olvidó recoger la llave del garaje, que por costumbre se hallaba colgada de un gancho en el vestíbulo posterior. Pero la puerta cerrada no era obstáculo para Amy. Se dirigió resueltamente a un rincón, donde la alta pared del jardín se unía con la del garaje, y allí, escondida en un matorral y guiándose por el tacto, quitó de la pared tres ladrillos flojos, ubicados a unos veinte centímetros uno de otro. Ascender por esa especie de escala le había sido muy sencillo, años atrás, cuando desempeñaba el papel de desesperada cautiva de sanguinarios piratas. Ahora, sin embargo, eso no era tan fácil. Mas a expensas de una uña rota y algunos rasguños, llegó al alféizar de la ventana, y abriéndola fácilmente se introdujo en el garaje.

Escuchó un momento, y luego encendió la vela que llevaba, la cual irradió una luz mortecina, quebrando apenas las sombras que la rodeaban. El lugar se hallaba vacío, a no ser por los autos allí guardados. La vieja *limousine* de la familia; el modesto *sedan* de Philander Peters, y el «alborotador de caminos», como jocosamente llamaban al coche de Jake. El auto de la familia se hallaba en el centro, listo para cualquier emergencia, y sobresalía en altura de los demás. La cesta de papeles, objeto inmediato de la expedición de Amy, se hallaba en el rincón más alejado de la puerta.

Amy llegó hasta allí, y colgando el candelero en un borde del mismo, comenzó una búsqueda rápida aunque minuciosa de su contenido. Una sola mirada bastaba para dejar de lado uno por uno los trozos de papel que pasaban por sus manos. ¡El familiar y ahora misterioso trozo de papel milimetrado no aparecía!... A mitad de su tarea, convencióse de la

inutilidad de su búsqueda, pero no cejó en su empeño hasta que el cesto quedó vacío.

En el momento en que procedía a desenganchar el candelero de donde lo había colgado, notó que el gancho se había trabado con el enrejado de alambre de la papelería. Sus entumecidos dedos lucharon brevemente para soltarlo, pero tuvo que detenerse al escuchar un pequeño ruido. Parecía que una llave giraba en la cerradura de la puerta del garaje. Amy apagó la luz inmediatamente. En ese momento el candelero se desprendió, dándole tiempo justo para arrastrarse hasta la gran *limousine*, ocultándose entre ésta y el *sedan* de Philander Peters en el momento en que la puerta se abría y entraban dos hombres.

Amy pudo colegir que lo eran por sus voces. Uno cuchicheaba en forma inaudible, en tanto que el otro, por el contrario, gritaba furioso.

—El infierno se congelaría antes de que yo tuviese noticias tuyas... Quiero mi dinero, y lo quiero contante y sonante... ¡Y ahora!...

Amy dio gracias a Dios al no reconocer la voz. Pero ¿y el otro?... Se oyó un murmullo.

—¿Sí? —dijo el primero—. ¡Estoy harto de usted y de sus promesas!... Ahora que murió el viejo, ¿de dónde lo obtendrá?... ¿Eh? ¿Dónde y cómo se arreglará ella para obtenerlo?...

Nuevamente se oyó el murmullo, sin embargo, más tenso y amenazador.

—¡Oh!... Ella le hereda, ahora... ¡Eh!... ¿Pretende hacerme creer?... ¿El otro también?... Pues no lo creo... No creo que a usted le corresponda nada...

Todo se aclaraba con esa respuesta, tal era su veneno. Era evidente que Amy tenía en sus manos en ese momento la solución del asesinato. Todo lo que tenía que hacer era encender la luz y sorprender a los visitantes. Sin embargo, ¿qué mujer, en una situación semejante, hubiera tenido el valor necesario para proceder así? Ella no lo tenía. Todo lo que se le ocurría era tratar de huir. ¿Podría llegar a la puerta sin ser vista?... Ahora no se hallaba cerrada con llave. ¿Hasta qué distancia habrían penetrado los dos hombres?

Se deslizó silenciosamente a lo largo del *sedan*, y ya cerca de la puerta se detuvo. Algo, que para sus nervios en tensión le pareció que se movía, se enroscó en sus tobillos. El silencio que se produjo la previno que el consecuente ruido que hizo al mover un pie había sido oído. La voz del hombre irritado se dejó oír:

—Deben de ser ratas. Estos viejos establos suelen estar llenos de ellas. ¿No podemos encender una luz?

Fuera lo que fuese lo que se había enredado en su pierna, carecía de vida. Eso tranquilizó un poco a Amy, aun cuando supuso que cada uno de sus cabellos en esos momentos debía tener gran semejanza con un alambre.

El segundo hombre murmuró algo, en cuya respuesta Amy recogió las siguientes palabras: «Iluminar..., arriba...», y uno u otro, no pudo precisarlo, raspó una cerilla.

Durante un segundo dos sombras se agitaron sobre la pared del garaje. Una, muy alta, con cabeza redonda, descubierta, y agitando las manos; la otra, no tan alta, llevaba una gorra, bajo la cual brillaba un cigarrillo. El hombre de la gorra, que era el que hasta entonces había permanecido sereno, cambió su actitud, exclamando con visible enojo:

—Conforme... Lleva tu camisa puesta. Yo la tiraré, pero llévame donde pueda fumar mientras arreglamos este asunto...

El fósforo, posiblemente el cigarrillo, fue aplastado con el pie. Se oyó el ruido de pisadas y comenzaron a subir las escaleras que conducían al dormitorio vacío de Sylvester. Amy se agachó y desenganchó lo que se había enredado en su tobillo. Parecía el cinturón de chaqueta. Lo colocó en uno de sus bolsillos y abriendo la puerta del garaje escapó hacia

la casa.

Sin mayores inconvenientes entró en la mansión, atravesó la cocina, y llegando al vestíbulo comenzó a subir la escalera, contando los peldaños... Uno, dos, tres, cuatro..., el descanso... Aún respiraba entrecortadamente, recordando lo sucedido en el garaje. Estaba segura de que ellos habían llegado a la habitación de Sylvester antes que ella hubiese abierto la puerta del garaje. No había visto a nadie en el trayecto..., y, sin embargo, alguien la seguía...

Con el corazón que parecía querer saltar de su pecho, Amy se apretó contra la pared, con los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo. No veía nada. Nada se oía..., nada sentía, sino una ligera y molesta corriente de aire, y luego... algo suave y sedoso la rozó ligeramente la mano. Esperó que el escalón crujiese..., pero no fue así. También se había imaginado ese encuentro, o alguno familiarizado también con la casa se había cruzado con ella en la oscuridad.

Oyó la campana de una iglesia lejana —la de San Francisco Javier— dando la hora. La una en punto... Luego el sonido acompasado del chuzo del sereno golpeando en la acera. Pero en el interior de la casa reinaba el silencio más profundo. Subió las escaleras cautelosamente, cruzó el vestíbulo y llegó a su habitación. Al abrir la puerta. Patsy la recibió con un fuerte e indiscreto ladrido de bienvenida, y su tío la llamó desde el baño contiguo que separaba su pieza de la de él.

—¿Amy?... ¿Pasa algo?...

—No —respondió Amy con presteza, casi sin poder respirar—. Es Patsy. La pobre parece desconsolada.

Esperaba conformar con esa respuesta. No deseaba dar explicaciones, ni siquiera a Philander Peters, de por qué se hallaba calzada y vestida a esa hora. Aún sobrecogida por su reciente alarma, no quiso arriesgarse a encender la luz, a pesar de hallarse en su propia habitación. Luego llamó poderosamente la atención el ver que se bañaba extrañamente con un tinte rosáceo que no provenía de la luz del amanecer. Se acercó a la ventana, impulsada por la curiosidad, y al hacerlo así, desde la otra parte de la casa llegó a sus oídos el grito de alarma:

—¡Fuego!... ¡Fuego!...

CAPÍTULO XI

¡El garaje se hallaba envuelto en llamas!... Los guardias nocturnos habían descubierto el fuego y en el acto habían hecho correr la alarma. En los cinco minutos que siguieron al aviso, el silencio de la noche se pobló de gritos, indicaciones y órdenes rápidas. «¿Dónde era el incendio? ¡Llamen a los bomberos!... Avisen a Andrews... Traigan el extintor... Avisen a la policía... ¿Dónde está ese policía?...»

La vieja y reseca madera dé lo que había sido anteriormente cochera y establo ardía estrepitosamente. Amy pensaba en los dos hombres que habían estado con ella en el garaje, cuando alguien llamó a su puerta.

—¡Amy!...

Abrió. Henry se hallaba en el umbral, completamente vestido, aunque algo desaliñado.

—¡Oh!... ¿Estás levantada? —dijo sorprendido—. Se está incendiando el garaje...

Amy señaló la ventana, a través de la cual podía verse toda la parte oeste del garaje presa de las llamas. Henry la tomó de la mano.

—Ven. Vamos a ver... —dijo.

La vehemencia de Henry la desarmó. Amy se dejó llevar hacia la escalera posterior, pasando junto a la señora Claggett que, al parecer, también había acudido a llamarla... Amy no demostró sorpresa por la presencia de la mujer, la cual se hallaba cerca de su puerta, envuelta en un largo chal negro que la cubría casi totalmente. Con su modo tranquilo y, sin embargo, extrañamente determinado, el ama de llaves los siguió escaleras abajo, silenciosa como una sombra. Patsy, ladrando y retozando como un cabrito suelto, indicaba el camino.

En la cocina encontraron a Jake, que venía del patio. Llevaba un pantalón y una chaqueta sobre el pijama. Por primera vez sus limpias y rubias facciones se hallaban desaliñadas, y una mancha de suciedad negra cruzaba una de sus blancas mejillas.

Sin articular una palabra se dejó caer en una silla, exhalando un hondo suspiro. Una chaqueta que se hallaba en el respaldo del asiento ocupado cayó al rozarlo con su cuerpo y fue a dar en los pies de Amy, mientras Patsy se arrojaba prestamente para jugar con ella.

Algo, posiblemente los ladridos juguetones de la perrita, llamaron la atención de Amy, que miró entonces la prenda que yacía a sus pies y luego la punta del cinturón que sobresalía de su bolsillo. La chaqueta objeto de su atención era una vieja prenda del difunto Reuben. Durante años la familia le había urgido para que renovase su vestimenta o, por lo menos, para que la hiciese arreglar, limpiar y planchar, pero el terco Reuben se aferraba a ella como el andariego se aferra a sus amoldados botines viejos.

—¿Qué sucede? —dijo Henry, tocándole un brazo—. Parece que hubieses visto un fantasma. Y Jake también...

Jake levantó su vista, pareciendo que exploraba el vacío.

—En un momento me encontraré bien —dijo—. Estuve tratando de salvar mi pobre coche. Está...

Amy no pensaba en las dificultades de Jake... Sus propias preocupaciones se multiplicaban rápidamente.

¿Quién había usado la casa de Reuben esa noche? ¿Dónde había estado Henry para hallarse completamente vestido a esas horas?... ¿Había tomado la chaqueta de Reuben del guardarropa del vestíbulo para hacer algo fuera de la casa, dejándolo luego en la silla de la cocina?...

Amy colocó su mano sobre el cinturón que tenía en su bolsillo y se quedó helada al sentir una mano colocada suavemente sobre la suya. Era la señora Claggett, que apartó los dedos nerviosos de Amy, sacando el cinturón de su escondite. Tranquilamente se dirigió hacia Jake, y agachándose recogió a la perrita que todavía jugueteaba. Cuando se incorporó, el cinturón yacía junto a la chaqueta.

Fue Amy quien, con falsa ansiedad, se volvió hacia Henry, diciéndole:

—Salgamos...

Juntos se dirigieron a la puerta trasera y se unieron al grupo que se había formado frente a la puerta de la cocina. Un bombero, con casco y botas de cuero, les ordenó que permaneciesen allí, para que no molestaran su tarea, y porque, al mismo tiempo, el acercarse al fuego hubiera sido temerario. Como para confirmar su predicción, una tremenda explosión conmovió los alrededores.

—El tanque de gasolina... —comentó alguno.

—La reliquia de la familia... —murmuró Cecil, riendo estúpidamente—.

Quienquiera que haya incendiado el garaje debería ser recompensado...

—¿Cree usted que el incendio haya sido intencional, señor Montgomery?

—preguntó Gregory Trent desde el pie de la escalera.

Tan ocupados habían estado todos con el incendio, que ninguno notó su silenciosa llegada, ni le vieron acercarse al porche.

—Éste... ¡Ah!... —murmuró Cecil—. ¡Yo no sé!...

—La policía tiene la culpa —arguyó Harriet, yendo extrañamente en socorro de su marido—. Estuvieron todo el día rondando por el lugar, haciéndose inaguantables, pero al llegar la noche nos abandonan a merced de los ladrones, incendiarios y asesinos...

—Yo no diría eso, señora Montgomery —terció el capitán Mahaffey, que se hallaba parado junto a Gregory Trent.

Las preocupaciones, el desconcierto y, a no dudarlo, la fatiga, ponían una extraña aspereza en su voz. Era indudable que si había alguno que deseaba tomarse un buen descanso, ése era el capitán. Sin embargo, no era posible pensar en ello, al menos por esa noche... El fuego fue ganando en violencia, y luego de la explosión primera hubo otra y otra... Extintores, mangas de agua, nada podía detener la furia desatada del incendio. Las mangueras, vista la inutilidad de oponerse a la fuerza destructora de las llamas, trataron de evitar la propagación del fuego, y apuntaron a los muros adyacentes para evitar un recalentamiento, así como a la parte posterior de la residencia de los Hardcastle. También, como precaución, se obligó a los moradores a entrar en el edificio acompañados por los policías, cuya presencia en el teatro de operaciones no era imprescindible.

A las cuatro de la mañana sólo quedaba del garaje un ennegrecido esqueleto de ladrillos y hierros retorcidos y entrelazados, restos de automóviles, trozos de vigas quemadas y tizones aún humeantes.

Debido a la trágica notoriedad que había adquirido *Vanderventer Place*, pese a lo temprano de la hora. Una gran multitud de curiosos se apiñaba en las verjas, bloqueando la calle. La policía tuvo que extremar sus precauciones para evitar la avalancha, y el capitán ordenó clausurar las dos entradas principales de los jardines.

Fue entonces cuando Gregory Trent, removiendo los escombros, encontró el cuerpo de un hombre. Sus ropas habían sido completamente consumidas por el fuego. Su cabeza aparecía aplastada, aparentemente por la caída de alguna viga que, al arder, se había desprendido del techo. No lejos de él se encontraba, apenas reconocible, el aro de un sombrero de fieltro.

En un principio se pensó que podría ser el chófer de la familia, pero los Hardcastle hicieron saber a la policía, que era imposible, pues Sylvester había acudido junto a su madre enferma.

A este descubrimiento siguió un breve período de confusión e incertidumbre, pues el capitán Mahaffey debía hacer frente a la variedad de informaciones y contradicciones de cada testigo. Ninguno podía identificar a la víctima, a pesar de que uno por uno fueron llamados todos para verlo. Sobre este punto, el capitán Mahaffey se mantuvo firme como una roca, soportando estoicamente las protestas de hombres y mujeres, que aducían razones de ética, de delicadeza y otras por el estilo, y la secuela de amenazas y conatos de desmayos, descomposturas, etc.

El que sus víctimas se llamasen Hardcastle y morasen en un lugar aristocrático, llamada pomposamente *Vanderventer Place*, y fuesen, por consiguiente, considerados como de una sensibilidad superior a la de la clase media, no hacía mella en él. Le hubiera dado lo mismo que se llamasen Smith, Jones, Pedro o Juan.

A Myra, sin embargo, confinada en su cama por orden del doctor, no se le permitió abandonar la habitación, y por eso fue la única excepción. En ese momento llamaba preguntando qué sucedía, y cuando Philander le explicó, insistió en cubrirse con una colcha y bajar a observar. El capitán Mahaffey le exigió con dureza que permaneciese donde estaba. Tenía demasiado con lo sucedido para agregar un problema más a sus preocupaciones. Si la vista del cadáver de Reuben la había llevado a la cama en ese estado de postración, ¿qué no le ocurriría al ver el horrible cuadro de un cuerpo carbonizado?...

Los hombres fueron llamados en primer término para completar la tarea de identificación. Lo hicieron silenciosamente, por turno. Amy fue la primera de las mujeres llamadas. Introdujo sus manos en los bolsillos de la chaqueta que tenía puesta y apretó los dientes para que no le castañearan. Al contemplar el horroroso espectáculo, un escalofrío la hizo estremecer, descomponiéndola. Amy, incapaz de articular palabra alguna, movió negativamente la cabeza, y miró a Henry como solicitando su ayuda para salir de allí.

La señora Claggett se detuvo junto al cadáver mutilado durante unos instantes, y volviéndose luego hacia el capitán Mahaffey sorprendió a todos los presentes al decir:

—Al atardecer del día en que se realizó la «cena de gracias», noté la presencia de un extraño merodeando frente a la casa. Parecía que buscaba la numeración. Luego se alejó calle arriba y no volví a pensar en ello. La talla era semejante a la de este cadáver...

El capitán Mahaffey y Gregory Trent requirieron detalles, pero lo único que pudo agregar fue que el hombre usaba un sombrero cuya ala casi le ocultaba el rostro; que llevaba, además, un abrigo negro, desabrochado, y que no se diferenciaba en nada de los cientos o miles de individuos que pululan diariamente por las calles.

Harriet fue la última en reconocer el cadáver, y lo hizo después de echar una rápida mirada, diciendo luego triunfalmente, pero con demasiado alivio, que ése era el asesino.

—Yo sabía que debía ser un extraño a la casa —dijo, irguiendo su cabeza mientras miraba al capitán y a Gregory Trent—. Alguno que nos envidiaba o nos guardaba un antiguo rencor...

—¿Quién? —preguntó Trent—. ¿Qué rencor?

Harriet no supo qué responder. Luego, repentinamente, alguien mencionó la llave.

—¿Qué llave? —vociferó el capitán.

—La llave del garaje. Había una sola —explicó Cecil.

—¿Quién la tenía? —preguntó otra vez el capitán.

—Ninguno. Quedaba colgada en un gancho que hay en el vestíbulo posterior, cerca de la puerta.

—¡Vaya y vea si la llave está en su lugar de costumbre! —gritó el capitán—. Que lo acompañe éste... —agregó, señalando a Andrews.

Un instante más tarde, Andrews se presentó sumamente excitado.

—¡Ha desaparecido! —exclamó con voz entrecortada—. Estaba allí esta tarde. Tengo costumbre de observar ese detalle. El señor Hardcastle..., el señor Efraín Hardcastle insistía siempre en que el garaje debía permanecer cerrado con llave... Había dos llaves...

—Alguno de ustedes manifestó que había una sola... ¿Quién fue? —tronó el capitán.

—Sí, señor... —aclaró el sirviente—. Quiero decir que originariamente hubo varias llaves, pero por distintas razones, el señor Peters no quería molestar y el señor Detjens perdió la suya en varias oportunidades. Así llegó un momento en que sólo quedaron dos...

El capitán movió los brazos con desconcierto.

—Esto se explica —dijo Andrews con dignidad—: una para la casa y la otra para el chófer, la que queda siempre en su poder aunque se ausente con licencia, como en esta

ocasión. En cuanto a la otra, es costumbre de la familia dejar la llave colgada en la puerta del garaje, y el último en usar su coche está obligado a cerrar la puerta y colgar la llave en el gancho del vestíbulo.

—¿Se encontraba la llave al anochecer en el lugar estipulado?... ¿Está usted seguro?... —la voz de Gregory Trent se escuchó por primera vez.

—Sí, señor. El señor Detjens estuvo arreglando algo en su coche por la tarde. Trajo la llave y la colgó en su lugar, puesto que yo la vi al cerrar las puertas para irme a dormir.

Ningún otro la había visto, a pesar de que Jake dijo que probablemente Andrews tendría razón. Él había estado limpiando el parabrisas de su auto, y era seguro que había llevado la llave luego a su lugar, pues era costumbre hacerlo.

Nuevamente la familia fue despedida. El médico forense hacía en ese momento acto de presencia, encargándose del cadáver.

El capitán Mahaffey se alejó del lugar con el fin de ordenar otras diligencias para descubrir la identidad de la víctima. Gregory Trent se dirigió a su auto, permaneciendo sentado en su interior, sumido en profundas meditaciones...

Los Hardcastle se reunieron en el solarío y comenzaron una de sus interminables discusiones, que nunca aclaraban nada y que sólo contribuían a ahondar las divergencias que existían entre los familiares.

¿Cómo podía haber entrado en el garaje un extraño? ¿Por qué lo había hecho? ¿Era un asesinato que se agregaba a la lista trágica, o bien un accidente inconexo con los anteriores sucesos?... ¿Y quién había tomado la llave del garaje del gancho del vestíbulo?

En medio de la discusión, cuando los ánimos se hallaban ya excesivamente caldeados, Amy se ingenió para abandonar el lugar, dirigiéndose a la cocina para observar con mayor detenimiento la vieja chaqueta de Reuben. No sabía qué rastros podía ofrecer esa prenda, pero quién sabe si en ella no se hallaría la nota que había buscado con tanto afán... ¡Pero al entrar en la cocina... observó que la chaqueta había desaparecido!...

CAPÍTULO XII

La tarde del sábado halló a los moradores de la casa al borde del colapso. Myra Peters, que se había desmayado en ocasión de la muerte de Reuben, se salvó de contemplar los episodios anteriores, y estaba en mejor estado físico que los demás, aunque, por orden facultativo, debía permanecer en cama. Insistió en que se la enviaran los periódicos, y Philander no sólo le llevó el de la mañana, sino también las primeras ediciones de los principales periódicos de la tarde.

Otros miembros de la familia, deseosos de saber qué era lo que había producido el estado de postración de la enferma, preocupados también por los últimos sucesos, acudieron a presentar sus respetos a Myra, quedándose luego a hojear los diarios.

Los periodistas no habían logrado obtener mayores datos de la tragedia, lo que suplían con unos encabezamientos sensacionalistas, agregando por su cuenta suposiciones y comentarios que sólo servían para entretener la atención del público y que en concreto no decían absolutamente nada.

—Deben de haber entrevistado a un pez del acuario, léase Trent —dijo Cecil—, y éste se habrá abstenido de exponerle sus puntos de vista..., digo, sus suposiciones, para no

beneficiarlos...

La risa suave que su propio chiste le produjo concluyó con hipo, que trató de cortar, hasta que se dio cuenta de que su esposa no se hallaba entre los presentes.

A continuación se produjo una breve discusión sobre Gregory Trent. La opinión general estaba de acuerdo con Cecil. Trent era un pez, no tan tonto como parecía, con la condenable condición de encontrarse siempre en el lugar en que su presencia era más necesaria y de desaparecer de cuando en cuando para aparecer con novedades... Cierta incomodidad se insinuó en el ánimo de los reunidos en la habitación.

—¡Hola! —dijo Cecil—. Han identificado el cadáver. Oigan esto —dijo, y comenzó a leer—: «Se encuentra el cadáver de un hombre en el garaje de los aristócratas. ¿Qué relación puede haber tenido con los asesinos?... Joe Heflin, ex presidiario, ex fullero, ex propietario de un depósito de restos de automóviles, ha sido encontrado...» ¡Dios mío! ¡Ex esto, ex lo otro y ahora es ex vivo... —festejó tétricamente Cecil—. ¡Pobre Joe Heflin!... ¿No se atormentará Harriet?... ¿Cómo lo habrán identificado?... ¿Por algún diente de oro?... ¿Algún hueso roto?... O...

—Aquí también hay algo nuevo —interrumpió Philander, aparentemente despreocupado de la historia de Joe Heflin y sus ramificaciones—. Oigan esto: «Tres ladrillos en la pared del fondo del jardín que se une con el garaje han sido sacados de su lugar, para formar una escalera hasta la ventana, a través de la cual una persona puede haberse introducido en el edificio sin ser vista, debido a que el lugar se halla oculto por las ramas de los arbustos, que en la actualidad carecen de hojas debido a la acción del fuego, pero que comúnmente son tan tupidas que pueden ocultar a una persona. Si esa improvisada escalera fue usada o no anoche, es imposible asegurarlo. Los rastros de pisadas en su alrededor y en su base han sido borradas por los bomberos. La ventana, sin embargo, ha sido abierta, lo que hace deducir que alguien se ha introducido por ella. ¿Habría sido el hombre hallado entre los escombros?... ¿Habría éste pegado fuego al garaje?... Si así fuera, ¿por qué?... Si la policía y Gregory Trent, llamado este último para consultarlo en este caso, saben la respuesta, no la quieren revelar...

—¡Hum! —dijo Philander—. ¡Muchachos vivos..., estos periodistas!... He vivido durante veinticinco años en esta casa sin enterarme de esos ladrillos flojos... Pero, en lo que a ustedes respecta, jóvenes, ¿han usado alguna vez esa escalera?...

Amy, que juntamente con Henry había estado leyendo la noticia en el mismo diario, miró con sorpresa a su tío. ¿Lo sabía él?... Henry también se sobresaltó. Amy pudo darse cuenta...

—¡Oh, desde luego, no me refiero a lo de anoche! —dijo Philander—, sino a cuando ustedes eran niños...

En ese momento su mirada amable buscó a Jake, que se hallaba junto a una ventana, mirando sombríamente los restos dejados por el fuego. Generalmente de espíritu alegre, Jake experimentaba a veces, en compensación, la más profunda melancolía, como le sucedía en ese momento.

—¡Olvidalo, Jake! —dijo Philander con un gesto de impaciencia—. Tenemos cosas de mayor importancia para preocuparnos de unos autos. El *cabriolé* de la familia ya no existe, gracias a Dios... Mi *sedan* no valía mucho actualmente. Puedes cobrar el seguro de tu coche y comprarte uno nuevo, y será ventajoso para ti si consigues un modelo más barato...

—¡Bien, bien!... Termina con consejos paternos...

Y en el deseo de no pecar de grosero y rudo, Jake diose vuelta y se marchó de la

habitación.

—Has puesto el dedo en la llaga, viejo —dijo Cecil bostezando, colocando sus manos en los bolsillos y desperezándose al mismo tiempo—. No tenía seguro y el auto no estaba pagado del todo...

—¡Oh!... —se lamentó Philander—. ¿No podemos hacerle una colecta?...

Hundió sus manos en los bolsillos, sacó unas monedas, las sopesó y volviéndolas a guardar quedóse más afligido que antes.

Desde el otro lado de la cama de Myra, Quentin rióse con desagrado y amargura. La familia Hardcastle se hallaba en una situación realmente curiosa.

El difunto Efraín había ligado a su dinero, hasta el mismo instante de su muerte, a cada miembro de su familia, con un lazo del que no se podía zafar sin quedarse virtualmente en la indigencia. La esperanza de la herencia mantenía sojuzgados de modo extraño a los habitantes de esa casa, y el viejo Hardcastle, consciente de su omnipotencia, los manejaba a su antojo. A principios de cada mes entregaba una suma de dinero a la señora Claggett para los gastos de la casa, para abonar facturas que él previamente revisaba y aprobaba. Abonaba, asimismo, cierto número de cuentas de sus hijos e hijas. Al comenzar un nuevo año, las inversiones que éstos tenían a su nombre producían algún dividendo. Algunas de esas acciones podían liquidarse, pero eso y el cobro del crédito llevaba algún tiempo. En el momento actual, después de la muerte del viejo Efraín, no había en la casa efectivo suficiente para el más insignificante gasto. Esto explicaba la risa desabrida de Quentin y la aflicción embarazosa de Philander.

—Es absurdo —dijo Myra—. Siendo prácticamente millonarios... No, no me mires así, Quentin. Papá era uno de los hombres más ricos de la ciudad... ¡Millones!... No tengo idea...

—¿Quién puede tenerla?... —gruñó Quentin—. ¿Qué beneficio le produjo a él o a nosotros?... ¿Qué seguridad tienes de que pueda sernos útil ahora?... Eso es precisamente lo que aprieta el lazo a nuestro alrededor. Nadie sabe, además, qué disposiciones puede haber adoptado respecto al dinero... No creo que haya posibilidad de conocer nada hasta que hayan terminado las investigaciones de la policía y se hayan realizado las exequias.

Amy escuchaba horrorizada. Recordaba las amargas palabras del viejo Efraín la noche de su muerte: «Lo único que quieren es el dinero... Lo único que les preocupa es mi dinero...» Y ella recordaba otras palabras: «Si deseas amor, debes darlo... Si siembras odio, la cosecha será terrible...»

Manchas sonrosadas de fiebre, producidas por los sarcasmos de Quentin, aparecían en las mejillas de Myra. Estas descortesías de Quentin, sin embargo, no eran más que su propio estado de ánimo con respecto al aspecto personal en la parte financiera del testamento.

Los diarios habían captado algo de ese espíritu. Amortiguando los sucesos, insistían en sus crónicas sobre el dinero y daban referencias completas de cada uno de los miembros de la familia. Hasta publicaban fotografías de Myra y Harriet, ambas en traje de novia, recordando el fausto de sus casamientos como acontecimientos sociales... Otro diario publicaba en las fotografías de cada uno de los familiares, con la siguiente pregunta: «¿Quién de éstos asesinó al anciano Hardcastle por su dinero?»

Mientras Amy contemplaba la insultante fotografía —su retrato también figuraba— cada vez más horrorizada, Henry comenzó a recoger los diarios con premura.

—Es una tarea estúpida leer estos pasquines —rugió—; debemos tener más amor propio para no darles categoría haciendo caso de sus diatribas... ¿O es que lo hemos perdido

por completo?...

—Espera —dijo Amy, agarrando el diario que tenía Henry, pues una frase había llamado su atención. La leyó en voz alta—: «Gregory Trent, llamado por la policía para colaborar en la solución de lo que parece un desconcertante rompecabezas, promete...»

En ese momento, por rara coincidencia, abrióse la puerta y Gregory Trent, con su rostro inexpresivo, se introdujo en la habitación.

—¿Molesto? —preguntó arrastrando la voz.

—Suponga que decimos que sí... —dijo despectivamente Quentin.

—Eso complicaría las cosas... —respondió éste; con la espalda cargada más que de costumbre, quizá debido a una noche de intensa labor, Gregory deambulaba continuamente por la habitación—. En vista de que la señora Peters puede recibir visitas, desearía que me diese cierta información... —fue su único comentario.

—Pero... ella no lo dará... —dijo Harriet, enfáticamente, desde la puerta; seguramente había visto a Trent dirigirse a esa habitación, y le siguió—. No está en condiciones de contestar preguntas...

Trent miraba con amabilidad, pero significativamente, al grupo formado en la habitación.

—Creo que hay un pequeño malentendido... —observó, y Cecil prorrumpió en una risa tonta.

Amy se estremeció. La posibilidad de que el culpable morase en la casa surgía nuevamente con claridad, cuando todo parecía indicar lo contrario.

Gregory Trent, con sus modales modestos, dominaba a los vehementes e incontrolables Hardcastle. Aun a Harriet, cuyas mejillas se teñían de rojo en ese momento, a pesar de su esfuerzo para evitarlo.

—Yo deseo —insistió Trent— tener unas palabras a solas con la señora Myra Peters. Naturalmente, su esposo puede asistir a la entrevista.

Harriet se escurrió a través de la puerta, quizá empujada por los otros que salían. Philander quedóse junto al lecho.

—¿Y Amy?... —preguntó mimosamente Myra.

Amy se retiraba en ese momento, cuando Trent, mediante una señal con la cabeza, le indicó que se quedara. Myra comenzó a relatar a Trent los detalles de la disputa sostenida durante la partida de naipes al anochecer del jueves, y a la que Amy no había asistido. Ésta vacilaba entre quedarse o retirarse, pues no confiaba mucho en Trent, pero a su vez, tenía curiosidad por saber lo que Myra relataba. Sin embargo, una nueva mirada de Trent tuvo el valor de decidirla.

A medida que el relato de Myra avanzaba, Trent sentía que sus perplejidades aumentaban. La pequeña Myra en su lecho, con sus rulitos bajo la cofia de dormir, lo que acentuaba su trivial y no mal intencionada coquetería, se encargaba de desmoronar sus esperanzas, cuando, con toda la delicadeza que supo reunir, Trent le preguntó si había habido alguna razón especial para desmayarse el día anterior. Myra deshízose en lágrimas, diciendo que, en realidad, ella nada sabía, y que sólo se hallaba muy impresionada; que ella hablaba siempre fuera de lugar y decía cosas que otros interpretaban torcidamente.

Philander trajo una nueva remesa de pañuelos del cajón superior de su guardarropa, y miró a Trent como inquiriendo su comprensión. Éste, sin embargo, se limitó a hacer como si se ajustase el cinturón, y continuó:

—Comprendo perfectamente su estado de ánimo, pero apreciaré mucho sea franca conmigo; la franqueza es siempre una gran ayuda. Es una pena que los convencionalismos

traten de hacer que una persona no sea franca. Lamento informarles que la mayor parte de las pruebas y datos que me han facilitado los miembros de la familia han sido inciertos, o bien, cuando han sido exactos, no han aportado a la investigación la más mínima ayuda. Si pensarán un poco, se darían cuenta de que sus esfuerzos por disfrazar las cosas sólo conducen a reafirmar la creencia de que el culpable es un miembro de la casa. Por el contrario, la franqueza establece la inocencia por sí y facilita la tarea de quienes tratan de establecer la verdad de las cosas, creando una base sólida sobre la cual sentar los pilares de la justicia y la razón, con su secuela de castigos y premios a los culpables e inocentes. Yo sé, sin embargo, que usted no es de las que se dejan dominar por voluntades extrañas...

Amy miró asombrada a Trent. La extraña y casi incoherente perorata anterior revelaba que el detective conocía profundamente la psicología de su interlocutora, fácil al halago y adulación. Admiró sinceramente la facilidad con que dominaba a Myra, haciéndola entrar en una rápida y definitiva etapa de confianza.

—También estoy enterado —continuó—, si me perdona que así lo exprese, de la posición que usted ocupa en el seno de esta familia, compuesta por personas de férrea voluntad y decisión, lo cual, a no dudar, influye para subyugarla, disminuirla y privarla de iniciativa; pero eso no impide que usted tenga muchas veces razón. Por ejemplo, en estos momentos dependo de usted para aclarar ciertos puntos...

Un tenue rubor afloró nuevamente a las mejillas de Myra.

—Sí, sí... Siempre ha sido así... Siempre... Principalmente mi hermana. ¿Cómo lo sabe usted?... Bueno, ahora le contaré lo que sé...

Amy, Philander y Trent esperaron, inmóviles. Myra habló con cierto temblor en la voz, que ponía de manifiesto los enconados sentimientos que embargaban su pecho desde hacía muchos años. Frunció los labios, como buscando exactitud en la expresión que iba a emplear, y dejó escapar un leve silbido.

—Fue durante una partida de naipes, después de cenar, señor Trent... —comenzó.

—¿Jugaba usted también, señora Peters?...

—¡No! —el rubor se intensificó—. No soy buena jugadora. Me gustan las cartas, pero siempre me han dicho que no comprendo el sentido del juego. Esa mesa la formaban mis hermanos Quentin y Harriet, y Jake y Henry. Este último no quería jugar. Habría preferido sentarse y charlar con Amy mi sobrina. Harriet sabía eso, lo cual fue motivo sobrado para insistir tercamente en que debía participar en el juego. Finalmente, por no hacer una escena, Henry consintió. Se hallaba en la casa transitoriamente...

—Si usted no jugaba, señora Peters, ¿cómo es que está enterada de todas estas cosas?...

—Yo... Ellos lo llaman entretenerse... Yo..., este..., me gustan las cartas y creo que no hago mal ninguno mirando... Al menos así lo pienso... Me senté muy cerca de la mesa, con mi tejido...

—¡Ah!... —Trent la interrumpió de nuevo, y mirando a Amy con sus mansos ojos que no perdían un sólo detalle—. ¿De manera que usted es la autora de las hermosas batas que usa esta joven? —Amy no podía creer que no supiese diferenciar una bata de una tricota—. ¿Usted le teje los vestidos y los guantes?...

—¡Sí! —dijo Myra, frunciendo el ceño ante el giro que tomaba la conversación, pero complacida—. Mas anoche no, porque trabajaba en la colcha que estoy tejiendo. Tengo tantos ovillos y restos de lana, que las tejo en cuadrados de diferentes colores, mientras las acumulo... Algunas veces compro una o dos madejas más en una liquidación y las reúno, haciendo una colcha abrigada y linda...

—¿Puedo ver ese trabajo?...

Amy llevó la bolsa de tejido de Myra hasta el lecho, donde ésta la abrió, extrayendo del interior una cantidad de cuadrados tejidos en vivos colores y hebras entremezcladas, que desparramó sobre la colcha. Tomó un cuadrado semiterminado, y con cierto enfado manifestó a Trent que estaba inutilizado debido a que se había terminado la lana y Cecil Montgomery lo había cortado mientras probaba el filo de una daga...

—¡Hum!... —observó Trent—. Es muy extraño que haya hecho semejante cosa.

—No opinaría así si conociese a Cecil —dijo Myra—. Quiero decir... que siempre hace cosas por el estilo...

Con cierto embarazo trató de explicar que la razón de no tener lana para concluir el cuadradito se debía a que al terminar de hacer el último vestido de Amy había sobrado tanto que hizo un par de guantes, en lo que gastó el sobrante.

Trent asintió con la cabeza, preguntando luego si podía quedarse con el trozo inconcluso, y antes de que Myra pudiese manifestar su opinión en tal sentido, ya lo había guardado en el bolsillo.

—¿De manera que usted estaba cerca de la mesa, tejiendo, mientras jugaban?...

—Sí, excepto cuando subí a mi cuarto en busca del hilo azul que necesitaba...

—¿A qué hora fue eso?

—No sé. Creo..., sí: Philander todavía no había regresado.

—¿Fue usted a su habitación y volvió luego directamente al salón?

—Sí. No... Miré en la pieza de papá, pero... no me quedé...

—¿Por qué?

—Gritó que me fuese... —Myra suspiró—. Debemos perdonarlo por la manera como nos hablaba. Estaba sentado en el lecho, escribiendo... Quizá tenía un calambre en la mano... quizá no quiso que viese lo que estaba escribiendo...

—¿Al bajar usó la escalera del frente o la de atrás?

—¿Cómo sabe que usé la de atrás? —las manchas rojas de su rostro se desparramaron por su cutis, acrecentándose—. Debo, además, contarle otra cosa. Habían quedado nueces saladas...

—En el comedor presumo...

Myra negó con un movimiento de cabeza.

—¿Decidió ir usted a la despensa... o a la cocina?

—No. Comí un puñado de nueces y volví al salón. Al sentarme, Harriet decía: «Cuatro piques.» Yo no me hubiese atrevido a rematar cuatro piques con esa mano... Evidentemente Quentin pensó que se había equivocado, y trató de cambiar el remate, pero sólo consiguió que ella volviese a subir. Como yo presumía, no pudieron cumplir, y fueron doblados o redoblados, o algo por el estilo, y Harriet se puso furiosa. Jugaban por dinero. Culpaba a Quentin de la derrota. Decía que ahora entendía lo que quería decir Efraín cuando se refería a las «deudas del club» de Quentin. El Raquel Club, sabrá usted... Los hombres juegan al bridge, y algunos de ellos son campeones. El único que no lo es, es Quentin... Siempre tiene que suscribir una cantidad de pagarés, y todos sabemos que últimamente la comisión del club apeló a papá porque las deudas eran ya considerables. Papá se negó a reconocer la firma de Quentin, porque ya había pagado grandes sumas en ese concepto y estaba hastiado. Quentin supo que nosotros nos habíamos enterado de ese episodio, y cuando se lo recordó papá al retirarse, se puso furioso... Nunca lo vi tan enojado. Tiró las cartas sobre la mesa; se puso colorado como un tomate, terriblemente colorado... y maldijo también. Dijo que confiaba en que Dios no le dejaría algún día sin un

cobre... y no le obligaría a depender de Harriet para vivir..., y que antes de llegar a ese extremo, prefería asesinar... o se mataría.

Philander trató de hacerla callar, pero Trent le hizo sentar nuevamente con una sola y tranquila mirada.

—Se pusieron cada vez más irritados. Quentin dijo que cuando vino a vivir en la casa, bajo las amenazas de papá, habían sabido poner a Harriet en su lugar, y también cuando ella trató de gobernar la casa y la familia la había puesto en la acera. Todos saben que nunca están de acuerdo... Harriet dijo que no debía perder la paciencia, porque algún día tendría que lamentarlo, y además que nada había ganado con decirle al viejo Efraín que se arrepentiría de no haberle prestado el dinero que necesitaba... Harriet también sabía cuál era la cantidad... ¡Oh, miles de dólares!... Yo me quedé terriblemente impresionada... Lo más próximo que recuerdo es que Jake quiso interceder, y Harriet se volvió contra él. Incredulo a Jake diciéndole que era un ingrato y que lo mejor que podía hacer era callarse y no entrometerse, y que la forma en que se dirigía a su padrastro era de una insolencia insoportable.

«Esta última reconvención se debía a que Jake llamaba *Quen* a nuestro hermano. Pero Jake no se dejó atropellar. Se rió de ella y bromeando preguntó:

»—¿Qué tiene el nombre?

»—Algún día lo descubrirás —dijo Harriet, y citó el lema de la familia—: “In nomine veritas”, que traducido quiere decir “en el nombre está la verdad”.

»Quentin preguntó si no era bastante con escucharlo de labios de nuestro padre y que con ese organillo ya era bastante. Harriet saltó diciendo que no llamase «organillo» a nuestro padre, y Quentin le respondió que era una forma hipócrita de ver las cosas, y que, en cambio, el anciano Efraín no era hipócrita...

»Todos sabían, y el viejo Efraín tan bien como los demás, que no existía cariño alguno entre los miembros de la familia. Dijo que odiaba a nuestro padre, y que Harriet le odiaba también, y que lo mismo hacíamos el resto de la familia..., con la única diferencia que él no lo ocultaba y Harriet sí. Que ella ocultaba su odio por temor que, si papá la echaba de casa, como últimamente la había amenazado con hacerlo, su marido no podría mantenerla... ¡Oh, fue algo terrible!..., pero Quentin tenía razón... en cierto modo. También agregó que todos respiraríamos aliviados el día en que el viejo muriese... No es difícil calcular a qué situación habíamos llegado, ¿no?...»

Cuando Myra dejó de hablar, podía oírse el rumor de una pluma al caer. Myra tuvo conciencia del silencio, y trató rápidamente de dar una explicación.

—No pude evitar pensar en todo esto cuando se encontró el cadáver de papá y luego el del pobre Reuben... Pensé, ¡Dios mío!, que Reuben se encontraba en dificultades... Yo... ¡Oh..., no sé lo que pensé!...

Myra buscó amparo en su refugio permanente: las lágrimas.

El silencio precedente fue interrumpido por Trent al hacer sonar una goma sobre su libreta. Si había escrito algo mientras Myra hablaba, Amy no podía decirlo, pero en el sonar de la gomita hubo algo decisivo. Quizá la deducción que había sacado de tan fantástico relato, fantástico por ser terriblemente verídico, figuraba en sus sucias páginas y nadie lo sabría hasta que el caso llegara a su fin...

CAPÍTULO XIII

Dos interrogatorios se llevaron a cabo el sábado, a hora avanzada de la mañana. Amy nunca pudo saber a qué sala de juzgado correspondió el proceso. Sólo estaba segura de que el edificio era uno de tantos como circundaban la plaza. Ni siquiera tenía clara noción de la oficina a que habían sido conducidos.

Todos los Hardcastle, incluso Myra, que no se quiso quedar sola en la casa, así como también Cecil, Philander y Jake se hallaban presentes. Soberbios, erguidos y silenciosos. Por excepción, ni la risa tonta de Cecil ni las lágrimas de Myra figuraban en las actuaciones del tribunal.

El doctor Woodruff, último en llegar, fue requerido inmediatamente desde la otra habitación. A Amy le parecía todo una pesadilla. Instantes más tarde, se encontró sentada, dentro de una especie de jaula con barrotes, no reconociendo su propia voz al dar su nombre y residencia.

Sin embargo hizo un esfuerzo y trató de reponerse, lográndolo en parte. Ya no parecía flotar en el aire; comprobó que se encontraba sentada en una silla de madera; que frente a ella se estaba, también sentado, detrás de un escritorio, un hombre; que la nebulosa que entreveía a su lado se solidificaba en formas definidas y precisas, resultando ser seis hombres, algunos delgados, otros gordos; rubios, calvos, pero todos observándola desde la punta de sus zapatos color marrón hasta la pluma, color naranja, de su sombrero de suave fieltro. Cerca de ella, un hombre hacía algunas observaciones. «Señor Mayer», llamó el que se hallaba en el escritorio, y otro personaje se sentó a una mesa y con un lápiz en la mano apuntaba en un anotador.

A su alrededor, y más alejadas, veíanse un mar de rostros inexpresivos, curiosos, estúpidos... Amy corrió un velo mental frente a ellos y mantuvo sus ojos fijos en los barrotes que la separaban del grupo.

El hombre instalado en el bufete, según Jake la informó más tarde, era Burton, comisario delegado, quien comenzó a hacerle preguntas. Amy explicó detenidamente su parentesco con los Hardcastle y su adopción por Efraín. Nuevamente, a solicitud de su interlocutor, tuvo que relatar los pormenores inherentes al vaso de leche que acostumbraba llevar al anciano, a la desaparecida medicina y, finalmente, a la daga que había ocasionado la muerte del viejo Efraín.

Amy se echó hacia atrás en su silla cuando le presentaron el arma para verificar su autenticidad. ¡Cómo si fuese posible olvidarla!... El hueco que la falta del rubí dejó en el arma fatal parecía un diabólico ojo que la espiaba amenazante. Ninguna mención se hizo a la nota de Henry...

Por fin le anunciaron que su presencia no era necesaria. Como le fuese permitido permanecer en la habitación, Amy optó por quedarse, para escuchar el testimonio de los demás implicados en el caso.

Sin embargo, no todos fueron llamados. Los testigos fueron elegidos y pasados por alto con igual minuciosidad. Las preguntas fueron hechas con rapidez y contestadas de igual manera.

Como dijeron luego los diarios de la tarde, esos procedimientos eran pura rutina, cuyo fin era establecer con la mayor exactitud posible la forma en que la víctima había

muerto, sin esforzarse mayormente en averiguar quién había sido su asesino. La policía, como de costumbre, estaba haciendo tiempo...

Al testimonio de Henry siguió el de Andrews. La presencia de Henry en el salón del comedor a hora avanzada de la noche fatal salió a luz, pero no se dio importancia al hecho.

—Calculo que serían más o menos cerca de la una —dijo Henry—, cuando apagué la luz del salón, única encendida después de que los demás se hubieron retirado, y me retiré a mi habitación, que se encuentra en el tercer piso. El vestíbulo superior se hallaba a oscuras, pero conociendo el camino, no intenté encender luz alguna. No me encontré a nadie...

—«¿No encontré a nadie?»... ¿Por qué no dice «no vi a nadie»?...

—Suficiente —dijo el comisario, y Amy respiró más aliviada, pero apenas por poco tiempo. Cecil Montgomery fue llamado a declarar en ese momento.

Por la manera como se portaba Cecil, Amy pudo apreciar su grado de turbación. Le era imposible contestar sí o no a las preguntas del comisario, y todas sus explicaciones tomaban un giro incomprensible, hasta que era interrumpido por una nueva pregunta. Sin embargo, sus incoherencias no dañaban a nadie más que a él. Varias veces observó Amy que los jurados se movían impacientemente en sus sillas, echando miradas furtivas a sus relojes o al que coronaba la sala colgado de la pared.

La tarde ya insinuaba su ocaso. Apenas el comisario Benson hubo terminado de interrogar a Cecil sobre la desaparición de Reuben con el vaso de leche, cuando Mayer, el abogado asistente del distrito se puso en pie, preguntándole repentinamente:

—¿A qué hora se retiró usted, señor Montgomery?

—No recuerdo la hora exacta. Era poco después de las diez...

Cecil parecía sorprendido después de esta afirmación.

—No me refiero a la hora en que usted se retiró a su habitación. Yo deseo saber la hora en que usted se acostó.

—Yo... —Cecil parecía turbado—. No puedo precisar...

—¿Fue a poco de llegar a la habitación?

—Sí —dijo rápidamente—. Me desnudé inmediatamente.

—¿Fue usted directamente a la cama?

—No —murmuró Cecil.

—¿Qué hizo entonces?

—Hablé con mi esposa.

—¿Está la habitación de ella junto a la suya?

—Así es...

—¿Vino ella a su habitación o fue usted a la suya?

—Ella vino a la mía.

—¿De qué hablaron?...

—Me reprochó que había bebido demasiado.

Una ola de risas contenidas flotó en la sala.

—¿Era eso verdad?

No, en realidad...

—¿Qué hizo usted cuando ella se retiró?

—Bajé las escaleras y tomé otro trago...

Volvieron a repetirse las risas, a las que esta vez hizo coro Cecil con una de sus estúpidas sonrisas. El comisario frunció el ceño.

—¿Dónde consiguió la bebida? —preguntó.

—En el... comedor.

—¿Por qué no en el salón de recepciones, donde había estado bebiendo con anterioridad?

—Pensé que Andrews habría ya guardado las botellas... —¿Había luz en el salón?

—No sé...

—¿No pasó por delante de la puerta, al cruzar el vestíbulo?

—No...

El señor Mayer extrajo una hoja de papel.

—¿Reconoce usted esto? —preguntó.

Cecil tomó el papel y le miró cuidadosamente.

—Es un plano de la casa... De la casa de los Hardcastle.

—Exactamente —el procurador le quitó el papel y se le entregó al jurado—. ¿Puede repetirme usted ahora que bajó la escalera y no vio si había luz o no en el salón?

Cecil enrojeció. En el recinto reinaba un extraño silencio. Luego el plano pasó de uno a otro de los integrantes del jurado.

—Usé la escalera de atrás y entré al comedor por esa dirección...

Amy, sentada junto a Henry, notó en éste una leve tensión, y esperó temerosa la próxima pregunta del comisario.

—¿Por qué usó la escalera de atrás en lugar de la más conveniente del frente?

Cecil se impacientaba en su silla. Negarse a contestar era predisponer en su contra a los miembros del jurado, pero la cobardía innata y los años de servil sojuzgamiento en la señorial casa de su esposa dominaban sus impulsos heroicos.

—Cuando iba a dirigirme por ese lugar, alguien subía corriendo las escaleras del frente... Entonces me di vuelta y me dirigí a la parte posterior.

—¿Quién era?

—Estaba muy oscuro... No pude ver bien de quién se trataba...

—Describe el sonido de las pisadas, por favor.

—Eran suaves y rápidas...

—¿Hay muchos en la casa que puedan andar a la carrera de ese modo?

—No... —admitió Cecil, enjugándose la frente.

El comisario y el procurador cambiaron una mirada. Cecil fue invitado a retirarse.

—Señorita Shaw, ¿quiere hacer el favor de presentarse?

Henry y Jake extendieron el brazo como si quisieran detenerla, pero ya era demasiado tarde. Una vez más se encontró Amy sentada en el recinto con barrotes, y nuevamente fijó su vista en las inanimadas líneas que la separaban del resto de la sala, para no ver la ansiedad en los ojos de Henry, la injuriosa interrogación en los de Jake y la pena en los de su tío Philander. Por esa razón no vio a un hombre que se acercó al bufete del comisario. El sonido familiar de una voz monótona le hizo levantar la cabeza. Gregory Trent había surgido de la nada y hablaba con vehemencia con el procurador del distrito y con el comisario. Finalmente, éstos movieron la cabeza y Trent diose la vuelta y desapareció nuevamente al final de la sala.

—Señorita Shaw —díjole el comisario—, ¿bajó nuevamente usted las escaleras, el jueves, después de llevarle la leche a su abuelo?

—Sí —respondió Amy sencillamente.

—¿Cuándo?

—Poco después de medianoche.

—¿Por qué?

—Tenía una cita con Henry Hardcastle.
—¿Dónde?
—En el salón...
—¿Cuánto tiempo permaneció en él?...
—Más o menos media hora.
—Cuando subió las escaleras, ¿la acompañó el señor Hardcastle?
—No, se quedó en el salón.
—¿Adónde fue usted?
—A mi habitación...
—¿Vio a alguien en el trayecto?
—No, a nadie...
—Señor Mayer, ¿desea usted formular alguna otra pregunta? —inquirió el

comisario.

El interrogado hizo un gesto con la mano.

—Eso es todo, señor Benson...

Amy no podía creerlo. Se tambaleó al dejar el sitio, y al levantar la vista tropezó con la mirada enigmática de Gregory Trent. Amy se ruborizó y se sentó rápidamente entre Henry y Jake.

La tarea rutinaria del sumario continuó. Los miembros del jurado, seis personajes impacientes, se pusieron en fila. Mayer consultó algo con el comisario Benson, rebuscó algo entre unos papeles y luego abandonó la sala. A los pocos minutos regresó, reuniéndose con los seis miembros restantes del jurado, que parecían haber completado el estudio, según traslucían sus miradas de satisfacción.

El comisario consultó un papel y leyó luego con rapidez, juntando las palabras unas a otras; luego lo hizo con más lentitud, pronunciando cada palabra más claramente:

—«... hechos en el caso y de acuerdo con las pruebas declaramos que el difunto Reuben Hardcastle halló la muerte el veintiocho de noviembre de... a raíz de un envenenamiento por accidente.»

Hizo una pausa, se humedeció los labios y continuó:

—«... que el difunto Efraín Hardcastle halló la muerte el 28 de noviembre de... a consecuencia de una herida en el pecho, producida por una daga a manos de... personas desconocidas...»

Un fuerte zumbido cruzó el local. La voz aguda de una mujer se alzaba sobre las demás:

—Linda carita. Lindas piernas. Anda por todas partes. Involuntariamente, Amy se volvió. Un ser demoníaco en figura de mujer la señalaba con el dedo, riéndose con estrépito.

La sala fue despejada con rapidez. El sumario estaba concluido. El testimonio del periódico era tan evidente como una acusación directa. El que lo leía se extrañaba de que no se llevara a cabo el arresto correspondiente.

CAPÍTULO XIV

Los Hardcastle fueron conducidos nuevamente a su mansión, donde llegaron a

tiempo para el almuerzo.

Hilary Peters se hallaba entre los presentes. Ante la insistencia de su madre, había traído sus maletas y se instaló en su antigua habitación en el tercer piso, frente al salón de juego, para quedarse mientras Phoebe, su esposa, permaneciese en la clínica.

Según contaba Hilary, el trance fue bastante dificultoso, pero finalmente el niño había nacido esa noche, y ya comenzaba a insinuarse una leve mejoría. El recién nacido se llamaría Allen Peters...

El flamante papá anunció el nombre de su vástago desafiando las miradas de sus mayores.

—No creo que hubiese sido un gran sacrificio complacer el deseo póstumo del viejo —le reprobó Harriet, despiadadamente.

—¡Bah! ¡Tonterías!... ¿Quién se beneficia ahora con eso?... —dijo Cecil—. Ponerle semejante nombre a un recién nacido, en estas circunstancias, sería doblegarse ante una imposición ridícula, y ahora sería mucho más que eso: sería un crimen... A menos que haya algún dinero de por medio... Pero ¿qué estoy diciendo, Dios mío?... Pues sencillamente, que una bonita suma de dinero haría aceptable cualquier nombre. ¿No, Jake?...

No tenía otra razón para dirigirse a éste, excepto que en numerosas oportunidades había demostrado su desagrado por el nombre que llevaba.

—¿Qué pasa?... Lamento no haber oído... —contestó Jake. Aún no había conseguido disipar el malhumor que lo embargaba.

Amy sentía lástima por él y por Hilary. Deseaba poder abrazar a este último y expresarle su sincero afecto y simpatía. Aunque se había librado de las horas de pesadilla transcurridas en la mansión, sus preocupaciones en la clínica, junto a la esposa enferma no mejoraban su aspecto físico en relación con el resto de los moradores. El cansancio dejaba en su rostro huellas inconfundibles.

—Puedes dar gracias a tu buena estrella —comentó Henry, encendiendo un cigarrillo—, que has estado ocupado con la venida de tu hijo el jueves por la noche y no te hayas mezclado en esto...

Harriet emitió una tosecita, demasiado forzada para ser real, pretendiendo que el humo del cigarrillo la molestaba. Hilary miró a Henry y se sonrió apenas, gesto que hizo recordar por un instante expresiones características de su madre, diciendo luego:

—Bien... Pero yo no permanecí en la clínica... Al menos toda la noche. Entre las ocho y la una dejé la clínica y me retiré a casa. Phoebe se sentía muy molesta... A medianoche, no pudiendo controlar mis nervios, salí a dar un paseo...

—Pero... tú no habrás venido aquí... —dijo Amy.

—No... Fui a casa. Y cuando salí, más tarde, a caminar un poco, fui por el parque... Pero...

—¿Pero qué?

—Que no habiendo testigos, sólo prevalece mi palabra. También, dada la hora en que me encontraba en el parque, no es extraño que no me haya cruzado con ningún conocido... Y más con semejante noche.

—¡Dios mío!... —suspiró Cecil—. ¿Tú también?... Bueno, hay seguridades a montones...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hilary.

—Coartadas... —dijo Cecil—. Una coartada para cada uno de los sospechosos, y al mismo tiempo ninguna es satisfactoria... Harriet y yo juramos que permanecemos en nuestras habitaciones la noche del crimen, y... nadie nos cree. ¿Por qué?... Claudio, aquí

presente, todavía no ha prestado juramento... Amy y Henry no se encuentran en una situación envidiable, pero creo que sabrán salir a flote... Quentin y Jake, en sus habitaciones contiguas, inventaron una bonita historia sobre haber leído hasta tarde, discutido sobre luces que molestan, y que ambos, tercamente, rehusaron levantarse a cerrar la puerta... Myra y Philander, compartiendo una habitación a la moda de antaño, repiten el mismo cuento... Alguien ha dicho: «Busquen al que tenga la coartada más perfecta y encontrarán al culpable...» Solamente un culpable se ocuparía en buscar las circunstancias favorables y claras que lo eliminen del campo de las posibilidades... y que establezcan con exactitud cada uno de sus pasos. Creo que leí eso en una novela, no hace mucho...

—¡Oh, cállate!... —dijo Quentin.

—Estoy empezando —respondió Cecil—. Ahora viene lo concerniente a los móviles..., ¿móviles, dije?... Sí, creo que está bien eso... Por lo menos también lo leí en la novela..., móviles del crimen... Bien... ¿Por qué Philander, nuestro buen Philander, se molestó en ir a buscar una nueva caja de medicina..., una nueva caja del fatal veneno..., en una noche como la del jueves?... ¿Qué viejo rencor escondía bajo su apariencia tan serena?... Hablando de seriedad, ahí tenemos a Quentin, que carece por completo de ella. Violentas amenazas han sido proferidas contra él, ¿pero hubiera sido mejor que robase un banco para pagar sus deudas?... Harriet, quédate donde estás sentada... No debes echar a perder la ocasión de aclarar ciertas cosas... Ya te llegará tu turno... Tomemos ahora en consideración a Amy y a Henry. Se aman, pero un miserable viejo se interponía entre ellos. Por lo tanto, existe la posibilidad de que Henry, violento y sediento de venganza por la oposición del difunto, haya subido resuelto a terminar de una vez con la omnímoda prepotencia del abuelo... O bien pudo haber sido sencillamente Amy.

—¡Cecil!... —imploró la muchacha—. ¡Por favor! Esto es terrible... ¿No te das cuenta del daño que haces al hablar así?

—¡Ah!... Quizá me dé cuenta... —respondió Cecil.

Y así era por primera vez. Se había andado mucho de aquí para allá, la noche fatal; no podía uno saber las cosas que había visto. Quizá sabía algo que se ocultaba bajo esa terrible charla, sin sentido aparente... Nada le detenía, sin embargo... Ni la presencia de su esposa, Harriet, tenía esta vez valor alguno.

—¿Lo mató Myra, para procurarse dinero con que ayudar a Hilary, que no es un secreto para nadie, anda tan necesitado?... Según tengo entendido, había una hebra de hilo en la daga cuando la policía la tomó en custodia ayer por la mañana... ¿Cometió Jake el asesinato para pagar sus deudas, no tan grandes como las de su padrastro, pero crecidas y crecientes? ¿No?... El voto es unánime, hijo mío. Ello se debe a que tienes una agradable personalidad, supongo... Bueno, entonces, qué diremos de Claudio que, según todos sabemos, ha acumulado durante años rencor y odio hacia su padre debido a...

—¡No te atrevas!...

Claudio se puso en pie, lívido y temblando de furia. Parecía que iba a golpear a Cecil allí mismo con su bastón, pero éste le hizo cara muy tranquilo, aunque no mencionó lo que pareció dispuesto a pronunciar, ya fuese la cojera de Claudio o su infortunado pasado, aquél que hería a su atlético hijo, con ribetes siniestros, y que tan celosamente ocultaba la familia, hasta el punto de que ellos mismos hacían conjeturas sobre su exactitud.

—¡Bah!... —exclamó Cecil—. ¡Siéntate! Tú no eres ni peor ni mejor que los otros... ¿No es así? Tomemos por ejemplo a mi esposa... No podríamos encontrar en todo el país un tipo de *Lady Macbeth* como ella... Y aquí estoy yo, un pobre partícipe de sus ambiciones... Un esclavo comprado, padeciendo nadie se imagina cuánto por las cadenas que me sujetan,

y siempre temiendo ser arrojado a la calle, para morir de hambre pero en gloriosa libertad...

Haciendo una mueca, Cecil levantó un vaso con agua, hizo un movimiento de cabeza dirigido al vaso y lo volvió a colocar en su lugar.

—Estamos todos friéndonos en la misma sartén... Todos..., hasta Andrews, la cocinera... y la criada, y... ¿cómo me olvidé de ella?..., «la buena Claggett», como hubiera dicho el viejo. «Allí está Jerusha.»

Amy miró hacia la puerta de la despensa, como si esperase ver aparecer a la tranquila y oscura mujer. Cecil prosiguió:

—Y la perrita... He ahí alguien que podría contar una buena historia..., si pudiese hablar.

Las últimas palabras las dijo con agudo énfasis, y Patsy inmediatamente se sentó en sus cuartos traseros, ladrando... Pero ninguno se rió.

—¡Muy bien, Montgomery! —Gregory Trent, «el pez frío», se hallaba en la puerta del vestíbulo—. No se ha olvidado usted de ninguno, ¿no?

Cecil se paró e hizo una inclinación a guisa de saludo.

—Sólo uno —dijo—, su amigo el doctor, que conoce muy bien la casa. Estuvo aquí el jueves por la tarde. Pudo haber retornado sin que nadie lo notase, ¿Se sorprendió el viernes por la mañana cuando le llamaron?... Usted debe saberlo, puesto que se hallaba con él. Y otra cosa, además: ¿Quién sino él está familiarizado con los venenos y la manera de aplicarlos? ¿Y quién mejor que él puede saber en qué lugar del cuerpo debe clavarse un puñal?... ¡Preocúpese, hombre!... ¡Preocúpese!...

—Buen consejo —dijo Gregory Trent con calma—. Comenzaré a pedirle a usted que me acompañe...

—¿Yo, señor Trent? —preguntó Cecil, sorprendido—. ¿Puede usted creer que yo maté a mi abuelo político?...

—Quizá no, pero de acuerdo con su propio testimonio, usted se hallaba levantado a medianoche.

—Sí, mas en realidad...

La protesta de Cecil se apagó mientras desgadamente salía de la habitación siguiendo a Trent.

CAPÍTULO XV

Al atardecer del sábado, los señores Reichardt y Deane, de Reichardt & Deane, abogados de Efraín Hardcastle, llegaron a casa del difunto cliente, por especial citación de Gregory Trent, a pesar de que ninguno de los sobrevivientes Hardcastle estaba enterado de tan importante visita, como tampoco la razón de que la motivaba, hasta que el pomposo y solemne hombrecito fue introducido en los salones.

En ese momento Amy se disponía a subir la escalera posterior, llevando un vaso con jugo de naranja para Myra, cuando vio que Andrews abría la puerta del frente para dar paso al visitante, tomándole el sombrero y el abrigo deferentemente. La escena tuvo otros testigos. Amy sabía que Cecil, Quentin, Henry e Hilary estaban jugando al bridge en la biblioteca, y era muy probable que alguno de ellos, mirando por la ventana que daba al exterior, observase fácilmente la llegada del auto con el abogado y llamase la atención de

los demás.

Claudio, por otra parte, comenzaba a ascender la escalera del frente, al mismo tiempo que Amy la posterior. Había escuchado el arrastrar de la pierna unos segundos antes de que sonara el timbre de la puerta de la calle. En ese instante se encontraba inmóvil, mirando cómo el sirviente recibía al visitante y con una reverencia le hacía trasponer la entrada. Luego continuó su lenta y penosa ascensión. ¿Por qué?... Mejor dicho, ¿por qué no acudía a saludar a Reichardt, ya que todos los de la casa le conocían?...

También Jake se hallaba en el vestíbulo, y Amy sabía que Gregory Trent se encontraba en ese momento en el salón de recepciones. Esperaba que éste la llamase, o a Henry, después de terminar su entrevista con Cecil, pero por alguna razón que no podía descubrir, no había sucedido así, limitándose Trent, poco después de mediodía, a solicitar de Jake que fuera en busca de los documentos y papeles del anciano Efraín.

El abogado llegó cerca de las cuatro de la tarde. En ese momento Jake, cuyo malhumor de la mañana parecía haberse disipado, salía del salón y se disponía a saludar al abogado, que luchaba aún con las mangas de su abrigo, cuando Harriet, saliendo de la sala de espera, se le adelantó.

—Señor Reichardt —dijo con rara entonación—, usted ha venido a leer el testamento...

El abogado esquivó una respuesta directa.

—Mi apreciada señora Montgomery —dijo con afabilidad—, ¿no le parece que eso sería poco correcto?

Como respuesta, se oyó decir a Gregory Trent desde la puerta del salón de recepciones:

—Por aquí, señor Reichardt..., por favor...

Lo perentorio de la indicación no daba lugar a réplica alguna. No en vano Harriet le conceptuaba como un campesino. Trent parecía carecer de buenos modales, o si los poseía, le molestaba hacer uso de ellos. Pero aparentemente, el abogado demostró complacencia por la llamada. Recogió su pequeña cartera y se encaminó hacia el salón tan de prisa como su dignidad se lo permitía. Gregory Trent cerró la puerta tras él.

Fue entonces cuando Amy se percató de que otra persona más había presenciado la escena: absorta en la llegada del abogado, no había reparado en la señora Claggett, que estaba arreglando un florero colocado sobre una mesa colocada contra una pared... Silenciosa... ¿Silenciosa?... La señora Claggett nunca procedía de otra manera...

Harriet, incomodada por la evasiva del abogado, tal vez mortificada, se encaró con el ama de llaves.

—¿Flores?... —dijo en tono áspero—. ¿En qué piensa, señora Claggett?

—Fueron enviadas por un amigo —aclaró el ama de llaves—, en la esperanza de que serían bien recibidas en estos momentos de tristeza y pesar.

—¡Esto es un ultraje!... —gritó Harriet, cada vez más irritada por la nueva oposición—. ¡Rosas rojas!... ¿Qué pensará la gente? ¡Quítelas en el acto!

Pero la señora Claggett no se movió.

—He dicho —repitió Harriet con mayor frialdad, pero con acento más apagado— que las saque de aquí inmediatamente.

—Fueron enviadas a la familia... —respondió el ama de llaves sin inmutarse.

—Señora Claggett... —prorrumpió Harriet, con cólera apenas apagada por un sentido de prudencia—, usted olvida..., usted olvida que mi padre está muerto... y que era su protector...

—No lo olvido... —dijo tranquilamente la señora Claggett.

Había un espejo sobre la mesa. Amy vio al ama de llaves volverse y mirar, no a Harriet, sino a la puerta del salón de recibir.

—Estoy esperando... Cuando se nombre el sucesor de la autoridad en esta casa, según la voluntad del señor Efraín, sabré de quién recibir órdenes..., cualquiera que ellas sean. Mientras tanto... —hizo una pausa, exhaló un suspiro profundo, y luego, como si se arrepintiera de haber hablado tanto, dióse media vuelta y se alejó; pero las flores siguieron inmovibles en el jarrón.

Harriet, furiosa, experimentó un loco deseo de arrojar flores y flores al suelo, pero algo la contuvo. Una rosa había caído sobre la mesa. Sin preocuparse de las espinas, Harriet se acercó y la recogió, aplastándola entre sus dedos, para tirarla luego lo más lejos que pudo... Jake, que se hallaba cerca de una puerta del salón, la recogió en el aire.

*

Dos horas más tarde, Amy escuchaba la acusación de haber asesinado al anciano Efraín. No era una acusación formal, pero era la primera vez que una de las sospechas que envenenaban la mente de los moradores de la mansión de los Hardcastle se expresaba con palabras tan claras.

Se ha dicho que en las grandes crisis es donde se puede apreciar el verdadero carácter de las personas. Y ésa era una especialísima para juzgar el de todos los miembros de tan rara familia.

El abogado Reichardt, a requerimiento de Gregory Trent y ejerciendo la autoridad que su carácter de abogado le confería, se preparó a revelar las cláusulas del testamento de Efraín Hardcastle.

Todos los miembros de la familia y la servidumbre se hallaban presentes (al menos así creyó Amy en un principio) en el fastuoso salón de recepciones. Gregory Trent se agregaba a los presentes, vigilando..., vigilando... A su vez, la policía montaba guardia en toda la casa...

Las cláusulas del testamento eran simples. Otorgaba quinientos dólares a cada hijo y nieto de Efraín Hardcastle (los nombres estaban en la lista), incluso a sus dos hijos políticos y a Jake, y a cada sirviente correspondía igual suma de dinero. El grueso de la fortuna, la casa y todas las inversiones del anciano eran legadas a Amy Shaw.

Amy se sintió aturdida. Paseó su mirada por la habitación, por los inapreciables cuadros, las arañas de fino cristal, no haciendo un inventario, sino asombrada de que todo eso le perteneciera... Se quiso convencer de que no era posible. Que estaba soñando... En ese momento oyóse un murmullo que se transformó luego en una horrible protesta:

—¡Imposible!... —gritaba Harriet desesperadamente—. ¡Es imposible!... ¡Estaba loco!... ¡Probaremos que estaba loco!...

—Yo creo, considerando los asuntos del señor Efraín Hardcastle —dijo el abogado con severidad—, que una acción contra la integridad de juicio de mi representado no prosperaría. Por lo demás, no es secreto para nadie que entre el anciano y la familia existía un divorcio casi absoluto de afectos...

—Esto no quedará así... No puede ser ni será así...

El rostro de Quentin estaba lívido, pero mientras las palabras de Harriet destilaban veneno, él sólo manifestaba un profundo despecho.

—¿Qué otra cosa podríamos esperar? —gruñó Claudio—. Nunca le importamos mayormente, como él decía bien claro... Es odioso llevar a un tribunal la última voluntad de un difunto, pero...

—¡Andrews! —exclamó Cecil de repente—. Andrews, ahora eres igual que yo, pero haz el favor de servirnos algo fuerte, ¿quieres?... Esto es un golpe más fuerte de lo esperado...

Andrews levantóse, con el rostro grave, y recibiendo el consentimiento de Trent se dispuso a dejar la habitación.

—Que sea bien fuerte... —gruñó Quentin, y comenzó a pasearse con impaciencia por la sala.

Myra Peters lloraba. Por ella, por Philander, por Hilary, por Phoebe y por el recién nacido... Philander extrajo el consabido pañuelo y trató de consolarla, al mismo tiempo que miraba a Amy como reconfortándola. Pero fue Jake quien le dirigió las primeras palabras amables.

—Todos actúan terriblemente ofuscados..., y no veo el porqué... El viejo nunca intentó ocultar sus sentimientos... Amy, mis felicitaciones.

—No las quiero... —dijo Amy poniéndose en pie y encarándose con los demás—. No quiero el dinero, y así se lo dije al abuelo el día de la acción de gracias por la tarde...

—¡Amy!... —era Henry que hablaba para prevenirla.

Amy le miró y vio que fruncía el ceño con sorpresa, que en cierto modo parecía un reproche; ella creyó que también Henry se ponía de parte de la familia, alejándose de ella.

—¡Así que lo sabías!... —dijo Harriet casi silbando—. ¡Lo sabías!... Bueno, yo también... Me preguntaste ayer por qué te odiaba. Ahora te lo diré: porque desde tu entrada en esta casa has aprovechado tu bonito rostro, tu juventud y tu aparente inocencia para envolver el corazón crédulo e infantil del anciano... Tú...

—No es así... —dijo Amy—. Yo no sabía...

—¡Sí lo sabías!... Y tú...

—¡Cállate, Harriet! ¡No te atrevas!... —amenazó Henry.

Una sensación de alivio inundó el corazón de Amy. Henry no estaba contra ella... Había sido una estúpida suposición por su parte...

—¡No quiero el dinero!... —Amy trataba de sobreponerse a los sollozos que pugnaban por estallar—. ¡No lo aceptaré!

—¡Indudablemente que no! —estalló Harriet, ya incontrolable y con tono de triunfo—. Señor Reichardt, ¿no hay una ley que estipula que un asesino no puede heredar la fortuna de su víctima?...

Amy se echó hacia atrás, sorprendida. Henry quedóse paralizado. El abogado aclaró nerviosamente su garganta. Gregory Trent tomó la palabra. Su intervención fue como un salvavidas que se le arrojaba a Amy en medio de la tempestad.

—¡Un momento! —dijo.

Pero los murmullos llenaron el salón nuevamente, y por un instante pareció que también Trent la abandonaba en medio del huracán de invectivas. Poco a poco Amy se dio cuenta de que él les dejaba hablar a todos adrede, y no perdía una sílaba de lo que se decía. Pero a ella la espera se le hacía desesperante. Por último, Henry se adelantó, tratando de contenerlos, en momentos en que Amy sintió sobre su brazo la presión ya familiar de la mano de Trent que le indicaba que se sentase.

—¡Hagan el favor de sentarse todos!... —ordenó—. Andrews ha vuelto, señor Reichardt. Dígales el resto ahora...

—¿Qué?... —chilló Cecil, y su voz se asemejó a los ladridos de Patsy—. ¿Hay un resto?

—Por amor de Dios —gruñó Quentin, y el vaso que había sacado de la bandeja que traía Andrews casi se le cayó de la mano.

—El testamento que acabo de leer —dijo el abogado— fue hecho por Efraín Hardcastle hace un año. Por el momento, teniendo en cuenta los documentos en mi poder, es su última voluntad. Sin embargo, discutiendo el asunto con el señor Trent, aquí presente, he llegado a la conclusión de que todos ustedes estaban enterados de que mi difunto cliente había hecho un nuevo testamento antes de morir...

Hizo una pausa.

—Bueno... —gruñó Quentin—. Continúe.

—A las once y media del último miércoles, por la mañana, víspera del día de *acción de gracias* —continuó diciendo el abogado—, Efraín Hardcastle, en esta misma casa, me entregó un sobre sellado conteniendo las instrucciones de un nuevo testamento que deseaba que yo hiciese y le entregase para su firma... Éste... ¡Hum!... Estoy seguro de que existe algún sector de la familia que piensa que podía haber aprovechado mi condición de consejero legal para influir sobre el señor Hardcastle en alguna de sus decisiones. Así lo he hecho en este caso, pues cuando leí sus instrucciones, éstas parecían tan absurdas que resolví protestar vigorosamente y hasta el límite de lo razonable contra sus decisiones. No era debido a que sus términos fuesen oscuros o dejasen lugar a dudas, sino... Bueno, yo hice el testamento tal como se me indicó y... —hizo una breve pausa para aclarar su garganta de una, al parecer, rebelde obstrucción.

Se oyó un suave chasquido. Provenía del collar de perlas que usaba Harriet.

—Continúe, señor Reichardt —dijo Harriet con voz apagada.

—Desgraciadamente, no pude hacer prevalecer mi consejo de manera efectiva. Mi cliente leyó el testamento nuevo y lo firmó delante de testigos. Sin embargo, no me lo entregó para que lo guardase. Colocó las copias dentro de un sobre, en el cual había escrito: «A mi heredero, la nueva cabeza de la familia», y se lo guardó. Me ordenó que me llevase la copia del testamento viejo y que no la destruyera hasta sus próximas instrucciones, que me daría el viernes. Yo me retiré, pensando que trataría el asunto con más serenidad y rompería su último testamento. Pero... ¡Ay!, el viernes ya no existía...

—¿Y el último testamento? —preguntó Philander Peters.

—Ha desaparecido.

—¿Lo destruyó él? —preguntó Claudio.

—No creo. Me habría informado.

—Eso sólo significa que se ha perdido —dijo Henry.

—Creo que así es, efectivamente.

—Lo encontraremos —dijo Myra, llena de esperanzas—. Probablemente está en su escritorio.

—Probablemente no —respondió Harriet—. Alguien debe haberse fijado ya allí. Pero en algún lugar debe hallarse, y es necesario encontrarlo. También puede encontrarse depositado en el banco, en la caja de seguridad.

—No... Después de ver al señor Reichardt no fue al banco, ni tampoco los demás. Ni siquiera el señor Detjens, en su condición de secretario, tiene acceso a esa caja de seguridad —respondió Gregory Trent.

—Tiene usted razón —murmuró Cecil—. Él no abandonó la casa para nada, y el jueves estuvo cerrado el banco.

—Recuerdo —dijo Myra sollozando suavemente— que salió el martes, mientras nosotros estábamos en la ciudad. Hizo que Sylvester le condujese en auto al banco un poco antes de que llegásemos a casa. Estuvo largo rato allí, y cuando salió tenía un manojito de papeles bajo el brazo; parecían sellados y cheques cancelados... Estaban sujetos con una goma... ¡Oh! ¡Dios mío!... ¿Dónde puede estar ese testamento?...

—¡Un instante!... —dijo Quentin repentinamente—. ¿Qué es lo que hace pensar que el último testamento es mejor, si ni el mismo señor Reichardt lo aprobaba? ¿Quién recibe el dinero en este último?...

—Temo —dijo el abogado— que si no se encuentra el documento, no tengo derecho a mencionarlo...

—Lo diré yo —dijo Trent abruptamente; el pequeño y extraño cuaderno negro se hallaba en sus manos, y de él extraía un trozo de papel doblado, escrito con una letra cuyos rasgos denotaban el pulso débil y tembloroso del anciano—. Revisando la habitación de Efraín Hardcastle encontré esta nota, escrita por él mismo. Tenía en consideración a un nieto que esperaba, a condición de que el niño fuera varón y llevase su nombre...

Myra suspiró, bajando los ojos.

—Los legados individuales, incluyendo a la señorita Shaw, esta vez, están reducidos de quinientos a cien...

Quentin comenzó a jurar.

—El grueso de la fortuna correspondería a una persona a cuya fiel atención y alta calidad de carácter pagaba el alto tributo merecido: Jerusha Claggett...

Una estridente risa quebró el hondo silencio que se había producido. Era la reacción de Harriet ante la increíble situación. En otra persona ese desahogo hubiera sido llamado neurastenia...

A la risa de Harriet siguió un embarazoso silencio.

Gregory Trent y el abogado recogieron con prontitud los últimos documentos y papeles, deslizándose fuera de la sala. Amy temblaba, casi al borde del colapso. Durante quince minutos había sido heredera de casi quince millones de dólares. En un abrir y cerrar de ojos esos millones se habían reducido a la insignificante suma de cien dólares... No era que ella tuviese ambición por el dinero, pero la transición había sido demasiado brusca. Algo había sucedido para que su abuelo la colocase a la misma altura que a sus hijos e hijas... ¿Se debía al regreso de Henry? ¿Habría sido su amor por Henry lo que le privaba de la herencia? Tenía esperanzas de que no fuese así... ¿No la previno él, el martes por la tarde, al decirle que el amor no era todo? Evidentemente. Sin embargo, Amy pensó que en ese aspecto el anciano estaba equivocado. El dinero no había traído la felicidad al anciano Efraín. ¿Podría procurar felicidad a ella? Más serena ahora, se alegró del cambio y de que otro fuese el beneficiado... Pero ¿por qué Jerusha Claggett?... «Por su fiel atención y alta calidad de carácter»..., rezaba la dedicatoria, y así, en efecto, había sido la conducta de la noble ama de llaves... en su trato con el difunto señor Hardcastle... Pero ¿quién era esa mujer calmada y modesta?...

No obstante lo efectista de la noticia, de la bomba que había lanzado Trent, Amy no perdió ni por un momento su calma. Sólo en cierto momento hizo un movimiento, y fue cuando Harriet profirió la carcajada en que revelaba su impotencia y su odio. La señora Claggett se puso rápidamente en pie, como para indicar su presencia. Un marcado rubor se había asomado a sus mejillas, pero mantuvo la cabeza erguida y miró a todos con cierta compasión. Luego, dándoles la espalda, se acercó a una de las amplias ventanas y se quedó contemplando serenamente la rapidez con que la noche se cernía sobre la ciudad...

¿Y los Hardcastle? Éstos contemplaron la recta y delgada espalda del ama de llaves y luego se miraron unos a otros.

—¿Tendremos que irnos esta noche? —inquirió Myra.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Quentin, asustado de su propio acento.

—Ésta no es ya nuestra casa —Myra comenzó a llorar—. Hilary tendrá que hospedarnos...

¡Pobre Hilary!... Se encogió de hombros, pareciendo repentinamente mucho más viejo.

—Tonterías, querida... —dijo Philander, abrazándola—. La policía no nos dejaría ir aunque quisiésemos. Estoy seguro de que aunque la casa pertenezca a Amy o a la señora Claggett, seremos siempre bien recibidos.

—Es natural..., por ser nuestra sobrina...

—Sobrina de tu esposo —corrigió Harriet con prontitud—. ¿Por qué dos extraños han sido preferidos a la familia?

—Es lo que digo yo —intervino Jake—. ¿Por qué sólo dos, cuando en realidad hay tres?... Yo soy un extraño, con la diferencia que si el viejo me hubiese dejado todo a mí, encontraría el documento aunque tuviese que revolver el cielo y la tierra...

—Encuétralo... —dijo Cecil, brillándole los ojos—. Encuentra ese documento y... —bajando la voz a susurro, agregó—: ¡destrúyelo!...

—¡No! —protestó Amy.

Pero el breve e intenso silencio que se produjo demostró que otras de las aparentemente poco cuerdas sugerencias de Cecil no habían caído en desierto.

—¿Dónde comenzaremos a buscar? —preguntó Myra excitada.

—Puedes empezar por tu bolsa de lanas... —dijo Harriet con crueldad.

—¿Lo crees de verdad?... ¡Oh!... —Myra se hundió en su silla.

—Si buscamos debemos hacerlo en forma sistemática —dijo Quentin, poniéndose en pie—, y quizá sería mejor trabajar en parejas y no individualmente.

—Sólo confías en ti mismo, ¿eh? —bromeó Jake.

—No es así —respondió Quentin—. ¿Es posible venderse al enemigo?...

—¿Cómo puedes ser tan cruel?... —sollozó Amy—. ¿Cómo pueden expresarse así en presencia de la señora Claggett?...

Un sollozo anudó su garganta impidiéndola continuar. Un oculto impulso la había impelido a obrar en defensa del ama de llaves. Quizá se debía a que Harriet las había llamado extrañas. Amy los miró, embargada en una repentina tempestad de cólera. En ese momento odiaba a todos. Henry, Jake, Hilary y todos los demás. Sobre su hombro apoyó una mano apacible...

—Gracias, muchacha... —dijo la señora Claggett—. No te preocupes... Todo se arreglará perfectamente...

Soltando la mano de Amy que ahora estrechaba entre las suyas, volvió a los demás y dijo, con el mismo tono con que siempre lo había hecho:

—La comida se servirá dentro de media hora...

¡La cena!... Naturalmente. Los Hardcastle podían tener problemas cuantiosos y muchas soluciones que encontrar, pero todo quedaba postergado ante el anuncio de la comida. Todo. Aunque la tierra temblase bajo sus pies...

La cena tuvo la virtud de tornarlos a la normalidad... Toda la tarde habían estado juntos, ya porque desconfiaban el uno del otro o porque presentían que debían ofrecer un frente común al enemigo también común. Amy, a despecho de Henry y de sus consejos y a

las bromas de Jake, sintióse abandonada, sola, como si no perteneciese a ningún bando.

CAPÍTULO XVI

El día siguiente, domingo, fue de verdadero descanso. Los Hardcastle no permanecieron inactivos, y casi más animados, pero al caer la tarde se encontraban nuevamente en el mismo estado de ánimo que en el anterior, durante la lectura de ambos testamentos...

No tenían derecho al techo que los cobijaba, y dependían enteramente de la caridad de Amy o de la señora Claggett, según revelarían las futuras eventualidades, y eso era una humillación que agriaba aún más sus espíritus conturbados.

Amy sabía que buscaban el testamento y permanecía alejada de ellos lo más posible, ya quedándose en su dormitorio o jugando en el patio de los fondos con la perrita bajo la mirada atenta de un voluminoso agente policial que había declarado tener simpatías por los perros, llegando hasta permitir que Patsy le estropease los guantes, jugando, lo que constituyó una nota alegre en ese día infortunado.

El lunes por la mañana, los cuerpos del anciano Efraín y de Reuben recibieron cristiana sepultura, azotados por una terrible lluvia, de cuya violencia los habitantes de la ciudad no conocían precedentes. Eso redundó en beneficio de los Hardcastle, pues accidentalmente dio al entierro el carácter privado que tanto deseaban. Ningún curioso se atrevió a desafiar el frío y el viento cortante. El cortejo estaba integrado por algunas *limousines* negras, cuyos conductores guiaban con la máxima velocidad que les permitía el estado de las calles.

Cada conductor compartió el asiento con un detective, y una escolta policial acompañó los autos desde la casa hasta el peristilo del cementerio, y de allí a la fosa. Las plegarias hubiesen sido suficientes para hacer resucitar al viejo Efraín, si ello hubiese sido posible... Pero tanto éste como el infortunado Reuben yacían inmóviles bajo la bóveda del panteón familiar, ubicado en Bellfontaine, bendecidos con un ritual breve y superficial.

La familia retornó a casa tiritando, y hallaron a la señora Claggett, quien, aparentemente despreocupada u olvidada de las crecientes demostraciones hostiles de la familia, ordenó al instante que se sirvieran bebidas calientes para combatir los escalofríos.

Se necesitaba ese antídoto. Mientras Reuben y el viejo Efraín esperaban sepultura, un sentimiento semejante al respeto, a pesar del poco aprecio que habían tenido por el anciano, ocupaba el vacío que la ausencia producía en el ambiente familiar.

Excepto las ocasionales ofrendas florales, no hubo amables condolencias por parte de las pocas amistades. La familia prefería estar sola, y así se anunció, siendo igualmente el deseo de las autoridades policiales.

Al entrar vieron a Gregory Trent que, apoyado contra los oscuros cortinajes de la puerta del salón de recepciones, sostenía en sus manos una cajita. Amy presintió que se trataba de uno de los envases del soporífero. La blanca o la blancaverdosa, no podía precisar cuál de las dos.

—¿No duerme usted nunca? —gruñó Quentin.

—A intervalos —informóle Trent.

Luego, con sus modales característicos, comenzó a explicar que había ordenado y

dirigido una nueva búsqueda del testamento extraviado, fracasando.

—¿Por qué preocuparse? —dijo Cecil, tiritando ante el cambio brusco de temperatura—. Dejen a Amy...

Cecil dejó de hablar bruscamente. Las expresiones de protesta asomadas a los ojos del resto de los presentes eran un motivo contundente para obrar así.

Amy imaginóse la razón que motivaba el disgusto contra la charla de Cecil. Era factible que disponiendo de algún momento a solas, la familia Hardcastle lo hubiese aprovechado para confabularse, presentando un frente unido contra el documento que favorecía a la señora Claggett. Si eso era un tributo a su generosidad o un aprecio a su sinceridad, Amy no lo sabía.

Harriet tomó la palabra para ocultar el desatino de Cecil. El anormal desahogo que tuvo la tarde del sábado —revelación de algún terrible sentir contra el ama de llaves— había aflojado ligeramente la tensión de sus nervios. Aún estaba pálida, pero nuevamente su dureza natural o su tosquedad la controlaba.

—¿Por qué la policía desperdiciará tanto tiempo y energías? —preguntó—. Si los documentos hubiesen estado en el dormitorio de mi padre habrían sido fácilmente encontrados. O bien los quemó por su cuenta, o bien los hizo pedazos, arrojándolos al cesto de los papeles, que, llevado luego al garaje, fue destruido por el incendio.

—No, no es posible... —dijo Amy sin pensar.

Miradas interrogativas y asombradas se volvieron hacia ella. Gregory Trent la miró con sus ojos dulces, cargados ahora de interés. Amy deseó haberse mordido la lengua por haberse hecho traición. Pero en ese momento la señora Claggett acababa de entrar con las bebidas, y respondió por Amy.

—Sylvester, que quema los papeles inservibles, se encuentra ausente. El cesto de papeles, que estaba en la cochera, no se ha vaciado desde la víspera del *día de gracias*. Naturalmente, el incendio del viernes lo destruyó todo...

Casi se podía asegurar que no hablaba con la calma y dignidad acostumbradas.

—En ese caso —dijo Gregory Trent vacilando— el testamento, si se hallaba allí, habría sido destruido... ¿No es así, señorita Shaw?

—Sí —asintió ésta sin ningún entusiasmo.

En los cinco minutos que siguieron, los familiares injirieron las bebidas servidas, mientras Gregory Trent se retiraba llevándose la cajita de tabletas...

La única que hizo caso omiso del ama de llaves y de su bandeja fue Harriet, que abandonó la sala y se encaminó escaleras arriba.

Los demás también se dispersaron. Amy sentóse en un escalón bajo de la misma, sorbiendo, agradecida, la tibia y reconfortante bebida, sofrenando apenas un impulso vehemente de echarse a llorar...

—¡Ánimo! —susurró Henry, agachándose al pasar en su ascensión de las escaleras.

Pocos momentos después Amy subió también, hallando a Henry y a Jake en el vestíbulo. El primero frunció el ceño y juraba disgustado, mientras que Jake reía a carcajadas, porque Harriet, majestuosamente, habíase dirigido del salón al dormitorio del viejo Efraín y, esquivando al agente que se hallaba de guardia entró en la habitación para realizar una investigación por cuenta propia.

—¿Pero no estaba tan segura de que los papeles se habían quemado?... —exclamó Henry.

—Ella está segura de una cosa solamente —aclaró Jake—. y es que si ese documento no ha sido destruido, podemos considerarlo como tal si consigue ella echarle el

guante...

Luego, viendo llegar a Amy, exclamó:

—¡Hola, querida Amy!... ¿Por qué tan triste?... Algo me dice que mientras no se aclare la confusión estás en una situación muy molesta; pero no vayas a tu cuarto a llorar... ¡Ven, vamos abajo con Henry!

Jake los había tomado de la mano y tiraba de ellos hacia la escalera, diciendo:

—¿Creen que mi cabeza está un poco fuera de lugar? Les daré confidencialmente el porqué... Es porque acabo de ver que Trent se ha marchado por la puerta del frente. La razón que me alegra por su ida no es la misma que la de los demás. Es, sencillamente, porque me recarga de trabajo... He trabajado más en estos dos últimos días que en todos los malgastados años de mi vida. Si alguno cree que el viejo no era pícaro, se equivoca —dijo, riéndose como divertido—. En sus papeles se descubren terribles revelaciones. Sus libros de contabilidad son prolijos y exactos, con anotaciones, al margen, de historias y sucesos familiares... ¿Saben ustedes que las perlas que usa Harriet son falsas? En un tiempo fueron auténticas... Ella pudo persuadir al viejo para que se las dejase usar, y luego, un día, hallándose apurada de dinero, las vendió, sustituyéndolas con imitaciones... Creyó que Efraín no lo sabría... —rió Jake—. Pero él lo sabía todo..., todo...

Y acompañó estas últimas palabras con una carcajada que hacía pensar seriamente en sus anteriores palabras sobre la situación en que se hallaba su cabeza.

—Estoy seguro de ello —dijo Henry secamente—. Danos otro ejemplo más convincente.

—En sus viejos libros de contabilidad hay toneladas de revelaciones relacionadas con la historia de la familia, y también muchas anotaciones inherentes a su pasión por los nombres, a los cuales anotaba su etimología y lo que de acuerdo a sus creencias éstos querían significar. Su culto por tales cosas rayaba en la obsesión fanática. Sostenía que ninguno de sus hijos y familiares se había podido sustraer al influjo de dicha teoría, y que cada cual había cumplido al pie de la letra sus designios...

—¿Hay alguna cosa de importancia personal para mí?... —inquirió Henry.

Amy se preguntaba a dónde quería llegar Henry, pero en la respuesta de Jake tuvo la aclaración.

—¿Te refieres a ti y a tus antecedentes?... —dijo Jake, preocupado—. Lo siento..., y mucho, pero... aún no sé nada.

—Lástima que nunca lo haya registrado en los libros —dijo Henry con amargura.

El corazón de Amy sufría por Henry. Sabía que éste sentía la vergüenza de su parentesco con los Hardcastle. Eso lo ponía irritado y, rebelde, erguía la cabeza. Nunca admitió la existencia de una mancha en su apellido, pero interiormente la incertidumbre lo devoraba. Aquella aventura en la vida de su contrahecho progenitor, de la cual él llevaba el estigma...

Una familia menos intransigente en su orgullo no hubiera aumentado el baldón de la desgracia rodeándola de un misterio que no hacía más que agrandar las suposiciones. Pero misterio lo habían creado, y Claudio lo había consentido, y aparentemente de igual manera procedía o procedió su madre. Nadie sabía quién era. Mejor dicho, nadie de la generación joven. El viejo Efraín aprovechó el escándalo para doblegar la cerviz orgullosa de Claudio, y esto había constituido la base principal del rencor que se profesaban mutuamente el viejo y Henry.

—Trataré de estar atento a todo lo que nos concierne —dijo Jake con más seriedad—, pero ese Trent es un zorro, no porque sepa algo, sino porque la policía piensa

arrestar a alguien, y él, en cambio, sigue la investigación por sus propios medios, convencido de que la policía sigue una pista falsa. ¡Vamos a ver si Andrews puso los diarios de la mañana en la biblioteca!

Al llegar allí encontraron a Cecil y a Quentin continuando la búsqueda del perdido documento. El viejo, desde su amplio retrato puesto sobre la chimenea, parecía vigilarlos en su tarea, con ojos fríos e irónicos. Quentin sacaba los libros de los estantes, los sacudía y los dejaba caer al suelo. Cecil, en ese momento, revolvía los cajones de una pesada mesa tallada.

—¡Atrapados con las manos en la masa!... —exclamó alegremente Cecil—. Pero no por el enemigo. Ya que están aquí, échenos una manita... Revisar la biblioteca fue idea de Quentin, pero la búsqueda es en su propio beneficio, Amy...

—¡No, no lo es!... —estalló Amy, sin poderse contener—. Nadie piensa ni se interesa por mí... Es sólo por él... —sus mejillas se colorearon de un rojo vivo—. Si se preocuparan por mí, no hubieran informado, en el interrogatorio del sábado, que después de medianoche estuve en el vestíbulo de abajo la noche que el abuelo...

—Yo no he sido... —murmuró Cecil, intranquilo—. Yo sólo dije... Ellos me tenían atrapado, comprende...

—Yo no comprendo —dijo Henry, indignado.

—Sin embargo —dijo Jake pensativamente—, ellos no continuaron las pesquisas como debía esperarse. La indiferencia de Trent parece que cambió el rumbo de las investigaciones. Vuelvo a repetir que no me gusta ese hombre. Sabe demasiado. Nos pone en situación de llevar un estricto control de nuestros movimientos.

—¡Cuidado! —exclamó Quentin repentinamente, al notar que la silla en que se había puesto de pie se deslizaba, haciéndole perder el equilibrio.

Jake y Henry dieron un salto para auxiliarle. Al proceder así, sobre sus cabezas resonó una serie de golpes apagados y ruidos sordos, terminados con un grito lastimero.

Amy corrió con los demás para investigar. Tenía el alocado presentimiento, sin embargo, de que Harriet había asesinado a la señora Claggett, o viceversa. Pero cuando arribaron al escenario de la supuesta catástrofe, que era un guardarropa del vestíbulo superior, encontraron a Myra Peters sentada en el suelo, semioculta por los vestidos que la cubrían y gritando fuertemente que alguien había querido matarla, pues hallándose de pie sobre un taburete frente a los estantes, buscando, con el mismo derecho que los demás, el documento extraviado, alguien deliberadamente había volcado el taburete. Ella estaba segura de eso...

Si había alguien indicado para hacer eso, debía ser Harriet, que había sido la primera en llegar y que se hallaba aún con la mano en el picaporte de la puerta. Pero miraba con tanto disgusto a su hermana sentada ridículamente en el suelo, que era fácil descartar cualquier suposición.

Amy se retiró con los demás... ¡Esa vana, aunque gentil y dulce mujer, que había sido como una madre para con ella, era una Hardcastle también!... ¡También en ella bullía la nefasta influencia del dinero!... La amargura de Amy iba en creciente aumento... Se preguntaba cuánto tiempo duraría esa situación de continuas asechanzas, suspicacias y recelos existentes entre ellos. Cuando la policía se decidiese a proceder de manera definitiva y clara, por más horrible que fuese, aliviaría esa situación casi insostenible.

Pero cuando llegaron las tres de la tarde de ese lunes y la policía hizo el arresto prometido, el hecho cayó sobre la familia como un golpe definitivo.

Amy era la única de la familia que estaba sobre aviso. La impresión de la doble

exhumación, el antagonismo entre ciertos miembros de la familia y la incertidumbre de su posición actual, más que nada, la habían fatigado, y bajó las escaleras en busca del único puerto tranquilo en ese turbulento mar... La señora Claggett...

Comenzaba a comprender por qué el viejo Efraín depositó su confianza en ella. Al no poderla encontrar, trató de buscar a Henry. Si no hallaba a éste en el salón de recepciones, seguramente le encontraría en el antiguo cuarto de juegos del tercer piso, trabajando en la vieja mesa de estudios.

Al pasar por el vestíbulo oyó la gruesa voz del capitán Mahaffey, en divorcio absoluto con la de Gregory Trent, despaciosa y excitante. Le pareció que Trent, con sus modales peculiares, reconvenía al capitán Mahaffey.

—Usted está cometiendo un error —estaba segura de haberle oído decir...

—Extienda sus cartas sobre la mesa y veremos quién las tiene mejores... —desafió el capitán—. ¿Quién puede decirnos que no estamos en lo cierto?... Es un caso tan claro como nunca he visto otro... Hemos juzgado a muchos hombres con menos pruebas...

En ese instante un agente policial detúvose en la puerta, mirando ceñudamente a Amy, que se alejó escaleras arriba. Al llegar al vestíbulo cogió en sus brazos a Patsy, que debido al poco cuidado que se tenía de ella en esos días parecía un animalito perdido dentro de su propia morada. Con la perrita en sus brazos Amy se dirigió al tercer piso.

Como había imaginado, Henry se hallaba en el cuarto de juegos. Había encendido fuego en el hogar. Afortunadamente, el fuerte viento que reinaba afuera ayudaba al semiobstruido tiro de la estufa, y los leños ardían en un alegre crepitar, sin hacer humo, ofreciendo un cálido, brillante y acogedor ambiente. A la luz de la hoguera le pareció que el rostro de Henry había envejecido repentinamente. Era triste ver sus rubias facciones que perdían brillo.

Henry la tomó ardientemente en sus brazos, lo que aprovechó Patsy para escapar con un pequeño ladrido de protesta, y la besó como si ésa fuese la última vez que estuviesen juntos en este mundo.

Cuando se sentaron aún la sostenía con fuerza, murmurando que no podría conservarla mucho tiempo junto a él.

—Henry —preguntó Amy al cabo de unos instantes—, ¿sucede algo nuevo?... Pareces asustado.

—No creas que estoy asustado... —respondió éste—. No es miedo...

Entonces era una especie de desesperanza.

—Henry —exclamó Amy impulsivamente—, ¡yo no maté ni a Reuben ni al abuelo!

—Bien, querida... Yo tampoco he sido. ¡Por lo menos ya somos dos cuya participación podemos descartar!... Por lo menos ante nuestra propia conciencia... Sin embargo...

—Henry, hay que hacer algo. Me refiero... No, ¿por qué habría de ser la daga?...

—Sí...

—Pero..., ¿por el solo hecho de haberla traído te pueden acusar?...

—Ellos preguntan por qué... Y no creen en mis respuestas. ¿Recuerdas lo que sucedió con el arma el jueves por la tarde?

—Alguien la recogió del suelo y la puso en el cajón de la mesa...

—Eso es lo que todos sostienen, aunque ninguno declara haberla sacado luego. Yo no he sido, pero mis impresiones digitales se encontraron sobre el cajón de la mesa.

—¿Cómo puede ser, si tú no la guardaste?

—La explicación es simple. Después que sostuvimos nuestra corta y penosa

conversación, cuando te alejaste de la habitación permanecí de espaldas a la mesa, agarrado al borde de la misma, justo sobre el cajón. Naturalmente, cualquier detective medianamente capaz podría colegir que las huellas indican la posición contraria a la de un hombre que intenta abrir un cajón... Por lo menos, me parece que no es común proceder así... Podría más bien ser la posición de alguien asustado por un ruido repentino, aprensivo o de otro carácter, pero nunca la de abrir el cajón. En realidad, yo me así a la mesa para evitar seguirte. Había algo definitivo y equivocado en la escena de tu partida que escapaba a mi entendimiento en ese instante. Todo mi ser pugnaba por impulsarme hacia ti, sostenerte fuerte, hacerte mía en ese instante... y para siempre. Ya ves, querida, que mi amor grande, profundo y controlable...

—¡Oh, mi querido!... —Amy le rodeó el cuello con sus brazos y acercando su boca a la de él, murmuró—: ¿Por qué no me seguiste, querido?... ¿Por qué?...

—¡Amy!... —soltóse él del abrazo y miró el rostro de su amada.

—No me refiero a eso... —dijo Amy, ruborizada—. Quiero decir... Al menos yo sabría...

—¿Qué sabrías?...

—Lo que habías hecho después que te dejé... Dime, ¿dónde estuviste?

—Comprendo. Pero yo no estaba con ánimos para ir a mi cuarto y acostarme.

Permanecí abajo unos minutos, hasta que el fuego se apagó y el salón se quedó frío... Ya entonces, estoy seguro de ello, la daga no estaba en el cajón de la mesa... ¡No!

Amy se alzó repentinamente, alejándose un poco de él.

—Henry, debo confesarte algo. La policía asegura que el abuelo fue muerto entre la medianoche y la una en punto. Están equivocados... Lo sé porque lo vi después de esa hora.

—Lo sabía...

—¿Qué es lo que sabías tú?...

—Al dirigirme a tu habitación, tú estabas de pie en la puerta del dormitorio del abuelo... y tenías la canasta de Patsy en tus manos.

—¡Oh, querido!... ¿Y no me hablaste?

—No pude...

—Pero ¿qué habrás pensado después?...

Amy se estremeció. Henry le tomó las manos.

—Cualquiera alocada suposición que hubiera cruzado por mi mente no podía pertenecerme... —le aseguró Henry—. Siempre tuve la seguridad de que estas manos no cometieron ninguna violencia. Debía haberlo sabido... —le besó las palmas de las manos y luego apretóle los dedos con cariñosa solicitud.

—Henry, cuando vi al abuelo, aún estaba con vida..., hablando en sueños. No me atreví a confesarlo a la policía, porque supuse que tú estabas levantado... ¡Y tú no te atreviste a confiarlo a nadie, por la misma razón!... ¡Oh, querido, qué peso hemos llevado encima el uno por el otro!... Y ahora, tengo algo que agregar...

Le contó sobre el fragmento de la nota que se hallaba en poder de Trent, de su frenética búsqueda del resto del papel y de su consecuente presencia en el garaje el viernes por la noche; de la entrada de los dos hombres —el extraño Joe Heflin y su desconocido asesino—... Aun antes de terminar Amy su relato, ya Henry se paseaba nerviosamente por la habitación.

—Ésa es la causa por la que yo estaba vestida cuando me viniste a buscar al declararse el incendio... ¡Henry! ¡Por favor, no me mires así!...

Estaba evidentemente atemorizado... Temblaba con violencia de pies a cabeza, pero

Amy no podía precisar si era por ella o por él mismo...

La tomó en sus brazos nuevamente, con el propósito de que no pudiese mirarle, pero fue inútil.

—¿Sabe algún otro, aparte de mí, tu presencia en el garaje? —preguntó.

—Creo que la señora Claggett...

Amy le contó el encuentro en la escalera en la oscuridad y descubrió cómo ésta la observaba de cerca desde entonces. Existía también la posibilidad, bastante acentuada, de que Gregory Trent sospechase de ella, después de su infortunado comentario de esa mañana, pero no quiso preocupar más a Henry contándole lo sucedido.

—No creo que sea malo que lo sepa la señora Claggett. Henry, ¿nunca te ha dado por pensar que no hemos sabido apreciar debidamente el comportamiento y la solicitud de la señora Claggett en esta casa?

—¿Qué quieres decir?...

—Me refiero... Se me ha ocurrido pensar últimamente cómo se comporta siempre en la casa, con un no declarado derecho a permanecer en ella. El polo opuesto a los aires de autoridad que se toma Harriet... Es la única que mantiene su serenidad, suceda lo que suceda... Debemos estar agradecidos a una persona así. El abuelo lo hacía, y le profesaba mucho aprecio. Recuerdo que la última noche, una de las cosas que me dijo fue: «Si algo llega a suceder, pregunta a Jerusha. Ella lo sabrá...»

—Yo nunca pude comprenderla... —confesó Henry—. Fue siempre demasiado buena con nosotros, cuando éramos niños, pero parece que existía un muro interpuesto... ¿Crees que conocía el último testamento de Efraín? ¿Crees que sabe qué se hizo de ese documento? En tal caso...

La frase no pudo ser terminada. La puerta del cuarto chirrió, como previniendo, y mientras Henry y Amy se separaban, se abrió.

—¡Oh, eres tú, Jake!... —exclamó Amy.

—... dijo ella extasiada... —bromeó Jake. Pero la broma era más bien una máscara transparente, bajo la cual él también temblaba. Amy, en su primera confusión, alzó a la perrita, para calmar la agitación que demostraba ésta, producida por su abandono, según pensaba Amy, pero sintió que el corazón del animalito latía salvajemente... ¿O era impresión suya?...

—La policía está aquí —dijo Jake entonces—. No me refiero a mi jefe de tareas, Gregory Trent, sino a la simple policía. En palabras sencillas, me refiero al capitán Mahaffey. Requiere tu presencia, Henry; lo siento...

En el tremendo silencio que se produjo, Henry se acercó junto a Amy, tomóle el rostro entre sus manos, la miró en los ojos, y como si Jake no estuviese presente, la besó larga y tiernamente.

—Espérame —le dijo—. Pronto volveré...

Dio un tironcito de orejas a Patsy y se retiró.

CAPÍTULO XVII

En la hora que Amy esperó, no pudo recordar ni una sola palabra de la charla de Jake, que éste se esforzaba por hacer entretenida, con el objeto de distraer sus pensamientos

y temores. Hilary entró también y trató de llenar los claros que quedaban en la conversación con sus confidencias sobre su reciente retoño y sus experiencias en el hospital. Finalmente, incapaz de aguardar un minuto más, Amy paróse y se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento, Hilary. De nada vale... No; no vengas, Jake. Voy abajo, y deseo estar sola...

Hilary, apoyado en la repisa de la chimenea, hizo un repentino y agitado movimiento, lo que produjo la caída del elefante de trapo de Henry. El elefante, rodando, hizo caer al tigre, luego a la jirafa y, finalmente, al gatito gris, que fue a dar en el suelo. Patsy se arrojó sobre éste al instante. Probablemente recordó que estos últimos días de terrible abandono hacia su personita debían ser dejados de lado, y que la era del juego comenzaba nuevamente. Sea lo que fuese, una fierecilla endemoniada atrapó al juguete, y cuando Amy trató de alcanzarla, huyó por el vestíbulo, llevándose el gatito de trapo entre los dientes...

Donde habían fallado los dos jóvenes por hacerle cambiar el orden de sus pensamientos, lo consiguió la perrita. La persecución fue ruidosa, febril e inútil... Sólo Amy comprendía su determinación por recuperar el juguete. Pero cuanto más empeño ponía en la persecución, más gozaba Patsy en el juego. Finalmente ésta desapareció escaleras abajo, en la oscuridad del vestíbulo del segundo piso.

Éste estaba muy oscuro... Los largos y angostos corredores se prolongaban como túneles. Profundas sombras llenaban las puertas. En la penumbra tropezó con Andrews, que intentaba encender la luz. Había fallado nuevamente y el criado estaba muy afligido y sostenía que para él ese asunto era ya muy misterioso. La instalación no estaba descompuesta, según podía comprobar. Las luces se apagaban sin razón alguna o, si la razón existía, era inexplicable.

En ese momento apareció la señora Claggett, preguntando por qué no se encendía la luz, y el anciano criado le refirió nuevamente su historia.

Sólo Dios podía saber lo que había sido de Patsy y del gatito. Amy, en su frenética persecución, halló el camino bloqueado por el sirviente y el ama de llaves, por la oscuridad y por los triviales problemas domésticos a los cuales Andrews atribuía mucha importancia.

La señora Claggett trajo una nueva lamparita y la luz irradió nuevamente por los corredores. Pero nadie podía asegurar cuánto tiempo duraría esta vez, según declaraba téticamente el viejo criado.

Hacía un rato que Patsy había desaparecido. Amy notó, al poco tiempo, que ya no había tres personas en el corredor. Varios miembros de la familia estaban o habían estado en el vestíbulo, y no se debía a la complicación del servicio eléctrico su presencia en el lugar. La habían estado observando. En ese instante, como Amy los mirase interrogativamente, parecía que tenían miedo o vergüenza de encontrarse con sus ojos.

¿Había sido encontrado el testamento? Ellos sabían que ella tomaría el caso como una felicidad. Amy trató de hallar un rostro amigo, pero no vio ninguno... Seguramente Henry..., pero Henry no estaba allí. Amy avanzó. Myra Peters se dio vuelta, se escurrió y penetró en su habitación. La puerta de Cecil Montgomery, generalmente abierta, se cerró con un suave pero perceptible *click* de la cerradura. La puerta de Quentin aún estaba abierta. Harriet era la única que defendía su terreno.

Había algo peculiar en su actitud y aparición. En un instante supo Amy el porqué. En lugar del consabido collar de perlas, usaba uno de cuentas de azabache, mucho más brillante, pero inadecuado. Al verla, Amy olvidó por un momento a Patsy y a su juguete. Involuntariamente afloró a sus labios otra preocupación más honda:

—¿Dónde está Henry?

Harriet sonrió. En un rostro de inferior alcurnia o más declaradamente malvado, la sonrisa habría sido desplazada por una despectiva mirada de soslayo. Simultáneamente Amy sintió unos pasos arrastrados sobre la escalera del frente, y Claudio apareció, con el rostro blanco como la tiza. Llegó a tiempo para responderle, y sus palabras tuvieron la virtud de despejar su cabeza de los pensamientos que hasta esos instantes la habían absorbido: Patsy, el juguete y el sitio donde, en ese entonces, ya habría guardado el gatito.

—Henry... se ha ido.

—No... —comenzó a decir Amy.

—Sí... Está preso.

Henry, tan delicado, tan amante de la libertad, tan orgulloso, hallábase preso, acusado de asesinato. Sus fuerzas la abandonaron, y se sentó en el escalón más bajo de la escalera que conducía al tercer piso.

—Él no ha sido... —agregó Amy—, él no ha sido... Sé que él no fue...

—¿Cómo lo sabes?...

La pregunta de Harriet, pronunciada en tono triunfal y maligna insinuación hizo que Amy levantase la cabeza.

—Sí, niña —dijo Claudio severamente—; quizá sea hora de que digas todo lo que sabes...

Gotas de sudor perlaban la frente del pobre padre, aun cuando podían atribuirse al esfuerzo que realizaba en subir las escaleras. Su aspecto demostraba un abatimiento total.

Cualquier impulso que se hubiese agitado repentinamente en Amy hubiese quedado sofrenado por el recuerdo de las palabras del anciano Efraín: «No confíes en nadie. En nadie... excepto en Jerusha...»

La señora Claggett se hallaba aún presente. Amy volvióse hacia ella y algo en aquellos ojos la impulsaban a correr en su busca. Inició unos pasos vacilantes y se arrojó en brazos del ama de llaves, y aspiró el aroma de ropa seca del vestido de la señora Claggett. Sintió temblar un poco los brazos de la buena mujer y luego cerrarse y estrecharse sobre ella. Tuvo noción de su respiración por los latidos del corazón. La señora Claggett era real, era carne que sentía...

El ama de llaves llevó a Amy a su propia habitación. Era una pieza pequeña, y contrariamente a las demás habitaciones del piso, recargadas de moblaje, se hallaba casi vacía. La cama plegable, un viejo cofre con delicadas manillas en los cajones, una mesita de luz, un espejo y dos viejos armazones de caña, que formaron parte de alguna cuna de estilo anticuado, constituían todo el moblaje que el ama de llaves se había procurado en la pieza guardamuebles del tercer piso. No había velos en la colcha de su cama, ni cortinas en las ventanas. Una andrajosa alfombra se extendía sobre el lustrado piso de roble. Había, en definitiva, algo vacío en esa habitación, pero también la limpieza y la sencillez que dignificaban de modo especial a la señora Claggett.

Sentó a Amy en uno de los armazones y esperó hasta que la emoción de ésta se disipase. La tranquilidad del ambiente tuvo la virtud de apaciguar a la joven. Contuvo un sollozo y suspiró.

—¿Te sientes mejor?... —preguntó la señora Claggett.

—Sí... —dijo Amy—. Bastante mejor. Gracias. ¿Puedo hablar con usted?

—¿Lo deseas tú?

—Sí, mucho. El abuelo me dijo que en cualquier caso de apuro me dirigiese con confianza a usted... Fue la noche última, cuando le llevé el vaso de leche. Estaba

extrañamente fastidiado por cosas que habían ocurrido ese día... Se hallaba fuera de sí, todo le molestaba... Pero usted sabe como era él...

—Sí, comprendo... —dijo la señora Claggett.

—Protestaba por cualquier cosa. Le fastidió sobremanera saber que Henry y yo estábamos enamorados... Aún lo estamos, ¿usted sabe?... Algún día, cuando todo se aclare..., nosotros... nos casaremos. Pero el abuelo se negaba a otorgar su consentimiento... Esto no es todo, sin embargo. Parecía que presagiaba algún oculto peligro que flotaba en el ambiente, porque al final me dijo que si algo llegara a ocurrir, usted lo sabría... y que yo podía confiar en usted. ¿Por qué dijo eso el abuelo?...

La señora Claggett había permanecido en pie cerca de una ventana. Antes de volverse para responder, miró a través de la misma, pensativamente.

—Espero que tú y Henry encontréis la felicidad, querida mía —dijo—. Creo que así será. El amor y la felicidad no siempre marchan juntos. Así me ocurrió a mí...

Hizo una pausa, y una mirada lejana asomó a sus ojos serenos.

—Hace muchos años —prosiguió entonces—, yo había caído de la manera más baja que puede caer una mujer. Prostituida, desgraciada y sin esperanzas iba a dejarme morir, cuando el señor Efraín Hardcastle me rescató de las garras de la muerte. Quizá hice mal en permitir que me salvara... Pero sólo podía elegir entre eso y la muerte. Me trajo a su casa, me dio trabajo y me cedió un lugar en sus recuerdos... Muy despreciable tendría que ser si no hubiese correspondido con mis cuidados y mi devoción a su gesto. Él apreciaba mis servicios y mi gratitud. Quizá porque no hallaba muy frecuente en su vida esos sentimientos, y menos entre sus familiares... Eso explica también el que te haya tomado tanto afecto. Aparte de que tú eres una muchacha muy buena y simpática. Tú irradias bondad y ella tocó su corazón; un corazón solitario y huérfano de afectos; el amargo y abandonado corazón de los que no son amados ni comprendidos... Quizá muchas veces te ha parecido exigente, y tal vez así haya sido. El afecto de un hombre así sería celoso, posesivo y demasiado temeroso o preocupado de lo que pudiera sucederte; te legó su dinero porque te amaba y te estaba muy agradecido por tu bondad y dulzura.

—Hubiera preferido que no me lo dejara...

—Tienes razón. Yo le dije al señor Hardcastle que eso sólo te acarrearía la envidia y la animosidad. ¿Te parece eso extraño?... Hablaba frecuentemente conmigo de sus planes...

—¿Cree usted que alguien, aparte de nosotras, tiene conocimiento de ese testamento?

—No sabría decírtelo. ¿Por qué me lo preguntas?...

—Pensaba en la muerte de Reuben... Fue planeada para Efraín..., pero ¿la misma mano que puso la droga fatal en el vaso de leche fue la que empuñó la daga homicida?... ¿O fueron dos los asesinos, esa noche?...

—Hija mía, ¿qué estás diciendo?...

—No sé... —dijo Amy—. Estoy en un laberinto. Sin embargo, existía otro testamento. ¿No sabía nada de él?...

—No —dijo la señora Claggett rápidamente—. Fui sorprendidísima con esa información. No lamentaría que existiese ese testamento y se hubiese perdido... No me preocuparía, de ninguna manera. Pero me conciernen, eso sí, los otros papeles que el abogado dijo que se hallaban en el sobre...

—¿Qué cree usted que eran?...

—No lo sé...

Amy se preguntaba si, en realidad, no lo sabía. El ama de llaves continuó, luego de

una pausa:

—Hay muchas posibilidades...

—¿Cree que ellos nos ayudarán... a Henry y a mí?...

—Quizá. Si alguna vez son encontrados. Yo también he buscado, sin éxito.

Amy notó que no podía permanecer quieta en la silla. Una extraña zozobra la embargaba.

—Debemos hacer algo —gritó—. ¡No podemos dejar que las cosas sigan su curso!

Algo... Usted no cree que Henry es culpable, ¿no es así?...

—No —dijo la señora Claggett resueltamente.

—¿Por qué no me llevaron a mí, entonces?... Tenían muy buenas razones para ello.

—Es muy posible —dijo la señora Claggett—, pero Henry se confesó autor del hecho.

Por un momento todo pareció oscuro alrededor de Amy. Faltóle la respiración y se sintió a punto de desfallecer.

—¡No!... —dijo recuperándose—. ¡Él no ha sido!... ¡Él no podía ser!... ¿Qué fue lo que dijo?...

La voz de la señora Claggett temblaba cuando respondía. Amy recordó eso más adelante.

—No mucho. Dijo que nada tenías tú que ver con los sucesos. Que él mató al abuelo a raíz de una antigua diferencia... La misma disputa que le había hecho abandonar el hogar dos años atrás...

—Lo sé —dijo Amy—. Comprendo. Tenía temor por mí. Aún cree que he sido yo... Él aún piensa... eso.

—¿Por qué dices eso? —preguntó la señora Claggett mirándole con extrañeza.

Más para desahogarse que para informarle, Amy detalló los pormenores de la conversación que había sostenido con Henry esa tarde, y luego retrocedió en su relato, narrándole todo desde el principio: la extraviada cajita del somnífero, la escuela de Henry, su cita con él, el jueves, a medianoche, en el salón de recepciones; su visita final al dormitorio del anciano Efraín, las amenazas de Harriet, el hallazgo del rubí y su presencia en el garaje. Muchas de esas cosas ya las sabía la señora Claggett, pero permitió que Amy las contase sin interrumpirla hasta que ésta se refirió al cinturón y la chaqueta de Reuben, desaparecidos de la silla de la cocina.

Lo que respondió la señora Claggett fue más bien una advertencia que un comentario.

—¿Cierras tu puerta con llave durante la noche?

—A veces, no siempre... —dijo Amy con inseguridad.

—Será una sabia medida hacerlo desde ahora. ¿La recordarás?

—Sí —prometió Amy—. Aunque Patsy me hace compañía hace unas cuantas noches...

—También se hallaba en la habitación del viejo Efraín cuando fue asesinado...

—Pero... —comenzó Amy a protestar.

—Recuerda —dijo la señora Claggett, más amablemente— que soy una persona que ha vivido mucho más que tú y, por lo tanto, con mucha más experiencia. Y por eso te digo: Cierra tu puerta con llave. La policía ha hecho un arresto, pero Gregory Trent no ha terminado su investigación. Tengo el presentimiento de que está convencido de que el asesino anda suelto, y que como los asesinatos tienden a multiplicarse en tales circunstancias, no tardará de hacerse presente con una nueva iniquidad. Echa llave a la

puerta, mejor dicho, a las puertas, aun a la del baño. Sé que dan a las habitaciones de tus tíos, pero ciérrala igualmente. Durante la noche trata de no rondar por una u otra parte de la casa... Y ahora, quédate aquí. Siéntate nuevamente. Iré a la cocina y trataré de encontrar algo para alimentarte...

Mientras esperaba el regreso de la señora Claggett, Amy comenzó a recordar la extraña personalidad de Gregory Trent. ¿Era posible que fuese su amigo?... ¿Que tratase de ayudarla?... Repasó las diversas ocasiones en que había cambiado palabras con él. Le pareció inescrutable, de personalidad indefinible. Llegó a la conclusión de que no podía ser su amigo. Pero Trent era un criminólogo de reconocida sagacidad y discrepaba del proceder del capitán Mahaffey. Eso era ya algo. La señora Claggett tampoco suponía culpable a Henry, lo que sumaba dos, y con ella tres, los que creían en la inocencia del detenido. Existía una cuarta persona, cuya seguridad no admitía dudas y cuyo juicio seguramente sería indiscutible: el verdadero asesino.

Pero poco podía esperarse de un criminal que permitía que se encarcelase a un inocente...

Descansaba un tanto y con gran alivio espiritual, debido a su desahogo con la señora Claggett, Amy encontró que se le hacía insoportable permanecer inactiva. Debía tratar de hacer algo. No podía permanecer allí sentada dejando que las cosas siguieran su curso. ¿Dónde estaba la señora Claggett? ¿Qué la retenía tanto tiempo?

Arrojó a un lado el chal que la cubría y se puso en pie. Impaciente, comenzó a moverse de un lado a otro de la habitación. Recordó que su cuarto se hallaba casi lindando con el de la señora Claggett, que se encontraba en la esquina formada por el pasillo del oeste, uniéndose con el vestíbulo, pero Amy nunca había tenido en cuenta ese detalle, debido a que su puerta daba al pasillo y la del ama de llaves al vestíbulo principal, dando la impresión de que ambas habitaciones se hallaban en distintos lugares de la casa.

Amy abrió la puerta que daba al vestíbulo y observó atentamente, pero no vio a nadie ni oyó el más leve rumor. La soledad y el silencio le infundieron temor y cerró la puerta con presteza. La habitación de la señora Claggett le ofrecía segura protección. Había hecho mal en asomarse. Debía cuidarse hasta de asomarse a la ventana. Sabía lo que vería a través de ella: las ruinas del macabro garaje...

Sin embargo, al dar la espalda a la ventana, reparó en otra puerta de la habitación. Sabía adónde conducía. No hacía mucho tiempo había sido abierta sobre el baño privado del anciano Efraín, a fin, en caso de enfermedad de este último, durante la noche o por cualquier necesidad, que la señora Claggett pudiese llegarse a él sin ninguna dificultad. El método que usaba el anciano para llamar la atención del ama de llaves era un timbre colocado sobre una mesita al lado de su cama o, simplemente, gritar. ¿Por qué no había hecho ninguna de esas dos cosas la noche del crimen? ¿Estaba enterada la policía de esas puertas y de esa costumbre y se había hecho la misma pregunta? Indudablemente la respuesta más simple era que el anciano había sido asesinado mientras dormía. Si hubiera estado despierto habría reconocido a su agresor, pero en ese caso no era posible que supiera que su visitante llevaba intención de matarle.

Amy no pudo nunca explicar qué la impulsó a abrir esa puerta. Tal vez privó en ella un agudo impulso de curiosidad, al notar que la puerta que daba al cuarto de Efraín se hallaba cerrada y la llave no estaba en la cerradura. Ni siquiera se preguntó si eso no sería obra de la policía misma. Apoyó su oído a la puerta y escuchó. La habitación parecía vacía, pues todo permanecía en absoluto silencio. ¿Habría sido clausurado después de la invasión de Harriet?

Olvidada totalmente de las advertencias de la señora Claggett, se encontró repentinamente en la habitación del anciano. El último visitante no debió de haber sido policía, puesto que la llave de la puerta que daba al vestíbulo se hallaba en la cerradura. Amy se dirigió a ésta y la abrió. No se explicaba a qué obedecía esa acción, pero tenía la sensación de que se hallaba más próxima que nunca a la solución del misterio. Tenía la impresión de que en esa habitación se hallaba la respuesta... Le parecía que el espíritu del anciano se hallaba presente. Creía comprender en ese momento, por qué algunas personas hablan de apariciones... Con un poco de fantasía le era fácil imaginarse al viejo sentado frente a su escritorio, garabateando sus manuscritos, o bien en su silla, frente al ahora apagado hogar, leyendo o calentándose, o en la cama, recostado en sus almohadas, esperándola a ella... No, no podía mirar a la cama... El fantasma debía de estar allí muy frío, demasiado inmóvil, demasiado calmo... Y la mancha oscura sobre el pecho, en su bata de dormir, se ampliaba cada vez más...

Se volvió al escritorio y encendió la luz. Montones de papeles, sujetos con gomas yacían sobre el estante más bajo. Amy los tocó ligeramente, sin deshacerlos. No era su intención realizar una búsqueda donde todo ya había sido minuciosamente revisado, por los miembros de la familia y por la policía. Ella había ido allí para concentrar sus pensamientos, y lo mejor era sentarse en la silla, frente al escritorio, cruzar los brazos sobre la hoja abierta y apoyar su cabeza en ellos.

¡Diablos!... Cuando se acomodaba para descansar en esa posición, su mejilla chocó contra las tapas de un libro. Púsose en pie para colocarlo en otro sitio, pero cambió el modo de pensar, lo abrió y comenzó a mirarlo.

Era uno de tantos anotadores que poseía el viejo Efraín, pero estaba mejor encuadrado y cuidado con más esmero. En la primera página había un dibujo, hecho a lápiz por el anciano, que pretendía ser un árbol genealógico. Era muy difícil entender su temblorosa escritura, aunque pudo distinguir que cada página estaba encabezada con el lema de la familia: *In nomine veritas*. Era uno de sus anotadores favoritos.

Amy cerró el libro, y en lugar de colocarlo en un lugar cualquiera, lo apretó contra ella. Un espejo colgado entre las dos ventanas de la habitación, enfrentaba la puerta del baño. El movimiento de una sombra reflejada en ese espejo llamó la atención. Alguien había abierto la puerta que daba al baño. Era la señora Claggett. Amy se dispuso a hablarle, pero antes que articulara una sola palabra, algo blanco fue arrojado sobre la cabeza del ama de llaves, quien fue arrastrada hacia atrás. La puerta se cerró de golpe. A través de la puerta Amy oyó un rumor de lucha, seguido de un golpe seco. Amy corrió hacia la puerta que daba al baño, horrorizada, por lo que acababa de ver, y sin dar crédito a sus ojos. En su loca carrera no reparó en una silla hamaca que se cruzaba en su camino... La afilada punta del columpio golpeó en uno de sus tobillos, produciéndole un dolor agudo... Trastabilló y cayó, rozando apenas el borde de la mesa de mármol con la cabeza. Por unos segundos sintió vagamente un martilleo incesante en el interior de la parte dolorida; luego creyó escuchar al ladrido de Patsy... Por último, una intensa oscuridad la envolvió completamente.

CAPÍTULO XVIII

Cuando Amy recuperó la conciencia de sus actos, se encontró tendida en su lecho,

aspirando el olor inconfundible de los desinfectantes. Sus ojos semientornados la enteraron de que era de noche y de que las luces de la habitación se hallaban encendidas. Alguien se movía alrededor de su cama, tocándola. Abrió más los ojos y distinguió al doctor Woodruff, que en ese momento le aplicaba un poco de algodón con tela adhesiva a la frente. Un pequeño ladrido demandó su atención poco después. Era Patsy, que en su cesto trataba de pararse en tres patas, teniendo más trabajo con la cuarta que si la hubiese perdido, pues ésta se hallaba vendada y entablillada fuertemente.

—Ahora creo que ya está bien, señora Peters —dijo el doctor con tono casi alegre—; déjenla tranquila por esta noche. Nada de charla ni de visitas...

Destapó un tubito de vidrio y extrajo dos blancos discos, que dejó caer dentro de un vaso con agua, donde se disolvieron con un sonido suave y burbujeante. Cuando lo aplicó a los labios de Amy, ésta se quejó del gusto y lo rechazó. El doctor la miró y movió su cabeza, tratando de hacerla comprender.

—No le hará daño. Es un poco de bromuro —dijo para animarla—; con él podrá dormir tranquilamente, y el día de mañana se hará presente antes que usted se dé cuenta... Estará mucho mejor luego de un buen descanso...

Amy tomó entonces el brebaje y observó al doctor mientras extraía otras dos tabletas y las envolvía en un pedazo de gasa, dejándolas sobre la mesa de noche, junto a un vaso con agua, por si la primera dosis no surtiera efecto. Dijo que necesitaba una dosis también para Patsy, o en su defecto debían llevar a la perrita a otro lugar.

Amy dijo no tan débilmente que apenas reconoció su propia voz. Al oírla, Patsy respondió con un ladrido.

—¿Está Patsy también lastimada?

—Tiene una pata rota —respondió el doctor—. Pero ya la he curado y creo que pronto se hallará bien. ¿No lo cree usted así, señora Peters?

—Tendré buen cuidado de ambas, doctor... —respondió ésta.

Amy pudo ver entonces a su tía Myra. Estaba colgando sus vestidos. Ésta esperó pacientemente a que el doctor repitiese sus instrucciones, como si supiese que sus órdenes no serían cumplidas, y una vez que se marchó interpeló a Myra.

—Tía... ¿Dónde está la señora Claggett?... Qué...

—¡Oh, querida!...

Myra, que a las primeras palabras de Amy se aproximaba al lecho, retrocedió.

—Tía Myra, dímelo... Debo saberlo. Está ella...

—¡Oh, querida! —gimió la pequeña Myra—. El doctor dijo que no debías hablar, y no debo permitir que el capitán..., que la policía..., que nadie te vea esta noche...

Amy dedujo lo que había sucedido. La señora Claggett había muerto. A su mente acudieron insistentemente las palabras de Efraín: «No confíes en nadie, excepto en Jerusha»..., y ésta acababa de morir...

—Tía Myra, quiero ver a Gregory Trent en seguida... —dijo Amy, alegrándose de poder hablar con voz más fuerte.

—Bien, de todas maneras, creo que de cualquier modo lo harás... Además, él es una persona terrible y vendrá a pesar de todas las reconvenciones del doctor...

—Me alegro, pues necesito verlo... Y ahora, dime..., ¿cómo la mataron? ¿Cómo ha sucedido eso?...

—¡Oh, querida!... ¿No has oído que el doctor te ha prohibido hablar?... Bueno, supongo que en lugar de discutir contigo podría contártelo... Fue estrangulada... con una toalla de baño. ¿No es horrible?...

Horrible... Eso era. La toalla de baño que Amy vio, por el espejo, atenazar la garganta de la buena anciana.

—¿Supones... por qué la mataron?... —atrevióse a preguntar Myra, un minuto después, animada por la aparente calma con que Amy había recibido la noticia.

Amy sabía el porqué. La señora Claggett estaba enterada de la respuesta a muchas cosas.

—Ahora, suponte que la víctima hubieses sido tú... —dijo Myra, cada vez más indiscreta—. Quiero decir..., si ese último testamento no se encuentra, tú tienes todo el beneficio. ¡Dios mío!... ¿Supones que el ama de llaves lo había hallado o que alguien sospechaba que ella lo tenía?... En ese caso, te advierto que cuando la hallamos nos llevamos un buen sofocón... Quiero decir que en un principio creíamos que tú eras la autora..., pues aún no habíamos podido localizarte. Luego se descubrió que eso era imposible, pues la señora Claggett se hallaba contra la puerta que da al baño y tú estabas inconsciente en el cuarto de papá. Tú no podías haber pasado por esa puerta, hallándose ella en esa posición... Hubieses tenido que salir por el vestíbulo y dar la vuelta para entrar al cuarto de papá, y ponerte fuera de combate por tus propios medios, lo que constituía un disparate, según dijo el señor Trent.

Amy se alegró de que el detective hubiese dicho eso, aunque hubiera preferido que opinase que esa teoría era imposible. Pero, así y todo, tenía que agradecerle las pequeñas concesiones que le otorgaba.

—Además, dijo que tú no podías haber sido, porque era necesario poseer una fuerza superior a la tuya para llevar a cabo la tarea...

¡Pensar que tenía que discutir ese caso!...

—El señor Trent dijo también que ella, la señora Claggett, probablemente te salvó la vida...

—¡Tía Myra!...

—¡Sí, señor!... —Myra se acomodó en su sillón hamaca, gozándose de la importancia que en ese momento le concedía la situación.

—Oí que él decía al capitán..., al policía con todos los galones..., que el asesino sabía que tú estabas en el cuarto de papá, pero no dijo cómo había hecho para averiguarlo. Que trató de llegar hasta ti, pero la puerta que da al vestíbulo se hallaba cerrada con llave; entonces se dirigió por el cuarto de la señora Claggett, pensando que se hallaría en el piso bajo. Pero la encontró yendo a tu encuentro, y la mató para quitarla de en medio. Pero algo o alguien más le sorprendió y tuvo que huir. Creemos que fue Patsy...

Al oír mencionar su nombre, la perrita hizo otro gran esfuerzo para incorporarse; fallando en su intento, echóse nuevamente, extendiendo su vendada patita delante de ella.

—¡Patsy querida!... —exclamó Amy enternecida. Y luego agregó, impulsiva—: Tráela, tía Myra...

La pequeña Myra colocó el cesto que servía de cama a la perrita sobre una silla, al alcance de la mano de Amy, que acarició y rascó su cabecita suavemente.

—¡Pobre pequeña!... ¿Te han hecho daño? —inquirió.

—El bruto debe haberla pateado —dijo Myra, enjugándose una lágrima con el borde de la mano, pues no se hallaba su esposo cerca con los pañuelos.

—Pero el señor Trent dice que fue una bendición, pues sus aullidos presagiaron lo que luego debíamos descubrir...

—¿Debíamos?... —preguntó Amy curiosa.

—Sí. Yo estaba en el antecomedor, esperando la cena...

Amy no pudo reprimir una sonrisa. Myra sentía especial deleite con la comida, tanto que podía asegurarse que era una de las más poderosas razones que tenía para seguir viviendo. Siempre era la primera a la mesa.

—Yo no sé dónde estaban los demás —continuó la tía, ignorando la sonrisa de Amy—, mejor dicho, no los oí. El señor Trent y la señora Claggett ya estaban allí cuando llegué yo, y hablaban en voz baja, lo cual era muy fastidioso, pues no podía enterarme de nada... Poco después, la señora Claggett recogió una bandeja y se retiró. Debió dirigirse a su habitación, pues la bandeja se encontró allí... después..., sin que se hubiese tocado nada de su contenido...

Myra suspiró. «¡Pobre! —pensó Amy—. Entonces se había perdido la cena, su tía Myra...»

—Hay una caja de bombones en el cajón superior de mi cómoda, tía Myra —le ofreció Amy.

La cariñosa mujer se puso en pie al instante, dirigiéndose hacia el lugar indicado, cayendo sobre los bombones con murmullos de agradecimiento, ronroneando luego como una gatita al disolver el chocolate en la boca. Estaba hambrienta, dijo, disculpándose...

—No quise abandonarte —aclaró—. Además, no sé si con la excitación fue servida la cena o qué haremos... ahora... Son muy buenos los bombones, Amy. Supongo que tú no...

«¡Guau!»... Patsy esquivó la mano de Amy y se sentó apenas. Sus ojos negros brillaban extrañamente, pidiendo un bombón. La patita enyesada y rígida tornaba el cuadro más patético.

—Quiere que le des uno —dijo Amy.

Myra, con su acostumbrado sentido de la conveniencia, seleccionó de la caja uno, y durante cinco minutos el animalito se olvidó de su dolor.

—Continúa con tu historia —suspiró Amy. Estaba terriblemente cansada, pero no quería dormirse sin enterarse de los pormenores de la nueva tragedia que se había producido en la casa de los Hardcastle.

—Yo estaba... —dijo Myra—. Oímos a Patsy lamentarse como si la hubiesen pisado, y el señor Trent, al instante, voló escaleras arriba. Yo iba detrás de él. No había nadie en el vestíbulo de arriba. ¿No era curioso, teniendo en cuenta el ruido que estaba haciendo Patsy?... Trent se dirigió directamente a tu habitación. ¿Por qué crees que lo hizo?

Amy pudo haberle aclarado que tal vez la señora Claggett había confiado sus temores a Gregory Trent respecto a su seguridad, pero no quiso interrumpirla, pues sabía que Myra no esperaba respuesta a sus preguntas.

—Naturalmente, tú no estabas allí. Trent dio la vuelta y corrió hacia la habitación de la señora Claggett. Tuve que apartarme rápidamente de su camino. No se detuvo para llamar a la puerta, sino que irrumpió en su interior. Y allí estaba la bandeja con los alimentos..., pero no la señora Claggett... La puerta que da al baño se hallaba abierta y desde allí se oían los lastimeros aullidos de Patsy... Trent entró. Le oí decir ¡*Mi Dios!*!, en voz baja, y no jurando como lo hace Quentin. Entonces también yo miré, pero el espectáculo era tan horrible que di una vuelta rápida y huí por el vestíbulo, donde ya se hallaban los demás deseando enterarse de lo ocurrido. Antes de que yo pudiese explicar nada, salió Trent...

En la voz de Myra se notaba un ligero temblor producido por la excitación.

—Sí, salió de la pieza... Y puedo agregar también que se había puesto muy pálido... Extrañamente pálido... Quedóse mirándonos con su manera peculiar, preguntando luego

con lúgubre acento:

«¿Dónde está Amy Shaw?»... Entonces nos dimos cuenta que no estabas entre nosotros. No sabíamos qué decir... A todo esto, la pobre Patsy seguía con sus gemidos... El señor Trent se volvió nuevamente hacia nosotros, con una mirada que congelaría una hoguera. Luego se dirigió a Andrews, ordenándole que telefonease a la policía, recomendándoles que se apresurasen... Dio el encargo a Andrews, porque creo que no confiaba en ninguno de nosotros... Cuando el criado se fue, se encaró nuevamente con los que se hallaban en el vestíbulo. «¡Todos ustedes... quédense aquí!»..., casi rugió. Ninguno de nosotros se había movido, excepto Cecil. Sí, estoy segura... Cecil trataba de irse... En cuanto a todos los demás, creo que estábamos como paralizados...»

Myra hizo una pausa para escoger otro bombón. Amy se preguntaba cómo podía su tía saborear esos dulces y narrar la historia...

—Luego eligió a Hilary. «Peters, dijo, ¿quiere buscar a la señorita Shaw?... No se halla en su habitación. Yo ya he mirado allí.» En ese momento Patsy se acercó al vestíbulo cojeando y gimiendo y fue hasta la puerta de la habitación de papá... «Sí —dijo Trent—. Inspeccione el cuarto del señor Efraín. No está cerrado con llave.» Pero lo estaba. Hilary golpeó la puerta y llamó. Patsy, oyendo tu nombre, se puso terriblemente excitada. «Rompa la puerta», gritó Trent; pero Hilary solo no podía. Entonces Quentin y Jake, mirándose uno a otro en forma rara, acudieron en su ayuda. Forzaron la cerradura, y allí estabas tú...

«¿Qué tonto he sido!», dijo Trent, y Harriet resopló sin decir nada.

»Espero que nunca me mire como la miró a ella en ese instante. Patsy se puso furiosa cuando te encontraron. Ladraba y gemía como una condenada... Apenas pudimos apartarla para que Hilary te levantara y te trajese aquí. Jake trató de echarla, y por un instante creí que se le iba a arrojar encima. Anduvo en tres patas detrás de Hilary hasta que éste te colocó en la cama. Luego adoptó una actitud sumisa y resignada, aun cuando el doctor Woodruff le curó la pata. Pienso que curarla fue una buena acción del doctor. Algunos médicos no se hubiesen molestado por un animalito... Fue una gran cosa que el doctor Woodruff se hallase aquí. No creo que alguien lo haya llamado, pues ninguno se encontraba enfermo, y estoy seguro de que a Harriet no le agrada que venga sin ser llamado... Pero de cualquier manera, su presencia fue providencial... Bueno, creo que eso es todo... ¡Gracioso!... ¿Qué diría el doctor si supiese que te he contado todo?»

Myra se recostó en la silla con un apagado suspiro. Amy, consciente de que su fiebre iba en aumento, se alegró de salvarse por un momento de la charla inconsecuente de su tía Myra.

«Debo ver a Gregory Trent», pensó.

Como si su concentración traspasase el ancho de los muros que rodeaban la habitación, alguien llamó a la puerta. Era Trent. Amy le oyó pedir permiso para entrar.

—No —le replicó Myra exasperada—. El doctor Woodruff ordenó...

—Entre, señor Trent. He estado preguntando por usted... —gritó Amy.

Sabía que no tenía fuerzas en ese momento para repetir por tercera vez en doce horas sus experiencias y observaciones desde el jueves. La confesión podía esperar, pero había algo que quería decir... Gregory Trent, sin embargo, en su forma aparentemente casual, había bosquejado la entrevista antes de entrar.

—¿Cómo está su cabeza? —comenzó a preguntar, inclinándose sobre los pies de la cama.

—Un poco confusa, me temo —confesó Amy—. Espero hallarme mejor por la mañana...

—Así lo espero también yo... Ahora, si quiere responder tres preguntas, le prometo que no la molestaré más hasta mañana. Primero: ¿le dijo usted a alguien que se dirigía al cuarto de su abuelo?...

—No.

—¿Vio a la señora Claggett en la puerta del baño antes... de que cayera?

—Sí.

Amy le narró cómo se hallaba sentada en el escritorio, hojeando el viejo anotador, su sobresalto al ver una sombra reflejada en el espejo y la siguiente escena que precedió al asesinato del ama de llaves. Contó cómo había corrido hacia la puerta y su tropiezo y caída infortunada.

Trent movió la cabeza, mientras se tiraba del labio inferior.

—Es la forma en que me lo había imaginado —dijo lentamente—. Y ahora, la última pregunta: ¿vió alguna otra persona detrás de la señora Claggett?

—No. Y lo lamento... Pero ahora estoy segura de algo...

Lo que quería decir era que estaba convencida de la absoluta inocencia de Henry.

No podía decirse que lo que apareció en el rostro de Trent fuese una sonrisa. Fue más bien como si sus grotescas facciones se hubiesen iluminado, dando a su expresión cierta animación muy distinta de la habitual indiferencia que lo caracterizaba, y que le hacía vagamente agradable.

—Tiene razón en eso. Estamos de acuerdo —dijo poniéndose en pie—. No pudo ser Henry Hardcastle —abruptamente se volvió para despedirse, diciendo mientras se retiraba—: Mantenga la puerta cerrada con llave durante la noche, por favor...

—¡Bendito sea Dios!... —exclamó Myra temblorosamente—. Cree que...

—¡Oh, no temas!... —dijo Amy—. Cierra la puerta que da al vestíbulo y deja la llave puesta de manera que..., bueno, si alguno quiere entrar mientras tú no estás... Me refiero a alguien a quien yo debo ver, como el doctor Woodruff o el señor Trent... Luego vete a tu habitación y cierra la puerta con llave antes de bajar la escalera, pero dale la llave al tío Phil para que la guarde, recuérdalo... Yo estaré perfectamente. Creo que ahora puedo dormir. Y tú debieras comer algo, o enfermarás...

La alusión a la comida casi enfermó a Myra. Se alejó, pero con visible desgana. Cuando Amy estuvo segura de que no podía ser oída, se deslizó suavemente de la cama y, recordando la advertencia de la señora Claggett —¡pobre señora Claggett!—, cerró con llave la puerta que daba al baño. Mareada, debilitada, apenas pudo llegar nuevamente hasta su lecho, y una vez en él cayó profundamente dormida.

Fue un sueño lleno de sombras y pesadillas. En cierto momento tan vividas, que al despertar le pareció que las había vivido realmente. Imaginóse que alguien trataba de entrar en su habitación. Patsy se movió en su canasta, probablemente acosada por pesadillas también ella, y Amy se despertó. Todo estaba oscuro y tranquilo. Volvió a dormir, para soñar esta vez que Henry retornaba al hogar... Estaba en estos sueños cuando despertó, ya de mañana...

La maquinaria del departamento policial no estaba hecha para tan brusco cambio de situaciones. Tenían que convenir que Henry no podía haber cometido el último asesinato, pero ahora trabajaban sobre la posibilidad de que tuviese un cómplice... Además estaba en la cárcel merced a una confesión espontánea... Había admitido el asesinato de su abuelo y de su tío, pero negaba rotundamente toda participación en el asunto del garaje. De aquí que entreviesen la posibilidad de un cómplice. No parecía razonable que un hombre con dos crímenes imputables se negase a agregar un tercero si no estuviese diciendo la verdad. Eso

dejaba la espada —o quizá el lazo— colgado a la cabeza de otra persona de la casa.

La llave del garaje, que según Andrews colgaba siempre de un gancho en el vestíbulo posterior, aún no se había encontrado. Una búsqueda entre las ruinas del garaje demostró que había sido usada esa noche para abrir la puerta. Por consiguiente, alguien de la casa había salido aquella noche para llevar a cabo la operación. De ahí la teoría del cómplice.

La policía no se hallaba confundida en manera alguna. Eso lo dejaban para Gregory Trent. Por su parte, ellos estaban seguros de que con un aristócrata en la cárcel, en doce o, a más tardar, en veinticuatro horas, tendrían al socio, y el caso del *Vanderventer Place* dejaría de ser un misterio...

CAPÍTULO XIX

La mañana demostró a Amy que sus esperanzas respecto a la libertad de Henry habían sido prematuras, al mismo tiempo que un nuevo sentimiento de horror flotaba en la residencia de los Hardcastle, pues el asesino aún se hallaba en libertad, y él o ella, a esa altura de las investigaciones, debían sentirse terriblemente asustados y desesperados, pues cada uno de sus planes se habían visto frustrados por detalles imperceptibles.

Si el anciano Efraín hubiese muerto tranquilamente la noche de la cena de *acción de gracias*, posiblemente no hubiera originado ninguna complicación. Durante años, cada noche, hacía su lenta marcha escaleras arriba para ir a acostarse, y todos presentían que cada gruñón irritado *buenas noches* podía ser el último...

Pero Reuben Hardcastle, pobre, soñador, desafortunado, había echado a perder el primer y excelente plan del asesino, no su propósito homicida. ¿Había siempre alguien o algo que frustraba la secuela perfecta de los planes del criminal? ¿Era ese el motivo por el cual a hombres como Gregory Trent se les hacía posible resolver el misterio que esconden los crímenes?

Amy habría dado cualquier cosa por saber qué pensaba Trent en ese momento de la situación. Tenía la sensación, quizá exagerada, de que a pesar de la lentitud y calma de los métodos que empleaba, sólo él tenía una visión clara de los sucesos de los últimos días, y que si alguien era llamado a resolver los misterios, nadie mejor que él podría hacerlo. Y en ese panorama él había colocado la patita rota de Patsy, la muerte de la buena señora Claggett y su accidentada aventura en la habitación del anciano Efraín.

¡La muerte de la señora Claggett!... ¡Eso era espantoso! Había sido tan brutal, tan infame, tan... próxima a ella... Amy hizo un esfuerzo, logrando sentarse en el lecho. Estaba resuelta a ver a Gregory Trent. Debía contarle todo lo que sabía, sin omitir detalle, por más nimio que pareciese. Si él era un amigo, si era el camino para salir de las tinieblas, debía confiarle su vida y su felicidad sin perder un instante.

Sin embargo, se dejó caer sobre las almohadas con un gemido de desaliento. Era mucho más fácil tomar valientes resoluciones acostada, cómoda y segura, que llevarlas a cabo.

Estimando a Gregory Trent, no podía precisar con exactitud dónde terminaba el razonamiento lógico y dónde comenzaba la esperanza alocada. Además, ella le temía tanto como el resto de los familiares de la casa, con la posible excepción del asesino. Cecil le

había apodado *Pez frío*. Quizá no fuese el mote apropiado. Quizá fuese un investigador científico que buscase en las probetas de las pasiones humanas los vestigios de la verdad. ¿Temía ella a esa... verdad? «No —se dijo a sí misma, en forma definitiva—, no la temo...» Y apoyando sus pies en el suelo de la habitación, sentóse en la cama. Se sonrió lánguida y desabridamente... La educación que le habían dado los Hardcastle le hizo comprender que la tarea de vestirse no podía ser de ninguna manera un esfuerzo muy agotador. Con todas las posibilidades para haraganear existentes en la casa, siempre se había otorgado alguna indulgencia a las imprescindibles comodidades personales. Si no había ningún inconveniente grave que impidiese a uno moverse, podía dirigirse de un lado a otro como de costumbre.

A esta altura de sus pensamientos, Amy llegóse hasta el espejo, donde la imagen reflejada en él parecía ordenarle perentoriamente que retornase inmediatamente al lecho. Las sombras que se habían pronunciado alrededor de sus bellos ojos durante esos pocos días, se habían oscurecido transformándose en magulladuras, a través de las cuales se diseñaban nítidamente los huesos de las mejillas. Su piel había perdido su frescura y delicado brillo dorado, y era ahora una máscara intensamente pálida. Los polvos de tocador acentuaban los contornos demacrados, y se restregó el rostro para sacárselos. El maquillaje podía ser una explicación, pero no una ayuda.

«Parezco un espantapájaros», pensó, dando la espalda al espejo. Lágrimas de debilidad asomaban a sus oscuros ojos, y una ligera transpiración humedecía su nariz.

De esa manera, apenas se hallaba preparada para enfrentar la mirada de honesta admiración a la par que de sorpresa y preocupación reflejada en el rostro de su primer visitante: Jake.

—¿Levantada? —le preguntó, mientras ella abría la puerta y le hacía entrar; entonces una extraña mirada brilló en sus ojos—. Levantada, en verdad, y con el aspecto de una rosa, como siempre...

—No seas tonto —díjole Amy—. Estoy tan prosaica como una calabaza, y...

—No podrías serlo aunque quisieses —le aseguró; la mirada persistía en sus ojos y ella se sentía agradecida, pues él consideraba su debilidad como delicadeza, lo cual tenía cierta gracia—. Frágil, aun con vendajes, eres tú, querida... Siempre has sido un ideal para mí..., algo para admirar y calificar de precioso... ¡Ajá!... Te has puesto más delgada, ¿no?

Las últimas palabras de Jake fueron pronunciadas al sujetarse Amy un cinturón de cuero sobre el suéter. A pesar que la lengüeta de la hebilla se hallaba en el último ojal, el cinturón le quedaba aún muy holgado.

—¡Dámelo! —exclamó Jake, extrayendo un cortaplumas y abriéndolo—. Trataremos de hacer un nuevo agujerito.

—¡No!... —dijo Amy estremeciéndose—. ¡Oh!... Ya sé que es una tontería, pero ese cuchillo...

Amy le entregó el cinturón, pero cerró los ojos...

—Los nervios... —dijo Jake, poniéndole el cinturón en las manos y cerrando el cortaplumas con un ruido característico—. Escucha esto... No puedes pasarte la vida temblando cada vez que mires un instrumento cortante...

—Lo sé, pero no puedo evitarlo...

—¿Estás enferma? Mejor será que te acuestes. ¡Vamos, anda! Yo encargaré a Bridget que te traiga el desayuno a la cama.

—No, no puedo... —dijo Amy—. No puedo estarme en la cama y pensar y pensar...

—Entonces quédate aquí, pero aparta los malos pensamientos... —aconsejóle—.

Entre nosotros creo que hasta te sentirás mejor. Quiero decir... más segura. No estás en situación de recibir a nadie esta mañana. Lo que debes hacer es permanecer tranquila en algún lugar. Si no te hubieses entrometido ayer donde no te llamaban, no serías hoy un caso de hospital. Suponte que el *bruto* hubiese ido en tu busca en lugar de encontrar a la señora Claggett... Un golpe, y habrías sido solamente un dulce y triste recuerdo por estos lugares. Piensa en ello seriamente, Amy; quédate tranquila como si estuvieses muerta. No fuerces la mano de una persona como ésa...

—¡Pero, Jake!... ¡Creo que te has puesto serio!...

Jake hizo una mueca.

—Puedo serlo —dijo— cuando llega la ocasión. Estoy desesperadamente serio, por ejemplo, respecto a hallarme enamorado de ti... —vaciló y luego continuó—: Sería como si un viento malo se llevase casi todo lo bueno si este lamentable episodio te enfermase a ti entre todos los Hardcastle.

—¡Jake!... ¡Por favor, ahora no!...

—Sí, ahora, Amy —dijo rudamente—. Yo estaba allí, recuerda, cuando Henry te dijo adiós. No era el momento para querellas, pero ahora deseo saber qué había detrás de esa tierna despedida.

—Jake, Henry está preso...

—En la cárcel o fuera de ella, Amy, es un Hardcastle. Un hermoso perro, ahora, ¿pero cómo sabes que no será tan duro como los demás?... ¿Quién te asegura que no lleva en él la tara maldita de su padre?... Una tara que le vuelva frío y despreciable...

—Jake, no quiero oírte...

—Me oirás. Estoy enamorado de ti, desesperadamente enamorado. Lo he estado desde hace años, y tú lo sabes. Ésa es la única razón por la que he continuado viviendo en este manicomio. Mi única idea era quedarme aquí y prepararme para llevarte cuando..., bueno, yo no había previsto esto..., pero sabía que algún día habría dificultades. Ésa es la prueba de mi devoción... ¿Dónde está la de él?

—No quiero pelear contigo, Jake —dijo Amy—. Ven, vayamos a desayunar.

—¡Al infierno con el desayuno! —prorrumpió Jake; estaba irritado, su rostro claro se había enrojecido; sus puños cerrados, los ojos brillantes, casi conteniendo las lágrimas—. ¡Mi Dios!... Durante años pensé que esa delgada y dura caparazón que te rodeaba era reserva virginal. Pero lo que sucedía era que me mantenías alejado, esperando por él...

—Bueno, supongo que no tengo más remedio que decírtelo... Estoy enamorada de Henry. Pero no he querido portarme mal contigo... Esto no lo he descubierto hasta hace poco. Créeme no lo sabía...

—¡Tonterías!... Bien que lo sabías. Tú me guardabas hasta que algo mejor, o que tú creyeras mejor, apareciese... Pero yo no puedo creerlo. No puedo... Es una repentina alucinación. Tú eres una niña inocente. Tú no comprendes el especial significado del amor... Yo...

Su rubor se acentuó. Dio un paso hacia ella... y tropezó con la canasta de Patsy. La perrita se alzó colérica, ladrando furiosamente.

—¡Oh, pobrecita!... —gritó Amy, agachándose junto al animalito—. ¡Mira lo que has hecho, Jake!... Su pobre patita... ¡Quieta, Patsy!... ¡Quieta!... El hombre malo no te hará daño. Dile que lo lamentas, Jake..., y pídele disculpas como corresponde a un caballero.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí?... —dijo Philander Peters desde el vestíbulo, antes de que Jake pudiese pedir disculpas a nadie—. Amy, la puerta del baño está cerrada con llave.

Amy hizo como si no hubiese oído, diciendo:

—Es Patsy. Ha tenido una mala noche, posiblemente, aunque se ha portado como un ángel... Quizá quiera ahora salir a pasear un rato...

—Yo la llevaré —se ofreció Philander— y trataré de que coma algo también. Amy, te he dicho que la puerta del baño está cerrada con llave...

—Lo sé —respondió Amy—. He cerrado todo anoche y debo haber dado vuelta a la llave impensadamente esta mañana... ¡Aquí, Patsy!... Ve con tu tío Phil...

—Vamos, señorita. Manténgase firme... No le haré ningún daño...

Philander recogió con todo cuidado al animalito, y éste comprendiendo, aparentemente, sus buenas intenciones, descansó quietamente en sus brazos. Al levantar a la perrita de la canasta, dejó al descubierto, en un hueco, entre los almohadones de la canasta, una retorcida tira de seda. Jake y Amy se adelantaron para recogerla. En ese momento Amy tomó a Jake de un brazo.

—No lo hagas —dijo ésta—. Es la bufanda del abuelo. ¡Pobre perrita!... Es el único recuerdo que le queda de su amo... Deja que lo conserve... Te ruego que no lo toques, Jake.

Ante los *agudos* ladridos de la perrita, Philander, que ya se retiraba, se volvió sorprendido.

—Ese chichón que tienes en la cabeza no ha mejorado en absoluto tu temperamento —dijo Jake con cierta sequedad, mientras se erguía.

—Bueno, a mí tampoco me gustan tus modales... —replicó Amy—. Vete y déjame sola ahora...

—Ya me voy —dijo Jake.

Jake arqueó las cejas mientras, girando sobre sus talones, abandonaba el dormitorio de Amy.

«Bueno, no había otra solución para terminar con este enredo...», se dijo Amy, mientras, indiferente, marchaba en la misma dirección. Ahora que había discutido con Jake, y con la desaparición de la señora Claggett, pocos amigos le quedaban para compartir cualquier eventualidad. Pero ¿cómo podía ser amiga de un hombre que la amaba y que se enfurecía porque no sentía lo mismo con respecto a él? Con cierto enojo hizo girar la llave en la puerta de su habitación, luego la miró durante un minuto antes de introducirla en el bolsillo de su vestido de lana. Era un extraño homenaje al recuerdo de alguien obedecer las recomendaciones póstumas fielmente, pero la verdad más simple era que cerrando con llave la puerta traía a su memoria el recuerdo de Jerusha Claggett, cuya fuerza misteriosa se hacía sentir en la casa... aun después de muerta...

Pero la ausencia material del ama de llaves era fácil de notar, como lo comprobó Amy al penetrar en el cuarto del desayuno. El desorden y la confusión habían sentado sus reales. Algunos ya habían terminado, otros comenzaban... Cecil estaba picoteando en una fuente de galletitas... Andrews se movía de un lado a otro, aunque en sus modales se podía percibir el oscurecimiento que los acontecimientos de los últimos días habían nublado su cerebro.

Había comida para todos, tal vez demasiada, pero no control ni orden. Amy lamentó que su presencia tardía aumentase el caos reinante.

Bebió su jugo de frutas con rapidez... Acostumbraba a desayunarse con un luchán ligeramente amargo.

—Desearía algunas tortas más, Andrews, y otra taza de café —dijo Myra.

Amy se estremeció. ¡Cómo podía tener tanto apetito con todas las cosas que estaban sucediendo!... ¡Lo más destacado de la familia Hardcastle era su exagerado apetito!... A

pesar de lo ahorrativo que había sido el viejo Efraín, en la casa siempre había gran existencia de comestibles.

—La cocinera está haciendo un huevo pasado por agua para usted, señorita Amy —le dijo Andrews, mientras le servía un plato de tapioca—. La cocinera pensó que tal vez sería más aceptable para usted que las salchichas... ¿Quizá la señorita prefiera que lo deje hervir un poco más?

—Pasado por agua está bien, Andrews. Han pensado muy bien usted y la cocinera...

¿Pero era simple atención?... ¿No eran evidentes signos de servil obsequiosidad los del sirviente?... ¡Oh, esperaba que no fuese!... Luego se distrajo con el plato de humeantes salchichas que Andrews colocó frente a Myra. ¿Cómo podía ella?... ¿Cómo podía?...

Ninguno se interesó por su estado. Cada uno pensaba en su propia situación o se hacía conjeturas sobre la muerte de la anciana ama de llaves. Con rara unanimidad juzgaban este crimen como una crueldad inútil, y se miraban mutua e interrogadoramente. No lo sentían por la mujer en sí, pero ¿qué había sido del testamento?... Si ahora se encuentra, ¿sería legal?... ¿Estaría en orden?... ¿Qué destino se daría al dinero?

—Ustedes saben —dijo Cecil— que hay algo con respecto a esa mujer... Mejor dicho, había... Siempre lo presentí... ¿Quién..., este..., era ella? ¿De dónde vino? ¿Lo sabe alguno?

—¿Le has preguntado a tu mujer? —sugirió irónicamente Quentin.

—¡Por el Señor, no!... —dijo Cecil, estremeciéndose—. No..., y menos esta mañana...

En ese momento se oyeron en la cocina voces que se elevaban cada vez más, perdiendo la más elemental educación; una era la voz fría y desdeñosa de Harriet. La otra, descontenta y desafiante, era la de la cocinera.

—La señora Claggett se ha ido —decía Harriet.

—Mayor es la lástima —gruñía la cocinera.

—Usted obedecerá mis órdenes desde ahora... —se abrió la puerta y Harriet irrumpió en el cuarto del desayuno, enrojecida y furiosa—. Todo está en un estado de desorden al que hay que poner coto —dijo mientras ocupaba su lugar en la mesa—. Ningún sirviente se encuentra a mano cuando una los necesita... Parece que les hiciera una ofensa al llamarlos... —se mordió los labios—. Nunca he tenido que aguantar tanta grosería como esta mañana de la cocinera. Si vuelve a hacerlo no tendré más remedio que despedirla...

—¡Oh, la cocinera no!... —gimió Myra, y como si se preparase para una larga vigilia, ante la posibilidad de que la cocinera se retirase de la casa, comenzó a engullir cuanto tenía a su alcance.

—A las cocineras, querida mía, no hay que decirles que se vayan... —sugirió Cecil—. Hay que implorarles que se queden...

—Quizá Harriet haya pensado ocuparse de la cocina —dijo Quentin.

Todo esto era prosaico, bajo y despreciable. El problema de la comida adquiría para los familiares un carácter insoluble, lo que les preocupaba por encima de todas las demás cosas... Amy observó una mirada de Jake «¿Ves?, parecía decir, ¿qué necesidad hay de estar, aunque sea a la distancia, relacionada con esta banda de gatos de Kilkenny?»^[1]

Amy miró a Hilary, y notó que ya no estaba tan abatido y nervioso como el jueves, pero sí cansado. Harriet también le observaba en ese momento.

—Hilary —díjole, requiriendo una explicación por su presencia en la mesa a esa hora—, ¿es fiesta hoy?

—No —respondió el interpelado, enrojeciendo —No voy a la ciudad hoy, si es eso

a lo que quieres referirte...

—¡Qué independiente!... ¿O es que has perdido también el trabajo?...

—¡Oh, Hilary!... No... —suspiró Myra.

—¡Chis!... ¡Mamá!... Claro que no... El señor Wagner ha sido muy correcto conmigo. Todo este escándalo me afecta, y me ha sugerido que me quede unos días en casa, hasta que pase lo peor...

—Estaba pensando... en las facturas del doctor —dijo Myra.

—¡Vamos, vamos, Myra!... No te alarmes por algo que todavía no ha ocurrido —dijo Philander, que acababa de entrar, dejando a Patsy cuidadosamente en el regazo de Amy y sentándose al lado de su esposa.

—¿Están todos aquí en este momento? —preguntó Claudio Hardcastle desde la puerta.

Ante esta pregunta, hubo un sobresalto general. Al verle todos se quedaron rígidos. Estaba pálido como un cadáver.

—Claudio —dijo Harriet, que fue la primera en reponerse de su estupor—; tú has estado hablando con ese hombre..., con Trent. ¿Qué hay de malo ahora?

—Nada nuevo. Nada que no haya sido malo durante años y años...

El cansancio se expresaba en el lenguaje de los años. No había dormido la noche anterior. Sólo Dios y él sabían cuántas noches había pasado desvelado, acosado por un sufrimiento oculto.

—Toma una silla —dijo Philander Peters.

Claudio apartó la silla.

—Lo que tengo que decir prefiero decirlo en pie... Tal como sois...

Sus labios se retorcieron. ¿De pena o de desprecio?...

—Claudio —dijo nuevamente Harriet, al parecer temerosa de lo que iba a decir—. ¿Qué sucede?

—Ya sé lo que temes —gruñó Claudio, apretando los labios—. Temes que haya hecho una confesión a la policía acusándome de haber asesinado a mi padre y a mi hermano, y de que mi hijo es inocente... Bueno, él es inocente... Pero ésa no es la confesión que voy a hacer, ni quiero hacerla a la policía. Es exclusivamente para vosotros... hermanos y hermanas...

Hizo una pausa, aferrando con más firmeza y convulsivamente su pesado bastón.

—Es respecto al otro miembro de la casa que ha muerto —dijo entonces—, y a quien mi padre llamaba Jerusha Claggett, sólo Dios sabe el porqué, pues su nombre era... Jane. Ella es... era la madre de Henry...

—¿Tu esposa? —gritó Myra, sin comprender.

—No —explicó Claudio con voz apagada—. Mi esposa, no; la madre de mi hijo...

¡Era increíble!... ¡Jerusha Claggett, que había vivido veinticinco años con ellos!...

Nadie quería convencerse de haber oído bien.

—Pero... —vaciló Myra.

—¡Por amor de Dios! —rugió Quentin—. Myra, ¿deseas que te expliquemos también todos los pormenores?... ¿Qué edad tienes?...

Harriet se levantó. Su temor había dejado paso a una tempestad de furia y violencia.

—Es imposible —dijo, mientras su pecho se agitaba.

—Puede parecerlo —dijo Claudio—, pero es la verdad.

—¿Y te atreviste a traerla a vivir aquí?

—Nada tengo que ver con su llegada a esta casa, si puedes recordar.

—Me acuerdo, me acuerdo perfectamente, aunque tú lo hayas olvidado, Harriet —dijo Myra, moviéndose excitadamente en la silla—. Tú estuviste ausente, Claudio, durante largo tiempo. Ellos decían que estabas enfermo, aunque nosotros creíamos que papá estaba disgustado contigo por algo. Luego volviste a casa, pero no para quedarte, sino para traer al bebé, Henry. Lo dejaste en casa y te volviste a marchar en seguida, casi durante un año. Me acuerdo perfectamente porque Hilary nació por esa fecha, y ya era un lindo bebé cuando tú regresaste para ver a tu hijo, y te sorprendiste de hallarle tan crecido y, orgulloso, te quedaste para estar cerca de él.

—Myra —interrumpió Harriet—, tú no sabes lo que estás diciendo.

—Sé perfectamente bien lo que digo. Jerusha Claggett vino ese mismo año. Papá la trajo, Harriet. Dijo que se encargaría de la casa. Nosotros necesitábamos a alguien. Yo estaba débil y enferma, y tú... era inútil que te encargaras de los quehaceres. La señora Claggett sería nuestra ama de llaves, y desde entonces yo nunca pude decir dos y dos son cuatro. Pero en este momento todo el pasado se me hace presente. Ya se hallaba aquí cuando Claudio regresó la segunda vez. Por ella debió de ser por lo que papá y Claudio tuvieron la peor disputa de que yo tenga memoria, incluso la última de hace poco, que fue bastante violenta. Fue tan terrible que yo pensé que se iría nuevamente llevándose al bebé. No, no me callaré, Harriet... Yo los oí. Yo oí que Claudio le decía: «Nunca te perdonaré esto, nunca...» Yo estaba intrigada por lo que papá podía haber hecho. Yo... Claudio, ¿hablabais de ella?... ¿Estabas furioso con ella por haberle ido a contar la historia a papá, consiguiendo que la trajese a la casa, para que fuera como un eterno reproche para ti?

Claudio movió la cabeza. Sus labios permanecieron horriblemente contraídos. No escucharon más detalles de parte de él. Apenas la verdad cruda...

Amy sintió como si las paredes se cerraran sobre ella. Podía haber respondido a una de las preguntas de Myra. Jerusha, o Jane Claggett nunca había ido a suplicar al anciano Efraín. Cualquiera que fuese su primer pecado, de cualquier manera que hubiese sido seducida o deslumbrada por el hijo de un hombre rico que había dispuesto de ella para su placer, deshonrándola en compensación, no fue a mendigar piedad. Su vida en la casa había sido un ejemplo sin par de dignidad. La dignidad del orgullo y del propio sacrificio al hallarse tan cerca de su hijo y nunca poder llamarle así. Había hablado con gratitud de la bondad del viejo Efraín para con ella, y se había preguntado si había obrado bien aceptando sus beneficios.

Ellos nunca supieron su historia por intermedio de Claudio, el hombre que había labrado su desdicha y la de su hijo.

Ecos de historias sobre su juventud, llevadas al extremo de raptos suicidas ante la tragedia de su cojera, pasaban por la mente confundida de Amy. La mujer de ojos negros... había sido ella... ¿Ella la tranquila, delicada y dulce mujer que siempre había imaginado madre de Henry?... Entonces, ¿por qué Claudio no se casó con ella?

No se atrevía a mirar a Jake, sabiendo la mueca de burla que asomaba en su rostro. Los Hardcastle eran fríos y miserables, según había dicho.

Amy no podía llorar por Jerusha Claggett, o Claudio, o Henry desde ese momento... —sólo sentía pena por ellos—, y ni en memoria del viejo Efraín, cuya gran bondad había sido manchada por su propia malicia. Veinticinco años de malicia, culpa y vergüenza...

Ninguno tuvo una palabra ni extendió una mano a Claudio. Él los miró, gruñó suavemente, aumentando la mueca de su rostro, y tan bruscamente como se lo permitía el pesado aparato que ayudaba a su defectuosa pierna, diose la vuelta, abandonando la habitación.

—Bien, yo nunca... —dijo Cecil débilmente, y prefirió callarse.

CAPÍTULO XX

Bajo tales auspicios comenzó una nueva mañana... Una mañana interminable... Interminable porque lo que se espera o desea está siempre fuera del alcance, oculto detrás de alguna irritante dilación, cuajando finalmente en sucesivas eventualidades lejanas opuestas a lo que podía preverse... El día de *acción de gracias* parecía haber quedado siglos atrás...

Amy deseaba tener una entrevista con Gregory Trent, pero no tenía la menor idea de cómo ponerse en contacto con él.

Dejando al aturdido, aunque no rendido, grupo de la familia a sus espaldas en el cuarto del desayuno, no deseando oír ninguno de los terribles comentarios que provocaría la extraordinaria confesión de Claudio, puesto que ninguno sería piadoso, Amy caminó hacia el vestíbulo, alejándose con cierta dificultad al andar, lo que evidenciaba su estado de debilidad, y se halló frente a un policía de uniforme. Era el mismo oficial que la había interceptado la mañana del viernes, tomándola de un brazo y llevándola a la primera cámara de horrores, tornando su inquietante problema personal en una pesadilla trágica.

La simple vista de su uniforme la trastornó, y casi retrocedió un paso atrás hacia el cuarto que acababa de abandonar; luego, como sonriera amablemente, cambió de actitud y se dirigió hacia él. Después de todo, lo único que le diferenciaba del resto de los mortales era el uniforme. Tenía un rostro franco y agradable, de piel rosada, pulcramente afeitado, tupido cabello color arena, y ojos azules con un mirar..., bueno, esa mirada de aprecio que generalmente asoma a los ojos de un hombre cuando se enfrenta con una mujer bonita que, a su vez, recurre al más viejo recurso femenino: la debilidad.

—Me pregunto... —dijo Amy.

—A sus órdenes, señorita —respondió éste, dando una rápida venia.

—Me pregunto si usted podría ayudarme...

—Para eso estoy aquí, señorita.

—¡Oh, yo creí que usted estaba para hacer guardia!...

—Y así es, señorita. Algunos están para vigilar y otros... bueno, otros son diferentes... Ahora hemos conseguido ordenar un poco las cosas. Sin embargo, esta mañana parece usted haber sido víctima de algún ataque. ¿La golpeó el criminal?

—En realidad, no exactamente... Me caí. Pero aquí hay una víctima... —dijo señalando a Patsy, que se quejó como tratando de demostrar sus lastimaduras.

—¡Pobrecita!... —comentó el oficial, dándole una palmadita en la sedosa cabeza—. Y ahora, ¿en qué puedo servirla?...

Amy le puso al corriente de su deseo de hablar con Gregory Trent. Ante la mención de ese nombre, el oficial se infló con importancia.

—Veré lo que puedo hacer, señorita. Le estoy esperando de un momento a otro. Estaba de conferencia con el capitán Mahaffey esta mañana temprano, pero tengo entendido que ya se halla en camino hacia aquí.

—Estaré en mi dormitorio —díjole Amy—. ¿Le hará saber cuando llegue?

—Lo haré. Ahora, si usted no se opone, la ayudaré a subir las escaleras. Está usted

muy débil...

El oficial deslizó su brazo bajo el de Amy. No hubo violencia en el contacto, sino una sensación de fuerza y confianza. Amy pensó entonces en los ciegos, que cruzan las calles a través del gentío..., y los ebrios, tambaleándose...

—Ponga un pie en el escalón y deje que yo la lleve —la instruyó el cortés policía.

La última impresión que Amy tuvo de él fue cuando le dio las gracias y cerró con llave la puerta de su habitación. Era un hombre grandote, irradiando bondad y perdido en una aureola de placentero alumbramiento.

—Ahora..., ¿qué opinas de esto, Patsy? —preguntó Amy, poniendo a la perrita en su canasta y comenzando a ordenar su habitación.

Si debía mantener las puertas cerradas, poca ayuda podía esperar de las sirvientas. El esfuerzo agotó las pocas energías que el alimento le había proporcionado, y se alegró cuando pudo dejarse caer sobre un sofá para descansar, algo asombrada al comprobar cómo una mente tan recargada de problemas y preocupaciones podía quedar tan vacía debido a la debilidad.

Cuando alguien golpeó a la puerta, Amy dijo:

—¡Entre!

Lo dijo con desgana, y cuando la falleba giraba infructuosamente y el golpe volvió a repetirse, recordó que había echado la llave. Corrió hacia ésta, entonces, y la abrió, pensando luego que no tenía ningún objeto cerrarla si la abría a cualquiera sin inquirir previamente el nombre del visitante. Pero ella había obrado pensando en Gregory Trent, y así sucedió, en realidad. El visitante era Trent.

Pero no estaba solo. Detrás de él asomaba la silueta del capitán Mahaffey.

—¿Podemos entrar?... —preguntó Gregory, pero el capitán ya había casi llegado a traspasar el umbral, de manera que el permiso resultaba mera fórmula. Lo mismo sucedió en el interior de la habitación. Trent se quedó un tanto retrasado. Sus modales tenían cierta reserva, pero Amy se hacía conjeturas, atribuyendo esa actitud a su diplomacia. Trent esperó a que el capitán abriera la sesión, mientras él paseaba la mirada, a su modo aparentemente vago, por las paredes, muebles y cortinajes.

Amy sólo pensó en una cosa, e inmediatamente interrogó al capitán:

—¿Está libre Henry Hardcastle?... ¿Cuándo volverá a casa?

Trent dejó de pasear su vista, fijándola burlonamente en el capitán, que demostraba hallarse un tanto embarazado.

—¡Hum!... —hizo el capitán, como aclarando la garganta—. No, por el momento. Aún faltan ciertos pequeños detalles...

Trent acudió en socorro de Amy y del capitán.

—La piedra de escándalo es su confesión... —dijo—. Eso es lo que se llama una temeridad...

—¡Oh! ¡Pero usted no puede tomar en serio su confesión, después de lo ocurrido...! —dijo Amy—. Puesto que no lo hizo él... Bueno, él sólo confesó debido... a que creyó que yo era la autora de los asesinatos...

—Yo hice a alguien tal sugestión —respondió Trent—. Pero como el capitán hizo notar, tal sospecha no parecía natural en el joven, bajo las circunstancias...

—Pero usted no está al tanto de lo que él sabe... Si hubiese estado usted en su lugar, si usted me hubiese visto en la puerta de la habitación de mi abuelo a avanzadas horas de la noche...

—¿Qué?... —rugió el capitán—. Usted me dice ahora que visitó el dormitorio del

viejo la noche del crimen... ¿Qué hora era?... Esto es mejor que una confesión... ¿Sabías algo de esto, Trent?

Gregory Trent se tiró del labio inferior y movió la cabeza negativamente.

—No recuerdo la hora exacta —dijo Amy, apresurándose a explicar antes que el mal entendido tuviese tiempo de surgir—. Y además no estoy confesando absolutamente nada... Es simplemente... porque hay ciertas cosas que no he revelado hasta ahora y deseo decírselas al señor Trent.

Se mordió el labio, pero no pudo evitarlo. Estaba ya ansiosa de descargar su conciencia ante el criminólogo, pero el descortés y áspero capitán de policía le infundía temor.

Trent adivinó el estado de ánimo de Amy, y antes de que el capitán Mahaffey pudiese traducir en palabras su indignación, comenzó a decir con voz pausada, haciendo tiempo para que ésta recuperase su compostura.

—¿No se incomoda si le leo unos párrafos, señorita Shaw? La confusión originada a su alrededor, como sucede en muchos casos, es que no pueden distinguir entre lo esencial y lo que no lo es en un caso como el que nos ocupa; y al no manifestar todo lo que saben, aunque sean meros detalles, ocultan hechos que pueden ser de mucha importancia.

—Ahora no te vayas de viaje con palabras incomprensibles... —refunfuñó el capitán—. ¿Qué quieres decir con «meros detalles»? La señorita dice que ella...

Trent hizo un movimiento ondulante con la mano, en un gesto vago, y continuó:

—Tenemos esa hebra de lana, por ejemplo, y que fue recogida en el mango del puñal. ¿Recuerda?... Uno de nuestros primeros descubrimientos, señorita Shaw, fue que usted poseía un vestido y guantes del mismo género. Era natural pensar que su traje o sus guantes, y estos últimos probablemente, habían estado en contacto con el arma homicida. Su tía, la señora Myra, despejó esa incógnita rápidamente al informar, sin tener idea de la importancia de su revelación, cómo Cecil Montgomery, bromeando, había cortado un trozo de hebra con la daga, cuando se hallaban todos reunidos en el salón de recepciones aquella tarde. Cada uno de los familiares había sido interrogado minuciosamente respecto al arma, y ninguno había revelado ese pequeño detalle que, como puede apreciar, tenía vital importancia, ya que destruía o robustecía una importante pista. Lo que usted oculta, pensando que son motivos que perjudicarían a una persona determinada, puede ser lo que se necesita para salvar a un inocente.

—Comprendo —dijo Amy despacio, con más calma—. Sin embargo, cuando lo que a uno le dicen y otros detalles se obstinan en señalar todos el mismo camino en contra de la persona que uno conoce bien y aprecia..., se hace muy difícil decir cosas que...

—Ocultando cualquier hecho usted pone en evidencia su propio convencimiento de la culpabilidad de dicha persona. Ese solo silencio es casi una acusación. Teniendo esto presente, hagamos un repaso desde el comienzo. Trate de poner a flote todos sus recuerdos, sin dejar nada en el fondo de su memoria. Trate de comprender la alegría que experimentará al saber que con sus declaraciones puede libertar a Henry Hardcastle...

El broche final era una obra de arte de Gregory Trent. Ésa había sido también la idea de Amy, quien, exhalando un profundo suspiro, miró al capitán Mahaffey, cuya actitud era de particular expectación.

—Suprima lo sucedido por la tarde —ordenó—. Ya tenemos eso...

—Sin embargo —previno Trent—, puede haber un pequeño detalle...

—Recógelo más tarde, entonces... Continúe con lo que usted hizo después...

Después que todos se fueron a dormir...

Trent suspiró resignadamente, pero con cierta elocuencia, y extrajo de su bolsillo su anotador, abriéndole en una página que, según le pareció a Amy desde donde estaba sentada, tenía el aspecto de un horario.

—Permítame refrescarle los primeros hechos —sugirió Trent—. Sólo para mantener las cosas en orden... La cronología de los hechos, como ustedes saben, tiene siempre mucha importancia. Seré breve...

—¡No lo creo! —replicó el capitán—. Nunca lo ha sido... Pero ¡adelante!...

—A las siete y treinta —dijo Trent— la cena había concluido, y pasaron al salón de recepciones para tomar el café, a excepción de Hilary Peters, que regresó al hospital, Reuben Hardcastle y el doctor Woodruff, que se dirigieron al estudio del primero. A las siete y cuarenta y cinco, Andrews retira la vajilla del café. Andrews, hombre metódico, tiene la costumbre de mirar la hora.

—Debido a que el abuelo era muy estricto respecto a que las cosas estuviesen en orden —explicó Amy.

—Así es. Ocho en punto. La cocinera y la criada dejan la cocina, yendo a la habitación que comparten, donde permanecieron toda la noche, según dicen. Antes de subir a su habitación, la cocinera puso leche en un vaso, colocándole en la refrigeradora; este vaso de leche, al cual fue agregada luego la dosis de soporífero, por intermedio de persona o personas desconocidas.

Simultáneamente, en el salón, Henry Hardcastle obsequiaba a su padre, Claudio Hardcastle, con la daga que sirvió luego para cometer el crimen. Todos la examinaron, pero ni usted ni Myra Peters la tocaron, como tampoco Hardcastle, que dormía en su silla. Durante el examen del arma, se desprendió un rubí del mango en manos de Harriet Montgomery, que abandonó a continuación el salón, llevándoselo, seguida por Henry Hardcastle, que trataba de recuperar la joya. Durante el interrogatorio, la señora Montgomery admitió haber llevado el rubí, pero alega habérselo entregado a Henry en el vestíbulo del piso alto. El joven Henry, nada tiene que decir. Es importante destacar que cualquier de los dos pudo haber ido a la cocina a envenenar la leche. Pregunta: «¿cuál de ellos?»

Hizo una pausa. Esta vez el que suspiró fue el capitán Mahaffey, pero sin discreción alguna.

—Ocho y treinta. Efraín Hardcastle despertó de su siesta. A propósito, ¿por qué se despertó, señorita Shaw?...

Amy describió las piruetas que había hecho Cecil con la daga, y como éste había ido a caer a los pies del viejo.

—Pero fue el ladrido de Patsy lo que despertó al abuelo —agregó.

—Ya veo... Ocho y treinta. Efraín Hardcastle despierta. Usted toca el piano para entretenerle. Esto se prolonga aproximadamente media hora. Durante esa media hora se organiza una partida de naipes. Los jugadores son: la señora Montgomery, Henry Hardcastle, Jacob Detjens y Quentin Hardcastle. Ocho y cuarenta y nueve. Entra Andrews para acompañar al anciano Efraín a su dormitorio. Previamente avisa a Quentin Hardcastle que le llaman al teléfono, pero éste, engolfado en el juego, no responde en seguida.

Cada una de las circunstancias recordadas por Trent era familiar para Amy, pero escuchaba con ávido interés el resumen. Del mismo modo atendía el capitán.

—Las nueve —continúo el criminólogo—. A las nueve, exactamente, Efraín abandona el salón ayudado por Andrews, el servidor. Inmediatamente después Quentin Hardcastle salió al vestíbulo para atender el teléfono. Nota: su oportunidad para recoger las

tabletas soporíferas y agregarlas al vaso de leche en la cocina. Nadie le oyó ni le vio en el teléfono.

«Nueve y diez. Aparece el doctor Woodruff, listo para retirarse. Nota: hallándose la familia entretenida en el salón, ninguno podía haber sabido si fue a la cocina y puso una sobredosis de la medicina en la leche. Posibilidad remota, pero posibilidad al fin. Cuando usted fue al vestíbulo en demanda del medicamento, señorita Shaw, se descubrió que una caja, que según el doctor había dejado sobre una mesita, había desaparecido. Después de una búsqueda que consumió de cinco a diez minutos, durante los cuales se unió Philander Peters, este último sale de la casa con el doctor con el propósito de hacer preparar nuevamente la receta. Tiempo empleado: incierto. Probablemente hasta las nueve y veinticinco. Su oportunidad para hacer una rápida visita a la cocina, ¿eh, señorita Shaw?...»

Amy, sobresaltada ante su directa y repentina pregunta, no pudo contestar. Trent suspiró.

—Un mal ángulo del caso... —comentó—. Muchos han tenido una oportunidad similar. La señora Peters salió del salón alrededor de esa hora para ir a su habitación, en busca de más lana. Al regresar, confiesa haberse detenido en el comedor, confiesa haber saboreado algunas nueces saladas... El comedor se halla a escasa distancia de la cocina. En igual situación se encuentra la entrada posterior de la casa.

«Nueve y cuarenta y cinco. Philander Peters regresa de la droguería, usando dicha entrada posterior. Oyéndole en el vestíbulo... Pregunta: ¿cuánto tiempo después de haber entrado? Usted va a la cocina en busca del vaso de leche que, juntamente con la nueva caja de tabletas, coloca en una mesita del salón, busca cierta revista... Nota: otras bebidas y cigarrillos se hallan sobre la misma mesita. Cualquiera de los presentes pudo haberse llegado a la mesa y maniobrar con el vaso, sin ser notado.»

—Excepto Jacob Detjens —dijo Amy—. Salió de la casa mientras yo buscaba la revista.

Espero que le preguntaran cómo lo sabía.

—Así es —recalcó Trent—. Eso mismo manifestó él. Su historia queda corroborada...

—¡Oh, continúa!... ¡Continúa, hombre! —replicó el capitán.

—Muy bien —dijo Trent, suspirando nuevamente—. Diez en punto. Reuben Hardcastle entra en el salón. Siendo notoriamente distraído, recoge el vaso de leche, confundiéndolo con un refresco y vuelve a su estudio. En consecuencia, bebe la leche sobrecargada de soporífero destinada, sin duda alguna, a Efraín Hardcastle.

«Regresando al salón usted descubre lo que éste ha hecho y vuelve a la cocina por un segundo vaso. ¿A qué hora llegó finalmente junto a su abuelo, señorita Shaw?»

—A las diez y diez. Ya estaba rezongando por mi demora y miré el reloj.

—Diez y diez. ¿Cuánto tiempo permaneció con el anciano?

—Quince minutos, diría yo...

—Aproximadamente diez y treinta. ¿Regresó usted luego al salón?

—No. Estaba cansada y fui a mi habitación.

—Comprendo. Las once. La familia en pleno se ha retirado, excepto Reuben Hardcastle, quien, presumiblemente, se quedó leyendo en el estudio. Nota: nadie fue a recordarle que era ya hora de ir a dormir. ¿Indiferencia? ¿Ignorancia?

«Once y treinta. Jacob Detjens regresa y va a las habitaciones ocupadas por él y su padrastro. Hablaron un rato y luego se acostaron.»

Trent cerró el cuaderno anotador. Su escueto resumen tomó ahora un carácter más

personal e incisivo.

—Señorita Shaw, ya sabemos que Henry Hardcastle bajó la escalera después de que él y la familia se habían retirado, y que usted también lo hizo. Usted tuvo un testigo. Cecil Montgomery, que andaba merodeando en busca de algo para beber. Incidentalmente, éste fue el momento en que perdió la llave por primera vez, y establece el hecho de que ustedes tres se hallaban en pie de un lado para otro, en momentos que Efraín Hardcastle era asesinado. ¿Fue en ese momento cuando entró usted nuevamente en el cuarto del anciano?

—¡Bien! —exclamó el capitán—. ¡Ya vamos llegando a algo concreto!...

—¡No! —exclamó Amy con resolución—. El crimen sucedió más tarde. Yo bajé primero para reunirme con Henry.

—¿Se lo pidió él?

—Así fue.

—¿En una nota?

—Sí.

—¿Tiene usted esa nota?

—No. Pensé que usted... —Amy quedóse desconcertada, contemplando a Trent con ojos muy abiertos. Éste la miraba con firmeza.

—¿Qué dijo él? —preguntó Trent—. Quiero decir, ¿cuál era el motivo de la cita?

—Deseaba hablarme a solas... respecto a algo.

Trent ahogó una amenaza de enojo por parte del capitán, diciendo:

—¿Están ustedes comprometidos, no es cierto, señorita Shaw?

—Entonces no lo estábamos. Yo... siempre le había manifestado que no pensaría en el matrimonio mientras el abuelo Hardcastle me necesitase y deseara que permaneciera con él...

El capitán amagó nuevamente con su cólera, pero fue también contenido.

—¿Está usted comprometida con Henry, ahora?

—Le amo —dijo Amy sencillamente—, pero aún no le he dado mi palabra definitiva.

—¿Debido a algún inconveniente con algún otro?...

—No hay tal inconveniente, aunque..., ¿es necesario aclarar esto?...

—¿Hay algún otro?

—Aprecio mucho a Jacob Detjens —dijo Amy con valentía—. He sido siempre muy amiga suya, pero solamente amo a Henry Hardcastle.

—Gracias, señorita Shaw. ¿Por qué tenía que reunirse con su amado a tan avanzada hora de la noche en su propia casa?

Amy se ruborizó.

—Porque durante el día siempre nos interrumpía alguien. Los Hardcastle son así... Curiosos con lo que atañe a los demás...

—Comprendo. ¿Qué tenían que decirse usted y Henry?

El capitán Mahaffey, que poco tiempo atrás se había puesto en pie para calmar su impaciencia, hallábase ahora inmóvil, prestando suma atención.

—Me pidió que me casase con él al instante, y que nos fuésemos. Yo le dije que sería imposible sin contar con la anuencia del abuelo... Henry estaba enojado y se sintió herido, pero... él no lo asesinó.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos en el salón? —preguntó Trent con calma.

—Media hora.

—Después de dejar a Henry, ¿adónde fue usted?

—Nuevamente a mi dormitorio.

—¿Y Henry?

—No lo sé. Le dejé en el salón.

El capitán Mahaffey la vigilaba con atención, pero Amy fijó su vista en el hombre tranquilo y hogareño sentado frente a ella.

—Y ahora —dijo Trent—, esperamos que nos relate lo más claramente posible lo que sucedió luego. Por ejemplo, ¿por qué retornó usted al dormitorio del anciano Efraín?...

—Fue por Patsy, la perrita del abuelo, que vino a arañar a mi puerta, y la dejé entrar; la acomodé para que pasase la noche y luego me acosté. Después, en el lecho, pensé que algo podría andar mal...

—¿Qué le hizo suponer eso? —gruñó el capitán.

—Porque la perrita siempre dormía en su canasta, que se hallaba en el cuarto del abuelo... Podía ocurrir que éste estuviese enfermo. Era la primera vez que abandonaba la habitación de su amo durante la noche.

—¿De quién es ese animalito? —preguntó Trent.

—Era de Efraín. Pero ahora supongo y espero que será mía.

La perrita, como comprendiendo que se hablaba de ella, se acercó renqueando, y se echó a los pies de Amy. Esta actitud de la *terrier* llevó un poco de alegría al espíritu atribulado de la pobre muchacha.

—¿De manera que usted fue al dormitorio de Hardcastle para ver si todo estaba en orden? —preguntó Trent.

Amy asintió.

—¿A qué hora? —demandó el capitán.

—No lo recuerdo con exactitud, pero creo que debía de ser pasada la una...

—Bien..., bien, ¿qué descubrió usted?

—La puerta se hallaba ligeramente entornada, pero la tenue luz de la mesa de noche se hallaba encendida, como de costumbre. Yo entré. Al principio pensé que estaba dormido. Las mantas le cubrían los hombros y se hallaban desordenadas. Me incliné para arreglarlas, cuando oí que hablaba...

—¿Qué hizo él? —gritó el capitán.

—Habló —repitió sencillamente Amy.

—¿Qué fue lo que dijo, señorita Shaw?... —prosiguió Trent, sin excitarse, y en claro contraste con los bramidos del capitán.

—Pronunció el lema de la familia. Lo repetía para sí, en sueños. Si no hubiese conocido las palabras, probablemente no habría podido descifrar lo que decía.

La expresión del rostro del capitán era cómica. Parecía como si la tierra cediese de repente bajo sus pies y se sintiese suspendido en el espacio.

—Es absurdo —dijo finalmente.

—No tanto —dijo Trent, con la tranquilidad tan habitual en él—. La muerte pudo no haber sido inmediata. Usted lo sabe...

—Mentiras... —dijo el capitán—. Está inventando todo eso...

—¡No es así!... —gritó Amy—. Él estaba vivo. Vi agitarse sus párpados. Hablaba en sueños... Lo vi... Estoy segura.

—¿Tocó usted a Efraín Hardcastle, señorita Shaw? —preguntó Trent, con el objeto evidente de desviar la controversia.

—No. Tenía miedo de despertarle. Recogí la canasta de Patsy y me retiré. En la puerta, yo... pisé algo duro. Lo recogí. Era el rubí que formaba parte de la daga que Henry

había regalado a su padre.

Amy se había prometido a sí misma revelar todo lo que sabía.

—¡Ahí está! —dijo el capitán—. El asesino ya había estado en la pieza y, sin embargo, sostiene que halló al anciano con vida.

—¿Y el rubí? —preguntó Trent suavemente.

—Me lo puse en el bolsillo. Fue entonces, al salir, cuando Henry me vio...

—¿Henry Hardcastle la vio en la puerta de la habitación? ¿Lo vio usted a él?...

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe que él la vio?

—Porque me lo dijo.

—Eso es más de lo que él nos dijo a nosotros —murmuró el capitán. Y Trent le miró severamente.

—Creo que es muy natural —comentó—. Yo en lugar de Henry... también lo hubiera ocultado,... Y volviendo al rubí, ¿dónde se encuentra éste ahora, señorita Shaw?

—No lo sé.

Amy sentía la extraña sensación de que el penoso interrogatorio a que Trent le estaba sometiendo era simplemente una prueba o examen. La pequeña agenda negra y esa cabeza de desgreñados cabellos ya tenían toda su historia, o la mayor parte de ella. Sin embargo, le puso al corriente, con los detalles completos, de la forma en que había ocultado el rubí y cómo la perrita se lo había llevado junto con el gatito de juguete. El capitán comenzó a fumar nuevamente.

—Puede ser que Patsy nos ayude ahora —sugirió Amy—. La probaré. Patsy, ¿qué has hecho con el gatito? ¡Gatito, Patsy!... El gatito..., Patsy, ¿dónde está?...

La perrita, gimiendo, paróse en sus vacilantes patas. Amy repitió sus preguntas.

—¡Busca, Patsy!... ¡Busca!... ¡El gatito!... ¡Busca!...

La perrita emitió un alegre ladrido y comenzó a husmear y escarbar. La *terrier* se animó a medida que el juego se posesionaba de ella. Ladró y trató de pegar saltitos como festejando la ocurrencia de su ama, y luego, notando que ésta no parecía corresponder a sus invitaciones, se dirigió resueltamente a la canasta que le servía de cama y extrajo de entre las mantas el gatito de juguete, haciendo sonar el cascabel que pendía del cuello. Cuando Trent trató de sacárselo de entre los dientes, retrocedió gruñendo.

—¡Dámelo, Patsy! —ordenó Amy con severidad—. ¡Aquí, he dicho!...

Patsy avanzó renqueando, y obediente, aunque de mala gana, dejó caer el gato a los pies de su ama.

Trent inclinóse para palmearla. La perrita aceptó las caricias y esperó que le arrojase de nuevo el gatito, pero estaba escrito que ese día no era apropiado para juegos.

—Debí haberlo sospechado —dijo Amy—. Siempre esconde sus tesoros en la canasta. ¿Ve? Tiene una de las bufandas del abuelo... Él...

Por primera vez, al recordar a Efraín Hardcastle como lo había hallado la última vez con vida y luego muerto, diose cuenta cuál era el detalle que faltaba en el cuadro ya familiar para ella del anciano durmiendo. Siempre, cuando se acostaba, se envolvía el cuello con una delgada bufanda de seda, en previsión de posibles corrientes de aire. La bufanda de seda no la tenía puesta en su segunda visita, en la noche del jueves ni en la mañana del viernes...

—¿Qué ocurre?... —preguntó Trent.

Amy refirió lo que acababa de pensar, pero antes de que pudiese concluir, una repentina confusión en el vestíbulo cerca de la puerta hizo que ambos policías corrieran

hacia ésta. Al contrario de lo sucedido en otras ocasiones, la confusión no tenía otra consecuencia que la salida de la cocinera. Ésta, continuando las argumentaciones de la mañana con Harriet, había terminado por adoptar la extrema resolución. No solamente la cocinera, sino también la criada Bridget.

Myra Peters, viendo acercarse la hora del almuerzo y que nadie se hallaba dispuesto a prepararlo, aprovechaba para inculpar a Harriet.

—Todo sucede por tu culpa —decía audazmente, pues Harriet se hallaba en evidente desventaja—. Nunca puedes llevarte bien con los sirvientes. Ésa es una de las razones por las cuales papá nunca permitió que manejes la casa. Mira lo que has conseguido. El almuerzo no está preparado. No hay alimentos en la casa... Las camas sin hacer...

En ese momento apareció Quentin con un traje negro en las manos.

—¿Dónde está Bridget?... ¿Dónde está Andrews? —demandó con la máxima potencia de su voz.

—Bridget se ha marchado —gimió Myra.

—¿Marchado? ¿Qué quieres decir? Esto es ridículo. No ha hecho mi cama ni ordenado mi habitación... He encontrado esto tirado en el suelo... Mírenlo.

—¡Oh, cuélgalo y quédate tranquilo! —dijo Harriet—. Puedes hacer eso, ya que se trata de ti, por lo menos. ¿No es así?...

—Claro que puedo —rugió Quentin—. Pero no es eso el hecho... Este traje es nuevo. Lo estrené para la cena del jueves... Miren en qué estado se encuentra. ¿Quién ha tenido el coraje de revolver mi habitación, tirar las cosas y no molestarse en recogerlas?... Y ahora que me doy cuenta, mi guardarropa no es el único que ha sido desarreglado. Abrí el de abajo, hace un rato, y estaba la chaqueta vieja de Reuben en un rincón del piso. Eso no es nada, puesto que el traje no puede sufrir más daño del que tiene..., pero éste... ¿Dónde está Bridget?...

—Quizá el capitán pueda informarte —dijo Harriet, moviendo la cabeza en dirección del capitán Mahaffey, que deslizaba distraídamente sus dedos por entre sus cabellos.

—Yo digo... —comenzó a decir Quentin con menos vehemencia— que no he notado su presencia, capitán. Estos vestíbulos infernales están siempre a oscuras. Supongo que no habrá arrestado a nuestra criada, ¿no?...

—No —dijo lacónicamente el capitán—. Si se ha ido, ha sido sin mi permiso.

—Nos ha abandonado, ¿no es así?

—¡Ella y la cocinera! —lamentóse Myra.

—Falta de agradecimiento, como es natural —resopló Quentin—, pero pone en evidencia cuán fácil sería para quien quisiese escaparse de la casa realizar sus propósitos...

—No veo cómo han podido huir —bramó el capitán.

—En realidad, fue muy sencillo... Salieron para hacer las compras diarias y no regresaron... Eso es todo...

—¿Salieron... para hacer las compras? ¿No tiene ustedes teléfono?

—Nunca compramos los alimentos de esa manera inútil —respondió Harriet fríamente.

El capitán salió entonces para disponer lo necesario a fin de iniciar la búsqueda de las fugitivas, para gruñir a todos en general y para descargar su enojo producido por una muchacha y una perrita que habían ocultado durante tres días tantos detalles de importancia.

Gregory Trent agradeció diplomáticamente a Amy su un tanto tardía colaboración, deteniéndose luego, al retirarse, en la puerta y mirando a la joven, mientras ella se dirigía apresuradamente a la cocina con objeto de preparar el almuerzo.

Amy tenía el presentimiento de que allí encontraría a Andrews. ¡Pobre Andrews!... El noble criado no les abandonaría, pero una nueva tarea sería demasiada preocupación para él.

Si bien Amy le halló en la cocina, no se encontraba ocupado con el almuerzo. En ese momento recogía una caja de cartón con bombillas eléctricas de un estante del armario.

—Es la luz del vestíbulo superior —explicó, sacudiendo la cabeza con solemnidad.

—¡Por amor de Dios, Andrews!... ¡No me digas que ha fallado nuevamente!...

—No exactamente fallado; por lo menos todavía no. Hace quince minutos estaba bien, pues cada vez que paso cerca aprieto el botón para asegurarme...

—Pero... si nada anda mal, ¿por qué preocuparse? ¿Sabes que la cocinera y Bridget se han ido?

—¿Se ha molestado en observar, señorita —persistió Andrews, no prestando atención a su pregunta respecto a los otros sirvientes—, que cada vez que algo le pasa a esa lámpara alguien muere en esta casa?...

—¡Andrews!...

—Es verdad, señorita. El jueves falló la luz y el señor Efraín y el señor Reuben fueron hallados muertos a la mañana siguiente. No descubrí lo que pasaba con la luz hasta el viernes. Y el viernes por la noche, un hombre fue asesinado en el garaje...

—No existe correlación alguna —protestó Amy, pero sintió un escalofrío que le corría por la espina dorsal—. Es una coincidencia, Andrews; estoy segura...

—Perdóneme, señorita, pero yo no lo creo así... Durante la noche del sábado y del domingo la luz alumbró perfectamente y nadie fue víctima de ningún daño. El lunes por la tarde andaba mal nuevamente, y poco después se descubrió que la señora Claggett había sido asesinada. De manera que ahora cada vez que paso por allí pruebo el interruptor. Si hay luz, sé que estamos seguros, pero en caso contrario... —y volvió a sacudir la cabeza.

—Andrews, Andrews... Nunca hubiese creído eso de ti...

Sin embargo, extrañamente perturbada, trató de cambiar de tema...

—Ahora, en cuanto a la cocinera...

—Señorita Amy, no quiero correr el riesgo. Ahora voy a destruir estas lámparas quemadas...

—No había manera de quitarle su obsesión.

—Espera hasta después del almuerzo, Andrews —díjole Amy finalmente—. Para eso he venido a verte. ¿Qué haremos con el almuerzo?... ¿Sabes que la cocinera se fue definitivamente?...

—No me dijo nada, señorita, si me lo hubiese dicho, yo habría conseguido convencerla que se quedase a pesar de sus... condiciones.

—El asunto es ahora..., ¿sabes cocinar?...

—Ya que lo pregunta, señorita, debo manifestarle que poseo algunos conocimientos de cocina, aunque, naturalmente, son cosa ajena a mi tarea habitual...

—¿Tú no perteneces al gremio, no es así? Pero si te sientes capaz de hacer, aun cuando no sea más que huevos fritos y encontrar un abrelatas, será de gran ayuda... Vamos, Andrews, sé bueno... Piensa, además, cómo se pondrá esta gente si no se le da de comer...

—Muy bien, señorita... No lo haría por ningún otro. Pero como me lo pide usted, seré complaciente...

Y en verdad necesitó serlo realmente. Al ruido de la primera cazuela, todos los Hardcastle fueron a curiosear o a ofrecer ayuda, llenando con su presencia la espaciosa cocina. Amy pidió a los hombres que se retirasen, con excepción de Hilary, quien, debido a su lucha por independizarse, había aprendido a ser más útil que el resto de sus parientes, y vio a Myra y a Harriet, por un milagro de cooperación, embarcadas en la no muy simple tarea para ellas, de preparar la mesa. Al poco tiempo, Gregory Trent envió un agente a la cocina para solicitar a Amy se sirviera ir un momento al vestíbulo. Ésta se pudo percatar claramente de la conmoción que tal petición producía en el ánimo de Myra y de Harriet.

Gregory Trent estaba esperando, sosteniendo embarazosamente un libro en sus manos.

—¿Reconoce esto, señorita Shaw? —preguntó.

Amy asintió con la cabeza.

—Estaba en el escritorio del abuelo ayer..., cuando yo estuve en su habitación.

—¿Lo ha leído usted?

—Noo... Digo..., lo abrí lo suficiente para ver apenas que contenía el árbol genealógico de la familia. Evidentemente es uno de sus anotadores favoritos.

—¿Cree usted que algún otro pueda haberlo leído?

—Lo dudo. Nadie prestaba mucha atención a sus rarezas.

Trent murmuró algo parecido a «nadie es tan ciego» y agitó el libro, haciéndole una señal de despedida.

—Gracias, con esto basta —dijo.

Nuevamente, después del almuerzo, volvió a ser citada en el mismo lugar.

—Señorita Shaw, respecto a la visita que hizo al dormitorio del señor Efraín, ¿puede repetir exactamente lo que dijo?

—Él pronunció el lema de la familia, y comenzó a decir algo más que no puedo descifrar. «In nomine veritas», dijo, y luego «Je...»..., nada más. Yo creo que habrá querido decir Jerusha Claggett. ¿Sabe usted algo de ella?

Trent no respondió. Permaneció literalmente ensimismado en sus reflexiones, mientras su rostro demostraba una inexpresividad absoluta. Finalmente se sacudió como si se recuperase de un trance, y habló a Amy casi con severidad.

—Recoja su sombrero y su abrigo —dijo—, tendrá que acompañarme.

Trent no agregó adónde iba, por qué o por cuánto tiempo estarían ausentes, ni averiguó si ella estaba dispuesta a acompañarlo. Amy, por su parte, no hizo pregunta alguna, limitándose a buscar sus prendas. Patsy, al verla ponerse el abrigo, comenzó a revolcarse y girar moviendo la cola. Casi distraídamente Amy la recogió en sus brazos y salió de la pieza, descuidando cerrar con llave la puerta.

Jerusha Claggett no acudió en espíritu para recordárselo, pero Gregory Trent, que para sorpresa suya la había seguido escaleras arriba, pasó a su lado, hizo girar la llave de la cerradura, la quitó y la dejó caer en el interior de su bolsillo.

CAPÍTULO XXI

«Recoja su sombrero y su abrigo Tendrá usted que acompañarme»... Amy siguió a la figura desgarbada del criminólogo al exterior de la casa y luego hasta el auto, con la

confianza ciega de una niña perdida en manos de un agente salvador. Se sentía exactamente como una pequeña extraviada, cambiando un terror por otro, tratando de calmar sus temores; se dijo a sí misma que ese extraño tenía algún propósito al llevarla consigo y que ella debía confiar en él. Quizá él la llevaría hasta Henry. Si no era así, no tenía la más remota idea de hacia dónde se dirigían, pero a pesar de ello no se atrevía a negarse a seguirle.

Un espeso velo parecía cubrir sus ojos, mientras procuraba, a pesar de sus cortos pasos, seguir las zancadas de Trent bajando las escaleras de la entrada posterior. Jake vino corriendo en su busca y trató de atraer su atención a espaldas del criminólogo. Amy hizo un vago movimiento afirmativo con la cabeza, sin hablar. A través de la puerta abierta de la cocina vio a una mujer de buen aspecto, con uniforme blanco, yendo de un lado a otro. Pensó que sería la sustituta de la cocinera, enviada por una agencia de lujo.

Trent abrió la puerta que daba al final del pasaje y esperaba con impaciencia. La razón que tenía para usar la entrada posterior era que su auto, un *coupé* bastante salpicado por el barro, se hallaba estacionado en el camino cercano al garaje. Una vez que llegaron al coche y Amy se halló sentada y la puerta cerrada de un golpe, comenzó a temblar. Era la reacción de los nervios provocada por su salida. Se hallaba fuera de la casa, por fin. No podía decir precisamente que se encontraba libre; no al menos con ese calmoso, aparentemente abstraído, pero fuerte guardián junto a ella. Amy parecía más bien un pajarillo al que le es permitido un pequeño vuelo, pero sujeto al extremo de un hilo. Pensó, asimismo, que como ocurría con esas avecillas, era preferible que así fuera, pues criada en la cautividad no se sabría manejar por sí misma.

El ronroneo acelerado del motor tuvo la virtud de volverla a la realidad. Habían partido. Al abandonar el camino Amy se halló contemplando, con la curiosidad de un extraño, los contornos y alrededores que le habían sido familiares durante años. La parte central de la avenida, con sus canteros de flores y viveros de árboles; las grandes casas, con sus brillantes ventanales de vidrio, un tanto más desagradables que antes, ahora que el número 53 había adquirido tan indeseable notoriedad para sí y para *The Place*. Cualquiera podía coleccionar que aquéllos eran autos de la policía estacionados junto a la acera. Los periodistas y los entremetidos pululaban por los alrededores y en los jardines, a pesar de los esfuerzos que se realizaban para impedirlo, y que las puertas de *The Place* se hallaban permanentemente cerradas y con policía de guardia.

Un agente abrió la puerta, dejando salir el coche de Trent. Casi al instante el *coupé* fue absorbido por el tránsito del Gran Boulevard y Amy suspiró. Detrás de aquellos delicados cristales de las ventanas del *The Place*, ojos curiosos debieron haber observado su marcha hasta los portones. Pero esto no era posible, salvo que mediara un accidente, cosa poco factible, pues Trent conducía con la tranquila indiferencia que le era habitual.

Doblaron hacia el oeste entrando en el bulevard de *Lindell* y Amy persignóse brevemente mirando el reloj de la cúpula de San Francisco Javier, cuyas campanadas habían llegado muchas veces a sus oídos en las últimas noches de insomnio y pesadilla.

Luego, mientras atravesaban Kingshighway y luego Forest Park, Amy volvió a suspirar. Había tenido una débil esperanza cuando salió de la casa con Trent... y ésta era la de poder ver a Henry. Esa esperanza se había desvanecido. Cualquiera que fuese el lugar en que se hallase la cárcel de la ciudad, Amy estaba convencida de que no era en esa dirección.

Cruzaron diagonalmente el parque, entrando en uno de los suburbios que ella, en sus limitados paseos, apenas sabía que existía, deteniéndose luego frente a un edificio de

dos pisos con una fachada de ladrillos amarillos.

—No estaré ausente ni un minuto —dijo Trent lacónicamente, abandonando el *coupé* y subiendo una escalera a saltos.

Hizo sonar el timbre varias veces sin obtener respuesta, luego bajó los escalones, miró la fachada como inspeccionando y volvió a hacer sonar el timbre, dejando el dedo en el botón durante algunos minutos.

Esta vez una ventana en el segundo piso se abrió, apareciendo a través de ella la cabeza de una mujer.

—¡No hay nadie en la casa!... —gritó ésta.

En ese momento Patsy lanzó un excitado ladrido. Amy, exasperada, descuidadamente la sacó del auto, poniéndola en la acera sobre sus tres patitas sanas, justo bajo las narices de un gran perro de raza. Afortunadamente, el extraño perrazo se limitó a husmear curiosamente a la diminuta *terrier*. Trent volvióse cuando oyó abrirse la puerta del auto, pero no protestó. Debió de preguntar a la mujer por alguien, que él deseaba ver. Con voz aguda la vecina le daba detalles:

—Ha ido en busca de su esposa. Fue a visitar a sus primas al campo. Queda bastante lejos y salió de aquí muy tarde, por lo que me parece que volverá muy tarde esta noche. Como trabajó toda la noche anterior, tuvo que dormir por la mañana. Estoy segura de que volverá. Él siempre vuelve, y a buena hora... No, no conozco sus nombres ni dónde queda el lugar. Me parece que oí algo sobre Morse's Mill. Eso se halla en el Big River...

Trent la interrumpió en voz baja. Amy no pudo entender sus palabras; sin embargo, se sonrió débilmente imaginándose a Harriet Hardcastle asomada a una ventana para responder a las preguntas de un extraño puesto a la puerta del piso bajo.

—Seguro. Yo siempre les oigo. Le recuerdo que miré en su cajetín de la correspondencia que está ahí cerca. No se preocupe por él. Es muy consciente. Siempre llega temprano, porque tiene que ponerse el uniforme y todo...

—Gracias —interrumpió Trent con más fuerza y firmeza, y la mujer cesó de hablar para observar cómo él abría su pequeño anotador de tapas negras, escribía una breve nota, rasgaba la página y la arrojaba por el buzón situado dentro del vestíbulo. La mujer dirigió su atención un momento hacia Amy, cuando esta última levantó a Patsy, que se agitaba, y deseaba quedarse en la acera, encerrándola nuevamente en el *coupé*; luego cerró la ventana, pero mantuvo su rostro contra los cristales, mientras se alejaban en el coche.

—Así es... —dijo Gregory Trent algo apesadumbrado.

Dándose vuelta halló que los grandes ojos castaños de Amy descansaban en él, en muda pero ansiosa interrogación; su cólera aplacóse ligeramente.

«No se preocupe», parecía querer decir, aunque en realidad sus palabras fueron:

—Ahora veamos si el capitán Mahaffey se halla en casa o se ha ido por ahí también a *flirtear*...

La idea de *flirtear* no parecía tener conexión alguna con la situación. Amy se estremeció al llegar a un edificio frente al cual probablemente había pasado docenas de veces sin prestar atención. El edificio tenía una chapa que decía: «Distrito 11°, Comisaría.»

El edificio en sí, de viejos ladrillos, ahumados y gastados por el tiempo, no atraía, y a través de su puerta de roble pasó Gregory Trent conduciendo a Amy, pues no deseaba dejarla sin sus ojos vigilantes sobre ella.

Dos motocicletas se hallaban estacionadas más adelante, en una curva, casi frente al *coupé*, y en el interior de la estación dos oficiales cuidaban de un hombre de expresión ansiosa y una mujer enojada. Amy tuvo la seguridad de que fuera cual fuere el

procedimiento que los policías iban a adoptar, quedó pospuesto al entrar Trent. Éste era demasiado conocido allí. El sargento de la mesa de entradas se limitó a torcer un pulgar indicando una puerta detrás de él. Trent, con un breve: «Espere aquí», la dejó a ella y a la perrita junto a una larga hilera de sillas que se hallaban contra una pared y atravesó la puerta, dejándola entreabierta detrás de él, quizá para renovar el aire del interior, quizá por otra razón, pero no por descuido.

La única cosa descuidada en Gregory Trent eran sus modales, los que, ahora lo sabía Amy, eran el mejor disfraz de una superaguda vigilancia. Él no deseaba, ni siquiera en ese lugar, dejarla por un momento donde no pudiese al instante, a la menor alarma, hallarse a su lado.

A través de la puerta entreabierta Amy vio un escritorio atestado de papeles y una cabeza inclinada sobre dicha pila. La cabeza se elevó al instante cuando entró Trent, y mientras el capitán Mahaffey emitía su saludo por una comisura de la boca, que pareció más bien un ladrido, el corazón de Amy comenzó a golpear en su pecho. No podía explicarse una sensación tan deprimente. Con ansiedad prestó atención, tratando de oír las primeras palabras de Trent, pero como era natural, no le fue posible. En cambio, vio claramente cómo éste extraía una cartera y sacando un sobre blanco y alargado se lo entregaba, por encima del escritorio, a Mahaffey.

—¡Um!... —gruñó el capitán.

Sus dedos, de puntas cuadradas, extrajeron el contenido del sobre, consistente en cierto número de papelitos oblongos, que Trent, apartando otros papeles del escritorio, comenzó a ordenar como si estuviese armando un rompecabezas. Con los trozos de papel se formó una carta. El capitán, leyéndola, arrastró su silla acercándose más al escritorio, y encorvándose sobre éste lo mismo que Trent, conferenciaron en rápidos y bajos murmullos.

El corazón de Amy parecía haber cesado de funcionar. Sin duda era el testamento..., el testamento perdido... Trent le había encontrado, pero... ¿por qué había ocultado el hallazgo?... ¿Qué significado tenían aquellos pedacitos oblongos de rígido papel gris? Que eran muy significativos no podía dudarse, puesto que los hombres se hallaban conversando animadamente, variando el tono según los argumentos de uno y de otro fueron o no decisivos...

En ese instante, el capitán Mahaffey tomó de su desordenado escritorio dos cosas que ofreció a Trent, para que las examinara.

Amy logró apenas lanzar un rápido vistazo, suficiente para enterarse de que el primero era un pliego de papel de envolver muy fuerte, sucio y manchado con pintura. El segundo un trozo de papel, más pequeño, era blanco con una ligera coloración azul, arrugado y rasgado en una esquina.

Un silencio solemne llenó la oficina del capitán Mahaffey. Debido a él Amy tuvo noción de lo que le sucedería inmediatamente, y que debía ser un interrogatorio con palabras agudas y sibilantes, en el escritorio.

—Diga, sargento, está...

Los presos, o lo que fuesen, y los dos agentes de las motocicletas habían estado observándola, y aún lo estaban. Amy hizo un ligero movimiento, como para esquivar las observaciones, y Patsy, poseída de un demonio desde su corta visita con el perrazo, se escabulló de sus brazos al piso, escapóse casi tan prontamente como si hubiese podido disponer de sus cuatro patas.

Amy, segura de que la perrita iría exactamente donde no la deseaban, trató de agarrarla. Pero Patsy llegó a su meta, en la oficina del capitán Mahaffey, y alguien a quien

ella resolvió impulsivamente reconocer como amigo: Gregory Trent... Paróse en sus patas traseras, y apoyando su patita en la rodilla de Trent, ladró, implorante, para llamar su atención. Indiferentemente, Trent se agachó, extendió su largo brazo, y recogiendo a la *terrier* la depositó sobre su sombrero y la cartera que había dejado sobre una silla.

Patsy olfateó con fuerza al cuero, y sintióse, o parecía sentirse, contenta de momento. Amy, mientras tanto, en una agonía de curiosidad paseábase frente a la puerta. Pero como no tenía las inmunidades de Patsy, no se atrevía a entrar. En cambio, se dejó caer en una silla cerca de la puerta. ¡Y esperó, aguzando el oído para recoger cualquier posible murmullo del interior!...

Lo peor era que tenía la impresión de que Gregory Trent había quedado desconcertado con los trozos de papel. Quedóse tranquilo un temible largo tiempo antes de preguntar al capitán cómo habían llegado a su poder.

En su nueva posición Amy pudo recoger algo de lo que decía el capitán, y el resto lo deducía por las respuestas del mismo...

—Nuestro hombre, Bunce, los recogió en la fuente que se halla cerca de la entrada... Notó que había papeles entre las hojas y tuvo curiosidad...

Gregory Trent mantuvo impenetrable silencio.

—Es condenatorio, ¿no? —dijo el capitán, impresionado como un cuervo.

—No..., necesariamente —respondió Trent con su habitual cachaza—. Depende de quién lo haya colocado allí...

—Nadie —dijo el capitán—. Alguien los dejó caer, y el viento hizo el resto...

—Calma —dijo Gregory Trent.

—Muy bien —respondió el capitán, con el buen humor de alguien presto a gozar de la proximidad del triunfo—. La suya es una buena historia también... Le prestaré a usted la cooperación del departamento. Telefonaré al cuartel general y les diré que usted está en marcha y les urgiré para que apresuren la tarea. Mientras tanto...

¿Hizo Gregory Trent una manifestación de asentimiento?... Amy oyó que decía con claridad:

—La señorita Shaw está afuera... No me atrevo a dejarla en la casa. ¿Desea interrogarla sobre esto?...

—No —dijo el capitán, con una voz más ruda que de costumbre, porque hablaba con resentimiento—. ¡Pobre muchacha!... Demasiado tendrá con eso. Más tarde... ¡Eh!, ¿qué es esto?...

Patsy ladraba agudamente como si alguien hubiese amenazado sentarse sobre ella. Gregory Trent debió levantarla para calmarla.

—¡Tiene una estampa con ese gozque bajo el brazo!... —mofóse el capitán.

Luego Trent volvió a su murmullo confidencial, y el capitán puntualizaba sus argumentos con un simple *Yes* u *Okey* de triunfo de tiempo en tiempo.

—A las ocho, entonces —dijo Trent, yendo hacia la puerta.

—Ocho —respondió el capitán desde detrás de su escritorio, murmurando—: pero recuerde que serán muy severos con nosotros si dejamos que el asesino escape de nuestras manos.

CAPÍTULO XXII

Ocho en punto... Cuando salieron del Cuartel de Policía, eran las cuatro. Amy consultó su reloj de pulsera. Cuatro horas de intolerable angustia. Y, sin embargo, no se atrevía a pensar en lo que podía suceder al final de esas cuatro horas. Henry aún estaba preso...

—¡Pobre muchacha! —había dicho el capitán Mahaffey, refiriéndose a Amy, compasivamente.

Ésta sabía ya que Gregory Trent no la conducía al encuentro de Henry, y que solamente la llevaba consigo para protegerla de algún peligro. Era una amabilidad por su parte, pero mientras tuviesen a Henry en la cárcel, Amy no recibía con agrado ninguna de sus bondades.

Seguramente Trent no creería que Henry era el asesino. ¿O sucedía lo contrario?... Podía ocurrir que el día anterior, cuando dijo que el capitán estaba equivocado, hubiese querido significar que se apresuraba a hacer los arrestos. La mansión de los Hardcastle era una prisión perfecta de por sí. Supongamos que había alguien más en la casa que fuese culpable. ¿Tenía esa persona idea alguna que los cazadores cerraban el cerco? ¿Lo apresarían o lo matarían?... ¡A las ocho en punto!... No había ninguno en la casa sobre quien Amy deseara pensar que fuese el culpable del brutal asesinato.

Gregory Trent, agachado sobre el volante, se hallaba perdido en oscuros pensamientos, pero ella sentía la necesidad de hablar con alguien.

—Señor Trent, ¿cómo se le ocurrió dedicarse al crimen?

Trent respondió casi saliendo de su abstracción:

—Odio el crimen. Mi padre fue muerto en un asalto. Un asesino es un ladrón en la oscuridad, un ladrón de la vida... A causa de los que aniquila, a causa de los que roba, no merece piedad...

—¿No merece piedad?

El bondadoso corazón de Amy se afligía por alguien. Hizo un movimiento de desconcierto con las manos. Trent le dirigió una breve mirada que ella no tuvo tiempo de analizar debido a la rapidez de la misma.

—¿Asustada? —dijo Trent, con más gentileza esta vez.

—Sí —dijo Amy suspirando.

—¿De qué?

—No sé. De todo... Yo desearía que esto no continuase.

—¿Usted quiere... que la lleve a su casa?

—No; quiero decir que desearía que pudiese dejarse todo sin efecto. Olvidar lo que ha sucedido.

—Usted no desea nada en ese sentido; en realidad, usted no lo ha pensado con seriedad... Cuatro muertes se han anotado en los libros a cuenta de una persona... Para la seguridad suya y la de otras personas, ese criminal debe ser juzgado. No es que disfrutemos con apresarlo, y menos aún cuando al proceder así mezcle lastimar a personas como usted. Cuando el doctor Woodruff...

Aplicó los frenos repentinamente para obedecer a una luz roja del tránsito. La torre de la estación *Union* parecía hallarse suspendida en el cielo, y su iluminado reloj indicaba las cuatro y quince. Cuando Trent volvió a hablar, olvidó lo que había comenzado a decir sobre el doctor Woodruff.

—Cuento con su ayuda esta noche —dijo.

Amy no pudo responder. Sólo consiguió tocar la cartera de Trent, murmurando:

—¿Encontró el otro testamento?

—Sí.

—Me alegro.

Nuevamente Trent la favoreció con una mirada que parecía el haz de luz de una linterna, desapareciendo antes que ella pudiese recogerla.

—Usted no me cree, ¿no es así?... Yo nunca deseé el dinero.

—Hay cosas de las cuales no podemos huir..., señorita Shaw. Puede parecerle a usted increíble, pero soy un gran convencido de que existe un destino.

Trent se detuvo, esperando su turno para estacionar el coche. Amy deseaba hacer una pregunta más.

—¿Y tiene el capitán Mahaffey el resto de la nota que me envió Henry?

Trent no hizo comentarios a la pregunta que evidentemente ponía de manifiesto que Amy había estado escuchando la conversación que sostuvo con el capitán de policía.

¿Lo sabría él? ¿Había dejado la puerta abierta intencionalmente?...

—Nos figuramos que era lo que debía ser —dijo.

—No sé cómo llegó a ese lugar.

—Yo tampoco.

—No tiene importancia. Es sólo una nota...

—Puede ser muy importante para alguien.

Trent había estacionado su auto junto a una pared que unía dos edificios de color gris... El Depósito de cadáveres, donde se había realizado el interrogatorio del sábado, aunque Amy no reconocía el lugar. Sobre la puerta, un cartel de relieve decía: *Cuartel de Policía*.

No, no era la cárcel. Era un edificio compacto y apropiado para oficinas, en cuyo pórtico, detrás de un mostrador de mármol, un empleado uniformado tenía la misión de dar informes y direcciones, y un ascensorista, también uniformado, los llevó al instante hasta el cuarto piso, donde por un largo corredor llegaron a la *Oficina de Investigaciones*.

Apenas traspuesta la entrada se hallaba una joven en el escritorio destinado a la mecanografía. Al entrar Amy, siguiendo a Trent, la miró con curiosidad. Esta vez Amy sabía que era una mirada de reconocimiento; y cuando Trent la dejó sola, diciendo: «Espere aquí», Amy tomó una silla y se sentó dándole la espalda.

En el otro extremo de la amplia habitación, Trent se inclinó sobre un pupitre de superficie horizontal, abriendo su cartera frente a un hombre pequeño, de aspecto marchito y amarillo como el marfil. Debido a su habilidad y talento podía suponerse que era un mago al cual Trent consultaba para que examinase los trozos oblongos de papel gris perteneciente al testamento perdido, y dos pequeños sobres cuyo contenido Amy no hubiera sospechado, excepto que del primero el especialista tomó un pequeño objeto del cual desprendió un fragmento del borde con una uña, colocándolo en la punta de su lengua, escupiéndolo luego; hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. El objeto tenía un ligero tinte pálido amarillento. Era una de las tabletas soporíferas del viejo Efraín, pero seguramente éstas habían sido analizadas con anterioridad.

El mago dióle la respuesta a ella cuando, recogiendo las diversas cosas de Trent, abrió las puertas de una habitación interior, provista de microscopios y tubos de ensayo alineados en largos soportes y potes con productos químicos.

—¿Adónde debo enviar el análisis? —preguntó antes de desaparecer en su madriguera.

—Abajo, al vestíbulo de la oficina del jefe —respondióle Trent—. Esperaré allí.

¿Puede usted apresurar las cosas un poco?

—¡Seguramente!... Pondré a Emilio al microscopio... ¡En seguida!... Y haré el resto yo mismo... No llevará mucho tiempo...

¿Mucho tiempo?... Eran las cinco menos cuarto...

Faltaban quince minutos para las seis; Amy se hallaba muy aburrida parada junto a la ventana de la oficina de detectives, sosteniendo a Patsy sobre el amplio alféizar de la misma.

La perrita oprimía su hocico contra los fríos vidrios y miraba hacia abajo con considerable excitación las luces del tránsito. Amy experimentaba solamente una pesada fatiga, que hacía presa de ella como una parálisis.

Detrás de ellos paseábase Gregory Trent, con un ojo en el reloj y otro en la puerta del vestíbulo, a la cual Amy también dirigía sus miradas de vez en cuando. Un teléfono sonó en la habitación. Alguien saltó para atenderlo. Gregory Trent dejó de pasearse para escuchar...

—Sí... Soy Joe —dijo el hombre—. Lo siento, Queen; no puedo hacerlo esta noche. Estamos bloqueados... He tenido que enviar a buscar algo para comer. No lo sé. No tengo idea alguna al respecto.

En ese momento oyóse un tamborileo de dedos sobre un cristal. «¿Era Gregory Trent?», pensó Amy.

Pero al instante alguien preguntó:

—¿Gregory Trent?

Sobre el opaco panel de la puerta había aparecido una sombra. Luego abrióse la misma, dando paso al especialista de la oficina de investigaciones.

—¿Todavía aquí?... —exclamó, silbando luego para dar énfasis a su sorpresa—. Pensé que se había ido. Me llevó más tiempo del calculado. Aquí está el informe.

Trent recogió sus papeles y luego una nota del especialista, escrita a máquina.

—Podemos entrar aquí —dijo el químico indicando una oficina interior.

—Sí..., sí... —respondió Gregory Trent.

Amy suspiró. La perrita resolló.

Diez minutos más tarde un largo dedo dio unos golpecitos en el hombro de Amy.

—Listo, por fin —dijo Gregory Trent.

—Déjeme la perrita.

Las ocho en punto. Pasaban nuevamente por la estación *Union*, en sentido contrario.

—¿Tiene hambre? —preguntó Trent.

—Particularmente, no. La cena estará esperando en casa...

—Temo que Patsy y yo no seremos bien recibidos a esa mesa. Conozco un lugar donde hacen buenos *sandwiches*... Aquí llegamos. Coma algo... El alimento calma los nervios asombrosamente...

—¿Podríamos... comer aquí afuera? —preguntó Amy—. No deseo ver más luces ni personas extrañas.

De ocho y cuarto a ocho y media. *Sandwiches* de jamón cocido con pan francés, servidos en platos de papel, con tazas de café y un bistec para Patsy.

Luego... En marcha nuevamente. Gran Bulevar... *The Place*... Los portones de hierro se abrieron, volviéndose a cerrar tras ellos... Delante de ellos, pero aún a cien yardas de distancia, hallábase la casa. Trent se detuvo en la curva.

—Lo siento —explicó—. Me parece que he llegado un poco adelantado. Debo esperar a un testigo ocular. ¿Le importa esperar un ratito?...

—Señor Trent —respondió Amy—, no deseo volver nunca más a esa casa... ¡Nunca jamás!...

—Calma —dijo Trent en el más amable de los tonos—. Pronto pasará todo... Ha sido usted una chica valiente. Y lo será aún..., estoy seguro...

—Pero..., ¿me quiere responder a una pregunta?...

—Creo que estoy preparado para responder a cualquier pregunta que usted quiera hacerme.

—Esta tarde usted habló de una persona a quien se le imputa el cargo de cuatro muertes. ¿Es la misma persona... que mató a todos?...

—Sí...

—¡Oh!... ¡Gracias!...

Patsy, que había estado cabalgando sobre la capota recogida del *coupé*, emitió un patético gemido y trepó a los brazos de Amy.

Ésta la acarició...

—¿Se le hace más fácil volver, ahora?...

—Puedo volver... —suspiró Amy—, aunque todavía no lo deseo...

Trent sentóse un momento, pensativo y silencioso. Luego diose vuelta lentamente para tomar su protuberante cartera que había compartido con Patsy el espacio detrás del asiento, extendiéndola sobre sus huesudas rodillas.

—Está oscuro aquí, ¿no? —murmuró.

—Sí —respondió Amy con un estremecimiento de temor—. Y las sombras son horribles...

Sombras..., sombras... Ramas de árboles retorcidas por la tormenta reflejándose en los cristales de una ventana. La sombra de dos hombres y la llama de un fósforo en un frío garaje... Un espejo nublado por una imagen turbiamente reflejada...

—Me pregunto... —murmuró Trent— si usted podría ver cualquier cosa bajo la luz de esta lámpara...

Había detenido su coche al lado de farol. Bajo la pálida iluminación, su perfil era espectral. Amy se estremecía otra vez.

—¿Qué quiere decir?...

—Bueno, estoy por llevar a cabo nuevamente algo fuera de lo normal, pero ése es mi estilo. Ya ha pasado usted por muchas pruebas y aún tiene por delante otra. Pienso que se aclararán las cosas fácilmente, si usted sabe lo que debo revelar cuando vuelva a esa casa.

—¿Lo sabe usted todo... ya...?

—No; pero conozco lo suficiente para echar mano al culpable. Habrá un nuevo arresto esta noche...

¡Un nuevo arresto!... Amy trató de calmar sus nervios. Aflojó sus manos, dejando que Patsy descansase en su regazo. Bajo sus temblorosas manos, acariciantes, parecía que el animalito también temblaba...

—¿Desea usted escucharme?...

—Debo hacerlo...

—Primeramente le explicaré cómo se cometieron esos asesinatos —dijo Trent—, cómo he reconstruido la historia, utilizando los materiales de rastros, oportunidades, motivos... Sería difícil decir cuál de las tres cosas es más importante... en la solución de un crimen. En este caso la dificultad no surgió por la escasez de materiales, sino por lo contrario. Ha sido un caso de escudriñamiento. Sin embargo... —quedóse pensando un rato,

con sus largas manos apoyadas en la cartera—. Noche del día de *acción de gracias* —dijo—. Muerte de Reuben Hardcastle... Muerte planeada para Efraín, concebida con cierto ingenio, a pesar de que el plan fracasase. Posiblemente no hubiera habido pesquisa alguna si el anciano Hardcastle hubiese muerto esa noche durante el sueño. Pero el plan salió al revés.

«Durante la tarde del mismo día el asesino halló su mejor oportunidad para realizar sus propósitos. Quizá habría sido un plan deseado, antes de ello. Pero esa noche una caja de veronal yacía sobre la mesa del vestíbulo durante la hora de la cena y durante algún tiempo después. Era asunto sencillo extraer unas cuantas tabletas y deslizarlas en el bolsillo para tenerlas listas a fin de dar el paso siguiente, que consistía en ponerlas en el vaso de leche. Así sucedió, pero en este caso el culpable no procedió de ese modo, sino que se llevó la caja entera de las tabletas. Si la hubiese dejado sobre la mesa, no hubiera producido tanto comentario. La confusión surgió debido a la ausencia de la caja de la droga, y nadie daba con la solución. Sabíamos que el asesino se había llevado la caja. Más tarde descubrimos que tenía las tabletas que usó sueltas en el bolsillo, para poder disponer de ellas con más facilidad y rapidez, pero también dejando un rastro insospechable detrás de ellas.

»Bien; llevó la droga hasta la cocina, la agregó a la leche y esperó los acontecimientos. Dejo que usted se imagine su consternación cuando descubrió que Reuben Hardcastle se había llevado la dosis destinada a otro. Aún tenía la caja de tabletas en su bolsillo, pero ya era demasiado tarde y peligroso agregar algo en la leche que bebería el viejo Efraín. El responsable de la muerte de Reuben sabía la noche del jueves, día de *acción de gracias*, que éste había muerto, y por qué. Durante la pesquisa preliminar del viernes por la mañana, sabía dónde estaba Reuben Hardcastle...»

—¿Cómo lo sabe usted? —interrumpió Amy.

—Más tarde le explicaré. Allí demostró ser una persona realmente desesperada, en lugar del tipo de criminal calculador frío y vengativo. Defraudado en su primer plan, recordó la daga, recogióndola del cajón de la mesa, llevándola a su cuarto y esperando que la casa se hallase tranquila, para deslizarse entonces al dormitorio del viejo. El anciano hallábase dormido..., pensó el criminal. Antes de consumar el crimen, se tomó unos minutos para deshacerse de las tabletas que llevaba consigo. Abrió el cajón de la mesita de noche y deslizó la caja de tabletas en su interior...

—Pero... —intentó protestar Amy.

—Sí —afirmó Trent, con un movimiento de cabeza—. Ya había allí otra caja. Si el criminal la vio debió de haber supuesto que era la caja vieja, pues no sabía nada de la nueva comprada esa noche, o quizá no la vio porque el viejo se despertó y probablemente le habló. Sí; estaba despierto cuando lo mataron... Hasta creo que hubo cierta lucha...

—¡Dios mío!... —exclamó Amy.

—Porque —continuó Trent— a la mañana siguiente, fuertemente apretado en su puño, encontramos esto...

Abrió la cartera y mostró a Amy un trozo de papel que al instante reconoció como un fragmento de la nota de Henry. ¿Cómo había llegado a las manos de Efraín?... ¿O se había caído de la manga de Amy en el salón y Henry la habría recogido?... ¡Oh..., no!... Aún quedaba pendiente la cuestión del rubí hallado cerca de la puerta. Era muy fácil dejar caer un objeto como ése del bolsillo juntamente con cualquier cosa.

—Ya sé lo que está pensando —dijo Trent—. Así fue como lo creyó el capitán Mahaffey. Había pruebas suficientes para justificar el primer arresto, además de un argumento aplastante sobre la localización de cierta suma de dinero..., y usted... Pero me

pareció demasiado sencillo. No estaba satisfecho. Aún quedaba el fullero que fue descubierto en el garaje, muerto después de violenta lucha antes de que el lugar fuese incendiado por alguien de la casa. La llave que Andrews recordaba haber visto en el gancho de costumbre fue hallada entre las cenizas. Henry Hardcastle había estado ausente del país durante dos años. La inveterada disputa hallábase pendiente aún, pero un hombre no regresa para enredarse en un caso análogo al que produjo su anterior partida. Después de investigar el prontuario de Heflin, trabajé considerando la posibilidad de embrollos financieros cuando, hallándose Henry en la cárcel, fue cometido el cuarto asesinato. La muerte de la señora Claggett fue lo que perdió al criminal. En primer lugar, redujo el campo de las sospechas. Henry Hardcastle quedaba fuera de la cuestión. Igualmente su padre, pues no era posible andar con la velocidad necesaria para alcanzar la habitación de la señora Claggett en los pocos minutos transcurridos desde que habló conmigo en el salón hasta que Patsy dio la alarma. Alguien, olvide ahora quién, sugirió que usted tenía conexión en el asesinato. ¿Sabe que usted estuvo bajo sospecha desde entonces, señorita Shaw?

—Sí —dijo Amy—, pero eso no me molestó mucho, porque sabía que era inocente.

—Y usted no tiene idea de cuán lejos va ese simple conocimiento para poner a una persona a salvo... de individuos como yo. He visto también a muchísimos criminales experimentados y novatos cometer muchos errores durante el juicio. Usted era una de las tres personas de la casa que no tenían ningún cargo de conciencia... Justamente tres... Yo permití y procuré que la sospecha recayese en usted, simplemente con la esperanza de que el asesino, en hecho o en palabras, cedería tratando de hacer recaer alguna prueba en usted. En eso resbalé un poco. Eso no podía haber sucedido nunca. Pero debe satisfacerle que la confesión de Henry Hardcastle, aunque no era una de las tres personas inocentes que he mencionado, era un argumento tan bueno para una absolución como nunca oí otro mejor; tal era el temor que tenía de que usted se viese envuelta de alguna manera...

—¿Por qué, entonces, dice usted que no era inocente?...

—Porque... —sonrióse Trent, mientras la luz del farol daba una extraña palidez a su rostro— deseaba la muerte del anciano tanto como los otros. No trató tampoco de ocultarlo... Pero volviendo a la muerte de la señora Claggett, ya expliqué a sus sensibles parientes que ni usted ni la señora Peters, su tía, tenían fuerzas suficientes para estrangular al ama de llaves. Sólo una mujer excepcionalmente fuerte o un hombre podían haberlo hecho. Naturalmente, cuando usted fue encontrada sin conocimiento en el suelo y tras una puerta cerrada con llave, no hubo más remedio que descartarle a usted de cualquier conexión con el episodio. Y, sin embargo, en cierto modo, usted era responsable de la muerte de la señora Claggett.

Amy se sobresaltó visiblemente, y Patsy prorrumpió en un corto ladrido.

—¿Qué dice usted? —preguntó Amy.

—El que la mató la había visto a usted en la habitación del viejo Efraín.

—No veo cómo era eso posible.

—Si usted se detiene a observar el plano de la casa, ¿no se da cuenta?

—¿Usted se refiere... desde la ventana de otra habitación?

—Sí, de una habitación a la que yo había puesto el ojo encima desde tiempo atrás.

El asunto de la rapidez, velocidad y movimientos silenciosos que desafiaban la observación habían sido evidentes desde el comienzo. Al poner las pastillas en la leche, al sacar la daga del cajón de la mesa del comedor después que el asesino descubrió que el primer plan había fallado, en sus manipulaciones con la luz del vestíbulo superior, en llegar a la habitación de la señora Claggett, asesinarla y escapar... Piense nuevamente en la disposición de las

habitaciones del segundo piso. ¿Cuál es el dormitorio más apropiadamente puesto para aparecer y retirarse con rapidez? ¿Quién duerme allí?... Hay otros quizá tan convenientes, pero esta habitación particular es la única en el ala derecha de la casa...

—¡Oh, no!... —exclamó Amy, sofocada.

—Temo que sí. El ocupante de esa habitación la vio a usted durante la tarde del lunes. Se escurrió a través del vestíbulo hasta la puerta de esa habitación... ¿Por qué?... Tenía miedo. Sabía cuán familiar le eran a usted las cosas del anciano muerto. Ignoraba lo que usted podía hallar que los otros hubiesen omitido, aunque en honor a la verdad, no se nos quedó nada en el tintero... Nada que hubiese allí, quiero decir... Pero eso no lo sabía el criminal... Su conocimiento de lo que se había extraviado era mejor que el nuestro, como usted puede comprobar... Temeroso, entonces, la siguió. Halló la puerta cerrada con llave. Pero hay otra manera de entrar en la habitación y es a través de la habitación del ama de llaves. Así lo intentó y corrió hacia allí para encontrarse de lleno con la señora Claggett. Ya había dado muerte a tres personas. Un nuevo asesinato no le haría bailar en una cuerda más alta. Y entonces eliminó a la señora Claggett, para despejar el camino. Pero se equivocó en una cosa. Ese crimen, precisamente, era el que le llevaría a la horca, aunque debemos agradecer a Patsy el que podamos entregar a la justicia al asesino...

—¡Patsy! —exclamó Amy—. ¿Por qué ladró?...

—En parte ladró para dar la señal de alarma. El bruto la pateó y ella comenzó a aullar. Lastimada por el golpe, tornóse una mimosa inválida, y condujo a una vigilancia sobre ella y su cesto de dormir, lo que produjo más tarde el hallazgo de la bufanda del viejo.

«Patsy debió de haberla arrastrado desde la cama del anciano la noche del crimen, tratando vanamente de hacer algo por él. Si se la hubiese llevado a usted en lugar de esconderla en su canasta, usted habría acudido con mayor prontitud...

»Encontramos la bufanda y el rubí en el gatito de juguete en la misma canasta... No se preocupe por la joya. Es una de las tantas cosas que ocurren. Probablemente ha sido mejor que no supiésemos nada de él con anterioridad... La huella ya era bastante difícil de seguir, y eso la hubiera complicado...»

—¿Qué quiere usted decir? —suspiró Amy.

—Que no tengo la menor idea de cuándo, cómo o por qué el rubí fue dejado en el cuarto del asesinado... Quizá más tarde la persona que lo dejó allí se sentirá más libre para ilustrarnos en ese sentido. Lo que encontré en lo más profundo de la canasta que servía de lecho a la perrita era mucho más valioso a esa altura de los acontecimientos. Allí es donde encontré el testamento extraviado...

—¡No!... —exclamó Amy.

—Efraín Hardcastle debió de haber tenido el documento en sus manos esa noche y, sin poder explicar cómo, se le cayó al suelo, siendo recogido por Patsy, que lo acomodó en la canasta, porque es una buena perrita y no le da por deshacer con los dientes cuantas cosas caen en su poder como suelen hacer otros ejemplares de su raza... El sobre hallábase intacto, y junto con el testamento se hallaron cierta cantidad de cheques cancelados. Creo que usted me observaba cuando se los entregaba al capitán Mahaffey.

Amy no pudo evitar un sobresalto. Evidentemente no había sabido valorar con justicia a ese hombre cuyo físico predisponía a la indiferencia.

—Esos cheques —continuó Trent con su cachaza habitual— se hallaban en el sobre porque el anciano tenía sospechas sobre el estado de su cuenta bancaria y estaba haciendo una investigación. Un examen técnico revela que el sagaz anciano no estaba equivocado.

Las cantidades de los cheques habían sido aumentadas antes de ser presentadas al pago y luego hábilmente reducidas a su cuantía original al volver del banco, engañando de ese modo al viejo en su contabilidad personal.

De allí, señorita Shaw, obtuve el nombre de alguien cuya desesperada necesidad de dinero le había llevado ya a adoptar resoluciones extremas.

Amy inclinó la cabeza.

—¡Dios mío!... —murmuró, y no pudo proseguir. Tampoco notó que Trent había comenzado nuevamente a buscar algo en la cartera, hasta que le pidió que mirase el anotador favorito del viejo Hardcastle, en el cual ella había apoyado su cabeza en la fatal tarde del lunes. Lo había abierto en una página donde con mano temblorosa el anciano había comenzado el dibujo de un árbol genealógico. *In nomine veritas*... Pacientemente había registrado casamientos, nacimientos y defunciones y adopciones, agregando a cada cual un nombre alegórico.

—¿Ve usted? —dijo Trent—. Él supo algo antes de que sucediese, y trató de decírselo aquella noche cuando usted fue a su dormitorio. Ése era el significado de sus murmullos casi ininteligibles...

—Ya veo —dijo Amy en un susurro—. Veo demasiado. Pero estoy segura de que aunque hubiese acudido directamente a ese libro, tampoco hubiera sido capaz de interpretar la advertencia, porque además no habría creído posible... Y me cuesta creerlo aún, a pesar de todo... ¿Podía la prueba suministrada por Cecil?...

—No sólo podía, sino que contribuyó en mucho a la aclaración. Me pasé horas y horas hostigando a los componentes de la familia, observando la ligereza de sus movimientos. Finalmente encontré a uno..., tan ágil de pies como un bailarín. Todo coincidía...

—¿Por qué, entonces —preguntó Amy—, Harriet estaba tan convencida de que era yo la persona vista por Cecil?...

—No era así, en realidad. Ella estaba tratando de intimidarla para que dijese lo que sabía... Lo que atemorizaba a la señora Montgomery era que usted o algún otro pudiese haber visto a su esposo... El orgullo es la esencia de la vida para ella... Quíteselo y no tendrá norte para vivir... Estaba terriblemente asustada, pues temía que su marido hubiese hecho algo de lo que ella tuviese que avergonzarse... Si no estuviese tan sugestionada, habría podido apreciar que de un granito de arena estaba levantando una montaña. Recuerde, por ejemplo, la llave del bar... En realidad, no importaba quién la tenía o la tiene, pero ella suponía que esa persona a la vez que había sido vista por Cecil, había visto también a éste... Lo que me importó a mí fue que el señor Montgomery me suministró un detalle más que me ayudó a seguir los rastros del criminal.

—Sin embargo, señor Trent —dijo Amy—, usted no tiene ninguna prueba concreta.

—Quizá no, pero sí algunos indicios más. En el bolsillo de la chaqueta de cenar perteneciente a nuestro sospechoso fue hallada una clara partícula de polvo de las tabletas de veronal. Agregando el móvil, la oportunidad... ¡Hola!, aquí está nuestro hombre...

CAPÍTULO XXIII

Mirando hacia adelante, en la oscuridad, Amy no podía distinguir nada, pero a cierta

distancia se oía el resonar del bastón con puntera de hierro del sereno haciendo la guardia.

Trent puso el coche en marcha y avanzó, doblando en el camino de Hardcastle y deteniéndose nuevamente. El sereno salía en ese momento de las sombras. Trent abandonó el auto y fue a su encuentro para saludarle. Se unieron en el camino del frente y se quedaron un momento sumidos en una profunda y animada conversación. Luego Trent volvióse hacia donde se hallaba Amy diciendo:

—¡Señorita Shaw! —empleando su tono de mando penetrante y profundo—.

¿Quiere acercarse, por favor?

Amy se encontraba entonces sin ánimos para oponerse.

—¡Quieta ahí, Patsy! —ordenó a la perrita, dejándola en la parte trasera del auto, obediente luego a la orden de Trent. Al verla llegar, el sereno se quitó la gorra.

—Ahora, O'Leary —díjole Trent—, dos veces, si me hace el favor...

La casa, vista de frente, estaba casi a oscuras. Un débil resplandor salía a través de las ventanas del salón de espera, indicando que la familia se hallaba reunida en el salón comedor. Obedeciendo la orden de Trent, O'Leary levantó su bastón y golpeó dos veces el escalón de piedra sobre el cual estaban. Simultáneamente, una luz brilló en el estudio. Un hombre corpulento entró, colocó algo sobre una mesita y se sentó en una silla.

—¡Ah!... —exclamó el sereno.

—¿Eso es lo que vio usted? —preguntó Trent—. ¿O fue algo parecido?

—Como usted dice. Y pensé que el pobre diablo estaba tomando un refresco.

—Y así era, efectivamente —observó Trent secamente.

Amy sintió que la mano de él asía su brazo.

—Fue Andrews quien me sugirió que hablase con el sereno, señorita Shaw. Él dijo, si usted recuerda, que los moradores de la casa no habrían notado que la luz estuvo encendida toda la noche, pero cualquiera desde el exterior lo hubiera notado..., «cualquiera de afuera»... Ahora daremos la vuelta en auto hasta la parte posterior de la casa.

O'Leary se acomodó en un estribo del auto. Hasta que se bajó, la visual de Amy no podía ir más allá de los botones de su uniforme. Luego observó que había una luz encendida en el tercer piso, en la vieja sala de juegos.

Pensó que Hilary habría ido allí en busca de algún libro, descuidando el apagar la luz, o...

—Yo estaba parado justamente por aquí... —decía O'Leary— cuando vi...

Amy no oyó lo que vio. Se hallaba mirando la cocina, donde la nueva doméstica enviada por la agencia iba de un lado a otro, consultando un libro de cocina. Se dirigió a la heladora, tomó algo de su interior y lo colocó sobre la mesa, para dirigir luego unas palabras a Andrews, que en ese momento entraba en la cocina.

—... Y yo creo —dijo O'Leary— que me oyó o sospechó que yo estaba aquí afuera. Todo el tiempo estuvo molestando a la joven, con sus brazos alrededor de ella y mirando hacia aquí...

Un auto acababa de detenerse frente a la casa. Amy, manipulando suavemente la manija de la puerta del auto, la abrió. Trent se dio cuenta de sus intenciones con un segundo de atraso, y trató de obstruirle el paso, cuando ya la joven se hallaba en el pavimento, corriendo hacia la mansión.

La puerta trasera no estaba cerrada con llave, y Amy la atravesó apresuradamente, cerrándola con fuerza tras de sí y echándole el pasador. Mientras se dirigía a la escalera posterior en la vuelta del pasaje que iba hacia el comedor, vio a alguien. Era Henry... ¡Henry Hardcastle!... A pesar de su alegría, no se detuvo sino un solo momento.

—¡Querido!... —sollozó—. Ven conmigo. Lo saben todo. Vienen por él. Hay que impedirlo...

Subieron las escaleras. Henry la ayudaba con sus fuertes brazos. Luego penetraron en las profundas tinieblas del vestíbulo superior. ¡La luz estaba apagada nuevamente!... Tanteando por la siguiente escalera, donde las tinieblas no eran tan densas debido a que la puerta del cuarto de juegos estaba abierta, llegaron hasta ésta y entraron. En la vieja mesa de estudios, escribiendo al parecer cierta cantidad de hojas, hallábase sentado Jacob Detjens. Henry apretó el brazo de Amy.

—¡Jake!... —dijo.

Jake levantó la vista, poniéndose en pie y sonriéndose a pesar de la palidez que cubría su rostro.

—Tú... —dijo—. Vosotros dos... ¡Benditos sean vuestros nobles corazones! Os estaba escribiendo una..., bueno, algo así como una misiva póstuma, pero ahora no necesito molestaros con ella...

Recogió las hojas que había escrito, las rasgó en dos pedazos y dirigióse hacia el hogar, donde las arrojó, esperando que se consumieran.

—¡No!... —gritó Amy—. ¡Oh, Jake!...

Pero él había obrado con la agilidad de siempre, volviéndose luego hacia ella su rostro con una sonrisa.

—No es cosa qué hubieras deseado que anduviese luego por toda la casa —dijo—. Hojarasca, aunque el haberla escrito me alivió un tanto. Todo ha sido inútil y un poco quijotesco. La vida me tenía arrinconado. Pensé que había un camino de salida, que eras tú. Yo he tenido la intención de casarme contigo. No sólo para salvar mi moral sino para salvar mi alma. Pero no pudo suceder.

—Aún... ¡Jake!... —Amy se esforzó para mirar de sus manos livianas y rápidas a su rostro. No era un rostro torturado, pero en él se advertían huellas de torturas anteriores...—. ¡Oh, mi querido!...

—¡Bah!... Está bien así... Sigue con ella, Henry. Si yo estuviese en tu lugar, defendería la situación a despecho de todos... Sin embargo, es posible que todo lo que he hecho sólo te haya beneficiado a ti... Me consuela un poco, a pesar de todo... Lamento lo de Reuben... ¡Bueno!... Pero no siento que el viejo haya muerto..., a pesar de que ahora veo cuán poco representa el adelantarse a la obra del destino...

Se notaba en el piso de abajo un movimiento inusitado. Amy miró a Henry como apelando.

—Jake —dijo Henry—. Quizá yo pueda sacarte de aquí, pero tendrás que proceder con rapidez.

—Obraré rápido —respondió Jake.

Entonces se percató Amy de que sobre la derecha de Jake, había una pistola en la mesa, junto a unos papeles.

—Llévatela, Henry... Que no pueden hacerte a ti tampoco ningún cargo...

El movimiento en la casa fue ascendiendo de piso. Amy oyó que alguien subía las escaleras con la rapidez del mismo sonido que traían las pisadas. Luego, alguien irrumpió en la sala, arrebatando la pistola antes de que Jake tuviese tiempo de tomarla. Era Gregory Trent que, al parecer, podía desembarazarse de su cachaza e indiferencia cuando era necesario.

—¡Ah, Detjens! —dijo con suavidad.

—¡No, usted no lo logrará!... —exclamó Jake, riéndose y recogiendo un brazo.

Amy oyó, pero no vio el choque del puño contra la mandíbula de Trent. Se refugió en Henry, cubriéndose los ojos con la mano. Sintió cómo los músculos de Henry se ponían tensos apartándola. Amy levantó la vista.

Trent había retrocedido tambaleándose hasta la pared, semiaturdido, pero llevando siempre el arma. Jake se hallaba junto a la ventana. Con un rápido movimiento la abrió, levantándola. Una ráfaga de aire penetró en la habitación. Henry dio un salto hacia adelante, tropezando con una silla que le detuvo. Jake se hallaba ahora trepando en el alféizar y sus rubios cabellos se agitaban con la brisa.

—¡Lo siento! —dijo—. La otra manera era mucho más tranquila, pero...

Miró hacia abajo... Se dejó caer... Había una amplia extensión de pavimento, abajo, donde los autos podían maniobrar...

EPÍLOGO

Una vez más la familia de Hardcastle..., mejor dicho, lo que quedaba de ella..., se hallaba reunida.

Amy pensaba que tal vez ésa sería la última vez. Esa misma mañana se había casado con Henry y se marchaban a medianoche. Patsy estaba también lista para partir. Baúles y maletas hallábanse en el vestíbulo. Sentado a la mesa de la biblioteca, Henry firmó un papel, lo secó y se lo entregó luego al señor Reichardt.

—Creo que no falta nada —dijo Henry.

—Nada —dijo el abogado, tan impersonalmente que Amy se dio cuenta de que no aprobaba lo que acababan de hacer—. Usted se ha ocupado de todo y de todos...

Pero Amy sabía que Henry y ella hacían muy bien en partir el dinero que habían heredado por el testamento que la extraña y oscura mujer que fuera la madre de Henry había dejado para después de su muerte.

Harriet y Cecil podían mudarse a *Kisgswall* o *Parque Plaza*, a elección; Quentin a su club y Claudio a un sanatorio, donde no tendría que subir más escalones.

Myra y Philander podían comprar una casita cerca de Hilary, a la cual tantas veces habían mirado con codicia. Quizá esta vez el dinero de los Hardcastle trajese una época de paz y felicidad. Amy miró desafiante a los ojos del retrato de su abuelo que colgaba sobre el hogar. El viejo Efraín parecía devolver una sonrisa escéptica.

El abogado recogió sus papeles, despidiéndose con apresuramiento. Fue llamado un taxi. Amy miró a su alrededor.

—Esto es la despedida —dijo suavemente— de la casa, de ustedes y de... Jake.

—¡Calla! —dijo Philander Peters con una severidad que Amy desconocía—. Debes dejar de pensar en él... Era un ganapán. Se quedó en la cocina, aquella noche, rodeándote con sus brazos, para deslizar a tus espaldas las tabletas del soporífero en el vaso de leche...

—Lo sé, pero...

—No tenía una pizca de carácter —exclamó Harriet—, ¡ni una pizca!

—¡Harriet!... —dijo Henry, previniéndola.

—Bien —agregó Quentin, con pesadez—. No creo que la tuviese, pero tampoco creo que tengamos mucho el resto de la familia... Me parece como si nuestro árbol genealógico soportase una carga exagerada de fruta... picada...

Estaba estudiando el viejo anotador que Trent había dejado en sus manos. Su boca se torció en un rictus amargo por la entrada en la familia —de la que él era el único responsable— de Jacob Detjens... Jacob, el intruso...



V.1 agosto 2014



Fb2 editado por Sagitario

Notas

^[1] Dos gatos de una fábula irlandesa que pelearon entre ellos hasta que no quedaron más que sus respectivas colas.<<

